

CHILENOS EN ALEMANIA Y ALEMANES EN CHILE.

Viaje y nación en el siglo XIX

Carlos Sanhueza Cerda



11/858 - 44

45

CHILENOS EN ALEMANIA Y ALEMANES EN CHILE.
Viaje y Nación en el Siglo XIX

*Colección
Sociedad y Cultura*

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS. 2006

Inscripción N° 155.381

© LOM Ediciones

ISBN 956-244-181-4 (título)

ISBN 956-244-071-0 (colección)

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos
y Representante Legal
Sra. Nivia Palma Manríquez

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana
y Director Responsable
Sr. Rafael Sagredo Baeza

Editor
Sr. Marcelo Rojas Vásquez

Composición de textos
Sr. Sergio Fuentes Luza

Foto portada
*María Graham, Journal of a residence in Chile, during the year 1822
and a voyage from Chile to Brazil in 1823,
Londres, A&A Spottiswoode, 1824*

LOM Ediciones
Concha y Toro 23 - Santiago
Teléfono: 6885272
www.lom.cl

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 651
Teléfono: 3605283. Fax: 3605278
Santiago de Chile

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

CHILENOS EN ALEMANIA Y ALEMANES EN CHILE.

Viaje y nación en el siglo XIX

Carlos Sanhueza Cerda



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA

INDICE

A la memoria de mi padre

Prólogo	1
Capítulo I. El nacimiento de la novela	15
Capítulo II. La novela en el siglo XVIII	35
Capítulo III. La novela en el siglo XIX	55
Capítulo IV. La novela en el siglo XX	75
Capítulo V. La novela en el siglo XXI	95
Capítulo VI. La novela en el siglo XXII	115
Capítulo VII. La novela en el siglo XXIII	135
Capítulo VIII. La novela en el siglo XXIV	155
Capítulo IX. La novela en el siglo XXV	175
Capítulo X. La novela en el siglo XXVI	195
Capítulo XI. La novela en el siglo XXVII	215
Capítulo XII. La novela en el siglo XXVIII	235
Capítulo XIII. La novela en el siglo XXIX	255
Capítulo XIV. La novela en el siglo XXX	275
Capítulo XV. La novela en el siglo XXXI	295
Capítulo XVI. La novela en el siglo XXXII	315
Capítulo XVII. La novela en el siglo XXXIII	335
Capítulo XVIII. La novela en el siglo XXXIV	355
Capítulo XIX. La novela en el siglo XXXV	375
Capítulo XX. La novela en el siglo XXXVI	395
Capítulo XXI. La novela en el siglo XXXVII	415
Capítulo XXII. La novela en el siglo XXXVIII	435
Capítulo XXIII. La novela en el siglo XXXIX	455
Capítulo XXIV. La novela en el siglo XL	475
Capítulo XXV. La novela en el siglo XLI	495
Capítulo XXVI. La novela en el siglo XLII	515
Capítulo XXVII. La novela en el siglo XLIII	535
Capítulo XXVIII. La novela en el siglo XLIV	555
Capítulo XXIX. La novela en el siglo XLV	575
Capítulo XXX. La novela en el siglo XLVI	595
Capítulo XXXI. La novela en el siglo XLVII	615
Capítulo XXXII. La novela en el siglo XLVIII	635
Capítulo XXXIII. La novela en el siglo XLIX	655
Capítulo XXXIV. La novela en el siglo L	675
Capítulo XXXV. La novela en el siglo LI	695
Capítulo XXXVI. La novela en el siglo LII	715
Capítulo XXXVII. La novela en el siglo LIII	735
Capítulo XXXVIII. La novela en el siglo LIV	755
Capítulo XXXIX. La novela en el siglo LV	775
Capítulo XL. La novela en el siglo LVI	795
Capítulo XLI. La novela en el siglo LVII	815
Capítulo XLII. La novela en el siglo LVIII	835
Capítulo XLIII. La novela en el siglo LIX	855
Capítulo XLIV. La novela en el siglo LX	875
Capítulo XLV. La novela en el siglo LXI	895
Capítulo XLVI. La novela en el siglo LXII	915
Capítulo XLVII. La novela en el siglo LXIII	935
Capítulo XLVIII. La novela en el siglo LXIV	955
Capítulo XLIX. La novela en el siglo LXV	975
Capítulo L. La novela en el siglo LXVI	995

ÍNDICE

Siglas y abreviaturas	13
Agradecimientos	15
Prólogo por Horst Pietschmann	17

INTRODUCCIÓN

<i>Viajes e identidad en el siglo XIX</i>	22
<i>El viaje y sus relatos en el siglo XIX</i>	25
<i>Dos excursos teóricos</i>	29
Construyendo naciones	29
Los relatos de viaje como fuente histórica	34

VIAJEROS ALEMANES DEL SIGLO XIX: BAJO LA SOMBRA DE ALEXANDER VON HUMBOLDT

<i>Alemania: Reisekultur o cultura del viaje</i>	41
<i>El viaje de alemanes a la América hispana</i>	47
El viaje científico	49
El viaje pictográfico	59
El viaje de aventuras	66
<i>El discurso sobre la América hispana en Alexander von Humboldt</i>	71
América como naturaleza	74
La oriental América	79

VIAJEROS CHILENOS DEL SIGLO XIX: DEL VIAJE CORTESANO A MADRID AL VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

<i>El fin del viaje cortesano y la irrupción del viaje poscolonial</i>	83
<i>La difusión de la literatura de viajes en Chile: La influencia de Andrés Bello</i>	88
<i>Hacia una tipología de los viajes de chilenos</i>	95
El viaje de formación	96

El viaje de exilio	98
El viaje de aventuras y vicisitudes	104
El viaje de representación diplomática y gubernamental	107
El viaje al interior del país y a países fronterizos	109
El viaje alrededor del mundo	111
<i>La travesía europea</i>	112
La Europa como centro del mundo	112
La Europa viva	118
La Europa útil	121
El rol de la mujer en Europa	123
La Europa como búsqueda de los orígenes	128

UNA CONSTRUCCIÓN VIAJERA DE LA IDENTIDAD NACIONAL:
CHILENOS AL OTRO LADO DEL RHIN

<i>Chile: ¿una nación entre lo político y lo estatal?</i>	131
<i>Chilenos al otro lado del Rhin</i>	139
<i>Alemania hedonista, Alemania idealista</i>	142
<i>La cuestión de la inferioridad americana desde Alemania</i>	149
<i>La nación chilena representada desde Alemania</i>	156
Lo propio entre lo ajeno: Chile en Alemania	158
Ante pueblos no germanos	165
Benjamín Vicuña Mackenna y la nación subalterna	170
Vicente Pérez Rosales y la nación útil	178
Isidoro Errázuriz y la nación peregrina	183

OTRA EXPERIENCIA DE VIAJES:
ALEMANES AL OTRO LADO DE LA CORDILLERA DE LOS ANDES

<i>Alemania: ¿una nación sin estado?</i>	191
<i>Chile entre el Viejo y el Nuevo Mundo</i>	195
<i>Alemania desde la distancia</i>	206
<i>Las posiciones de los viajeros</i>	214
Eduard Poeppig y la nación desde unas taxonomías	215
Paul Treutler y la nación bajo el mundo salvaje	227

<i>Experiencia de la distancia y representación de la identidad nacional</i>	240
<i>Modos de representación nacional</i>	244
<i>Chile y Alemania: dos experiencias diferentes</i>	247
<i>Bibliografía</i>	253

SIGLAS Y ABREVIATURAS

ant.	antologador
Cfr. <i>a veces</i> cfr.	confróntese
Cía,	Compañía
comp.	compilador <i>a veces</i> compiladora
Coord	coordinador
coords.	coordinadores
DAAD	Servicio Alemán de Intercambio Académico
Dr.	doctor
ed.	edición <i>a veces</i> editor o editora
eds.	ediciones <i>a veces</i> editores o editoras
lam.	lámina
<i>op. cit</i>	obra citada
<i>ibid.</i>	Allí, en ese mismo lugar.
p.	página
pp.	páginas
recop.	recopiladores

AGRADECIMIENTOS

Este libro es producto de una tesis doctoral defendida en diciembre de 2003 en el Departamento de Historia de la Universidad de Hamburgo; de ahí que mis agradecimientos se repartan a ambos lados del mundo. Por el lado alemán, va mi gratitud a mi tutor el profesor Dr. Horst Pietschmann de la Universidad de Hamburgo, al profesor Dr. Ottmar Ette de la Universidad de Potsdam y al DAAD, quien financió casi cinco años de estudio en Alemania y, en especial, a María Hartmann de la oficina de Bonn. Por lado chileno, al Dr. Horst Nitschack del DAAD de Santiago de Chile, a Ricardo Loebell y a Rafael Sagredo, quien posibilitó la presente publicación.

A ambas orillas del mundo, va mi gratitud a mi familia, Ximena e Ignacio, quienes me acompañaron y tuvieron que soportar mis eternos e interminables monólogos.

PRÓLOGO

Los relatos de viaje constituyen en la Antigüedad¹, a través de la Edad Media² y, desde entonces, en medida creciente, por el mayor número de tales escritos conservados, una fuente de información de gran importancia y difusión. Para la temprana historia de América tales relatos en muchos casos han representado las primeras fuentes de conocimiento de aquellas realidades nuevas para los europeos. Al mismo tiempo, éstos han contribuido a la difusión de mitos, lo que, a su vez, ha repercutido en una gran cantidad de estudios sobre este género³. No es de sorprender que se hayan ido formando colecciones especiales de bibliografía de viaje en bibliotecas de muy distinta índole que han coleccionado y siguen coleccionando este género bibliográfico. Para el caso de América hay que mencionar sólo a la John Carter Brown Library, Brown University, Providence, RI/EEUU, que contiene una de las colecciones más completas de relatos de viaje en y sobre ambas Américas hasta más o menos 1830⁴. Relatos de viaje sin distinción cronológica o geográfica se han reunido, también, en las cercanías de Hamburgo, en la *Landesbibliothek* Eutin. Dicha biblioteca, fundada por los obispos de Lübeck, dispone de una colección de más veintidós mil relatos distintos de esta índole⁵.

No es de extrañar, entonces, que este género literario-histórico hayan ido atrayendo en medida creciente la atención de los investigadores desde los últimos decenios del siglo xx. Tanto estudiosos de la Literatura como de la Historia se han ido ocupando de este tipo de textos y ya no solamente en cuanto a la información que contiene acerca de las regiones o ciudades recorridas por los viajeros sino como género directamente. Desde aproximaciones como la “teoría del discurso”, y a través de toda una serie de las llamadas teorías posmodernas⁶,

¹ Cfr. recientemente Raimund Schulz, *Die Antike und das Meer*, quien en distintos capítulos se ocupa de la influencia de tales relatos hasta en la filosofía antigua.

² Para la Edad Media basta con referirse a Marco Polo y el enorme impacto de su relato, independientemente de su veracidad. Incluso, en el mundo islámico tales relatos tuvieron un gran impacto como lo demuestra la amplia difusión del relato de Ibn Battuta, *Reisen ans Ende der Welt. Das größte Abenteuer des Mittelalters*. 1325-1353. Nuevamente editado por Hans Leicht; cfr. también de forma general Norbert Ohler, *Reisen im Mittelalter*.

³ Cfr., por ejemplo, la gran obra de Jean-Paul Duviols, *L'Amérique espagnole vue et revêue. Les livres de voyage de Christophe Colomb a Bougainville*.

⁴ Cfr. www.jcbl.org

⁵ Cfr. www.bibliothek-eutin.de/reisen/index.htm

⁶ En este contexto cabe mencionar un libro reciente escrito por el profesor de Literatura e Informática de la Universidad de Mannheim Jochen Hörisch que, reúne, al estilo de un recetario,

se ha insistido en demostrar la individualidad de las percepciones de lo visto por parte de los viajeros y de relativizar su valor informativo. Por su parte, algunos historiadores han intentado analizar metodológicamente este género en el contexto más amplio de lo que se ha denominado “ego-documentos”⁷. En el marco de la historia de la expansión, estos debates hicieron surgir, incluso, discusiones bastante acaloradas, empleando terminologías hasta violentas⁸.

Al escoger este género documental como núcleo de su trabajo, el doctor Carlos Sanhueza se lanzó, pues, a un campo muy espinoso y controvertido, en cuanto al tipo de fuente con el cual se proponía trabajar, para no hablar del problema tan discutido y debatido de la identidad nacional en vías de formación a lo largo del siglo decimonónico, de dos países tan distantes el uno del otro y, a primera vista, con una trayectoria histórica muy diferente, como son Chile y Alemania. La aproximación metodológica y temática elegida por el autor es innovadora en varios aspectos. El análisis de relatos de viaje entrecruzado, de acuerdo con un método riguroso y sistemático de viajeros, de cada uno de los dos países al otro en un mismo período, y el referirlos a un *tertium comparationis* como la identidad nacional, le permite al doctor Sanhueza rescatar y recobrar el carácter de estos relatos como fuente histórica, entre la interpretación individualista extrema como mero testimonio literario y su significado como cuerpo documental de conjunto para el historiador. Al mismo tiempo, logra, de esta forma, producir nuevas evidencias acerca del desarrollo del pensamiento individual sobre estas identidades, bajo la experiencia de lo lejano, extraño, concebido, a menudo, como exótico. De este modo, se muestra que tal identidad no es en cada caso algo fijo, sino el resultado de muchos procesos colectivos e individuales que contribuyen a formar autopercepciones que más tarde, al ser publicadas, influyen en las sociedades respectivas⁹. Así, este estudio resulta de gran interés e importancia no solamente para la historia de ambos países tratados sino, también, para el análisis de un grupo determinado de fuentes y de un fenómeno histórico de tal trascendencia como la formación de la nación.

y analiza de forma muy informativa y, a la vez, un tanto irónica las aproximaciones teóricas que se manejaban en el campo literario desde la Segunda Guerra. Cfr. Jochen Hörisch, *Theorie-Apotheke. Eine Handreichung zu den humanwissenschaftlichen Theorien der letzten fünfzig Jahre, einschließlich ihrer Risiken und Nebenwirkungen*.

⁷ Cfr. Winfried Schulze (ed.), *Ego-Dokumente. Annäherung an den Menschen in der Geschichte*.

⁸ Cfr. Keith Windschuttle, *The Killing of History. How Literary Critics and Social Theorists are murdering our Past*.

⁹ Inspirado por el estudio del doctor Sanhueza, el autor de este prólogo organizó en 2004, mientras ocupaba la “Cátedra Wilhelm y Alejandro de Humboldt”, plaza dotada por el DAAD alemán en El Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México, junto a la doctora Cristina Torales Pacheco y el doctor Manuel Ramos el coloquio “México y Alemania, percepciones mutuas en impresos, siglos XVI-XVIII”, cuyas actas están por salir de las prensas. Fue un intento de enfocar desde otra perspectiva problemas tales como los que analizó el doctor Sanhueza en su estudio.

Es de destacar también que este estudio es, a su vez, el resultado de un viaje largo de su autor a un país lejano como Alemania y una ciudad en muchos sentidos distante de su Santiago habitual, como es Hamburgo. La permanencia allí a lo largo de casi cuatro años le obligó a familiarizarse con un idioma extraño, con un clima y ambiente tan diferente al acostumbrado y a largos debates con un tutor profundamente influenciado por viajes y estancias en países lejanos. Estas experiencias habrán contribuido a desarrollar la sensibilidad hermenéutica del autor referido al análisis de estas experiencias viajeras lejanas del siglo XIX y a reenfocar de forma nueva este amplio conjunto temático relacionado con él. Resta desear a este libro no solamente la buena aceptación que merece sino que haga “escuela” y encuentre continuadores.

HORST PIETSCHMANN
UNIVERSITÄT HAMBURG, ALEMANIA

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo aborda la representación de la identidad nacional en Alemania y Chile durante el siglo XIX. Su objetivo es la identificación de diferentes perspectivas de identidad nacional *desde y a través* de la experiencia de viajes. La experiencia de la distancia, un área de investigación hasta ahora muy poco desarrollada, es estudiada aquí a través de relatos de viajes, memorias, diarios de viaje y cartas de chilenos en Alemania y alemanes en Chile durante el siglo XIX. Los dos primeros capítulos abordan la historia del viaje de alemanes y chilenos, los dos últimos vinculan tal historia con las representaciones de la nación surgidas desde unas experiencias viajeras cruzadas. ¿En qué sentido conformó la literatura de viajes de chilenos en Alemania y de alemanes en Chile representaciones de identidad nacional? ¿Cuáles fueron las prácticas de alteridad que las definieron? ¿Qué categorías articularon dichas prácticas? Tales interrogantes guían el presente trabajo.

Necesario resulta destacar en qué sentido, al estudiar representaciones de identidad desde experiencias de viajes, y a partir del estudio de dos realidades históricas, en muchos aspectos diferentes, se han introducido elementos analíticos que comúnmente no se utilizan a la hora de investigar las conformaciones nacionales.

En primer término, se enfoca la cuestión de la identidad desde un aspecto no estático. Esto quiere decir que se estudian aquellos componentes que articulan identidades múltiples y multifacéticas, autopercepciones cambiantes, móviles e, incluso, contradictorias y virtuales. La nación, en este sentido, más que concebirse como una realidad objetiva y objetivable, un conjunto, un catálogo o conciencia temprana, se indaga en tanto formas de situarse cultural e históricamente. Lo que aquí se inquiere es en qué medida tales búsquedas de un lugar en el mundo durante la centuria decimonónica, más que obedecer a estructuras predeterminadas, respondieron a la situación misma en la cual dicho emplazamiento fue requerido. De ahí que –lo mismo si se concibe la nación como una “comunidad imaginada”, “tradiciones inventadas” o unas preexistencias milenarias– no es de interés de este trabajo rescatar unas doctrinas, ciertas imposiciones “desde arriba”, pensamientos o ideologías sobre la nación, sino advertir las fronteras culturales y simbólicas surgidas desde el choque con lo distante y lo extraño. Evidentemente este interés investigativo no niega ciertos rasgos objetivos a partir de los cuales las comunidades nacionales se reflejan (lenguas, memorias históricas, geografías, costumbres, etc.): justamente lo que se busca es examinar cómo dichos elementos se refuerzan,

se ponen en cuestionamiento, se alteran y se contradicen al enfrentar una experiencia de viajes, así como el consiguiente distanciamiento geográfico y cultural que ello supone.

La noción de viaje en tanto experiencia resulta fundamental a fin de tratar la cuestión de identidad nacional como un campo de dispersión simbólica. Eric Leed sustenta que el viaje se conforma como la experiencia paradigmática por excelencia: el modelo que de manera directa y genuina pone a los sujetos frente a los límites de su propio espacio cultural. E, incluso, atendiendo al aspecto etimológico, Leed advierte una vinculación entre ambos elementos. En efecto, el entrecruzamiento de los vocablos 'experiencia' y 'viaje' arroja uno de los primeros conceptos de la noción de desplazamiento: cambio, puesta a prueba, experimentación, dudas. De modo que el ingrediente perturbador y transformador del viaje logra hacer visibles aspectos que normalmente pasan desapercibidos en el hábitat original¹⁰.

Finalmente, es de importancia remarcar aquí la propuesta de estudiar dos países en tanto "experiencias cruzadas". Si bien es considerablemente complejo comparar realidades históricas tan disímiles como la chilena y alemana, resulta muy provechoso enfrentarlas. Esto no significa el igualarlas, sino, más bien, el asumir sus diferencias, para, desde allí, establecer paralelos. De esta forma, se pueden observar, a través de estos puntos de referencias, aspectos que un estudio sólo circunscrito a un ámbito nacional difícilmente puede advertir: el papel que la procedencia del viajero representa en su noción de identidad nacional (como aquí se verá, no es lo mismo ser viajero alemán en Chile que chileno en Alemania); las vinculaciones con ciertas tradiciones y esferas institucionales; aspectos religiosos, etcétera.

VIAJES E IDENTIDAD NACIONAL EN EL SIGLO XIX

Desde hace algún tiempo ciertos estudiosos se han percatado del cruce histórico ocurrido durante el siglo XIX entre el discurso del viaje y la representación o construcción de una identidad nacional. En dicho período, considerado como una etapa clave en la conformación de un discurso de identidad nacional, la pregunta por la existencia de una cultura propia, una identidad colectiva o "conciencia de un nosotros", adquirió una orientación política inédita. Aquello se enmarca dentro de lo que Eric Hobsbawm ha denominado el nacimiento de la nación moderna occidental¹¹.

¹⁰ Eric J. Leed, *The Mind of the Traveler. From Gilgamesh to Global Tourism*, pp. 5-7.

¹¹ Véase en relación con el caso estadounidense a Marguerite S. Schaffer, *See America First: Tourism and National Identity, 1880-1940*. Para Gran Bretaña, véase Marjorie Morgan, *National Identities and travel in Victorian Britain* y Brian Dolan, *Exploring European Frontiers. British Travellers in the Age of Enlightenment*. En relación con Hispanoamérica, véase Frédéric Martínez, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia. 1845-1900*; Ingrid Fey y

Será precisamente en aquel tiempo cuando los relatos de viaje se inserten dentro de los discursos de la nación. Tal y como lo afirmara Marjorie Morgan, el desplazamiento, al mover a los viajeros desde sus ambientes familiares, los confrontaban con lo ajeno y lo extraño. Dicha confrontación los obligaban a definirse individual y colectivamente. De ahí que el estudio de dichas experiencias conforme un vehículo ideal para escudriñar las formas mediante las cuales éstos representaban su identidad nacional, puesto que el contacto con la diferencia los instaba a representar y a reflejar lo propio. No es que anteriores desplazamientos no hubiesen recurrido a similares autodefiniciones al toparse con pueblos lejanos, sino, más bien, el hecho es que el contexto que rodeaba a los viajeros del siglo XIX se había modificado: la definición de la nación había pasado a constituir una preocupación capital.

Esta intersección de relatos de viaje con identidad nacional aportó otras maneras de representar y definir la identidad nacional de las que es posible observar dentro de las propias fronteras. La construcción, tanto cultural como política de la nación durante el siglo XIX, no funcionó solamente por la vía de factores de inclusión y exclusión al interior del propio país, en categorías tales como: clase, género, etnia, religión y prácticas culturales sino, también, a partir de la referencia de lo que se percibía como distante, extraño. Aquello, de alguna manera, inducía a tomar una posición de diferenciación. De ahí que el estudio de los relatos de viajes ayude a visualizar cómo se articulaba toda una "práctica de la diferencia", puesto que no se trataba de un conjunto de elucubraciones sobre mundos emergiendo de un escritorio, sino de una experiencia de la distancia instalada en medio de espacios lejanos. Esta perspectiva permite analizar de manera privilegiada aquellas prácticas de alteridad que definían lo nacional ante lo ajeno. El viaje se articulaba como una manera de territorializar la nación. La posición adoptada en dichos lugares, la visita de países que exhibían otras formas de vida, de religiosidad e idiomas, todo aquello incidía sobre la representación que se hacía de la identidad nacional. Desde este punto de vista, y siguiendo a François Hartog, la nación se construía como un producto del enfrentamiento de fronteras culturales¹².

Dicha confrontación, así como también el intento de controlar discursiva y retóricamente lo ajeno, llegó a ser parte constituyente de la definición nacional. La noción de *comunidades imaginadas* que Benedict Anderson ha formulado como parte esencial de la formación de la nación moderna no es concebible

Karen Racine (eds.), *Strange Pilgrimages. Exile, Travel, and National Identity in Latin America, 1800-1990s*. Respecto a Hobsbawm, véase Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition y Nations and nationalism since 1870. Programme, myth, reality*.

¹² Ya desde los trabajos de Edward W. Said, respecto de la invención europea del Oriente, ha quedado demostrado en qué sentido la conformación de la propia imagen se articula desde la configuración del "Otro". Véase Edward W. Said, *Orientalism. Western conceptions of the Orient*, en especial "Introduction". Respecto a Hartog véase François Hartog, *El espejo de Heródoto y Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*.

sin la referencia externa. La creación del “sí mismo”, del “nosotros”, necesitaba una contrapartida que reforzase su propia imagen¹³.

La referencia externa, por otro lado, permite analizar ciertos elementos que normalmente pasan desapercibidos cuando se centra la investigación tan solo en el estudio de los factores locales o internos. En un sentido, los relatos de viajes permiten medir el peso que en las definiciones de lo propio tuvo la percepción del paisaje, la flora, la fauna y la geografía durante el siglo XIX. La vinculación entre geografía y población conformó un aspecto importante en la representación de la nación, partiendo de la premisa que las propias características del paisaje influían, o se expresaban, en las particularidades de los habitantes que allí moraban. *Tierra y gente* se unían en la percepción y el mapa mental de los viajeros¹⁴.

En otro sentido, la vista de los viajes en pos de estudiar la identidad nacional permite descubrir hasta qué punto influyeron factores afectivos y emocionales, más allá de los meramente políticos, en la representación de la identidad nacional. Los viajeros comúnmente representaban la nación desde aspectos religiosos, comidas y costumbres, por sobre influencias que hubiesen ejercido la propaganda, las ceremonias oficiales o las acciones del Estado. Tal orientación, entonces, permite advertir hasta qué punto la definición nacional también estuvo mediatizada por factores no racionales: sentimientos, temores, prejuicios y estereotipos¹⁵.

Finalmente, un tercer punto tiene relación con lo que ciertos estudiosos han denominado la “narratividad” de la nación. Lo anterior, sugiere que la definición de la nación, si bien fue un asunto eminentemente político, también se conformó en un esfera literaria. La nación, en este sentido, es analizada desde su textualidad, en tanto metáfora, narración, forma literaria. Ello viene a destacar en qué medida lo que los viajeros del siglo XIX escribieron sobre otros pueblos y, al mismo tiempo, comparado con el propio, tuvo un eco entre los compatriotas, al igual que una proclama política o una constitución. No sólo se trata de la difusión de los relatos de viaje y su efecto en la construcción de una identidad nacional sino, además, de reconocer el inmenso poder simbólico que los textos literarios albergaron en tanto constructor de categorías, estereotipos, afiliaciones, vínculos, etcétera¹⁶.

¹³ Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Respecto a la definición desde la alteridad, véase Nora Ráthzel, *Gegenbilder. Nationale Identität durch Konstruktion des Anderen*.

¹⁴ Morgan, *op. cit.*, pp. 4-5; Fey y Racine, *op. cit.*, p. XVI.

¹⁵ Respecto de la influencia de elementos afectivos en la construcción de la nación, véanse Homi K. Bhabha, *The location of culture*, cap. VIII: “Dissemination” y Etienne François, Hannes Siegreist y Jakob Vogel (eds.), *Nation und Emotion. Deutschland und Frankreich im Vergleich 19. und 20. Jahrhundert*.

¹⁶ Homi K Bhabha (ed.), *Nation and Narration*, pp. 139-170.

Ahora bien, todas estas vinculaciones entre viaje y nación sólo pueden ser entendidas en el marco de profundas transformaciones ocurridas en la propia literatura de viajes. En lo que sigue, se busca delinear tales cambios.

EL VIAJE Y SUS RELATOS EN EL SIGLO XIX

A partir del siglo XVIII los relatos de viaje comenzaron a distanciarse de las tradiciones renacentistas. El elemento central en esta cesura no está vinculado sólo con el hecho de que la noción de mística humanista –aspecto fundamental en las travesías anteriores– ocupase ahora un papel secundario en los relatos, sino, también, con que el propio viajero iba estableciendo otras vinculaciones, manifestando nuevos intereses, ocupando inéditos roles sociales. Estas transformaciones del viaje y sus relatos, a su vez, se han vinculado por un lado con los procesos de modernización europeos, así como con la expansión imperial del Viejo Mundo¹⁷.

A partir del vínculo de los relatos de viajes con dicho escenario histórico se fue conformando un nuevo discurso del viaje, entrelazando tres fenómenos que ocurrieron simultáneamente: el desarrollo de una ciencia experimental; la ampliación de los circuitos comerciales de ciertos países europeos –muchas veces en vinculación con el viaje científico– y el interés de los países empeñados en una política de colonización imperial. Gran parte de los relatos que se escribieron en este período estarán bajo la influencia de una o más de tales variables, cuando no en directa relación con alguna de ellas¹⁸.

Respecto a tales transformaciones históricas, afirma Ricardo Cicerchia:

“A partir del siglo XVIII los viajeros se lanzaron al intento de trazar el mapa definitivo del mundo. La ilusión partió de una curiosidad científica

¹⁷ En relación con el vínculo relatos de viajes/modernidad, véanse Hartmut Berghoff *et al.* (ed.), *The Making of Modern Tourism. The Cultural History of the British Experience, 1600-2000*; Jás Elsner y Joan-Paul Rubiés (eds.), *Voyages and Visions. Towards a Cultural History of Travel*; Reinhard Heinritz, *Andre fremde Welten. Weltreisebeschreibungen im 18 und 19. Jahrhundert*; Carol Traynor Williams (ed.), *Travel Culture. Essays on what makes us go*; Alfred Optiz, *Reiseschreiber. Variationen einer literarischen Figur der Moderne vom 18-20. Jahrhundert*; Friedrich Wolfzettel, *Le discours du voyageur*; Leed, *op. cit.* Respecto del vínculo relatos de viaje y expansión colonial, véanse Birthe Kundrus (ed.), *Phantasiereiche. Zur Kulturgeschichte des deutschen Kolonialismus*; Steve Clark (ed.), *Travel writing and empire: postcolonial theory in transit*; Anil Bathi y Horst Turk (ed.), *Reisen, Entdecken, Utopien. Untersuchungen zum Alteritätsdiskurs im Kontext von Kolonialismus und Kulturkritik*; Barbara Korte, *Der englische Reisebericht. Von der Pilgerfahrt bis zur Postmoderne*; David Spurr, *The rhetoric of empire: colonial discourse in journalism, travel writing, and imperial administration*; Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*; Sara Mills, *Discourses of difference. An analysis of women's travel writing and colonialism*; Said, *op. cit.*

¹⁸ Friedrich Wolfzettel ha destacado los vínculos entre el viaje comercial y la unificación científica del universo. Véase Wolfzettel, *Le discours...*, *op. cit.*, p. 124.

al servicio de los intereses de la expansión y cierto exotismo romántico. Lo que producía esta mezcla de modernismo y romanticismo no era simplemente la distancia cultural de Europa con el resto del mundo (...), sino la fascinación por la intensidad de la experimentación. Así se legitimaba la voz del observador directo en la producción de saberes, el mecanismo discursivo fundamental en la producción de saberes, seguramente el mecanismo discursivo fundamental de toda literatura de viaje de la modernidad"¹⁹.

En el siglo XIX estos cambios se fortalecieron, no sólo respecto de los vínculos que la literatura de viajes establecía con determinados procesos de expansión europea sino, también, en la forma mediante la cual se percibieron los relatos mismos. Nuevos espacios de validaciones y legitimaciones nacieron, los que buscaron distanciarse de las tradiciones anteriores.

La travesía se asumió como un asunto serio. Los relatos de viaje comenzaron a representar –junto con el sentido literario de los textos que mostraban exóticos parajes, poblaciones y costumbres– un papel utilitario. Cada vez más se escribía un tipo de relato que hacía del lugar visitado una suerte de laboratorio de experimentación científica, a fin de comprobar teorías sobre plantas, animales o similares. Junto a ello, muchos buscaban definir zonas de posible explotación minera, agrícola, etc., así como la descripción de determinadas características de las poblaciones que habitaban tales espacios y sus potencialidades como mercado económico.

El sentido de seriedad del viaje se expresó en una ausencia creciente de referencias personales o autobiográficas. El interés de la descripción se guiaba, más que por curiosidad o interés privado, por lo que el público lector supuestamente esperaba. Los aspectos personales de la travesía –sentimientos, recuerdos, estados de ánimo– más bien se dejaban en los diarios de vida o en las cartas a amigos o familiares. De esta forma, cuando se asumía el escribir el relato en tanto descripción de viajes, se sublimaban ciertas inclinaciones personales, lo que evidentemente no significaba que ello se pudiese alcanzar plenamente o que fuese eliminado de lleno²⁰.

Esta disposición del discurso del viaje no sólo concernía a viajeros del Viejo Mundo. Lilianet Brintrup ha destacado cómo el viajero chileno Isidoro Errázuriz, al narrar su vida en Alemania por mediados del siglo XIX, "...controla y reduce su reflexión como una manera de atenuar su subjetividad en provecho de la descripción del cuadro narrado". Lo mismo ha analizado tal autora en otro chileno, Benjamín Vicuña Mackenna, quien, al aproximarse a Irlanda por

¹⁹ Ricardo Cicerchia, "De diarios, mapas e inventarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad"; véase del mismo autor, *Journey, Rediscovery and Narrative: British Travel Accounts of Argentina*.

²⁰ Véase Judith Adler, "Origins of Sightseeing", p. 13.

1855 y recorrer las tierras de sus antepasados, suspende la impersonalidad del relato, arriesgándose a privilegiar su *yo-personal* por sobre su *yo-narrador*²¹.

Si el relato de viaje era definido como un asunto serio e importante, entonces se le asignaba un valor especial a la veracidad de lo que se narraba. La verdad, en este sentido, se legitimaba a partir de la experiencia directa del viajero. Ya no bastaba con describir los paisajes o las costumbres de los pueblos visitados, sino que, además, había que, de alguna manera, dejar en claro que lo relatado correspondía a la realidad. Se advierte aquí un vínculo del relato de viaje con un sentido de objetividad, dado no sólo por la influencia de los viajeros científicos o de las academias de ciencia sino, además, porque los relatos mismos se asumían como algo más que un género literario de entretenimiento o de expresión filosófica. Lo anterior tuvo múltiples consecuencias.

Por un lado, los relatos de viajes dejaron muy explícito tal vínculo con la verdad en prólogos e introducciones. Ello, al igual que la sublimación de los aspectos personales de la travesía, tampoco se redujo sólo al ámbito de los viajeros científicos o, incluso, de viajeros del Viejo Mundo. En relatos tan disímiles como el citado del chileno Benjamín Vicuña Mackenna en Europa y los Estados Unidos, o el del ingeniero alemán Paul Treutler en Chile y Perú, vemos en sus prólogos las mismas directrices.

En el prefacio a su *Diario de viajes* afirma Vicuña Mackenna que dicha obra:

“...tiene un mérito (...): el mérito de la verdad. Reconozco que habría podido escribir una obra interesante sobre los países que he recorrido; pero yo me hago responsable de mi última palabra, no he escrito sino *lo que absolutamente he visto con mis ojos y oído con mis oídos* (...) La verdad práctica, la rara verdad de los viajes vista por mí, y si falible y débil, sincera y leal al menos, es pues el espíritu y la moral de este libro...”²².

Por su parte, el germano Treutler usa casi las mismas palabras para referirse a su relato de viajes: “Lo que publico en mi obra ‘Quince años en Sudamérica’ es lo que *en aquel tiempo vi, escuché, padecí y sentí* y que ahora intento reproducir con la ayuda de mi débil pluma. Todo está descrito con correspondencia a la realidad...”²³.

En ambos viajeros es posible encontrar el sentido de verdad legitimado desde la posibilidad de encontrarse en el lugar relatado –ubicuidad–, a partir

²¹ Lilianet Brintrup, *Viaje y escritura. Viajeros románticos chilenos*, pp. 51-62.

²² Benjamín Vicuña Mackenna, “Páginas de mi diario durante los tres años de viaje. 1853-1854-1855”, pp. 17-18. [El destacado es nuestro].

²³ “Was ich in meinen Werke Fünfzehn Jahre in Süd-Amerika veröffentliche, ist das, was ich in dieser Zeit dort gesehen, gehört, gelitten und empfunden habe und was ich vermöge meiner schwachen Feder wiederzugeben versuche. Alles ist wahrheitsgemäß geschildert...”. Paul Treutler, *Fünfzehn Jahre in Süd-amerika an den Ufern des Stillen Oceans*, p. 1. El destacado es nuestro.

de lo visto y escuchado y no centrado en el uso de fuentes secundarias, como podrían ser por ejemplo los informantes o los llamados *cicerones*²⁴.

Esta búsqueda de la objetividad no es sólo atribuible al sentido de experimentación que expresaba el discurso del viaje sino, además, a toda una lógica “judicial” que, ya desde el siglo XVII se había instalado en los relatos de viaje. Lo “visto” se constituía como evidencia admisible y razón necesaria para esgrimir un argumento: retóricamente hablando se privilegiaba el ojo por sobre el oído como evidencia admisible y razón para un juicio válido²⁵.

De modo que en pos de la objetividad se transformó la estética del relato de viaje. Sólo un tipo de narración que denotase un “ojo bien entrenado” podía legitimarse como objetivo y apegado a la verdad. Esta vinculación estética-objetividad se fundaba sobre el supuesto de que la habilidad de observación y comparación era más importante, y más útil, que la literaria. Aquí la figura del filósofo, del pensador, era reemplazada por el viajero científico del siglo XVII y XVIII. Observación, comparación, así como la habilidad para formular un cuadro general o una representación del mundo, se mostraban como la principal utilidad del desplazamiento²⁶.

El hecho de que se instalara el sentido de objetividad, y junto a ello la habilidad para observar y comparar, hizo que el medir y el clasificar lo descrito se fuese convirtiendo en un tipo de valor estético. De ahí que en muchos textos de viajeros se desarrollase todo un instrumental técnico de apropiación de lo observado, a fin de hacer aún más eficiente dicho ojo judicial²⁷.

En un sentido, esta búsqueda de elementos comunes de descripción facilitaba la comparación de los espacios que los viajeros recorrían. El hecho de utilizar –o, más bien, de anhelar– un instrumental de descripción cumplía la función de unificar el entrenado ojo judicial, conformando una verdadera comunidad de observadores regidos bajo parámetros similares. En otro aspecto, ello permitía neutralizar la narratividad del relato, o el peligro de hacer de éste un artefacto literario, como una forma de asegurar su posterior uso en esferas científicas o mercantiles.

Finalmente, la utilidad del relato de viaje durante el siglo XIX se manifestó de múltiples formas: a partir de los diferentes intereses que movían a los viajeros a desplazarse –científicos, comerciales, artísticos, etc.–, así como también desde los variados tipos de textos y de narraciones.

Por un lado, dicha utilidad se expresaba como un instrumento pedagógico, puesto que al describir tierras lejanas era posible encontrar ejemplos de

²⁴ Lilianet Brintrup, ha hecho notar en qué sentido los viajeros hispanoamericanos del siglo XIX criticaron a los viajeros europeos que escribieron sobre lugares en Sudamérica que nunca visitaron. Véase Brintrup, *op. cit.*, pp. 3-4.

²⁵ Adler, *op. cit.*, pp. 6-7. Sobre lo mismo Wolfzettel, *Le discours...*, *op. cit.*, p. 124. Este último autor vincula tal posición de los viajeros con lo que Michel Foucault ha denominado *l'âge du jugement*. Véase Michel Foucault, *Les mots et les choses: une archéologie des sciences humaines*.

²⁶ Leed, *op. cit.*, p. 75.

²⁷ Adler, *op. cit.*, p. 16.

lo que un país debía o no debía hacer o en relación con cómo comportarse enfrentado a determinadas situaciones que amenazaban la integridad física o moral. Por otro lado, el relato de viaje se articulaba como un instrumento científico, haciendo de la travesía todo un laboratorio de experimentación, refutación o comprobación de teorías. Viaje y relato alcanzaban nuevas fronteras, otros vínculos.

DOS EXCURSOS TEÓRICOS

Para este trabajo son dos las premisas teóricas necesarias de aclarar, puesto que, de alguna manera, representan las bases sobre las cuales es posible concebir una investigación que busque abordar el vínculo entre relatos de viaje e identidad nacional. Una de ellas consiste en el problema de la nación en tanto construcción: ¿en qué sentido y bajo qué condiciones son las naciones una construcción histórica? Lo segundo está referido a la posibilidad de estudiar los relatos de viajes como fuente historiográfica: ¿qué tan confiables y útiles resultan los relatos de viajes a fin de desarrollar una investigación histórica?

Construyendo naciones

La noción de que las naciones son construcciones se ha constituido en los estudios históricos de la última década casi como una premisa a la hora de abordar una investigación sobre el tema. La perspectiva de una nación en tanto comunidad imaginada, tradición construida o mito, principalmente a partir de los trabajos de Eric Hobsbawm y Benedict Anderson, ha originado una serie de trabajos que buscan indagar los inventos o construcciones de naciones tanto en América como en Europa. Tales trabajos y perspectivas, si bien han instalado nuevos campos en el quehacer historiográfico, no dejan de ser cuestionables. Lo preocupante reside en las simplificaciones, las aplicaciones forzadas del modelo, así como en el tomar tales nociones como un canon de estudio. No pocos seguidores de Hobsbawm y Anderson han tendido a reducir los procesos históricos que originaron las naciones modernas a simples mecanismos de invención o imposiciones sin más de un grupo social hegemónico por sobre los otros²⁸.

Ahora bien, ¿qué implicaciones teóricas posee el concebir las naciones como construcciones?

La noción de constructo, en primer lugar, supone una idea no esencialista de nación. Lo anterior, se fundamenta en que la nación, así como sus diferentes afiliaciones, no siempre ha existido, que posee una temporalidad y, por lo tanto, un origen históricamente rastreable. De ahí que se busque investigar las

²⁸ Véase Hobsbawm y Ranger (ed.), *The invention..., op. cit.*; Eric J. Hobsbawm, *Nations and nationalism since 1870. Programme, myth, reality*; Anderson, *op. cit.*

variadas y contradictorias posibilidades que se han dado para conformar una nación, más que una cierta esencia o naturaleza humana que la haya hecho emerger. Por ello, los estudios históricos al respecto han privilegiado el análisis de los poderes que dieron forma a las naciones modernas, en un escenario político y social de enfrentamientos múltiples²⁹.

Evidentemente, tal concepción no esencialista de nación choca con las visiones nacionalistas que más bien la visualizan como una realidad objetiva: en tanto entidad transhistórica. De ahí que quienes asumen dicha última posición vean emerger las naciones, incluso, antes de la constitución de los movimientos que dan cuerpo político a los países, investigando los orígenes o los estados protonacionales ya desde épocas remotas. El problema de los orígenes, se asuma o no una perspectiva esencialista, llega a ser primordial. De hecho, tal y como lo afirma Mona Singer, los investigadores, en el caso de que acepten la noción de naciones construidas, se ven confrontados con la paradoja de analizar un fenómeno histórico relativamente reciente y que, sin embargo, en muchos casos encuentra sus bases históricas en sistemas político-filosóficos de larga data. Ello complica a la hora de decidir desde qué temporalidad iniciar el estudio de las naciones modernas, así como también el privilegio de ciertos elementos, por sobre otros³⁰.

En segundo lugar, el analizar la nación como constructo supone que ésta constituye una realidad imaginaria y simbólica, más cercana al mundo que los actores sociales crean que a una cierta naturaleza humana universal. Es decir, que a pesar de conformarse a partir de fenómenos sociopolíticos, básicamente es un producto de los imaginarios sociales. Sin embargo, y a pesar de este carácter simbólico, *existe* en tanto artefacto cultural, al igual que otras entidades elaboradas históricamente. Desde tal punto de vista la nación moderna sería, siguiendo a Anderson, una comunidad política imaginada. Los habitantes de un país no conocen a la mayoría de sus connacionales, sin embargo, existe en cada uno de ellos una idea formada de los otros, así como de que juntos conforman una comunidad³¹.

¿Qué posibilita, según Anderson, que una nación pueda conformar tales espacios de integración? Aquí se observan tres aspectos que caracterizan el poder unificador de una nación: en tanto es *limitada*, lo que implica que se ve imposibilitada de integrar universalmente a todos los hombres, como la antigua idea de que la cristiandad suponía; en tanto es *soberana*, dado que sus actos políticos no tienen otra fuente más que ella misma y en tanto conforma una *comunidad*, es decir, un grupo que posee elementos en común –idioma,

²⁹ Al respecto he tomado algunas ideas de Tomás Pérez Vejo, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, pp. 15-18.

³⁰ Véase Mona Singer, *fremd. Bestimmung. Zur Kulturellen Veortung von Identität*, p. 92. Eric Hobsbawm claramente sitúa el nacimiento de las naciones modernas en el siglo XIX. Véase Hobsbawm, *Nations... op. cit.*, p. 18.

³¹ Anderson, *op. cit.*, p. 14.

costumbres, religión, etc. – que lo unen así como lo distinguen de otros grupos. El enfocar sólo la dimensión política de una nación imposibilita el apreciarla en toda esta complejidad político-cultural. De ahí que Anderson busque las raíces culturales de la nación moderna no sólo en filosofías políticas sino en especial en las antiguas comunidades religiosas y dinastías europeas de los siglos XVII y XVIII. Con ello se busca analizar en qué sentido éstas crearon sistemas de signos, religiosos y políticos, a partir de los cuales se instalaron las naciones modernas desde comunidades seculares imaginadas³².

Si suponemos que la comunidad se imagina a sí misma, entonces, cobran aquí relevancia los procesos de constitución de tales entidades. Al respecto, Anderson pone énfasis en la importancia de los medios impresos, en el sentido de que éstos hicieron posible la idea secular de una comunidad lingüística. Ya sea en América hispana y anglosajona –donde los criollos desde el trabajo impreso delinearon las ideas de nación y republicanismo–, ya en Europa –a partir de las historias nacionales, las modernas gramáticas y diccionarios–, el hecho de imprimir y distribuir los textos se volvió crucial para la conformación de las comunidades imaginadas. El ámbito público es donde tales imaginaciones se crearon, a partir de unos grupos que se articulan desde la prensa, la literatura, etc. La nación, en esta dirección, es analizada en tanto artefacto cultural, entidad que es reproducida por un sinnúmero de otros tipos de textos, tales como las novelas y los periódicos.

En tercer lugar, el análisis de nación, como una construcción, enfatiza el hecho de que las naciones modernas son inventos históricos. Tal noción de invento aquí adquiere otras dimensiones al eliminarse su connotación peyorativa o de falsedad y subrayando: “...lo que toda invención tiene de proceso creativo, incluso de formas de conocimiento y, sin duda alguna, de creación de formas de estar y de entender el mundo”³³.

Evidentemente, aquí la noción de invento no es puesta en contraposición a supuestas naciones *verdaderas* o *naturales*, que hubiesen sido reemplazadas por estos artefactos ficticios.

Hobsbawm ha definido las “tradiciones inventadas” en tanto mecanismos de continuidad con un pasado ficticio. De ahí que los procesos que logran vincular nuevas situaciones históricas con un pasado real o inventado, por mecanismos de *cuasi repetición obligatoria*, se constituyen en un elemento importante³⁴.

Ahora bien, Hobsbawm busca diferenciar tales tradiciones inventadas respecto de costumbres, convenciones y rutinas. En este sentido, las tradiciones inventadas de las naciones modernas se perciben esencialmente como un proceso de formalización y ritualización, caracterizado en referencia al pasado,

³² Anderson, *op. cit.*, p. 16. Aquí sigo la lectura que al respecto realiza Ulrich Mücke, “La desunión imaginada. Indios y nación en el Perú decimonónico”. pp. 219-232. Al respecto véase Anderson, *op. cit.*, capítulo II: “Cultural Roots”.

³³ Pérez Vejo, *op. cit.*, p. 13.

³⁴ Hobsbawm, *The invention... op. cit.*, p. 1.

pero sólo si es impuesto por mecanismos de repetición. Tales mecanismos son instalados en ámbitos públicos, transformando prácticas tradicionales, convenciones y rutinas, a fin de modificarlas, ritualizarlas e institucionalizarlas para nuevos propósitos nacionalistas. En la base de tales nociones se encuentra el sentido constructivo de los grupos elitarios, quienes, a partir de un verdadero ejercicio de ingeniería social, logran la cohesión de la población desde un proceso generado y producido desde arriba.

Ahora bien, estas nociones respecto a la construcción, invento o imaginación de la nación no han estado exentas de críticas y reparos. Anthony Smith observa que el concepto *imaginación* o *imaginario* carece de una precisión: ¿en qué sentido imaginación es una creación?, ¿en qué medida adquiere el significado de ilusoria o fabricada? Si es imaginada, ¿responde a procesos mentales individuales? De ser así –es decir, procesos individuales de fabricación mental– la nación no sería otra cosa que un artefacto construido desde otros artefactos culturales –novelas, historiografía, prensa–. En otras palabras: la nación sería la suma de unas fragmentaciones individuales. La nación, en este sentido, dependería de las imágenes y representaciones de sus constructores. Mónica Quijada, analizando la nación Hispanoamericana del siglo XIX, conforma un buen ejemplo de lo que, al respecto, Smith critica:

“...si en algún proceso de construcción nacional hubo auténticos ‘nation-builders’, individuales e individualizables, esos fueron los hispanoamericanos. Ensayistas, historiadores y literatos compaginaron sus horas de reflexión y producción escrita con las más altas responsabilidades políticas. En esa doble capacidad, ellos “imaginaron” la nación que querían y a esa imaginación aplicaron sus posibilidades de acción pública (...) desde la conducción militar a carteras ministeriales y, en más de un caso, el propio sillón presidencial”³⁵.

Lo que resulta problemático para el caso del siglo XIX son ciertos acentos desde los cuales la nación es definida. La nación vista sólo como lo que *unos* imaginan –aunque luego lo lleven a la práctica gubernamental– pone un énfasis en el papel primordial de los grupos elitarios. Ellos se constituyen en el actor principal de las naciones a partir de su voluntad constructivista. Evidentemente esto trae como consecuencia varios presupuestos.

En primer término, resulta primordial la tarea escrita de tales *nation-builders*. Los textos se constituyen en la herramienta, así como en la vía de acceso, que posibilita que las definiciones de nación lleguen a la población. Evidentemente aquí no se considera la cantidad de personas que en un período como el siglo XIX podía leer, ni menos a otros modos de representación cultural como los

³⁵ Mónica Quijada, “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario del siglo XIX”, p. 16; Anthony Smith, *Nationalism and Modernism. A critical survey of recent theories of nations and nationalism*, p. 129.

orales, los que muchas veces primaron frente a la cultura escrita. Sabido es que esta última ha estado por mucho tiempo confinada a grupos muy reducidos. Si sólo se destaca el papel de la cultura impresa y literaria: ¿cómo explicarse el traspaso de tales ideas a otros grupos sociales?

En otro sentido, se sobreestima la noción de que las naciones fueron construidas desde “arriba”. Desde tal punto de vista, las masas son entes meramente pasivos, manejados por la *Intelligenza*. Debido a lo anterior, los aspectos culturales de tales grupos como, por ejemplo, tradiciones orales o prácticas religiosas, no tienen relevancia alguna para el estudio de la nación.

Aquí se instala un punto de vista muy racionalista de la conducta humana: las masas son simples receptoras, quienes se mueven guiadas por la razón que emerge de la cultura escrita. Por su parte, las elites, quienes son las llamadas a construir tales instrumentos de conformación de naciones, expresan una notable eficacia racionalista de manipulación. La posibilidad de que cientos de personas durante el siglo XIX –ya en Europa como en Hispanoamérica– estuviesen dispuestas a morir por su nación, o que la defendiesen, no puede ser explicada sólo por la propaganda y las acciones de los grupos dominantes o por el poder hegemónico del Estado-nación.

La noción de tradición como invento –en el caso de que invento remita a una acción deliberada y consciente de unas elites– tiende a simplificar y hasta ignorar el conjunto de relaciones entre viejas y nuevas tradiciones culturales. Es cierto que las elites y los intelectuales inventan elementos comunitarios deliberadamente, seleccionando y combinando viejas con nuevas tradiciones. Sin embargo, ello lo realizan bajo estrictos límites. Tales límites son seleccionados por la cultura, o las culturas, de los grupos en cuestión: su lenguaje, leyes, música, símbolos, memorias, mitos, tradiciones, etc. El definir *inventos* tan sólo como un acto mecánico, racional y automático no tiene relación con las complejas maneras mediante las cuales las ceremonias se relacionan con antiguas prácticas, así como las formas a partir de las cuales éstas son recepcionadas. El problema radica en considerar las invenciones como un proceso de creación *ex-nihilo*. El punto de vista de Smith es clarificador: toda construcción requiere de una red cultural y social preexistente³⁶.

El ritual y la propaganda muchas veces expresan y multiplican sentimientos, clichés o juicios preexistentes, así como componentes étnicos, religiosos y familiares. En el caso de los países *nuevos* –como los hispanoamericanos o hasta la misma Alemania del siglo XIX– no surgen de la nada: se crean sobre las bases de la cultura previa o de la comunidad étnica dominante, que tiene mayores resonancias en la mayoría de la población. Los intelectuales reconstituyen y reinterpretan, no sólo imaginan. No basta con detenerse en la mente de los inventores, resulta además necesario establecer los mecanismos –sean éstos literarios, educativos, etc.– que relacionaron tales nociones con fenómenos

³⁶ Smith, *Nationalism...*, *op. cit.*, p. 130.

previos, aunque estos últimos sean inventos anteriores, así como los límites y los alcances de tales constructos.

Finalmente, los elementos no racionales, afectivos o hasta sentimentales también representan un papel en la construcción y representación de la identidad nacional. ¿Cómo incluir aquí aspectos axiológicos, religiosos, sentimientos de inferioridad o superioridad? ¿Es que acaso la nación es sólo racional, masculina, elitaria? Por otro lado, ciertos elementos a menudo dejados de lado por sus connotaciones negativas, como los prejuicios, los temores y los estereotipos, también conforman factores de creación comunitaria, tanto como aquellos catalogados como “positivos”. ¿De dónde viene aquello de incluir como parte de la creación nacional sólo a ciertos aspectos considerados como *elevados* o *grandiosos*? ¿Qué papel pudieron haber representado otros elementos, tales como prácticas xenofóbicas o segregaciones? Finalmente, el aceptar el aspecto constructivo de las naciones no debiera obnubilar la dimensión dialogal, las transacciones culturales y las traducciones –en un sentido amplio del término– que toda conformación nacional supuso. Lo otro es ver los acontecimientos como pesadas estructuras: cuasidestinos de una fatalidad histórica inevitable.

Los relatos de viajes como fuente histórica

Gerhard Huck analiza las dificultades que implica el situar la literatura de viaje como fuente historiográfica. De partida está la definición de tal conjunto: ¿qué es realmente literatura de viaje? Se trata de un conglomerado de textos –ficticios y reales– que aparecen en relatos, informes, novelas, artículos de prensa, etc. Algunos se sitúan como diarios o cartas, otros como narraciones aparecidas en forma de libros e, incluso, muchos llegan a quedar inéditos. En este sentido, Huck hace notar una falencia de los estudios históricos, al no definir con suficiente precisión tipologías u otros elementos ordenadores que permitan sistematizar y, por ende, que ayuden a utilizar tal material historiográficamente. Debido a lo anterior es que los relatos de viaje, al menos los que se sitúan como no ficticios, no han podido conformar claramente un punto de apoyo como fuente para la historia³⁷.

Según Huck, la literatura de viaje no ha sido realmente abordada por la investigación histórica, la que, hasta ahora, no ha sacado mucho provecho

³⁷ Gerhard Huck, “Der Reisebericht als historische Quelle”. En relación con el relato de viaje como fuente histórica véase, además, Valéry Berty, *Littérature et voyage au XIX siècle. Un essai de typologie narrative des récits de voyage français en orient au XIX siècle*, Michael Maurer (ed.), *Neue Impulse der Reiseforschung*; Ulla Siebert, *Grenzfällen: Selbstrepräsentation von Frauen in Reisetexten, 1874 bis 1914*, pp. 42-69; Ottmar Ette, “Est-ce que l’on va? Dimensionen, Orte und Bewegungsmuster des Reiseberichts”; Peter Brenner, *Reisen in die Neue Welt: die Erfahrung Nordamerikas in deutschen Reise- und Auswandererberichten des 19. Jahrhunderts*, en especial “Introducción” y *Der Reisebericht in der deutschen Literatur: Ein Forschungsüberblick als Vorstudie zu einer Gattungsgeschichte*; Magnus Mörner, “Europäische Reiseberichte als Quelle zur Geschichte Lateinamerikas von der zweiten Hälfte des 18. Jahrhunderts bis 1870”.

de ésta. Cuando ello ocurre, más bien se lo hace, por un lado, tomando la literatura de viaje desde un particular interés temático, por ejemplo, para la historia del transporte o de las comidas. En otro sentido se la utiliza de forma aislada, localizando su interpretación bajo un limitado tipo de preguntas. Con relación a lo anterior, dicho autor sostiene que, a partir del tradicional punto de vista respecto del sentido de las fuentes para la historia desde los principios teóricos heredados del *Historismus* alemán decimonónico, la literatura de viaje ha ocupado más bien un lugar marginal. Si bien la historia cultural le ha otorgado un papel importante como fuente para el estudio de la vida cotidiana, así como la historia de la técnica la ha utilizado para reconstruir procesos de pensamiento científico o desarrollo de tecnologías, no ha sido vista como una fuente confiable. ¿Dónde radica el problema?³⁸.

Una de las dificultades reside en las múltiples formas que la literatura de viajes presenta, como también en su gran dispersión cualitativa. Lo anterior torna muy complicada su utilización como fuente histórica, en especial cuando el relato de viajes no desea leerse en tanto experiencias de un sujeto, sino, más bien, como un conjunto de informaciones respecto del mundo que el viajero objetivamente vio. En efecto, cuando el interés investigativo no se centra en el autor del relato y sus particulares interpretaciones de las cosas, sino en las cosas reconstruidas por éste, el relato de viaje resulta, por decir lo menos, problemático. A ello se suman los intereses literarios y estéticos del viajero, como también ciertas distorsiones perceptivas, lo que finalmente acaba por quitarle validez a tales textos. El resquemor reside en la posibilidad de que lo descrito por el viajero sea el resultado de representaciones totalmente ajenas a lo que éste efectivamente pudo haber observado y, por lo tanto, que no reflejen la realidad. Al respecto Brenner se cuestiona si tiene sentido, a la luz de todo lo discutido en estos últimos años sobre textualidad y escritura, buscar detrás de los relatos de viajes un “mundo objetivo” o las “cosas por sí mismas”³⁹.

Se puede afirmar, a partir de la cuestión que Huck y Brenner instalan, que lo anterior se relaciona con el sentido de testimonio que se le exige a las fuentes históricas. Si se parte del supuesto de que una fuente es un medio de acceso a una realidad histórica exterior y autónoma, cuya existencia se sitúa al margen de los investigadores, resulta lógico que se ponga en tela de juicio los relatos de viaje al considerarlos un producto subjetivo de un autor y, por lo tanto, muy expuestos a tergiversaciones y falsificaciones. Dado que los relatos de viaje son tomados como fuente de información de los lugares que el viajero describe, toda desviación de éste respecto de lo visto llega a conformar un problema que afecta la calidad del texto como fuente histórica. Las mentiras, los errores de apreciación, la primacía de los intereses personales, son riesgos ante los cuales el historiador, en su calidad de científico, debe estar alerta⁴⁰.

³⁸ Huck, *op. cit.*, p. 30.

³⁹ Brenner, *Reisen...*, *op. cit.*, pp. 6-8.

⁴⁰ Véase Zweder von Martels (ed.), *Travel fact and travel fiction: studies on fiction, literary tradition, scholarly discovery and observation in travel writing*.

En este sentido es que los relatos de viajes son catalogados por los historiadores como un medio muy delicado que una y otra vez deben ser neutralizados o cotejados con otros escritos de la época. Según Ette, hasta ahora tales textos han sido cuestionados como documento de la realidad, a partir de su empiricidad, como una *narratio vera*⁴¹.

Ahora bien, aquí es posible instalar una dimensión diferente si los relatos de viajes son asimilados de otra manera, en relación con otros fines: no como fuente para los países descritos o con relación a la fantasía literaria de su autor, sino, simplemente, como testimonio del tipo de pensamiento de su autor e, indirectamente, de la mentalidad de su país de origen⁴².

En efecto, si se utilizan dichos textos desde una doble entrada analítica –como fuente para el estudio de los países que los relatos describen y en relación con ciertas características del autor que se translucen en tales descripciones– entonces éstos dejan de ser estudiados tan sólo como un conjunto de informaciones de lugares descritos. En tal dirección, los relatos de viaje pueden llegar a constituir un lugar privilegiado para analizar otros aspectos, tales como percepciones sociopolíticas, conformación de identidades y alteridades, prejuicios, estereotipos, etc., que los propios viajeros evidencian en sus relatos. Junto con lo anterior, es posible incluir también el análisis de las posiciones que éstos asumen entre pueblos extraños: sus motivaciones e intereses, sus maneras de clasificar lo ajeno, los argumentos que exponen a la hora de explicarse las diferencias entre tales espacios y su tierra natal.

Analizar los relatos de viajes desde estas perspectivas pone en evidencia el doble carácter que para la historiografía tales escritos representan. En palabras de Cornelius Neutsch: en el intento de valorar la utilización de la literatura del viaje como fuente para la historia social y económica llama la atención su ambivalencia. Por un lado informan sobre la región que es recorrida, al mismo tiempo que reflejan, por otro lado, las múltiples relaciones sociales del autor. Ambas variables se encuentran frecuentemente en una estrecha relación⁴³.

Ahora bien, el definir una investigación que tome los relatos de viaje como una manera de acercarse no sólo a lo que los viajeros describen sino, también, a sus categorías de análisis, supone analizar con mayor detención el *yo* del viajero. Éste puede ser visto como un testimonio de un tipo de pensamiento que expresa el autor, el cual, directa o indirectamente, puede remitirse a su lugar de procedencia⁴⁴.

Neutsch ha mostrado cómo es posible utilizar tal orientación investigativa dentro de la especialidad de la historia de las mentalidades, a partir de

⁴¹ Ette, "Est-ce...", *op. cit.*, p. 45.

⁴² Huck, *op. cit.*, p. 2.

⁴³ Cornelius Neutsch, *Reisen um 1800. Reiseliteratur über Rheinland und Westfalen als Quelle einer sozial- und wirtschaftsgeschichtlichen Reiseforschung*, pp. 7-8.

⁴⁴ Neutsch, *op. cit.*, p. 37. En relación con el vínculo entre relatos de viajes y el *yo* del autor, véase Casey Blanton, *Travel writing: the self and the world*; Ette, "Est-ce...", *op. cit.*, pp. 47-49. Con relación a una tipología del *yo* del viajero, véase Berty, *op. cit.*, pp. 116-134.

estudios realizados sobre relatos de viajes escritos en las regiones de Rheinland y Westfalen en Alemania. En tales textos, Neutsch nota las diferentes representaciones que los viajeros utilizan para describir dichas regiones. Aquí se advierten prejuicios, estereotipos, visiones sociales como, también, ciertas críticas sociales de corte ilustrado a la situación del lugar a comienzos del siglo XIX⁴⁵.

Enfrentado a dicha investigación histórica, Neutsch discute las dificultades de trabajar los relatos de viajes desde tales perspectivas. Si se consideran sus diferentes cualidades, sus formatos y sus orígenes resulta difícil el reunirlos y ubicarlos bajo un mismo análisis comparativo. A lo precedente se suma el complejo proceso comunicacional entre el autor, las presiones de los editores y sus posibles mecanismos de censura. Lo anterior, sumado a las características del público lector, dificulta su reconstrucción histórica. A pesar de ello, Neutsch se muestra partidario de su utilización, puesto que, no obstante, las dificultades que tal género suscita y de las dudas respecto de su valor como fuente historiográfica, éste pone en evidencia algunas de las preocupaciones centrales que movieron a la gente en los comienzos del siglo XIX como ninguna otra fuente puede llegar a hacerlo. Apoyando su punto de vista en Wulf Wülfing llega a afirmar que, a pesar de todos los escollos metodológicos, la literatura de viajes continúa siendo uno de los medios más seguros para acercarse a la realidad pasada⁴⁶.

Michael Maurer, analizando la complejidad del tema, afirma que la combinación de la historia de las mentalidades con los relatos de viajes pone dos tipos de preguntas, articulando sendas direcciones: o se investiga qué mentalidad pudo haber tenido una persona como para trasladarse y cómo su mentalidad se transformó a través del viaje o se toma el relato sobre el viaje como testimonio de una mentalidad y sus cambios. Evidentemente ambas direcciones se pueden complementar: los relatos de viajes pueden ser vistos como testimonio, tanto de las transformaciones que el viajero evidencia durante el trayecto y sus cambios una vez que el viaje hubo finalizado, así como respecto de los motivos que lo impulsaron a desplazarse⁴⁷.

Ahora bien, metodológicamente hablando, se instala una duda para la historiografía: ¿hasta qué punto los relatos de viajes reflejan sólo el yo del viajero y, por tanto, poco se relacionan con fenómenos sociohistóricos?

En primer lugar, el hecho de analizar el yo del viajero no implica, en ningún caso, que el trabajo se concentre exclusivamente sobre la personalidad de un escritor en sí misma. Ningún relato de viaje es sólo un asunto autobiográfico. Tal como lo expone el mismo Maurer, no se trata de mentalidades aisladas sólo

⁴⁵ Neutsch, *op. cit.*, p. 8. Respecto al valor de los viajes como fuente histórica véase, asimismo, a Peter Burke, *Formas de historia cultural*, pp. 127-146.

⁴⁶ Wulf Wülfing, "Reiseliteratur". En este caso, tomado de Neutsch, *op. cit.*, p. 38.

⁴⁷ Michael Maurer, "Reisen interdisziplinär – Ein Forschungsbericht in kulturgeschichtlicher Perspektive", pp. 395-404.

en contacto con sus preocupaciones y fantasías sino, además, de contenidos socioculturales que los viajeros expresan a través de sus descripciones⁴⁸.

Sobre el punto anterior señala Brenner que en tal crítica se advierte la creencia respecto de una verdadera dicotomía entre “realidad social” y literatura, ignorando que esta última en ningún caso se contrapone a la “realidad” sociocultural; por el contrario, ella es parte integrante, no pudiendo escapar a sus marcos y directrices⁴⁹.

En segundo lugar, un relato de viaje que es escrito una vez en casa se articula con la sociedad que lo consumirá como público lector. Por un lado, éste llena ciertos requerimientos sociales e intelectuales específicos: satisfacción de la curiosidad respecto de pueblos extraños, conocimiento de nuevas especies, evaluación de ciertas posibilidades de inmigración o de explotación de recursos naturales, comparación de sistemas sociales y políticos. Por otro lado, los relatos de viaje se articulan a partir de ciertos puntos de referencia respecto de lo que resulta conocido para el público lector: lo propio, a su vez, cumple una función de medida de evaluación, diferenciación e interpretación. Así, por ejemplo, los ríos se miden en proporción a los del propio país (tanto o más ancho que el Rhin, Biobío, etc.); las características de la población, en relación con las propias; las costumbres, bajo la luz de lo que en casa se practica. El mundo desconocido, a menudo, es descrito y neutralizado bajo toda una tipología que se vincula directamente con lo que al público le resulta familiar, cercano y, por tanto, comprensible. De modo que el relato, por más “íntimo” que sea, refleja, se articula y se construye a través y por el espacio sociocultural que está detrás suyo. Así como un juego de espejos, el analizar los relatos de viajes en función del grupo al cual está dirigido o representado, puede aportar tanto o más que cualquier otro texto emanado del propio país, publicado para su consumo interno y que, además, tampoco está exento de dificultades, subjetividades y tergiversaciones.

Arnold Esch, para el caso de la Edad Media, ha demostrado cómo es posible tomar los relatos de viajes y buscar en ellos su historicidad. Aquí lo que no es descrito en forma fehaciente o verdadera tiene tanta o más importancia que lo fielmente relatado. Esch se pregunta: ¿por qué un estilo de construcción eclesiástico es visto desde diferentes perspectivas por distintos viajeros?, ¿por qué unos buscan el origen de tal forma arquitectónica y tratan de determinar su edad y su escuela y otros, más bien, lo vinculan desde asociaciones mitológicas? Un mismo espacio, en un mismo tiempo, puede ser relatado de maneras hasta contradictorias y no tan sólo dadas unas percepciones o intereses disímiles sino, también, porque los lugares culturales y sociales de los viajeros difieren⁵⁰.

⁴⁸ En cuanto al relato de viaje como frontera entre ficción y dicción, véase a Ette, “Est-ce...”, *op. cit.*, 47-49.

⁴⁹ Brenner, *Reisen...*, *op. cit.*, pp. 6-7.

⁵⁰ Arnold Esch, “Anschauung und Begriff. Die Bewältigung fremder Wirklichkeit durch den Vergleich in Reiseberichten des späten Mittelalters”. En este caso, tomado de Maurer, *Neue...*, *op. cit.*, pp. 397-398.

En tercer lugar, en la orientación del estudio de los relatos de viajes como reflejo de procesos que ocurren en los propios viajeros, resulta importante estudiar la posición retórica que éstos asumen y no sólo el argumento que sustenta sus descripciones: ¿debido a qué se acentúa uno u otro aspecto de la descripción?, ¿ironizan?, ¿cuándo ironizan, destacan u omiten?, ¿qué dejan de lado y buscan omitir? El estudio de dichas posiciones retóricas posibilita visualizar la doble entrada que el viajero evidencia: tanto la percepción de la distancia cultural que lo separa de lo que observa como los intentos de comprenderla y traducirla a algo más familiar⁵¹.

Finalmente, el registro de los viajes y sus soportes textuales son factores importantes en la utilización de la literatura de viajes como fuente histórica. Un relato que capte el viaje a medida que éste transcurre, como es el caso de las cartas, difiere de uno que se escribe en casa una vez terminada la travesía. En este sentido, es importante explicitar las dimensiones y movimientos que los textos ponen en escena: el tipo de formato que recoge el periplo –carta, memoria, relato, etc.– es tan importante como los aspectos biográficos del viajero. Unos y otros se vinculan la mayor parte de las veces de forma implícita, de ahí la tarea del investigador de sacar a la luz sus imbricaciones⁵².

Sin lugar a dudas, la emergencia de un nuevo campo documental requiere de un conjunto de consideraciones teóricas que lo inserten y legitimen en tanto material para comprender la historia. En este sentido, el presente texto busca, desde la perspectiva empírica, aportar en tales direcciones.

⁵¹ Burke, *op. cit.*, p. 131.

⁵² Al respecto, véase Ottmar Ette, “Los caminos del deseo: coreografías en la literatura de viajes”.

VIAJEROS ALEMANES DEL SIGLO XIX: BAJO LA SOMBRA DE ALEXANDER VON HUMBOLT

ALEMANIA:

REISEKULTUR O CULTURA DEL VIAJE

Al comenzar el siglo XIX la cultura alemana ya poseía una tradición de viajes desde hacía siglos, fuesen recorridos dentro de los espacios regionales o a ultramar. Junto con ello se había desarrollado una idea de dejar por escrito los viajes en forma de relatos, diarios de viajes, cartas o novelas. El arribo de viajeros alemanes a Hispanoamérica necesariamente se inscribió dentro de esta larga tradición de viajes y relatos: como modelos literarios, como formas de enfrentamiento con lo extraño y como experiencias de la distancia. Puesto que este bagaje tuvo un peso sobre los viajeros alemanes que durante el siglo XIX arribaron a las costas americanas, en lo que sigue se busca ofrecer un panorama de parte de aquel conocimiento previo o “cultura del viaje” que éstos transportaron al Nuevo Mundo y, por ende, a Chile⁵³.

Puede decirse que fue durante la Edad Media cuando el relato de viajes surgió al amparo de los peregrinos que traspasan las fronteras en su intento por alcanzar la santidad. El peregrinus, aquel forastero en busca de su salvación, conformaba toda una corriente que lo enlazaba con la tradición bíblica de Abraham: el solitario así como un ajeno al mundo terrenal al encuentro de su redención que, siguiendo las huellas del Señor, se ve obligado al desplazamiento. En un comienzo ello implicó sitios no tan lejanos, sin embargo al finalizar el período medieval, ya lugares de peregrinaje tales como Santiago de Compostela, Roma o Jerusalén, se habían consolidado como circuitos obligados. Entre 1648 y 1848 cientos de relatos y libros recogían las experiencias de los viajeros en Tierras Santas. En los textos dominan los motivos de fe: muchos relataban desde la perspectiva de un viaje religioso –casi interior– al encuentro con las bases de la cristiandad, otros más bien se instalaban como documentos geográfico-históricos de los lugares ubicados dentro del circuito del peregrinaje, destacando el acercamiento a las reliquias, los milagros acaecidos, así como el culto a los santos. A pesar de que la mayoría de tales relatos se concentraron fuera del territorio europeo –es decir en Jerusalén– también Roma y Santiago de Compostela continuaron ejerciendo una atracción a los miles que se desplazaban en busca experiencias religiosas y santas reliquias. Según Peter

⁵³ De aquí en adelante sigo a Hermann Bausinger, Klaus Beyrer y Gotfried Korff (eds.), *Reisekultur. Von der Pilgerfahrt zum modernen Tourismus*.

Brenner, el viaje de peregrinaje en la época medieval fue un gran impulso al desarrollo de los viajes en Europa. De alguna manera, tales recorridos dieron la base a la *Reisekultur* o cultura del viaje en Alemania, diseñando los primeros circuitos, formas de acercamiento con lo extraño y cánones literarios, que más tarde se pondrán en práctica ante otras experiencias viajeras⁵⁴.

La Edad Media, contrariamente a lo que pudiera pensarse, no fue un período inmóvil. Por la misma época en que los peregrinos buscaban llegar a Tierra Santa, se podía ver cómo ciertos oficios y actividades económicas se vinculaban con los desplazamientos. Artesanos, comerciantes y vendedores ambulantes debieron pasar cada vez más tiempo en viaje.

Los artesanos se vieron en la obligación de moverse como una forma de acumular experiencia laboral o alcanzar un estatus de maestro. Por otro lado, muchos trabajadores de las construcciones debían recorrer las ciudades en busca de nuevas obras arquitectónicas. Todos estos elementos hacían de dicho oficio algo muy móvil. Las ciudades vieron arribar constantemente diferentes tipos de artesanos que ocupaban su fuerza de trabajo en la construcción de iglesias, templos, edificios públicos, como también en herrerías, jardines y calles⁵⁵.

Durante la Edad Media los vendedores ambulantes se concentraron especialmente en aquellas regiones más pobres de Alemania, donde las condiciones económicas y el abastecimiento no funcionaban. Cientos de vendedores se desplazaron por el centro del país, en el Westerwald, Sauerland, en el Bayerischen Wald o en el Alb de Schäben, ofreciendo sus productos tales como: alimentos de primera necesidad, herramientas, telas, etc. Posteriormente, ya entrado el siglo xv, los espacios de desplazamiento, así como los productos mismos, se fueron ampliando y diversificando. Por el siglo xix la cantidad de vendedores ambulantes se contaban por miles, ofreciendo no sólo herramientas o alimentos sino, cada vez más, joyas, textiles, libros, pinturas y vajillas.

Los comerciantes vincularon su oficio directamente al desplazamiento pasando su vida laboral entre los mercados y las ferias. El movimiento a lugares lejanos llegó a ser una norma a fin de ejercer la actividad. Los comerciantes fueron uno de los grupos más dinámicos y uno de los primeros, junto a los peregrinos, en vincular viaje y descripción. Sus textos destacaban las rutas y las dificultades en la venta de sus productos. Muchos relatos no solamente se concentraban en las descripciones de la actividad comercial sino que, además, incluían largos capítulos sobre los pueblos que se encontraban en su ruta, principalmente del Lejano Oriente. No pocos de aquellos se ubicaron como verdaderas aventuras, narrando las peripecias y peligros en mundos lejanos

⁵⁴ Respecto del viaje de peregrinación véase Renato Stopani, *Il camino italiano per Santiago de Compostela: le fonti itinerarie di eta medievale*; Folker Reichert, *Erfahrung der Welt: Reisen und Kulturbegabung im spaeten Mittelalter*; Nicole Chareyron, *Les pelerins de Jerusalem au Moyen Age: l'aventure du saint voyage d'après journaux et mémoires*. Véase Brenner, *Der Reisebericht...*, op. cit., pp. 41-42.

⁵⁵ Para el caso de los siglos xviii y xix, véase Annemarie Steidl, *Auf nach Wien! Die Mobilität des mitteleuropäischen Handwerks im 18. und 19. Jahrhundert am Beispiel der Haupt- und Residenzstadt*.

y exóticos. Por otro lado, la conformación de circuitos comerciales obligó a los comerciantes a confeccionar rutas de viajes, así como el cálculo de las distancias, lo que, sumado a las cartas geográficas, fue un gran impulso y avance para posteriores viajeros.

A partir del siglo XVI, eruditos, hombres de letras y científicos se vuelcan en viajes de estudio e investigación. Al comienzo, la propia actividad académica obligó al desplazamiento a fin de formarse en materias específicas, acumular experiencias laborales y personales. Poco a poco se fueron creando unos circuitos por universidades, bibliotecas y academias, conformando la así llamada “república literaria”. Estos recorridos no sólo eran realizados por hombres sabios e intelectuales también por príncipes o eclesiásticos de jerarquía. La conformación de tal “república”, al amparo de los viajes europeos, fue vista como una tarea de los eruditos en el cometido de preservar la lengua latina clásica. A diferencia de otros viajes, estos recorridos no se interesaban por describir aventuras o demostrar la valentía y el coraje frente a pueblos hostiles. El objetivo radicaba en contribuir a la renovación cultural de los ciudadanos, transformando las bases de la cultura occidental desde sus fuentes primigenias.

Junto a estos viajes de eruditos, y muchas veces en imbricación con ellos, aparece el de jóvenes miembros de la nobleza, el llamado *Bildungsreise* o *Adlige Kavalierstour*. Se trata de desplazamientos de formación intelectual y espiritual al mundo antiguo, representado por el sur europeo, principalmente Italia y Grecia. Este *tour* aristocrático era emprendido por jóvenes que se trasladaban como parte de su currículum educacional, realizando un viaje de formación necesario a fin de emprender una tarea futura, fuese ésta intelectual o no⁵⁶. La distancia del lugar de origen permitía enfrentarse consigo mismo, de ahí que muchos textos fuesen escritos como diarios de viajes que una vez de vuelta en casa eran publicados. A pesar de ser algo tardío, uno de los más famosos de entre estos viajes al sur de Europa fue el *Viaje a Italia (Italienische Reise)* de Johann Wolfgang von Goethe (1786).

En no pocas ocasiones el viaje de aristócratas conformó una preparación para el inicio de una carrera de funcionario público, a fin de tomar contacto con otros miembros de la nobleza europea, sin dejar de lado el hecho de visitar universidades y academias y el aprendizaje de lenguas como el francés, el italiano o español. En un período donde las especializaciones aún no se consolidaban, llegó a ser importante el dominio de diferentes disciplinas por sobre una es-

⁵⁶ Respecto del *Bildungsreise* y *peregrinatio* académica en Alemania, véase Stephanie Irrgang, *Peregrinatio academica: Wanderungen und Karrieren von Gelehrten der Universität Rostock, Greiswald, Trier und Mainz im 15. Jahrhundert*; Antje Stanek, *Telemachs Brüder: Die höfische Bildungsreise des 17. Jahrhunderts*; Linda Maria Pütter, *Reisen durchs Museum: Bildungserlebnisse deutscher Schriftsteller in Italien (1770-1830)*; Gerald Glaubitz, *Geschichte, Landschaft, Reisen: Umrisse einer historisch-politischen Didaktik der Bildungsreise*. Véanse, además, los artículos de Thomas Grosser, “Reisen und soziale Eliten. Kavalierstour – Patrizereise – bürgerliche Bildungsreise” y Winfried Siebers, “Bildung auf Reisen, Bemerkungen zur Peregrinatio academica, Gelehrten- und Gebildetenreise”, pp. 135-176.

pecífica, de ahí la importancia de realizar viajes y familiarizarse con diferentes artes y especialidades. Por otro lado, este viaje llenaba un vacío educativo: en la ausencia de una educación formal en ciencias políticas tal *Bildungsreise* fue el principal punto de encuentro de la aristocracia europea con la organización social y política de los más importantes países del Viejo Continente⁵⁷.

Dentro de estos viajes de formación o *Bildungsreise* hubo campos específicos de desplazamientos, como el así llamado *Kavaliersfächern*. Este viaje lo realizaban aristócratas interesados en el estudio de idiomas, del Derecho, de la Matemática, Arquitectura, como también de la Geometría. A ellos habría que sumarle los denominados *Exercitien*, es decir, aquellos que se ejercitaban como bailarines, espadachines, jinetes o cazadores.

Para todos los tipos de *Bildungsreise*, estuviesen vinculados a disciplinas específicas o no, la posibilidad del desplazamiento significaba un requisito previo en su vida laboral o social, así como una parte esencial de su formación.

A partir del siglo XVIII estos viajes de caballeros, aristócratas y profesores, van a adquirir un nuevo sentido. Cada vez más los desplazamientos entrarán en la lógica ilustrada y utilitaria. Ello significa que los viajes, junto con su sentido de acumulación científica y de aprendizaje, serán orientados en el inventario de las riquezas naturales y humanas de los lugares descritos. De ahí que muchos mercaderes y comerciantes tomaran parte en el financiamiento de aquellos, con el objetivo de obtener los elementos necesarios a fin de iniciar o transformar una empresa comercial, como una forma de poder hacer calculables las pérdidas y ganancias, a fin de vislumbrar la apertura de nuevos mercados. Los viajeros, entonces, escribirán relatos de viajes no sólo incluyendo descripciones de costumbres y paisajes sino, también, adjuntando información estadística y mercantil. Obviamente este sentido utilitarista hizo que la vinculación del relato con la “realidad observada” fuese fundamental, transformando muchas veces el sentido del viaje y sus relatos más que en un asunto de literaturas, en algo serio y de importancia económica⁵⁸.

Se ha afirmado que a partir de los *Bildungsreise* se inauguró el *Grand Tour* por el continente europeo. Éste correspondió a una práctica específica de viaje por el Viejo Continente –entre 1600 y 1830–, siendo definido como un viaje del frío norte al cálido sur con sus particulares narrativas de movimientos a través de Los Alpes llegando a Roma. Estos recorridos conformaron toda una geografía imaginada sobre Europa, creando un lenguaje en los relatos de viajes que trasladaba al texto la topografía del lugar mediante mitificaciones, visiones y fantasías⁵⁹.

⁵⁷ Helga Quadflieg, “Approved Civilities and Fruits of Peregrination”, p. 22.

⁵⁸ Aquí sigo a Helene Bonnländer, *Der vermittelte Imperialismus. Der Blick auf außereuropäische Lebenswelten von Alexander von Humboldt zu Heinrich Brugsch*, pp. 25-30.

⁵⁹ Chloe Chard, “From the Sublime to the Ridiculous, The Anxieties of Sightseeing”, p. 47. Respecto del *Grand Tour*; véase de la misma autora *Pleasure and guilt on the Grand Tour. Travel writing and imaginative geography. 1600-1830*.

Esta transposición de la geografía a los relatos, muchas veces literariamente, se construyó como una hiperbolación del paisaje descrito: la magnificencia de las montañas, la majestuosidad de unos valles, la soledad de ciertos parajes. Interesante resulta observar cómo mucha de esta transposición del paisaje a un relato de viaje será repetida, reinstalada y reapropiada en espacios no europeos. De esta forma los viajeros alemanes no pocas veces tomarán Los Alpes como modelo de descripción, comparación e idealización, al describir las altas cordilleras sudamericanas, como Los Andes.

El *Weltreise*, o viaje alrededor del mundo, conformó otro tipo de desplazamiento que es posible visualizar entre los siglos XVIII y XIX en lo que actualmente es Alemania⁶⁰.

Tal como lo afirma Reinhard Heinritz, este tipo de viaje resulta difícil de definir claramente. Según tal autor, dicha travesía corresponde a un tipo de desplazamiento que posee la intención de alcanzar muchos lugares de la tierra en un solo recorrido. Lo decidor es el doble carácter que tal desplazamiento tuvo. Según Heinritz, a pesar de que el proyecto de un viaje alrededor del mundo correspondió a un viaje de descubrimiento e investigación, junto con tales intenciones científicas estuvo presente la noción imperial europea. De ahí el doble carácter de un viaje que servía a fines intelectuales a la vez que económico-políticos. Dentro del espectro de los viajeros alemanes es, sin duda, Georg Foster el principal representante del *Weltreise*, quien a fines del siglo XVIII emprende la vuelta al mundo junto al británico James Cook. Foster no sólo resulta importante como acompañante de Cook sino, también, por el tratamiento que da a las descripciones de mundos exóticos y lejanos. A partir de él, nociones tales como la multiplicidad o variedad de otros mundos, así como la atención a cada especificidad etnográfica, serán claves que otros más tarde llevarán en su preconcepción de lo ajeno, entre ellos Alexander von Humboldt⁶¹.

Dos son los objetivos que tuvo el viaje alrededor del mundo. Por un lado, el deseo de construir un catálogo de viajes lejanos, a fin de comparar pueblos diferentes y culturas. Tal catálogo podría prestar una utilidad a científicos de la naturaleza o estudiosos de los idiomas que no tenían la posibilidad de emprender desplazamientos a tierras lejanas. De esta forma, era posible enlazar teoría con práctica, lo que en la época conformaba un problema de creciente interés. De ahora en adelante –y a partir del viaje– las investigaciones podían basarse más sobre hechos observados y recopilados, antes que sobre especulaciones. De modo que el viaje alrededor del mundo poco a poco fue adquiriendo un sentido tanto científico-natural –por ejemplo, traer diferentes especies botánicas a las colecciones europeas– como etnográfico. En otro aspecto, estuvo la intención de identificar las complicaciones y peligros que ofrecía tal desplazamiento, como una manera de estructurar una suerte de

⁶⁰ Aquí sigo a Heinritz, *op. cit.*, pp. 93-109.

⁶¹ *Ibid.*

“metodología” del viaje. Tal metodología permitía reducir en lo posible los riesgos y advertir a futuros viajeros de los problemas más comunes con los que eventualmente podrían encontrarse⁶².

Los emigrantes comienzan a buscar mejor suerte en tierras lejanas a partir de mediados del siglo XVIII. Lo anterior ha tenido directa relación con cambios demográficos que a partir de ese período sufre Alemania y Europa en general. De cerca de ciento cuarenta millones de habitantes que en el año 1750 había en el Viejo Mundo, se pasó a doscientos cincuenta y cinco millones en el año 1850. El abastecimiento como las tierras de cultivo no fueron suficientes ante el aumento explosivo de población. El mercado laboral así como la creciente industrialización, no podía absorber tanta cantidad de fuerza laboral. Miles e, incluso, millones, debieron abandonar sus tierras y emigrar. En un comienzo los traslados desde los reinos germánicos se dirigieron hacia Rusia, Hungría y a la región del río Volga. Posteriormente, el grueso de los emigrantes de lo que actualmente es Alemania se encaminó hacia América, que se convirtió en el horizonte mental de emigración y en un fenómeno de masas, llegando entre los años 1841 y 1910 a cerca de cinco millones de inmigrantes germanos sólo en Estados Unidos⁶³.

En América se desarrolló una importante producción de literatura de viajes, alcanzando una especial posición y función dentro de dicha literatura durante fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Por un lado, se desarrolló todo un espectro de *Auswandererliteratur* o literatura de inmigrantes, que era escrita por los alemanes que habían arribado al Nuevo Mundo. Aquí es posible incluir desde novelas de viajes, relatos de viajes, consejos para nuevos inmigrantes, relatos aparecidos en periódicos, cartas publicadas e inéditas hasta estadísticas geográficas, libros de viaje de bolsillo y rutas de viajes. Esta literatura servía como ayuda a los inmigrantes instalados en América, como también llenaba los espacios de curiosidad del público alemán sobre los habitantes, paisajes y costumbres del Nuevo Mundo⁶⁴.

Al comenzar el siglo XIX todas estas formas de desplazamiento iban siendo acompañadas por el desarrollo creciente de los medios de transporte. Según Marjorie Morgan, a partir del siglo XIX una variedad de vehículos y métodos de transporte estuvieron disponibles para los viajeros europeos. Los carruajes incorporaban mejores técnicas de desplazamiento, los canales y ríos navegables, que desde hace siglos eran utilizados como forma de comunicación, se fortalecieron con la introducción del barco a vapor. Finalmente, la aparición del tren vino a coronar el empeño de un transporte que se hacía cada vez más rápido. En dicha centuria el transporte ferroviario en Alemania tuvo un espectacular desarrollo, teniendo ya a mediados de siglo un número importante de vías para el uso co-

⁶² Heinritz, *op. cit.*, pp. 71-80.

⁶³ Brenner, *Reisen...*, *op. cit.*, pp. 48-55.

⁶⁴ *Op. cit.*, pp. 41-44. Para un relato de inmigrantes alemanes en Chile, véase Carl Andwanger, *Desde Hamburgo a Corral*.

mercial y de pasajeros. Respecto del viaje a ultramar, éste sufrió grandes cambios, aumentando no sólo la capacidad de transporte sino, también, disminuyendo el tiempo del traslado. El viaje a tierras lejanas se hacía cada vez más seguro a medida que el siglo avanzaba, así como iba incorporando una infraestructura para el viajero y no sólo para el transporte de mercadería o carga⁶⁵.

Comerciantes, profesores, científicos, artistas, emigrantes. Algunos estudiosos han afirmado que motivos económicos no bastan para explicar este fenómeno migratorio alemán, así como su interés en el viaje. Se ha buscado la respuesta para dicha característica en ciertos elementos culturales que habrían hecho propensa a su gente al traslado, como una suerte de “criatura migratoria”⁶⁶.

Si bien otros europeos, como los ingleses o los franceses, se desplazaron con frecuencia y en gran número, será en lo que hoy es Alemania donde la *Reisekultur* se verá más inserta en su horizonte cultural: en su literatura –piénsese en lo popular que llegó a ser la literatura de viajes–; en la base de sus instituciones –tómese el aporte de los viajeros en la conformación de museos y herbarios o en las academias científicas y universidades–; en su desarrollo artístico, etc. De modo que cuando a comienzos del siglo XIX los avances en las formas de desplazamiento ultramarino, así como los cambios políticos acaecidos en las antiguas colonias ibéricas pusieron a la América hispana en el horizonte de los viajeros alemanes, éstos no dudarán en emprender la aventura americana. La cultura del viaje acompañaba a esta empresa. No es extraño, entonces, que justamente sea Alexander von Humboldt, un prusiano, el europeo que más huellas deje sobre el subcontinente, así como sobre otros viajeros que desde diferentes partes del mundo vendrán a encontrarse con el Nuevo Mundo. En lo que sigue se analizan las características de la travesía alemana a la América hispana: sus diferentes tipos de viajes y relatos, como también los discursos que sobre dicho continente tales viajeros fueron construyendo. Parte importante, sin duda, es la figura del naturalista Alexander von Humboldt, quien será objeto de una atención particular.

EL VIAJE DE ALEMANES A LA AMÉRICA HISPANA

A pesar de que es posible advertir viajeros desde lo que actualmente es Alemania hacia América antes del siglo XIX –ligados principalmente a viajes de descubrimiento y comercio– será sólo en dicha centuria cuando los desplazamientos se hagan más frecuentes⁶⁷.

⁶⁵ Aquí sigo a Morgan, *op. cit.*, pp. 32-39.

⁶⁶ “The German is a migratory creature, meint der US-amerikanische Historiker Richard O'Connor und folgert, Not the menacing Prussian eagle but the Wandervogel is the German national bird”, Holger M. Meding, “Zwischen Abgrenzung und Anpassung Deutsche Einwanderer am Oberen Paraná”.

⁶⁷ Según Andrea Weindl tres son los viajeros que aquí se podrían destacar entre los siglos XVI y XVII: el conquistador bávaro Ulrich Schmidel, el médico prusiano Johann Peter Oettinger y

La creación de los nuevos Estados hispanoamericanos, posterior a la emancipación de España, facilitó a muchos europeos recorrer el subcontinente. Por un lado, ya no era necesario una autorización de la corona hispana; por otro lado, los países hispanoamericanos buscaban atraer a europeos, ya con el objetivo de iniciar vínculos comerciales, ya como una forma de obtener técnicos, ya con la esperanza de una nueva migración hacia los territorios aún no realmente ocupados en las fronteras de las nuevas repúblicas. De modo que, poco a poco, un número importante de alemanes comenzaba a pisar suelo hispanoamericano.

Según Walter Bernecker, así como dentro de Europa o en otras regiones del globo se desarrollaron diferentes tipos de viajes y relatos, también ocurrió en el caso de los viajeros alemanes en Hispanoamérica. A partir de los motivos de los viajes es posible observar varios tipos de viajeros: comerciantes, científicos, descubridores, artistas, aventureros, colonos, diplomáticos y misioneros⁶⁸.

En tales viajeros, desde sus propios intereses y posibilidades, así como de su formación cultural, es posible encontrar un gran espectro de observaciones, impresiones, juicios, análisis, enfrentamientos culturales y formas de definiciones del Nuevo Mundo, desde un número enorme de relatos de viajes⁶⁹.

Los relatos distan mucho de ser homogéneos. Cada texto obedecía a motivos diversos, tales como: manuales para inmigrantes, orientaciones para viajes comerciales, orientaciones para viajes científicos, intereses de carácter poético, literario o pedagógico, así como la descripción de ciertos exotismos presentados a un público europeo deseoso de conocer lejanas tierras y extraños habitantes. Tal como lo afirma Bernecker en su citado artículo, las diferentes funciones de dichos relatos se fueron vinculando con las tradiciones literarias y convenciones respecto a cómo debía escribirse un relato de viaje, aspectos que por lo demás –tal como aquí se ha esbozado– poseía ya una larga tradición en Alemania.

De todos los tipos y variedades de relatos de viajes de alemanes que durante el siglo XIX se escribieron sobre Hispanoamérica, sin duda, tres tipos fueron los más significativos: el relato de científicos, el de artistas pictográficos y el de aventureros. Puesto que el objetivo de este trabajo radica en analizar los relatos

el esclavista sajón Heinrich von Uchteritz; Andrea Weindl, "Von Erobern und Sklaven. Deutsche Amerikareise im 16. Und 17. Jahrhundert".

⁶⁸ Véase Walter Bernecker y Gertrud Krömer (eds.), *Die Wiederentdeckung Latinoamerikas. Die Erfahrung des Subkontinents in Reiseberichten des 19. Jahrhunderts*, en especial pp. 9-17. Además del propio Bernecker, "Bedeutung und Stellenwert von Reiseberichten". Sobre tipologías de viajeros europeos a la América hispana véase Möner, *op. cit.*, pp. 281-314.

⁶⁹ Sólo en la biblioteca especializada en relatos de viajes de la ciudad de Eutin (Eutiner Landesbibliothek), en su catálogo sobre literatura del viaje en idioma alemán, entre los siglos XVII y XX, es posible encontrar bajo la rúbrica "Viajeros en Chile en el siglo XIX" más de setenta títulos. Lo anterior, sin contar los relatos de viaje aún no publicados y que se conservan esparcidos en archivos públicos y privados.

de viajes en tanto experiencia de la distancia o como forma de creación de lo propio a partir de la mirada a los límites culturales y nacionales; entonces, estos tres tipos resultan de gran interés. Analizar la posición de los viajeros alemanes en la América hispana necesariamente supone incluir este espectro de perspectivas, intereses, tipos de relatos y posiciones⁷⁰.

El viaje científico

A pesar de que antes hubo viajes de investigación científica a América –como el de Alessandro Malaspina en 1789– éste, en su sentido moderno, fue inaugurado por Alexander von Humboldt a partir de su travesía entre 1799 y 1804. Es posible afirmar que desde tales recorridos Humboldt instaló, así como los circuitos del *Bildungsreise* de los siglos XVI y XVII europeos, una verdadera *peregrinatio academica* por el Nuevo Mundo, que proyectará su sombra sobre toda la centuria e, incluso, más allá. A partir de ahí se volcarán muchos investigadores siguiendo las huellas del naturalista berlinés –o, por el contrario, intentando enfrentarlo– a partir de toda una red de científicos y naturalistas que llegan al Nuevo Mundo, impulsados o apoyados personalmente por Humboldt, o, simplemente, influenciados por sus textos americanos⁷¹.

Alexander von Humboldt arribó a América en busca de un nuevo método para la ciencia natural. Siguiendo una orientación dada a partir de mediados del siglo XVIII, va a vincular expresamente el viaje como elemento del método científico. O para decirlo de otro modo: de alguna forma buscará probar que el conocimiento científico mismo se basaba en la posibilidad de realizar un viaje. Ello se enmarca dentro de las transformaciones que la ciencia sufría ya desde el inicio del siglo XVIII. Al respecto afirma Ricardo Cicerchia:

“Las observaciones astronómicas y los levantamientos geodésicos y topográficos realizados durante los viajes de la segunda mitad del siglo XVIII permitieron elaborar una cartografía bastante exacta de los territorios. La medición de la gravedad trataba de determinar la forma precisa de la esfera terrestre (...). Las observaciones litológicas y mineralógicas (...) permitieron avanzar en el conocimiento de la estructura física de la tierra. Las medidas

⁷⁰ Aquí también es posible incluir, aunque no conforme una categoría de desplazamiento en sí, el relato escrito por mujeres. La visión de las mujeres, según se ha investigado, ofrece una perspectiva que enriquece lo que hasta ahora se ha venido estudiando sobre el tema. Para viajeras alemanas en la América hispana véase Siebert, *op. cit.*; Susanne Zantop, *Kolonialphantasien im vorkolonialen Deutschland (1770-1870)*.

⁷¹ La bibliografía sobre Alexander von Humboldt y su travesía americana es muy extensa y será citada a medida que el trabajo avance. Al respecto se pueden incluir aquí los trabajos clásicos de Hanno Beck, *Alexander von Humboldt* y *Alexander von Humboldt: Leben und Werk*. Otro biógrafo clásico de Humboldt es Douglas Botting, *Humboldt and the cosmos*. Respecto de la expedición de Malaspina en Chile véase Rafael Sagredo y José Ignacio González, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*.

de calor y presión sirvieron para la determinación del clima (...). Si bien desde la perspectiva de la ciencia ilustrada, lo más específicamente geográfico en la mentalidad de los expedicionarios fue su vocación cartográfica, era el método lo que identificaba el andamiaje de una pieza clave de un nuevo conocimiento: viaje, exploración, colección, relato”⁷².

Si la experiencia otorgaba la legitimidad científica, entonces se trataba de apartar toda especulación metafísica, en favor de la opción empírica. Aquí primó la visión, tal y como Eric Leed lo ha destacado, de Francis Bacon. Una nueva “teología” de la observación se imponía, haciendo del método inductivo y de la “autoridad del ojo” todo un programa de observación y descripción. El viaje dentro de este esquema se articulaba como “observación disciplinada”. La re-producción de hechos tal y como eran recogidos por el ojo del observador, hacía de la descripción algo real y objetivo. Es justamente dentro de tal esquema que surge la figura del naturalista-viajero: aquel científico que a partir de la experiencia de viaje entra en relación directa con su objeto de estudio, sin intermediación de terceros o fuentes secundarias. El “ojo” del naturalista-viajero se debía entrenar en este discurso de corte empírico, apartando de sus descripciones opiniones personales y juicios, desplazando hasta donde más le era posible la subjetividad. Por otro lado, cada vez más las descripciones se acompañaban de instrumentos que otorgaban aún mayor efecto de realidad a lo relatado. Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland emprendieron su viaje americano especialmente preparados y equipados: cronómetros, instrumentos para medir distancias, sextante, barómetro, higrómetro y microscopio, entre otros⁷³.

Puesto que el naturalista-viajero podía desplazarse dentro de espacios diversos, le era posible comparar especies, medir temperaturas, alturas y presiones de diferentes paisajes. Junto con ello accedía al acopio de las especies mismas, que más tarde podía analizar –como también junto a otros investigadores– ya de vuelta en casa. Dicha noción de colección de los objetos a estudiar incorporaba “...la contextualidad al esquema habitual de clasificación que por entonces consistía en separar un elemento del mundo natural en su singularidad y jerarquizarlo”⁷⁴.

El viaje, además de vincular al científico con su objeto de análisis, le permitía –a partir de la colección de especies– construir un sistema explicativo que ayudase a comprender las relaciones existentes entre las diversas especies. De ahí la importancia de desplazarse al lugar desde donde las especies iban siendo tomadas. Lo anterior hacía del viaje en sí mismo un laboratorio para el naturalista. Según el citado Cicerchia, de esta forma es posible entender el proyecto humboldtiano de una geografía de las plantas, puesto que consideraba

⁷² Cicerchia, “De diarios...”, *op. cit.*, p. 7.

⁷³ Respecto de una “teología de la observación” he seguido a Leed, *op. cit.*, pp. 197-207.

⁷⁴ Cicerchia, “De diarios...”, *op. cit.*, p. 7.

el carácter distintivo de cada flora regional y proponía modelos fisonómicos comunes a ciertos grupos. El viaje a América fue el laboratorio imprescindible para tales proposiciones. De modo que botánica y geografía se unían para construir toda una opción de investigación científica, caracterizada por la conservación, ordenamiento y clasificación del patrimonio común de la Historia Natural. Cada especie botánica es ubicada dentro de tal esquema como una figura –dispuesta más tarde a ser comparada con otras– desmembrada, ordenada y apropiada. Tal como Cicerchia lo afirma: se ordenan las especies bajo ciertos rasgos empíricos, se las agrupa de acuerdo con sus rasgos comunes, se las analiza a partir de tales agrupamientos y se las dota de una nomenclatura, al amparo de la presencia imprescindible de “su majestad la experiencia”⁷⁵.

El año 1805 en su primer discurso parisino en el Institut de France, cinco meses después de su regreso a Europa, Alexander von Humboldt desarrolla esta metodología que más tarde publicará en su texto *Essai sur la géographie des Plantes*. En tal discurso elabora la idea de una investigación que fuese más allá de la mera descripción, considerando las especies vegetales a partir de su asociación local con los escenarios donde éstas se desarrollaban. Aquí no sólo interesaba la especie en sí misma sino, además, la manera como ésta se involucraba y se vinculaba en un ambiente determinado. A partir de lo anterior, Humboldt instaló un verdadero quiebre epistemológico, privilegiando el cuadro como modelo de investigación y análisis⁷⁶.

Clasificar las especies dentro de un cuadro permitía que éstas quedasen resignificadas e integradas en una totalidad. Aquí es posible observar en qué sentido el medio de difusión del trabajo científico ya no era sólo una mera exposición de resultados sino la concreción misma del método científico elegido, método que privilegiaba la organización de los contextos por sobre el análisis de las especies en su singularidad aislada. Tres son las formas mediante las cuales Alexander von Humboldt estructuraba tal cuadro: primero, a partir de la descripción animada de las escenas y de las producciones naturales; segundo, desde la pintura del paisaje y, por último, mediante el cultivo de plantas tropicales y las colecciones de especies exóticas. Estos tres elementos que el científico berlinés privilegia dentro de la definición de una investigación científica dejarán su huella sobre los otros naturalistas-viajeros que más tarde llegarán a América, así como también en la multiplicación de obras pictóricas que, entrando dentro de esta lógica del cuadro, se ubicarán no sólo en tanto artefacto artístico sino, también, como parte del trabajo científico mismo⁷⁷.

Johan Götschl se refiere a una hipótesis en Humboldt que habría revolucionado su tiempo: la noción de una unidad en la diversidad. La investigación

⁷⁵ Cicerchia, “De diarios...”, *op. cit.*

⁷⁶ Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland, *Essai sur la géographie des Plantes; accompagné d'un tableau physique des régions équinoxiales*.

⁷⁷ Véase Alexander von Humboldt, *Ansichten der Natur*. Véase, asimismo, Cicerchia, “De diarios...”, *op. cit.*, pp. 8-9

es concebida como una búsqueda de categorías formales y empíricas, intentando describir todos los aspectos de la compleja realidad a partir de una estructura dinámica. El tomar todos los aspectos de la realidad implicaba no sólo investigar la botánica en sí, sino, además, incluir los aspectos sociales que también entraban dentro de un cuadro de la naturaleza. He ahí una posición que buscará una y otra vez incluir fenómenos culturales e históricos dentro de las descripciones de viajes, posición que será repetida por los sucesores del naturalista berlinés en América⁷⁸.

La noción de totalidad, de integración, de comprensión de lo individual a partir de unos contextos tendrá su corolario en la idea del *Kosmos*. Ottmar Ette se refiere al surgimiento en Humboldt de una noción de Cosmos. Según este autor, Humboldt diagnostica una suerte de pérdida y lejanía que, en especial en los países del norte de Europa, habrían alejado como esferas irreconciliables a la ciencia del arte. Tal separación habría dificultado comprender el mundo en su totalidad, tal como se nos presenta en la realidad observable. Todas las partes de la creación están enlazadas y no es posible separarlas. Según Ette, aquí Humboldt introduce un fascinante juego de identidad y diferencias, que liga tanto reflexiones sobre naturaleza como también sobre el pensamiento eurocéntrico. Así, por ejemplo, la noción de primavera no es un fenómeno mundial como podría pensarse desde Europa, sino, más bien, la contraposición de lo que acontece en los espacios tropicales. Si se lleva tal reflexión al plano del método científico, ello viene a significar que un habitante de una parte del globo terrestre nunca podrá experimentar la totalidad de los fenómenos de la naturaleza. Es sólo mediante el viaje cómo la humanidad puede llegar a ubicarse realmente, puesto que el desplazamiento permite el situarse. A través y por el viaje es posible subsanar la falencia que Humboldt diagnostica. La vida concreta de una persona en cualquier lugar está marcada ineludiblemente por dicha falencia –una suerte de agujero en su contemplación del mundo–, la que a través de su experiencia de la naturaleza tiende a fragmentarse aún más. El mundo en la cabeza –*Die Welt im Kopf*– atravesado por el arte, la ciencia y la literatura podía confrontar dicha falencia experiencial en el pensamiento planetario⁷⁹.

A partir de la concepción de un *Kosmos*, más allá del título de su obra magna y final, es posible entender el vínculo que Alexander von Humboldt va a inaugurar entre investigación científica, escritura y pintura⁸⁰.

En Humboldt la noción de Cosmos era entendida como orden natural y estético, basado en la experiencia de mundo del viajero, sus habilidades cientí-

⁷⁸ Véase Johann Götschl, "Charakteristika eines evolutiven dynamischen Wissenschaftsbegriffes: Alexander von Humboldt als Vorläufer einer evolutiven Modellierung der Wissenschaftsentwicklung", pp. 302-319.

⁷⁹ Ottmar Ette, *Weltbewußtsein. Alexander von Humboldt und das unvollendete Projekt einer anderen Moderne*. Para la noción de Cosmos en Humboldt, véase Hans Blumenberg, *Die Lesbarkeit der Welt* y Heinritz, *op. cit.*, pp. 176-180.

⁸⁰ El vínculo entre pintura y ciencia en los viajeros alemanes que describieron América será analizado en el apartado siguiente.

ficas, su capacidad creativo-literaria y de síntesis. Según Ette, para Humboldt el mundo entero debía estar contenido en un libro, así como en una perspectiva que lo resumiera. Es desde tal posición como lograba articularse una estética que a la vez fuese narrativa, descriptiva y autobiográfica.

En tal concepción estética, la función poética en ningún caso era meramente ornamental, sino, muy por el contrario, parte constitutiva del relato mismo. Si se entiende la función del relato de viaje en tanto elemento que llene un vacío, entonces había que elegir una narrativa que pudiese llegar a diferentes tipos de públicos e intereses. El texto debía ser al mismo tiempo atractivo y legible. Lo poético se imbricaba con lo intelectual a partir de una narrativa que, si bien se centraba en lo científico, no por ello descuidaba lo vivencial y emocional del viaje. Sólo el entrecruzamiento de dichas dimensiones permitía aprehender fehacientemente la unidad de la vida natural. Algo que Ette ha denominado una “escritura en movimiento”⁸¹.

Estas nociones humboldtianas sobre ciencia y viaje, escritura y pintura, texto pictográfico y poético serán retomadas, revisadas, puestas a prueba y hasta combatidas por otros viajeros que arriben durante el siglo XIX a Hispanoamérica. Viajeros naturalistas, científicos, eruditos y profesores buscarán seguir las huellas de Alexander von Humboldt, fascinados con las posibilidades y desafíos que un viaje de investigación al Nuevo Mundo suponía⁸².

Maximilian Alexander Philipp Prinz von Wied-Neuwied (1782-1867) fue uno de los primeros naturalistas-viajeros en arribar a América tras las huellas de Humboldt. Al igual que el naturalista berlinés, también fue formado en la Universidad de Göttingen por el profesor Johann Friedrich Blumenbach. Con posterioridad a las guerras napoleónicas, en 1815, Wied viaja a Brasil donde permanecerá hasta 1817 realizando una serie de investigaciones en diferentes partes del país. Investigó junto a dos estudiosos alemanes: Sellow y Freyreiß. Con dicha compañía realizó una de las primeras expediciones científicas hechas por extranjeros en Brasil, para los cuales por mucho tiempo estuvo cerrado todo acceso⁸³.

Interesante resulta que Wied, siguiendo a Humboldt, no sólo se limitara a describir la naturaleza de Brasil –donde obviamente acentúa el interés humboldtiano en los trópicos– sino que, además, prestara una especial dedicación a los indios de las regiones por él visitadas. En la Región de Río Grande de

⁸¹ Véase Ette, “Est-ce...”, *op. cit.* y *Literatur in Bewegung. Raum und Dynamik grenzüberschreitenden Schreibens in Europa und Amerika*, pp. 29-78

⁸² De aquí en adelante sigo a Herbert Scuria (ed.), *Beiderseits des Amazonas. Reisen deutscher des 19. Jahrhunderts durch Südamerika* y del mismo autor, *Im Banne der Anden. Reisen deutscher Forscher des 19. Jahrhunderts*. También me he basado en Hans Joachim Wulschner (antologador), *Vom Rio Grande zum La Plata. Deutsche Reiseberichte des 19. Jahrhunderts aus dem Südlichen Amerika* y de Anita Hermannstädter, *Deutsche am Amazonas. Forscher oder Abenteurer? Expeditionen in Brasilien 1800 bis 1914*.

⁸³ Sus observaciones científicas, como su experiencia de viaje, las publicó en dos tomos. Véase Maximilian Wied-Neuwied, *Reise nach Brasilien in den Jahren 1815 bis 1817*.

Belmonte hará una descripción de los indios de Botocudos. Dicho relato es uno de los primeros informes etnográficos realizados en Sudamérica, donde además de describir formas de vida intenta un acercamiento al estudio de los lenguajes indígenas.

Carl Friedrich Philipp von Martius (1794-1868), a pesar de comenzar una carrera de medicina, se vuelca al estudio de la botánica, bajo la tutela de Johann Baptisp von Spix en Munich. Junto a su maestro, y con el apoyo y auspicio del rey de Baviera, viaja a Brasil en 1817 a fin de realizar un viaje de investigación científica. La tarea consistía en recorrer el país procurando reunir materiales para el Jardín Botánico de Munich, así como para la Colección Estatal de Baviera. Su primer objetivo fueron las ciudades de São Paulo y Minas Gerais. Allí estudian las minas de oro y diamantes. Junto a ello realizaron una serie de expediciones a regiones montañosas, así como a zonas de corrientes, como Río San Francisco y la región costera. Desde el río Itapucuriu comenzaron a recorrer la región de Pará y en un bote indio se internan en el río Amazonas. Por primera vez investigadores europeos recorrían la región amazónica de Brasil. Después de tales travesías abandonan el país en 1820.

Al igual que Wied, Martius se declara un seguidor de Humboldt, procurando aprehender en un cuadro de la naturaleza y de la cultura lo que observaba. En su trabajo reúne investigaciones tanto de la naturaleza como etnográficas y lingüísticas⁸⁴.

La mayor parte de sus trabajos publicados en áreas especializadas giraron en torno a la botánica, siendo su obra cumbre los cuarenta tomos de la *Flora Brasiliensis*..., trabajo que comenzó a publicar en 1840 y que sólo se dio por concluida en 1906, mucho tiempo después de su muerte⁸⁵.

Eduard Friedrich Poeppig (1798-1868), a diferencia de sus antecesores, llega a América en 1822, en un período en que los nuevos Estados hispanoamericanos ya habían iniciado sus procesos de organización política e, incluso, muchos de ellos contaban con colecciones de objetos naturales y hasta museos. Su primer objetivo en América fue La Habana, lugar donde trabajó como experto en plantaciones, reuniendo especies vegetales que luego enviaría a Alemania. Por 1824 se traslada a los Estados Unidos. En 1826 se dirige a Sudamérica a través de la costa este del continente, pasando por el estrecho de Magallanes y alcanzando Valparaíso en el año 1827. Tras una estadía en el puerto de Valparaíso, Poeppig recorre el valle del Aconcagua en el centro del país, donde no sólo relata respecto de la población y la vegetación sino, también, acerca de su estructura económica y demográfica. Posteriormente decide recorrer el sur del país, regiones que tras la emancipación de España poco o nada habían

⁸⁴ Un ejemplo de ello es su texto escrito junto a Johann Baptisp von Spix *Reise in Brasilien auf Befehl Sr. Maj. Maximilian Joseph I Königs von Bayern. In den Jahren 1817-1820*.

⁸⁵ Carl Friedrich Philipp von Martius, *Flora Brasiliensis: enumeratio plantarum in Brasilia hactenus detectarum quas suis aliorumque botanicorum studiis descriptas et methodo naturali digestas partim iconibus illustratas*.

sido investigadas. En dichos terrenos realiza estudios de vegetación, botánica y zoología, así como también de población. De especial importancia fueron la cordillera y sus volcanes y por supuesto la población indígena que allí habitaba. En 1829 parte hacia Perú, donde realiza investigaciones en la zona del Amazonas. Por 1832 regresa a Alemania, donde comenzará una carrera de profesor universitario e investigador⁸⁶.

En su viaje Poeppig reunió un herbario de más de cuatro mil especies. Hacia Alemania envió cerca de diecisiete mil ejemplares de plantas secas, animales disecados, así como productos alimenticios desconocidos. Describió y analizó más de tres mil plantas, difundiendo los resultados en revistas especializadas y conferencias⁸⁷.

En Poeppig es posible advertir uno de los últimos en continuar la propuesta investigativa de Alexander von Humboldt. En el prólogo a *Reise in Chile* acentúa el carácter científico de su travesía, buscando establecer distancias respecto de los intereses económicos que los viajes de los ingleses suponían. Por otro lado, sigue entendiendo dicha labor científica en vinculación con un tipo de escritura que unía ciencia y literatura. Su prosa, si bien se instala desde una posición científica, mantiene un componente emocional y sensorial que, siguiendo una estética humboldtiana, buscaba retratar un cuadro totalizador. Al igual que Humboldt, en Poeppig no hay contradicción entre una dimensión científica y poética, ya que es visto por él como el único método que permite enlazar los aspectos vivenciales con los propiamente científicos de una travesía. Tal y como se ha explicado anteriormente respecto de la estética humboldtiana, la frontera entre literatura y relato de viaje se presentaba muy tenue⁸⁸.

A partir de Hermann Burmeister (1807-1892) y Rudolph Amandus Philippi (1808-1904) se modifica el viaje científico a América. Ambos llegan al Nuevo Mundo en 1851 y curiosamente mueren en su nueva patria: Burmeister en Argentina y Philippi en Chile⁸⁹.

Philippi había estudiado Medicina y Ciencias Naturales en Berlín, lugar donde tuvo la ocasión de tomar parte, entre 1827 y 1828, en las conferencias dadas por Alexander von Humboldt. Después de haber comenzado una carrera de profesor de ciencias e investigador, decide emigrar a Chile a sugerencia de su hermano que ya se había instalado en el sur del país. La posibilidad de investigar y trabajar en Chile, más las dificultades que hubo de enfrentar en su tierra durante la revolución de 1848-1849, lo llevaron a tomar la decisión de

⁸⁶ Sobre la vida y la labor científica de Poeppig, véase Gerd K. Müller *et al*, *Eduard Poeppig 1798-1868, Gelehrter und Naturforscher in Südamerika*.

⁸⁷ El relato de viaje más difundido de Eduard Poeppig fue *Reise in Chile, Peru und auf dem Amazonastrome, während der Jahre 1827-1832*.

⁸⁸ Aquí sigo a Friedrich Wolfzettel, "Ästhetik der Anden. Europäische Reiseberichte im Zeitalter der Romantik", pp. 239-261.

⁸⁹ La biografía de Burmeister es similar a la de Philippi: estudios parecidos; semejantes dificultades y una destacada labor científica y académica en el país anfitrión.

abandonar Alemania para siempre. Ya en Chile rápidamente entra en vínculos con círculos intelectuales nacionales, asumiendo cátedras universitarias y más tarde la dirección del Museo Nacional. A partir de su privilegiada posición y con el patrocinio del gobierno chileno, emprende diferentes viajes por el país investigando el mundo natural, en especial las especies vegetales y los animales. Por otro lado, Philippi investiga regiones antes casi ignoradas en estudios científicos, tales como el sur del país, la provincia de Arauco y el desierto de Atacama⁹⁰.

Sus publicaciones se vincularon casi exclusivamente al mundo natural, en especial respecto de la botánica. Dichos trabajos dejan entrever un tipo de texto que asumía una escritura de tipo impersonal y neutral. Elementos que hasta Poeppig habían ocupado un papel dentro de la mirada de los naturalistas, tales como las opiniones personales o una prosa poética, se presentan ahora muy disminuidos. Aquí se establece una distancia respecto de Humboldt. La prosa ya no incluye aspectos personales, subjetivos o emocionales. La persona del narrador queda en segundo plano. Lo importante era la disciplina y el lenguaje que desde ahí surgía. Incluso, la idea de una narración que fuese legible por un amplio círculo de lectores queda descartada. Philippi lo declara explícitamente: quien espere de su texto una descripción poética, una aventura, brillantes hipótesis, entonces debiera abandonar el libro sin leerlo. Sus publicaciones no contienen nada más que simples hechos, sólo de interés e incumbencia de geógrafos y científicos naturales⁹¹.

Con Alphons Stübel (1835-1904) y Wilhelm Reiss (1838-1908) la modificación de la figura del naturalista-viajero se acentúa aún más. Ambos naturalistas arriban a América en 1868 permaneciendo hasta 1877, recorriendo principalmente Colombia, Ecuador y Perú. Su interés estaba puesto en el estudio de la Geología y en especial en la Vulcanología, aunque también incluyeron mediciones astronómicas y meteorológicas, además de reunir colecciones zoológicas, etnográficas y arqueológicas.

Siguiendo al principio las huellas de Humboldt, quien al igual que a otros viajeros se les presentaba como un modelo de investigación, exploran la cordillera de los Andes. Pero a medida que iban conociendo el lugar se distanciaban del naturalistas berlinés, a tal punto que llegaron hasta a negarlo. Al respecto, Stüttgen afirma que tanto los métodos, objetivos científicos, así como la concepción humanista y filosófica de Humboldt –formulados casi setenta años atrás– se mostraban extraños a Stübel y a Reiss⁹².

⁹⁰ Véase Rudolph Amandus Philippi, *Reise durch die Wüste der Atacama*.

⁹¹ La cita original afirma: "wer eine blühende, poetische Schilderung, pikante Abenteuer, glänzende Hypothesen erwartet, der lege dies Buch ungelesen fort; es enthält fast nichts als nüchterne Tatsachen, allein diese dürften für den Geographen und Naturforscher von Interesse sein". Cita tomada de H. Scuria, *Im Banne...*, op. cit, p. 259.

⁹² Al respecto escribe Stübel, "Las descripciones de Humboldt de esta región y su conformación son tan absurdas, falsas y miserables, que deben releerse para convencerse uno de que el famoso personaje realmente las escribió". Cita tomada de Michaela Stüttgen, "Sobre la vida y obra de Alphons Stübel y Wilhelm Reiss".

Tal como Stüttgen lo comenta, ambos naturalistas aspiraban –conforme a las exigencias de su tiempo– a una investigación que fuese exacta, imparcial y objetiva, libre de cualquier especulación. La noción de un pensamiento universal “a lo Humboldt”, la idea de vincular arte y ciencia, poesía y datos, les parecía ajena ante una labor científica que concebían, más bien, como algo especializado y altamente empírico. Obviamente que registraron en todos esos años una gran cantidad de observaciones sobre la sociedad: respecto del trato a los indios, sobre sus desventuras y logros, emitiendo opiniones personales y juicios. Sin embargo, mucho de aquel material lo concentraron en la correspondencia personal y diarios de viaje. Resulta sintomático al respecto el hecho de que se opusieran tenazmente a la publicación de sus cartas de viajes. Para el público europeo tales cartas resultaban de gran interés, tanto que más de una vez el padre de Reiss le propuso a éste su publicación. Stüttgen comenta que ambos naturalistas no deseaban despertar la atención como aventureros, sino, ante todo, como científicos. Más que ser publicados debido a la ascensión a una montaña –sólo por la aventura que ello involucró– preferían ser reconocidos por los resultados científicos que tal empresa implicaba.

Interesante resulta constatar que, aun, a pesar del marcado científicismo en ambos viajeros, no se concentraron exclusivamente en el área de las ciencias naturales. Su trabajo los enfrentó más de una vez con la labor arqueológica. De hecho, junto a sus publicaciones científico-naturales, realizaron importantes investigaciones y recopilaciones en la región de Ancón y Tiahuanaco, tanto así que hasta hoy son reconocidos como precursores de la arqueología en la región⁹³.

A fines del siglo XIX lo que aún a Stübel y a Reiss se presentaba como natural como, por ejemplo, el hecho de ser vulcanólogos y, sin embargo, realizar investigaciones arqueológicas, se verá modificado. Antropólogos y arqueólogos, siguiendo los lineamientos de separación de especialidades que se legitimaba en Europa como forma válida de trabajo, arriban a la América Hispana. En dicho período llegan diferentes investigadores alemanes, principalmente a la zona mesoamericana y andina, con el objetivo de trabajar en los sitios arqueológicos, lugares que ya bajo lo realizado por Stübel y Reiss en la región andina eran objeto de gran interés. Uta Kresse ha analizado a aquellos investigadores que llegaron a los Andes, tales como Ernst W. Middendorf (1830-1909), Hans Heinrich Bruening (1848-1928) y Max Uhle (1856-1944)⁹⁴.

Middendorf no era de formación arqueólogo o antropólogo, sino médico. A pesar de ello llega a interesarse fuertemente por la cultura presente y antigua

⁹³ Respecto de sus publicaciones científico-naturales, véase Alphons Stübel, *Die Vulkanberge von Ecuador, Über das Wesen des Vulkanismus; Die Vulkanberge von Kolumbien* y Wilhelm Reiss, *Geschichte und Beschreibung der vulkanischen Ausbrüche bei Santorin von der ältesten Zeit bis auf die Gegenwart*.

⁹⁴ De aquí en adelante me baso en Uta Kresse Raina, *Anthropology and Archaeology as means for “Intellectual Conquest”-German Intellectual Imperialism in the Andes, 1850-1920* (Texto inédito). Agradezco a la autora por la facilitación del manuscrito.

de la región. Middendorf investigó sobre lingüística andina, especialmente quechua. Junto a ello escribió un relato de viaje de tres volúmenes, donde cuenta sus experiencias durante su larga residencia en la región⁹⁵.

Bruening, al igual que Middendorf, tampoco pertenecía al área arqueológica, sino, más bien, a la ingeniería. Después de haber participado en la marina en la guerra contra Francia de 1870-1871, llega a Perú por 1875. Trabajó especialmente en la zona norte del país –Lambayeque–, participando en los círculos intelectuales dedicados a la labor arqueológica. Publicó una serie de artículos en revistas académicas, además de reunir una colección arqueológica que ya en 1879 llegaba a más de ochocientas piezas. Por otro lado, no sólo se destacó como arqueólogo sino, también, por su interés en la historia de la región, la etnografía, así como por el desarrollo de una vasta labor fotográfica⁹⁶.

Uhle, llamado el padre de la arqueología peruana, es uno de los investigadores más reconocidos. Había estudiado lingüística con una especialidad en gramática china. Trabajando junto a Stübel en el Museo de Dresden, llegó a interesarse por las antiguas civilizaciones andinas, transformándose en un experto en el ámbito internacional. Sus intereses abarcaron un amplio espectro, incluyendo la lingüística, la etnografía y en especial la investigación arqueológica⁹⁷.

Interesante resulta constatar, tal y como Kresse lo destaca, que, a pesar de no ser formados en disciplinas arqueológicas o antropológicas, estos viajeros de fines de siglo realizaron su trabajo sólo en un área determinada. Sus vinculaciones con el mundo académico a través de congresos y publicaciones especializadas, su trabajo para museos alemanes y su labor universitaria finalmente los harán acreedores de la denominación de “especialistas”.

Uno de los últimos especialistas de fines del siglo XIX fue la viajera Therese Prinzessin von Bayern (1850-1925). Esta viajera-científica era hija del príncipe regente de Baviera Luitpold von Bayern. Realiza su viaje en 1898 buscando reunir la mayor cantidad de objetos botánicos, zoológicos, antropológicos y etnográficos para la colección del Staatsmuseum (Museo Estatal) de Baviera. Su viaje de investigación la lleva a las Antillas y Trinidad y Tobago, pasando más tarde por Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina⁹⁸.

A partir de estos últimos viajeros científicos, ya a fines del siglo XIX, es posible ver cómo quedaba atrás la noción humboldtiana de unir el estudio de la sociedad con el de la naturaleza. Una parte de la historia del viaje científico a América llegaba a su fin. Cada vez más la figura del naturalista prusiano se iba

⁹⁵ Ernst W. Middendorf, *Die einheimischen Sprachen Perus y Peru. Beobachtungen und Studien über das Land und seine Bewohner während eines 25-jährigen Aufenthaltes*.

⁹⁶ Sobre Hans Bruening, véase su *Fotodokumente aus Nordperu 1848-1928*; además, Eva König, “Hans H. Bruening (1848-1929), Photographische Wegelagerei im Norden Perus”, pp. 55-59.

⁹⁷ Sobre el trabajo de Max Uhle, véase su *Letter to Phoebe Hearst* y Gerd Kutscher (ed.), *Wesen und Ordnung altperuanischer Kulturen*.

⁹⁸ Therese von Bayern, *Reisestudien aus dem westlichen Südamerika*.

perdiendo en los comienzos de la centuria del veinte. Ya a fines del siglo XIX nadie reclamaba como legítimo o plausible el moverse en diferentes áreas del conocimiento o enlazar en un mismo estudio un cuadro que uniese naturaleza, sociedad y arte. El *Kosmos* finalmente había sido reemplazado por las disciplinas. El fin del viaje científico bajo la influencia de Humboldt implicará que de ahora en adelante los viajeros científicos sólo se involucrarán en su área de estudio, separándose aquellos interesados en los estudios histórico-humanísticos –como la Arqueología– de aquellos volcados a las ciencias naturales.

Esta censura tuvo un efecto sobre el tipo de viajero científico que arribó a América: los textos, como la investigación misma, serán ubicados bajo formas diferentes. Si Poeppig reclamaba una escritura que pudiese unir descripción con poesía, ya en Philippi, Stübel o Reiss ello es impensado y ajeno a los criterios de un trabajo serio y científico. De hecho, los profesores que llegaron a Santiago de Chile por fines de siglo XIX, contratados por el gobierno a fin de integrarse al recién creado Instituto Pedagógico, sólo publicarán obras especializadas⁹⁹. Para este grupo de profesores y científicos, la sombra de Humboldt se había transformado en un clásico.

El viaje pictográfico

El viaje de pintores alemanes hacia la América Hispana, tal y como lo ha enfatizado Renate Löschner, está íntimamente ligado al nombre de Alexander von Humboldt¹⁰⁰.

Aquí se hace imprescindible referirse al vínculo que el naturalista berlinés otorgó a ciencia e imagen. ¿Cómo ha sido definida aquella especial posición en Humboldt hacia las artes pictográficas?¹⁰¹.

⁹⁹ Aquí es posible incluir a F. Johow, quien escribe sobre la flora de la isla chilena Juan Fernández o a A. Beutell, quien hace estudios químicos en el norte de Chile.

¹⁰⁰ Interesante resulta constatar, tal como lo destaca Löschner, que muchos de los aquí analizados como “viajeros científicos”, tales como Eduard Poeppig o Rudolf Philippi, también realizaron –siguiendo las huellas de Humboldt– dibujos y litografías. Véase Renate Löschner, “Die Künstlerische Darstellung Lateinamerikas im 19. Jahrhundert unter dem Einfluß Alexander von Humboldts”, pp. 13-25.

¹⁰¹ No sólo Humboldt concibió un vínculo entre arte y ciencia. Pintores de principios del siglo XIX, tales como Carl Gustav Carus con sus famosas cartas sobre la pintura paisajista (Neuen Briefen über Landschaftsmalerei, 1835), según algunos estudiosos bajo la influencia de los escritos americanos del propio Humboldt, buscaron poner la pintura al servicio de la Geología o Botánica. Por lo demás representó un papel decidor, y no sólo en aquellos pintores alemanes, también en el propio Alexander von Humboldt, la figura de Johann Wolfgang von Goethe. Al respecto, véase Jenns E. Howoldt, “Von Caspar David Friedrich zu Carl Gustav Carus. Landschaftsmalerei zwischen ästhetischer Autonomie und wissenschaftlichem Anspruch”, pp. 9-16. Véase, además, Hanno Beck, Wolfgang Hagen-Hein, *Humboldts Naturgemälde der Tropenländer und Goethes ideale Landschaft, zur ersten Darstellung der Ideen zu einer Geographie der Pflanzen*. Sobre la influencia de Goethe en la pintura paisajista alemana, véase Stefan Grosche, *Zarten Seelen ist gar nicht viel gennönn, Naturwissenschaft und Kunst im Briefwechsel zwischen Carl Gustav Carus und Goethe*.

Löschner destaca cómo Humboldt trató de representar la impresión que le provocó el mundo tropical americano a través de la pintura. La intensidad de tal experiencia hará que él busque una y otra vez proyectarla bajo la forma de unos medios pictográficos. De ahí que surja en él toda una reflexión acerca de las maneras mediante las cuales era posible imprimir en la pintura un *Naturgefühl*: un sentimiento o sentido de naturaleza¹⁰².

Humboldt critica cómo la pintura europea no había podido notar la diversidad y riqueza de las plantas y formas tropicales, puesto que, a pesar de todos los relatos de viajeros sobre las diferentes especies, siempre se representaba la naturaleza americana recurriendo a la vegetación oriental. Lo que aquí se necesitaba era una nueva representación pictográfica que pudiese reproducir la multiplicidad de colores, tonalidades, ciclos, etc. del mundo tropical. A partir de todo este programa, Humboldt va a invocar a los artistas pictográficos de su tiempo, a fin de que colaboren en el empeño científico por investigar la naturaleza americana y, en especial, que hagan conocida la belleza de su naturaleza tropical¹⁰³.

Ya en sus primeros escritos sobre la naturaleza americana, como también en *Essai sur la géographie des Plantes* (1808) y en *Ansichten der Natur* (1808), Humboldt formula toda una tarea artística: capturar en un lenguaje artístico el espacio natural americano, de modo que se pudiese identificar cada una de las especies y sus crecimientos (especies que él mismo había identificado). La idea central consistía en una caracterización fisonómica de la naturaleza americana que reprodujera el *Totaleindruck*, o impresión total de sus paisajes. Esto se unía a lo ya analizado aquí respecto de la noción de cuadro: la impresión del paisaje americano debía estar contenida en un conjunto. Algunos estudiosos han vinculado tal noción de cuadro de la naturaleza americana a ciertas transformaciones en la propia pintura europea. Por fines del siglo XVIII el movimiento romántico dejaba atrás al neoclasicismo, pasando el arte "... de un ángulo analítico y descriptivo a formas que buscan una imagen global, de conjunto, como los cuadros de Delacroix o Géricault, en los que las luces disuelven las formas y asocian los objetos, haciendo desaparecer de la pintura la consideración de la cosa como elemento aislado"¹⁰⁴.

Ahora bien. Aquí no se trata tan sólo de "representación" de unos paisajes, especies vegetales o fauna en cuadros. En Humboldt la vinculación hacia el mundo pictográfico iba más allá de un sentido meramente "ornamental" que acompañase los resultados de una investigación científica. ¿Qué papel representaba realmente la imagen en su propio trabajo científico?

¹⁰² Aquí sigo a Löschner, "Die Künstlerische...", *op. cit.*, pp. 13-25. Véase, además, de la misma autora, *Lateinamerikanische Landschaftsdarstellungen der Maler aus dem Umkreis von Alexander von Humboldt*.

¹⁰³ Véase Pablo Diener, "Die reisenden Künstler und die Landschaftsmalerei in Iberoamerika", pp. 47-55.

¹⁰⁴ Miguel Rojas Mix, *América imaginaria*, p. 179.

Ottmar Ette se refiere a la “imagen en la cabeza, la imagen en el texto y el texto-imagen” en Humboldt. Con ello busca significar en qué sentido la relación que el naturalista berlinés estableció entre imagen y texto no sólo constituyó una forma de “ilustrar” un discurso escrito sino, antes bien, un elemento constitutivo de su posición científica y estética¹⁰⁵.

Ette diferencia a lo menos cuatro tipos básicos de relaciones texto-imagen en la obra humboldtiana, que denotan la forma mediante la cual éste utilizó lo pictográfico: primero, aquellos textos sin “ilustraciones” que sólo con lo escrito buscan llevar las imágenes “a la cabeza de sus lectores”, a partir de un lenguaje que se asume pictórico; segundo, desde la especial vinculación en la obra humboldtiana entre texto y cartografía; tercero, se relaciona con la función ilustrativa de las imágenes hacia los textos; cuarto, está la posición invertida, un texto que ilustra una imagen. Según Ette, Humboldt concebía una posición textual donde la escritura nunca más podía desligarse de la imagen y lo visual, como tampoco lo visual de lo escrito. Lo anterior puede ser ilustrado con lo realizado en *Tableau physique des Andes et des pays voisins*¹⁰⁶.

Dicha *Tableau* vincula tanto la construcción científica transdisciplinaria –tomando información de múltiples disciplinas científicas– como la instalación artística de la representación científica, a fin de imprimir en el lector la multiplicidad y variabilidad de la realidad descrita a partir de diferentes elementos conectados unos con otros. De esta forma, la *Tableau physique...* es, a la vez, arte y ciencia, imagen escrita y cartográfica: en una palabra, un iconotexto, en el cual diferentes relaciones texto-imagen resultan inseparables unas de otras. La necesidad de dotar a la narración de una empiria, tal y como Klaus Scherpe lo afirma, obligó a Humboldt a estructurar todo este *Instrumentarium*: creando novedosas formas de graficar; utilizando los “nuevos medios” que estaban a su disposición –tales como la fuerza impresionista de la pintura de paisajes, daguerrotipos y panoramas–; visualizando como ningún otro en su época las posibilidades que tales técnicas de representación podían ofrecer. De este modo, en Humboldt no sólo se unían ciencia y arte sino, también, las técnicas de representación con las teorías sobre la naturaleza, en el intento de representar la totalidad de la naturaleza americana¹⁰⁷.

¹⁰⁵ Ette, *Weltbewußtsein...*, op. cit., pp. 204-224.

¹⁰⁶ Aquí es posible advertir no sólo una combinación de pictografía paisajista y *tableau* como una forma de presentar científicamente unos cortes transversales de la altura de la cordillera de los Andes. A la vez, dicho gráfico presenta en forma escrita y visual diferentes indicaciones de divisiones de plantas, con variables de niveles de nieve, temperatura y composiciones químicas del aire y la vegetación, del mundo animal, agua, cortes geológicos, humedad, fuerza gravitacional, etc. Este gráfico fue incluido en Humboldt y NBonplan, *Essai sur...*, op. cit.

¹⁰⁷ Klaus Scherpe, “Die Ordnung der Dinge als Exzeß. Überlegungen zu einer Poetik der Beschreibung in ethnographischen Texten”, pp. 13-44. La unión en Humboldt de arte y ciencia, el deseo de unificar ambas dimensiones, es vista por algunos estudiosos como un vínculo directo del naturalista berlinés con el movimiento Romántico. Véase Kristian Köchy, “Das Ganze der Natur. Alexander von Humboldt und das romantische Forschungsprogramm”, pp. 3-15.

Las reflexiones sobre pintura y ciencia en Humboldt, sus vínculos personales con el ámbito artístico europeo, así como los nuevos desafíos que la naturaleza americana planteaba incitaron a muchos artistas a emprender un viaje al nuevo continente. Humboldt les escribe directamente, les solicita ilustraciones para sus textos, les sugiere lugares que visitar en América. Llegando a convertirse en un verdadero “credo” para todo aquel artista que pisase el Nuevo Mundo¹⁰⁸.

Uno de los más destacados viajeros pintores y “discípulo” de Humboldt fue Johann Moritz Rugendas (1802-1858). El origen familiar de Rugendas lo ligó directamente con el mundo artístico, al contar con antepasados pintores, grabadistas y artesanos de origen hugonote. Su padre era grabador y editor, y ejerció la docencia en la escuela de arte y dibujo Kunst-und Zeichenschule, de Augsburgo. De modo que desde muy temprano tuvo la posibilidad de practicar el dibujo y el grabado con su padre. Más tarde, recibió clases particulares de pintura, para ingresar, posteriormente, a la Academia de Munich. Será en aquella ciudad donde el pintor escuche acerca del viaje americano de Carl Friedrich von Martius y Johann Baptist von Spix, hecho que sus biógrafos han dado como antecedente para su primer viaje a América en 1821¹⁰⁹.

El objetivo de su primer viaje americano consistía en servir de ilustrador para una expedición científica dirigida por el barón Georg Heinrich von Langsdorff al interior de Brasil. Debido a inconvenientes con el director de la expedición científica, Rugendas decide separarse y emprender un viaje solo por Brasil. De esta forma, viaja por Rio de Janeiro, Minas Gerais, Mato Grosso, Espiritu Santo y Bahía, pintando paisajes, edificios, escenas de la calle, escenas de la vida de los indígenas, grupos sociales y vegetación. Entre sus pinturas de vegetación se encuentra una serie de estudios de palmas que decide enviar a Martius a la ciudad de Munich. Muchos de aquellos trabajos fueron incluidos en el libro *Voyage Pittoresque dans le Brésil*, que contó con un texto escrito por Victor Aimé Huber¹¹⁰.

Por 1825, Rugendas deja Brasil dirigiéndose a París, donde tiene la oportunidad de conocer a Alexander von Humboldt, a quien le enseña sus dibujos sobre Brasil. Humboldt promueve el trabajo de Rugendas con entusiasmo, llegando a ser su principal apoyo: lo contrató para que ilustrara sus trabajos y le allanó el camino para la publicación de su obra brasilera. Diener afirma que Humboldt fue el mentor de Rugendas: “Reafirmó a Rugendas para que continuara en su empeño por ilustrar América y le proporcionó también una clara idea del papel que podía desempeñar su obra en la renovación iconográfica

¹⁰⁸ Véase Diener, “Die reisenden...”, *op. cit.*, p. 52.

¹⁰⁹ Aquí he seguido a Löschner, *Lateinamerikanische...*, *op. cit.*, pp. 26-71 y Pablo Diener, *Rugendas: 1802-1858*.

¹¹⁰ Moritz Rugendas, *Voyage Pittoresque dans le Brésil*. Este libro es un verdadero relato “pictográfico” de viaje. Aquí incluye diferentes capítulos como “Paysages”, “Portraits et Costumes”, “Mœurs et usages des indiens” y de “nègres” y “Vie des Européens”.

del Nuevo Mundo". Rugendas emprende toda una empresa pictográfica que lo ponía en directa relación con el trabajo científico, creando una "representación fisonómica del paisaje, con precisión topográfica y coherencia científica. (...) imágenes [que] debían contribuir a documentar la geología, los estudios botánicos y la geografía humana"¹¹¹.

Por 1831 emprende su segundo viaje americano. Esta vez llega a México, donde estará dos años y diez meses visitando muchos lugares ya recorridos por Alexander von Humboldt. Siguiendo los consejos del naturalista prusiano, visita la zona central mexicana, la región volcánica y la zona tropical costera. En México pinta con mucha energía en especial paisajes, muy impresionado por la riqueza y multiplicidad de la vegetación, sin dejar, por cierto, de interesarse por escenas cotidianas, en especial en las ciudades.

En 1834 arriba a Chile donde permanecerá hasta 1842, ignorando las indicaciones de Humboldt, quien era de la idea de que el cono sur americano carecía de atractivo para un pintor. Este viaje, como el que realizará posteriormente al Río de la Plata marcarán un cambio en él; si bien el paisajismo continuará presente, será reemplazado en importancia e interés artístico por temas relacionados con la población y con aspectos histórico-culturales. Buscará acercarse a estos países intentando "retener en sus dibujos las características propias de la población"¹¹².

Diener destaca cómo hasta el mismo Domingo Faustino Sarmiento enfatizó el trabajo de Rugendas, quien, a pesar de no ser americano, había logrado identificar y diferenciar los tipos populares, superando la comprensión más bien global de América que predominaba en Europa. Será en Chile donde pinte a grupos indígenas, próceres de la Emancipación, grupos sociales. La fascinación por la geografía humana lo llevó a publicar en 1838 un cuadernillo con litografías, llamado *Album de trajes chilenos*, donde incluyó figuras mayormente rurales y anónimas en diferentes actividades del campo. Así puede decirse que de alguna forma ayudó a construir la imagen histórica y social de Chile en el siglo XIX, imágenes que hasta hoy son incorporadas como parte del patrimonio cultural chileno.

Ferdinand Bellermann (1814-1889) se formó en la Escuela de Arte de Weimar -Weimarer Kunstschule-, donde entró en 1828. Allí conoció a Heinrich Meyer, quien había sido uno de los consejeros en temas artísticos y de teoría del arte de Goethe. Después de la muerte de Meyer, Bellermann entra en la Academia de Berlín, en 1833, para estudiar paisajismo junto a Karl Blechen. Dos hechos marcaron el traslado a Berlín. Por un lado, el impacto de la labor docente de Blechen; éste, ya influenciado por la obra de Caspar David Friedrich, rompe con el convencionalismo que a Bellermann se le había inculcado en Weimar. Por otro, dicha estancia posibilitó a Bellermann el conocer las re-

¹¹¹ Diener, *Rugendas...*, op. cit., p. 38.

¹¹² *Ibid.*

flexiones respecto de la pintura a partir de las conferencias que Alexander von Humboldt dio en Berlín (las famosas Kosmos-Vorlesungen). Löschner supone que seguramente Bellermann asistió a tales conferencias, como también leyó los trabajos de Humboldt sobre la vegetación tropical. Lo que sí es seguro es el hecho de que Bellermann conoció la obra sobre México de Rugendas –trabajos que el rey de Baviera había adquirido– y que lo dejó muy receptivo a conocer y a emprender por sí mismo una labor artística en América. Será a través del naturalista berlinés, quien intercede ante el rey prusiano para lograr un financiamiento, como Bellermann logra llegar a Venezuela por 1842, país donde permanecerá por espacio de cinco años. Humboldt no sólo da un apoyo sino que, también, enfatiza aquellos lugares que le impresionaron más, sugiriéndole rutas, como la ida a la cueva del Guácharo, en la provincia de Cumaná. Bellermann sigue tales indicaciones, incluyendo, además, la cordillera costera, las alturas andinas, como también la zona del Orinoco. Sus más importantes estaciones fueron Caracas, La Guaira, Galipán, Colonia Tovar, Maracaibo, Cumaná y, por supuesto, la ya destacada por Humboldt Cueva del Guácharo. Puesto que Humboldt no conocía por sí mismo las alturas andinas, le solicita a Bellermann que trabajase allí, a fin de que pudiese comparar lo realizado por Rugendas en las alturas de las montañas mexicanas¹¹³.

Bellermann, al igual que Humboldt, queda impresionado de la naturaleza tropical, tanto así que toda una galería de personajes sociales o estilos de vida de la gente del lugar pasan prácticamente desapercibidos. La influencia de Humboldt en su trabajo pictográfico fue muy pronunciada:

“Analizando el conjunto de su obra, se tiene la impresión de que hubiese pintado Venezuela con la Relation Historique en la mano. Sus vistas de la selva demuestran cómo sigue el camino de los ríos (...) Los temas y motivos seleccionados: plantas, paisajes, arquitectura (...) reafirman (...) de que modo se orientaba la actividad del artista por los intereses del científico”¹¹⁴.

Eduard Hildebrandt (1818-1868) inició sus estudios de pintura en su ciudad natal, Danzig, pasando posteriormente a Berlín. Allí intentó sin éxito obtener una plaza en la Academia de Arte. En 1840 realizó viajes de estudio a Escandinavia, Inglaterra y Escocia, pasando, luego, a París. Allí trabajó durante seis meses bajo la tutela de Eugène Isaby, pintando principalmente paisajes. En 1843 retorna a Berlín y conoce a Alexander von Humboldt, quien queda muy impresionado por su pintura paisajista. Con su ayuda recibe apoyo de la casa real prusiana, lo que le permite iniciar un viaje a Brasil a fin de desarrollar allí una labor artística¹¹⁵.

¹¹³ Aquí sigo a Löschner, *Lateinamerikanische...*, op. cit., pp. 72-87.

¹¹⁴ Rojas Mix, *América...*, op. cit., pp. 195-196.

¹¹⁵ Véase Löschner, *Lateinamerikanische...*, op. cit., pp. 96-101.

Hildebrandt pasa un año en Brasil entre 1844 y 1845, sobre todo, en Rio de Janeiro. A su vez, conoce São Paulo y Bahia. Hildebrandt pinta: panoramas de la ciudad, paisajes, lugares del puerto, indígenas, poblaciones de diferentes capas y orígenes raciales, peces y plantas. Los estudios de vegetación –con sus correspondientes detalles para el interés científico de la época– son muy limitados y no ocupan una gran posición dentro de su obra brasilera. Al parecer, movido por Humboldt, decide incluir estos trabajos, pero es notorio que en muchas pinturas de vegetación y paisajismo las figuras sociales, como también la arquitectura, botes y construcciones, ocupan un mayor peso dentro del cuadro.

Otto Grashof (1812-1876) realizó una formación artística en la Academia de Düsseldorf y Berlín, especializándose en retratos y pinturas históricas. Debido a que encontraba pocas perspectivas laborales una vez terminados sus estudios, decide dirigirse a Rusia con la esperanza de encontrar trabajo. En 1838 llega a San Petersburgo. En dicha ciudad y en Moscú logra hacerse conocer accediendo a los más altos grupos sociales –hasta la familia de los zares–, en especial entre comerciantes y miembros de la nobleza quienes le solicitan retratos. En 1845 viaja a Berlín con la idea de presentar su trabajo ante el rey prusiano. Será en Berlín donde Grashof conozca a Alexander von Humboldt, quien, según la citada Löschner, dejó una impresión muy fuerte en el pintor acerca de las posibilidades pictográficas que el Nuevo Mundo podía ofrecer. Las dificultades de trabajo en Alemania, como la frágil situación política por la que dicho país atravesaba, lo llevaron a decidirse por cruzar el Atlántico en 1852 y emigrar a América¹¹⁶.

América ejercía una influencia en el ambiente intelectual de Grashof, no sólo por la presencia de Humboldt y la difusión de la obra americana de Rugendas, Bellermann, Hildebrandt y Berg sino, también, porque en la propia Academia de Düsseldorf América se iba posesionando como todo un motivo pictográfico. Los relatos de viaje que sobre el Nuevo Mundo se habían publicado también fueron un gran impulso, tanto así que el *Kosmos* de Humboldt y los textos de Wied, Spix y Martius fueron llevados por él en su viaje.

Por 1852 arriba a Buenos Aires, ciudad que se encontraba en una difícil situación política, por lo que decide dirigirse a Montevideo. Allí conoce a Herzog Paul von Württemberg, quien se encontraba realizando una labor científica en América, por lo cual le solicita algunos trabajos. De modo que aquí comienza Grashof a vincularse con la pintura del paisaje americano. Debido a que en Montevideo la inestabilidad cundía al igual que en Buenos Aires, decide el pintor –a sugerencia del mismo Württemberg– dirigirse a Chile. A comienzos de 1854 arriba Grashof a Chile, donde pasará más de un año. Con

¹¹⁶ Véase Renate Löschner (ed.), *Deutsche Künstler in Lateinamerika. Maler und Naturforscher des 19. Jahrhunderts illustrierten einen Kontinent*, pp. 40-41 y de la misma autora *Die Reisen des Malers Otto Grashof in Argentinien, Uruguay, Chile und Brasilien: 1852-1857*, pp. 7-66.

recomendaciones de Württemberg logra rápidamente vincularse con grupos sociales de importancia económica. Una vez dentro de tales círculos los pedidos de trabajo se facilitaron para él, en especial de retratos. Comerciantes alemanes, diplomáticos y miembros de las clases más adineradas le solicitaban su trabajo. Intelectuales de importancia, como el exiliado argentino en Chile Mariano de Sarratea o el historiador chileno Diego Barros Arana, le piden retratos. Este último le encarga un grupo de pinturas referidas a la historia republicana de Chile, especialmente militares y políticos que habían tenido una participación principal en tal proceso, tales como José de San Martín, Bernardo O'Higgins, José Miguel Carrera y Diego Portales.

No sólo se dedicará a los retratos. Junto a ellos pintó paisajes y estudios de composición social sobre Chile. Al igual que años atrás lo había hecho Rugendas, Grashof se convierte en parte de la memoria pictográfica del país. Cuadros que retrataban el baile nacional (la zamacueca), indios araucanos del sur de Chile, junto a paisajes de Valparaíso y Santiago –además de los referidos a los “Padres de la Patria”– lo ubican como uno de los testigos de la época que mejor supieron captar parte de la vida social y cultural chilena.

Por 1855 pasa el pintor a Brasil, motivado por conocer la vegetación tropical de la cual Humboldt hablaba. En Río de Janeiro, al igual que en Chile, se dedica a los retratos, llegando a retratar al mismo emperador Pedro II de Brasil. La naturaleza tropical le llama la atención poderosamente, siempre siguiendo las huellas de Humboldt, pero también de los sucesores del naturalista berlinés, como Wied y Martius. Grashof visita la selva brasilera junto a una expedición, pintando grupos de indígenas, sus vestimentas, cabañas, armas y formas de alimentación. Al igual que Rugendas, se interesó por los grupos de esclavos africanos que, tal como su antecesor, son trabajados por él a partir de escenas exóticas y pintorescas. La vida cotidiana de la población africana, o su entorno, es transformada por imágenes idealizadas que fuesen del interés del público europeo. En 1857, después de cinco años de trabajo pictográfico y viajes por América, retorna a Alemania¹¹⁷.

El viaje de aventuras

Si el desplazamiento científico y pictográfico estuvo bajo la sombra del viaje americano de Alexander von Humboldt, el viaje en busca de aventuras logrará separarse, al menos aparentemente, de tal ligazón. El viaje de aventuras no tuvo como motivo central el sentido de una descripción al servicio de ciertos fines, fuesen científicos o económicos. Por lo general, los relatos giraban sobre sí mismos, haciendo de la trama narrativa la protagonista. Aquí no se advierten

¹¹⁷ Otro viajero pintor alemán que aquí se puede incluir es Albert Berg (1825-1862), quien permaneció por espacio de un año en la actual Colombia, probablemente muy influenciado por Humboldt a juzgar por sus trabajos que se reducen al ámbito de la naturaleza tropical.

detallados cuadros de paisajes, plantas o poblaciones *per se* como en los relatos de científicos. Si se incluían plantas o paisajes era siempre al servicio del relato mismo: en tanto fondo natural que acompañaba a los personajes, a partir de una descripción que otorgaba una explicación. El viaje y el relato de aventuras se articulaban en un espacio mucho más literario, puesto que no tenían que responder por su veracidad o apego a lo realmente observado¹¹⁸.

No todos los que publicaron relatos de viaje en tierras lejanas viajaron realmente, construyendo verdaderos viajes imaginarios que describían escenas totalmente inventadas. Muchas veces los relatos de aventuras sirvieron para escribir novelas, donde a partir de lo descrito por algún viajero o por el autor mismo se construía una narrativa de viajes¹¹⁹.

El relato de aventuras en tierras lejanas, especialmente aquél orientado hacia un público juvenil, llenaba un espacio de proyección y búsqueda. Un lugar imaginario construido sobre la base de otros mundos, plagado de extraños habitantes, peligros, exóticos parajes y héroes. Según Gerhard Hass, dichos relatos permitían al segmento juvenil figurarse toda una forma de vida en la cual ellos decidían las acciones movidos de forma independiente¹²⁰. Por otro lado, el relato de viajes y aventuras cumplía un papel pedagógico. La juventud podía aprender a partir de las experiencias en tierras lejanas: cómo comportarse de forma moralmente correcta frente a determinadas circunstancias; qué hacer en ciertas encrucijadas que ponían a prueba la vigorosidad espiritual. Ya desde fines del siglo XVIII editores alemanes como Joachim Heinrich Campe tomaban relatos de viajes de aventuras, como las descripciones de Georg Foster o Wilhelm Schlözer, incluyéndolos en las Bibliotecas para Niños (Kleine Kinderbibliothek). Ahí se publicaban resúmenes de relatos de viajes, textos que eran aprovechados para entregar de forma amena al público escolar informaciones sobre geografía, botánica, pueblos indígenas, etcétera¹²¹.

El relato de viajes de aventuras, entendido como una narrativa sobre un héroe, en tanto espacio de proyección del espíritu y objeto de miradas pedagógicas, se mantendrá hasta mediados del siglo XIX. Este héroe —normalmente perteneciente al segmento aristócrata, moviéndose en un mundo atiborrado de colores, libre y lejano— sufrirá una transformación a partir de ese período. Cada vez más la imagen asociada a figuras aristocráticas se irá perdiendo. El tiempo de

¹¹⁸ Interesante resulta que, a pesar de este mayor “campo de acción”, los relatos de aventuras buscaran entregar pruebas de lo que afirmaban o se basaran sobre informes de testigos. Véase al respecto Gerhard Hass, “Der blaue Nabel großer Ferner Reiseberichte und Reiseabenteuer in der Kinder- und Jugendliteratur”, pp. 270-276.

¹¹⁹ Un caso paradigmático en esta línea es Karl May, quien publica toda una seguidilla de aventuras en los Estados Unidos sin moverse de Alemania. Véase al respecto Jeffrey L. Sammons, *Ideology, Mimesis, Fantasy, Charles Sealsfield, Friedrich Gerstäcker, Karl May, and Other German Novelists of America*. Sobre la idea de un “relato de viaje, sin viaje”, véase Ette, “Est-ce que...”, *op. cit.*, pp. 73-78.

¹²⁰ Hass, *op. cit.*

¹²¹ Sammons, *op. cit.*, p. 270.

la industrialización, la conquista de las masas, dejará su marca sobre la literatura de viajes, haciendo de las figuras aristócratas un asunto de anacronía. Se yergue así la figura de un viajero solitario, ya no de las clases altas, sino, más bien, marginal, alejado. Su campo de acción serán los nuevos mundos descubiertos: América, Australia, África. Sus territorios: las montañas, los bosques, las selvas. El interés estará puesto en la conquista que éste podía realizar de aquellos espacios y, por supuesto, su mirada y vínculos con el mundo indígena. A partir de esta nueva narrativa de viajes de aventuras, el público –y no sólo el juvenil– se verá enfrentado a los últimos vestigios de otras civilizaciones; a enigmas, a culturas desaparecidas. Tales lugares representaban mundos amplios, no sólo en un sentido geográfico sino, también, para el desarrollo de aquellas nuevas ideas, proyectos y sueños que en la vieja Europa no tenían cabida alguna.

Friedrich Gerstäcker (1816-1872) reunió mucho de aquella nueva literatura del viaje de aventureros. Su origen no lo liga para nada con la nobleza de la época. Sus padres fueron artistas: su madre actriz y cantante, el padre tenor de ópera. Nunca completó una educación típicamente burguesa, asistiendo a una escuela cerca de la ciudad de Grimma para aprender un oficio agrícola. Ve que sus expectativas no eran de lo más promisorias y decide romper muy joven este círculo, dejando el país en 1837 para dirigirse a los Estados Unidos de América. Una ruptura que en gran medida marcaba un quiebre con la propia sociedad burguesa¹²².

En Estados Unidos viaja, entre 1837 y 1843, por diferentes estados, ciudades y pueblos, ejerciendo variadas ocupaciones –comerciante, chocolatero, obrero, vendedor– demostrando una enorme capacidad de adaptabilidad, hecho que en la estructurada Europa era muy extraño. Sus viajes en sí conformaron un conjunto de aventuras, elementos que más tarde servirían para su labor literaria. En 1844 publica su primer texto, *Streif- und Jagdzüge durch die vereinigten Staaten Nord-Amerikas*, un típico relato de geografía y viajes. Por 1847-1848 decide reunir sus experiencias americanas a través de historias cortas, comenzando por *Mississippi-Bilder* y *Amerikanische Wald- und Strombilder* en 1849.

Por ese mismo año realiza un segundo gran viaje, esta vez por Sudamérica. A través de un financiamiento del Parlamento de Francfort del Meno emprende la travesía con el cometido de visitar las colonias alemanas, puesto que allí prácticamente no existían representantes diplomáticos germanos. Además, había cerrado un contrato con la editorial Cotta, a través del cual se comprometía a enviar correspondencia que luego sería publicada en el periódico *Augsburger Zeitung*. De tal travesía deja un conjunto de relatos de viajes y novelas sobre el mundo indígena, respecto de las colonias alemanas en América, en relación con las costumbres de los habitantes de las nuevas repúblicas¹²³.

¹²² Véase Sammons, *op. cit.*, pp. 113-200 y sobre su biografía Thomas Oswald, *Friedrich Gerstäcker. Leben und Werk*; Andrea Pagni, "Friedrich Gerstäcker's 'Reisen' zwischen Ferne und Heimat. Überlegungen zum Reisebericht im literarischen Feld Deutschlands um 1850", pp. 276-287.

¹²³ Véase Friedrich Gerstäcker, "Unter den Pehuenchen: chilenischer Roman".

Según Pagni, Friedrich Gerstäcker desde un principio, ya en el arribo estadounidense y después al llegar a Brasil, no se ubica como inmigrante: viaja en tanto observador, como un viajero que está seguro de contar con un boleto de regreso. A partir de tal posición se sitúa como un europeo en América: comparando, añorando la patria, buscando lo familiar y lo extraño en el Nuevo Mundo. Pone a prueba la América humboldtiana, comprobando que el subcontinente era algo más que un territorio para el interés científico. América no sólo conformaba un objeto de investigación, presto a ser descrito científicamente, o un mero escenario para aventuras. Al mismo tiempo –y su experiencia con los inmigrantes europeos en los Estados Unidos ya se lo había demostrado– representaba la riqueza, la posibilidad de romper el destino social europeo y, con un poco de suerte y laboriosidad, cambiar de posición social. De modo que instala El Dorado nuevamente, en un tiempo donde la oleada de emigrantes hacia el Nuevo Mundo aumentaba más y más.

Interesante resulta advertir, tal y como Pagni lo destaca, el papel de viajero que Gerstäcker comienza a representar. El vínculo entre viaje y financiamiento otorga una nueva figura. Aquí es posible advertir una alianza entre el escritor, la editorial y el gobierno germano. Por un lado, estaba la posibilidad de escribir los relatos de viajes orientándolos hacia un público dispuesto a adquirir un periódico. Por otro, estaba el interés político de ciertos reinos germanos que buscaban tomar contacto con los compatriotas en el extranjero, lo que imprimía al viaje de Gerstäcker casi un sentido diplomático. Finalmente, las informaciones que podía reunir sobre los lugares que visitaba conformaban verdaderas guías para los futuros inmigrantes: sugiriendo lugares de asentamiento, describiendo a la población nativa y sus costumbres.

Esta multiplicidad de funciones que el viaje de Gerstäcker adquiría hacía de la veracidad del relato un aspecto esencial. De ahí la importancia de dar indicios, muestras que denotasen que el viajero realmente estuvo en los lugares que describe. De esta forma, podía legitimarse la funcionalidad del viajero como también de sus textos, fuesen éstos ficticios o no. Sólo así podía ser útil la mención de algún paraje, la descripción de un grupo de inmigrantes. De modo que la verosimilitud del relato adquiría una importancia capital.

Sus viajes no se agotaron en el continente americano, por el contrario, continuó viajando y escribiendo relatos de viajes y novelas. Después de América alcanzó a recorrer el Pacífico sur, Egipto y Abisinia. Llega a convertirse en un verdadero *bestseller* de su época, influenciando no sólo a un gran número de lectores ávidos de aventuras sino, también, a muchos viajeros que buscaron emularlo.

Paul Treutler (1822-1887) representa un tipo de viajero de aventuras en Hispanoamérica, de alguna forma ubicado bajo la influencia de Gerstäcker. A partir de los datos autobiográficos que Treutler entrega en uno de sus libros aparecidos en Chile es posible advertir que su origen familiar estaba ligado a familias poseedoras de tierras y minas en la región de Silesia. Al igual que

Gerstäcker, no tuvo una formación literaria. Estudió ingeniería en minas, iniciándose laboralmente en la actividad de extracción minera al servicio real. Por 1840 realizó estudios de mineralogía, química y geología en la Universidad de Berlín, pasando más tarde –después de una serie de viajes por Europa– a administrar los yacimientos mineros que poseía su padre. De modo que, a pesar de poseer una formación científica, estaba orientado al trabajo técnico. No es un naturalista al estilo humboldtiano, no busca la investigación de la naturaleza, sino su aprovechamiento productivo. Desde esa perspectiva se acerca a América. No viaja buscando examinarla, sino, más bien, con el deseo de encontrar El Dorado. Si viajeros como Gerstäcker habían impulsado la fiebre minera, Treutler llevará a cabo la empresa. Inmerso en un escenario de emigración y promesas, por 1851, durante la Exposición Universal en Londres, contempla con admiración rocas de yacimientos chilenos. Según él mismo lo declara en el prólogo de su *Fünfzehn Jahre in Süd-Amerika*, en ese momento, y sin dudar, decide emprender la travesía americana¹²⁴.

Durante quince años vive y recorre diferentes lugares de Chile –donde pasa la mayor parte de su estadía sudamericana–, como también Perú, Ecuador y Colombia. Si bien el objetivo principal del viaje era acercarse a los yacimientos mineros, a fin de trabajar como ingeniero o químico, no deja de tomar nota de los lugares que visita, su gente y costumbres, como también de las posibilidades de explotación económica. Siempre en la dirección del descubrimiento de yacimientos, toma fotos, confecciona mapas, planos. Hay acá un sentido práctico de sus observaciones, al igual que en Gerstäcker. De hecho, en el prólogo de su libro deja sentada la importancia de sus anotaciones para futuras expediciones comerciales o para el establecimiento de nuevas colonias alemanas allende el Atlántico. Su relato de viaje lo concibe como un incentivo a quienes deseaban abandonar Europa y emprender nuevas empresas de conquista comercial.

Interesante resulta el vínculo que establece en Chile, lugar donde estará más de diez años. Aquí entra directamente a competir por la fiebre minera que, por entonces, tenía a muchos intentando descubrir nuevos yacimientos de plata y oro. Allí utilizó sus conocimientos técnicos, trabajando para diversos dueños de minas hasta obtener sus propios yacimientos. A pesar de que pronto se dio cuenta de que su lugar no se encontraba entre tanta concurrencia, no abandona Chile, sino que intenta buscar nuevos yacimientos en otros rincones del país. De esta forma, decide quedarse y emprender una nueva travesía, esta vez por los difíciles territorios araucanos de los indios mapuches, indios que aún no habían sido sometidos completamente por el Estado chileno. En la Araucanía

¹²⁴ Paul Treutler, *La Provincia de Valdivia i los Araucanos*, tomo 1. Aquí he seguido la referencia a tal libro en el prólogo de Carlos Keller a la edición chilena del texto de Paul Treutler *Fünfzehn Jahre in Süd-Amerika an den Ufern des Stillen Oceans*. Véase la edición castellana Paul Teutler, *Andanzas de un alemán en Chile (1851-1863)*.

se contacta con caciques locales, accediendo, a través de su permiso y ayuda, a antiguos yacimientos de oro no explotados desde tiempos coloniales. Recorrió la región, fotografió a la gente, participó en las ceremonias y en la vida cotidiana de los mapuches. De modo que su travesía, tal vez influenciado por el mismo Gerstäcker, que años atrás había relatado su experiencia entre los indios en Chile, se convirtió en toda una aventura. La figura del viajero europeo en América, el buscador, el emprendedor, el curioso, se yergue poniendo al objetivo primigenio del viaje –la búsqueda de fortuna minera –en un lugar secundario. Tanta fue la importancia que adquirió la aventura, que ni siquiera lamentó el no haber podido atrapar nunca El Dorado. Finalmente, el propio viaje –su experiencia, el valor puesto a prueba, el contacto con mundos extraños– se había transformado en la mayor riqueza que desde el Nuevo Mundo pudo haberse traído.

Estos viajeros científicos, pintores y aventureros, construirán diferentes imágenes sobre la América Hispánica: sobre su población, costumbres y paisajes. En el capítulo “Otra experiencia de viajes: alemanes al otro lado de la cordillera de los Andes” se analiza en particular la experiencia de viajeros alemanes en Chile, a partir de Eduard Poeppig y Paul Treutler. Sin embargo, antes de continuar, y dada su influencia sobre posteriores viajeros, resulta imprescindible retomar una vez más a Alexander von Humboldt, a fin de definir las nociones a partir de las cuales éste conformó un discurso sobre la América Hispánica. ¿Qué elementos destacó de Hispanoamérica?, ¿cómo definió sus características? En lo que sigue se analizan tales aspectos de la obra humboldtiana.

EL DISCURSO SOBRE LA AMÉRICA HISPÁNICA EN ALEXANDER VON HUMBOLDT

Sobre América se había discutido mucho antes del siglo XIX en Europa, pero casi siempre por quienes nunca habían estado allí ni tenían intención alguna de hacerlo en el futuro. Intelectuales, naturalistas y filósofos habían hecho del Nuevo Mundo, durante siglos, un objeto de curiosidad, estupor o mofa: respecto de sus habitantes, su naturaleza, fauna y flora¹²⁵.

En las *Disputas del Nuevo Mundo* la noción de la inferioridad de América fue uno de los puntos más recurrentes. Según Gerbi, será con Buffon cuando –a mediados del siglo XVIII– la visión de una América inferior alcance un sustento de legitimación científica. Buffon pone:

“...de forma coherente y sistemática muchas observaciones, juicios y prejuicios que hasta entonces se habían expresado como sorprendentes noticias de tierras remotas en las primeras relaciones de los viajeros y naturalistas

¹²⁵ Respecto de las controversias y discusiones sobre América, es imprescindible remitirse a Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. He seguido la traducción mexicana.

que visitaron el Nuevo Mundo, o como paradojas y fábulas polémicas en los relatos de los misioneros, en las utopías y en los mitos del buen y mal salvaje; y sobre todo, porque sólo de Buffon en adelante tiene la tesis de la inferioridad de América una historia ininterrumpida, una trayectoria precisa que, a través de De Pauw, llega a su vértice con Hegel...”¹²⁶.



Despacho de Humboldt. Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional de Chile.

La llegada de Alexander von Humboldt a América enfrentará tales disputas con la nuevas visiones de la ciencia que a fines del siglo XVIII comenzaban a adquirir fuerza. Tal y como aquí se ha establecido, la noción de investigación empírica, el hecho de analizar en terreno lo que antes sólo había sido discusión, manifestaba la concreción del nuevo discurso científico que validaba el conocimiento directo por sobre la especulación. De modo que el naturalista prusiano se introduce desde una nueva dimensión en las *Disputas del Nuevo Mundo*. Humboldt se inserta desde el recorrido mismo, sin intermediarios, como una forma de evaluar lo que sobre América se había expresado. Será justamente a partir y dentro de estas cuestiones donde se ubique el discurso sobre América que construirá. Discurso que, según algunos estudiosos, no sólo influirá sobre el mundo europeo y su percepción de América, así como en los

¹²⁶ Gerbi, *La disputa...*, op. cit., p. 3.

posteriores viajeros que desde allí cruzaron el Atlántico, sino, también, sobre los propios americanos y su noción de una identidad americana¹²⁷.

Uno de los elementos que con frecuencia se repetía en Europa respecto de América era el de su juventud: el espacio americano era nuevo. Esto tenía varias implicaciones. Por un lado, significaba que el llamado Nuevo Mundo se encontraba más cerca del estado caótico primordial que el Viejo Continente. Todo lo que de América provenía –bajo esa lógica– era considerado inferior, insignificante o en estado de desarrollo temprano, si se lo comparaba con Europa: ya su flora y fauna, ya su formación geológica y actividad volcánica. En otro sentido, tal argumento se extendía, por consecuencia lógica, a sus habitantes: su civilización e instituciones, arte y desarrollo tecnológico. Humboldt pone en duda tal argumento: ¿debido a qué se otorgaban a la exuberante vegetación americana, a la enorme extensión de sus ríos y la intranquilidad de sus volcanes, las pruebas de su corta edad? Ya antes de arribar a América tales nociones le parecían a Humboldt antifilosóficas y contrarias a lo que se conocía entonces por leyes de la física. De ahí el interés –una vez en América– en recorrer zonas volcánicas o selvas tropicales, no sólo en el intento de someter a prueba la noción de la juventud americana sino, además, porque cada vez más la dicotomía misma entre zonas “jóvenes” y “viejas” le parecía irrelevante. Para Humboldt, antes que definir la “edad” americana, era más atractivo escudriñar la fuerza de su naturaleza, los impulsos que la mantenían en movimiento, el juego en donde los diferentes elementos se agitaban y unificaban “en una superior armonía de discordias”¹²⁸.

De modo que la creación, el cambio continuo, la variedad y multiplicidad, eran puestos, por el naturalista prusiano, en el centro de sus percepciones sobre América. De ahí que en éste la reyerta entre neptunistas y plutonistas o la polémica sobre la edad geológica de América ocupaban necesariamente un segundo lugar o, bien, eran tomadas en tanto criterios apriorísticos y juicios de valor carentes de informaciones empíricas. La visión totalizadora del naturalista berlinés, su creencia en un conjunto de fuerzas que articulaban los elementos en todas partes del mundo, hacía innecesario suponer que toda una parte del planeta fuese más antigua o más nueva que otra¹²⁹.

De tal forma que, a pesar de que uno de los propósitos originales de su viaje a América había sido el refutar ciertas teorías apriorísticas sobre América

¹²⁷ Mary Louise Pratt habla de la reinención de América a partir de Humboldt. Dicha reinención habría sido realizada a ambos lados del Atlántico, aunque no de la misma manera, por la elite de Europa del Norte y por la elite hispanoamericana. Pratt se asombra al comprobar que los escritos de Alexander von Humboldt hayan entregado visiones de fundación a ambos grupos. Véase Pratt, *op. cit.*, pp. 111-112. Por su parte, Adolfo Prieto ha establecido cómo la visión humboldtiana de América también influenció a los viajeros ingleses que recorrieron Sudamérica. Véase Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*, pp. 17-23.

¹²⁸ Gerbi, *La disputa...*, *op. cit.*, p. 512.

¹²⁹ *Ibid.*

—como las de Buffon o de Pauw—, Humboldt pronto transformará el objetivo de su investigación. El acento en la armonía y la convergencia de las fuerzas de la naturaleza, más que en el análisis de su edad geológica, encaminaba el objetivo hacia la búsqueda de las relaciones entre los ambientes naturales y animales, así como de éstos con el universo. Según Gerbi, el problema con que Humboldt llega a América era buffoniano sólo en la manera como éste se planteaba: “Más que detenerse en comparaciones cuantitativas y cualitativas entre los dos hemisferios, Humboldt procura comprender cada organismo y cada ambiente en sí y en sus relaciones con el universo”¹³⁰.

De modo que traslada el problema de la juventud de América, tornando irrelevante su planteamiento mismo. A pesar de que comprueba *in situ* cuán equivocado estaba Buffon al tratar al jaguar como especie de tigre menor o al afirmar que no existían caimanes en América, a pesar de que pone al descubierto en qué medida ciertos juicios buffonianos sobre la degeneración de los animales domésticos en América más bien descansaban sobre bases literarias, eran otros aspectos de América los que comenzaban a atraer poderosamente su interés. El hecho de determinar desde la experiencia directa que América poseía una naturaleza exuberante y en ebullición, que las especies selváticas y domésticas eran más vigorosas y prolíficas de lo que en Europa suponían, ponía un nuevo énfasis en las visiones sobre América: su naturaleza¹³¹.

América como naturaleza

Según Gerbi, Humboldt muestra en sus primeras impresiones de América un acento constante de exultación, a tal punto de suspender todo tipo de añoranza de Europa, como si nunca hubiese vivido allí, extasiado ante la belleza y esplendor del Nuevo Mundo, su cromaticidad, variedad, dimensiones:

“De día, plantas y animales resplandecen con mil colores: las aves los peces, hasta los cangrejos azules y amarillos concurren a la impresión de conjunto, constelan con acordes cromáticos el verde todopoderoso de la vegetación. (...) Las montañas de México son las más hermosas del globo. El Chimborazo (...) la cima más grandiosa de la tierra. El sueño de toda su vida se ha hecho realidad”¹³².

Para Helene Bonnländer, Humboldt se enfrenta en un comienzo ante la naturaleza americana a partir de ciertas nociones de lo sublime tomadas en lecturas de Bernandin de Saint Pierre, así como bajo la influencia de Friedrich Schiller y Edmund Burke. Dichos elementos le sirvieron como una forma de

¹³⁰ Véase Gerbi, *La disputa...*, *op. cit.*, p. 516.

¹³¹ Con la medición del tamaño de un cocodrilo en América, Humboldt deja en ridículo al escritorio europeo desde la empiria.

¹³² Gerbi, *La disputa...*, *op. cit.*, p. 515.

ordenar sus percepciones sobre la naturaleza americana, darle una estructura a lo caótico, instalar elementos de comparación y análisis. Sin embargo, pronto tales conceptos se verán sobrepasados por la belleza y majestuosidad del continente. ¿Cómo define Humboldt dicha majestuosidad?, ¿qué implicaciones tuvo el concebir el Nuevo Mundo como una naturaleza sublime única, excepcional?¹³³.



América en *América quae est geographiae Blaviana: pars quinta: liver unus*, Amstelaedami: Joannis Blaeu, 1642, v. 11. Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional de Chile.

¹³³ Bonnländer, *op. cit.*, pp. 97-103.

Mary Louise Pratt afirma que Humboldt no sólo reinventó la América Hispana: construyó tal discurso a partir y desde su naturaleza. América en Humboldt no es sólo el continente accesible, coleccionable y categorizable sino, además, un lugar dramático, extraordinario y espectacular. No es un sitio pasivo que espera ser conocido o poseído, sino un espacio en movimiento, pleno de fuerzas, la mayoría imperceptibles al ojo humano: una naturaleza gigante y salvaje que empequeñece al hombre. Según Pratt, a partir de esta concepción de la naturaleza americana, Humboldt va a crear toda una estética de lo sublime, que entraba dentro de su proyecto científico no sólo como orientación epistemológica o literaria sino, más bien, como la única posibilidad de poder captar y describir las fuerzas ocultas de la naturaleza americana. Eran la propia América y sus fabulosas propiedades y características las que desplazaban cualquier método que en otras partes del mundo normalmente era utilizado para realizar una investigación científica. América era un caso excepcional. De ahí el “lenguaje pictográfico” –ya aquí analizado–, pero también un lenguaje que se asume con vigor y una cierta sensualidad. Humboldt iba construyendo un discurso sobre la naturaleza americana como un dramático flujo y reflujo. Para él, las extensiones americanas eran inconmensurables, los ríos enormes y abundantes, sus bosques impenetrables y el elemento humano caracterizado por una invisible actividad que exhala, absorbe, genera. Percibe el Nuevo Mundo no sólo desde aquellos aspectos que eran susceptibles de ser analizados científicamente –medibles, observables– sino, también, a partir de un conjunto de fuerzas invisibles en infinita expansión y contracción: unos espacios inanimados que regían al mundo animado; una armonía que no podía ser explicada sólo en torno a fenómenos racionales¹³⁴.

Interesante resulta analizar dentro de este discurso el papel que le otorgaba al elemento humano: el lugar del hombre americano. Reinhard Heinritz deja al descubierto, desde la lectura del texto de Humboldt *Über die Steppen und Wüsten* (1808), ciertos aspectos¹³⁵.

El objetivo central de dicho texto era comparar representaciones de estepas (*Steppen*) y desiertos (*Wüsten*) en diferentes partes de la tierra, como una forma de hacer visible la simultaneidad de lo múltiple (*Gleichzeitigkeit des Mannigfaltigen*). Sin embargo, lo que el texto deja al descubierto es la contraposición de diferentes realidades naturales desde un juego de oposiciones binarias. A partir de esta operación, Humboldt construye un sistema referencial, contraponiendo lugares “llenos” *versus* “vacíos”, “calientes” *versus* “fríos” y habitados en oposición a desérticos. América entraba como espacio vacío, desértico y caliente. Pero no sólo correspondía a un análisis climatológico y botánico, al mismo tiempo, va enlazando factores culturales y humanos. Según Heinritz,

¹³⁴ Aquí he seguido a Pratt, *op. cit.*, pp. 120-143.

¹³⁵ Heinritz, *op. cit.*, pp. 183-188. El mismo texto de Humboldt es analizado por Pratt. Véase Pratt, *op. cit.*, pp. 124-126.

el vacío de la naturaleza tropical americana que Humboldt describe tenía un elemento adicional: la ausencia del hombre (*die Abwesenheit des Menschen*). Si el paisaje sudamericano entraba en el esquema humboldtiano de oposiciones binarias como espacio “vacío”, no era tan solo a partir de su clima y vegetación, que hacían imposible su poblamiento sino, además, porque en la percepción de Humboldt, el hombre no aparecía dentro del paisaje americano. Tal como Pratt lo destaca, en las descripciones de los llanos venezolanos, “el habitante está ausente”. La única persona mencionada en esa melancólica y sagrada soledad es el hipotético e invisible viajero europeo. Al respecto, Heinritz afirma que, a pesar de que Humboldt deja reconocer en aquellos paisajes vacíos la huella del hombre, puesto que las colinas de los llanos venezolanos poseen nombres, es sólo una referencia circunstancial desde la distancia paratextual de unas notas al pie de página. América, esencialmente, se representaba como un espacio desprovisto de habitantes¹³⁶.

En *Ansichten der Natur* Pratt analiza otros elementos en el discurso humboldtiano de América en tanto naturaleza, aspectos que se unen a la idea de un continente falto de población. Tres imágenes en particular son comentadas, conformando algo así como tres tópicos por excelencia respecto del Nuevo Mundo: uno es el superabundante bosque tropical, en especial el Amazonas y el Orinoco; otro, las altas cumbres nevadas, como la cordillera de los Andes o los volcanes de México; el tercero, un vasto territorio plano: los llanos venezolanos y la pampa argentina. Tal como la propia autora citada lo afirma, lo anterior no significaba en modo alguno que Humboldt redujese su análisis de América, o su visión, sólo a aquellos tres fenómenos naturales: mucho del trabajo de Humboldt en América se basó en la investigación arqueológica o en aspectos demográficos. Sin embargo, algo que aquí resulta muy interesante para el análisis de otros viajeros europeos en América, es que el pensamiento europeo seleccionó tal “triada” desde los escritos humboldtianos sobre América. A partir de ahí, la noción espacial del paisaje americano desarrollada por el naturalista prusiano será tomada como una nueva ideología y discurso respecto del Nuevo Mundo¹³⁷.

Ahora bien, no es que Humboldt de la nada destacase tales aspectos del paisaje de América. Si el siglo XIX construyó un discurso sobre América como naturaleza, fue debido a que éste se estructuraba sobre la base de lo que siglos atrás otros europeos –tales como Colón, Vespucio o Raleigh– habían realizado, escrito y destacado. Ellos “descubren” América, en primer término, como un mundo natural, un espacio no reclamado y atemporal habitado por plantas y criaturas, pero no organizado en sociedades y economías, un mundo que sólo nace a la historia con la llegada europea. El discurso sobre América

¹³⁶ Véase Heinritz, *op. cit.*, p. 186 y Pratt, *op. cit.*, p. 125.

¹³⁷ Un análisis del significado de los Andes en Humboldt se puede encontrar en Wolfzettel, “Ästhetik...”, *op. cit.*, pp. 239-261.

como naturaleza, acumulación, abundancia e inocencia no fue en ningún caso una construcción exclusivamente humboldtiana, sin embargo, será éste quien lo dote de una base empírica. A partir de lo investigado por Humboldt queda establecido que es en el paisaje tropical donde es posible encontrar la riqueza vegetal de América, en la cordillera de los Andes el lugar al que hay que ir para descubrir las vetas mineras; las pampas, los espacios ideales para el desarrollo de una ganadería a gran escala. Al analizar otros de sus escritos, Pratt se percata en qué sentido la aparición del hombre americano en tales cuadros naturales estuvo siempre acompañada de un sentido instrumental: el científico germano “naturaliza” las relaciones coloniales y las jerarquías raciales, representando al Nuevo Mundo, sobre todo, en términos de su relación colonial de *disponibilité*¹³⁸.

De modo que el discurso sobre América como naturaleza no sólo estaba vinculado con la fascinación americana ante lo sublime de sus paisajes y especies. América como naturaleza implicaba ante todo su *disponibilité*. Dicha disponibilidad no sólo involucraba sus extensos terrenos, sus riquezas mineras y botánicas sino, también, a los habitantes, que eventualmente podían ser utilizados como sirvientes, peones o hasta esclavos. En este cuadro, tal discurso no sólo adquiriría una repercusión científica al impulsar viajes de investigación sino, también, un sentido económico. Ya en 1942, Egon Erwin Kisch había notado en Humboldt la doble faz de un discurso que, a pesar de que se inscribía como una empresa eminentemente científica, hacía hincapié en un espacio geográfico de territorios inmensos, con una economía por desarrollar, fabulosos yacimientos y mano de obra fácil y poco exigente. Kisch se imagina el entusiasmo del emprendedor europeo: “Pues vamos a excavar allí nuestras minas (de plata, claro está) y a construir nuestros altos hornos; vamos a invertir nuestros capitales en aquellas tierras y a desarrollar en ellas nuestros métodos de trabajo”¹³⁹.

Ahora bien, la visión de Humboldt como conquistador científico no quiere decir, en absoluto, que su interés se enmarcase sólo dentro de una empresa de carácter económico. Tal y como Ottmar Ette al respecto lo señala, la obra de Humboldt es, sin duda, contradictoria. Por un lado, obedeció a unos motivos eminentemente científicos, y si visualizaba un potencial económico o un intercambio entre las materias primas del Nuevo Mundo y los productos manufacturados del Viejo Continente, ello se enmarcaba dentro de una perspectiva que abogaba por un desarrollo armónico y una igualdad entre las naciones. De esta forma, el proyecto de un canal que atravesaría el istmo de Panamá sólo puede entenderse dentro de una visión holística en Humboldt, que buscaba intensificar el intercambio comercial entre el Viejo y el Nuevo Mundo desde una

¹³⁸ Wolfzettel, “Ästhetik...”, *op. cit.*, p. 130.

¹³⁹ Cita tomada de Ottmar Ette, “Un culpable inocente. ¿Es correcto ver en el *conquistador científico* un precursor de la conquista y penetración económica de la América Latina?”, pp. 62-65.

red comercial que beneficiaría por igual a ambos espacios. Por otro lado, es innegable que su obra incitó el apetito de otros viajeros –principalmente ingleses–, quienes contemplaban los tesoros de la naturaleza tropical fundamentalmente como objeto de futura explotación por Europa. Al respecto, hay que decir que esta visión humboldtiana de la naturaleza americana como *disponibilité* también abrirá la visión productiva de los propios hispanoamericanos, quienes mirarán con otros ojos las riquezas naturales del fabuloso y sublime Nuevo Mundo¹⁴⁰.

La oriental América

Oliver Lubrich, a partir del análisis del texto *Relation historique du Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent (1814-1825)*, ha llamado la atención respecto del papel que representaron, en el viaje americano de Humboldt, los motivos orientales, así como en las funciones que asumió dicho espacio geográfico-cultural en su imaginación geográfica del Nuevo Mundo. La visión “orientalista” en Humboldt es analizada como un modo complejo de percepción y descripción, empleado para acercarse a la realidad americana¹⁴¹.



Americanos, en “Americani della terra del fuoco nelle loro capanne”, Archivo Fotográfico. Museo Histórico Nacional.

La América de Humboldt exhibe claros rasgos orientales, algo así como un “Segundo Oriente”: los llanos venezolanos son imaginados como un desierto;

¹⁴⁰ Ette, “Un culpable...”, *op. cit.*, p. 65.

¹⁴¹ Véase Oliver Lubrich, “Egipcios por doquier. Alejandro de Humboldt y su visión orientalista de América”.

el territorio situado entre los ríos Amazonas y Orinoco pasa a ser una nueva Babilonia; Moctezuma de pronto es visto como “el sultán mexicano”; el dios azteca Quetzalcoatl, “el Buda de los mexicanos”; las obras arquitectónicas aborígenes le recuerdan las pirámides de Egipto. Humboldt instala en América un “inventario de tropos ‘orientalistas’ en especial de procedencia egipcia y persa, así como turca árabe e islámica”, viendo en el Nuevo Mundo por doquier “caravanas, camellos, desiertos, palmeras, oasis, momias, jeroglíficos, pirámides, faraones, sultanes, cocodrilos, harenes, beduinos, bandidos de los desiertos, perlas, lujo y tiranía”¹⁴².



Entierro de Araucanos, Mauricio Rugendas. Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional de Chile.

Esta asociación América-Oriente no sólo conformó un conjunto de clichés superficiales. El propio espacio geográfico físico de América es analizado por Humboldt a partir de una serie de referencias geológicas, climatológicas, zoológicas e hidrográficas tomadas de sus conocimientos del Oriente. De modo que el Oriente sirvió de guía a la percepción humboldtiana de América, cumpliendo una función de modelo referencial y heurístico. A menudo, tales referencias científicas, tal y como Lubrich lo destaca, son vinculadas con aspectos culturales. Al referirse a la influencia del paisaje sobre la cultura, Humboldt trae a colación ejemplos del Oriente: los llanos venezolanos son

¹⁴² Lubrich, *op. cit.*

como el Sahara, en la medida en que representan un obstáculo para la comunicación y la civilización; el Orinoco es comparable con el Nilo, tanto en las estructuras del paisaje como en su función civilizadora. Por otro lado, las prácticas culturales de los habitantes americanos son descritas recurriendo al Oriente, como una forma de destacar ciertos hábitos y costumbres que, así como se han presentando en el Oriente, se hayan en América. De esta forma, Humboldt ve que en ciertos países americanos al igual que “...en Oriente no se conocen más revoluciones que las que hacen los mismos gobernantes”; que la religión de los pueblos del Alto Orinoco “...era en principio como entre los persas, un culto de la naturaleza”; o que ciertas creencias precientíficas que en América es posible encontrar “...tienen su equivalente en el Oriente”¹⁴³.

Lo interesante en esta “orientalización” de América es que correspondió a un proceso no sólo reducible a un problema de puntos de comparaciones y modelos de análisis. En Humboldt, el Oriente conformó, además, un paradigma de la diferencia, necesario a fin de situar lo que el Nuevo Mundo ofrecía a la curiosidad científica del naturalista prusiano¹⁴⁴.

Es a partir de este paradigma cómo Humboldt, en tanto europeo, podía describir lo que le resultaba ajeno. Si el naturalista prusiano se refiere al canibalismo en América, a las prácticas poligámicas, a los sacrificios humanos, lo hace teniendo tras de sí la experiencia de la alteridad recogida por la cultura europea-occidental en el Oriente, aunque nunca hubiese estado en Egipto, Siria o la India. Serán las prácticas milenarias de Europa respecto de tal espacio imaginado las que literalmente lo orienten en el Nuevo Mundo: “El Oriente funge como el ‘Otro’ de la Europa tradicional, a través del cual es posible ejercitar su percepción de la diferencia. Él, el Oriente, constituye lo exótico que es descrito desde hace siglos, incluso milenios [...]. En comparación con el Oriente, América es el otro ‘Otro’ de Europa”¹⁴⁵.

De ahí que el Oriente no sea llevado a América, en los ojos de Humboldt, como un ente particular o aislado: de forma explícita o implícita siempre es situado en relación con Europa, como una suerte de punto de comparación o contrapeso. Desde tal vinculación aparece un Oriente alternativamente más cercano o más lejano del Viejo Continente o, bien, es separado de Europa o es identificado con ella. En el mapa imaginario del naturalista, y a partir de su visión universalista, existía un vínculo entre estos tres espacios geográfico-culturales. América y Oriente aparecen en tal noción “...en una relación simultánea de identidad y diferencia, tanto respecto de Europa como entre sí”. A su vez Europa se desplaza “...simbólicamente entre estas dos ‘otredades’, una

¹⁴³ Lubrich, *op. cit.*

¹⁴⁴ Curioso resulta advertir que el Oriente también representará un papel de alteridad en los viajeros que desde Sudamérica arribaron a Europa por el siglo XIX. Véase Graciela Montaldo, “Nuestro Oriente es Europa”, pp. 201-220.

¹⁴⁵ Lubrich, *op. cit.*

‘oriental’ y la otra ‘americana’, las cuales al parecer se hayan en competencia por adquirir el rango de la menor diferencia...”¹⁴⁶.

El uso del espacio geográfico-cultural llamado Oriente, como una forma de darle un orden a la percepción de la diferencia americana, será un tópico que no se terminará en ningún caso con Alexander von Humboldt. Serán otros viajeros, y bajo nuevas perspectivas y enfoques, los que continúen su huella –ya desde Alemania, ya de otras partes de Europa–, localizando al Nuevo Mundo entre las culturas hasta entonces conocidas.



Encuentro de europeos con indígenas, en Mauricio Rugendas, *Malerische Reise in Brasilien / von Moritz Rugendas*, p. 176. Colección Biblioteca Nacional de Chile.

¹⁴⁶ Lubrich, *op. cit.*

VIAJEROS CHILENOS DEL SIGLO XIX: DEL VIAJE CORTESANO A MADRID AL VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

EL FIN DEL VIAJE CORTESANO Y LA IRRUPCIÓN DEL VIAJE POSCOLONIAL

En Chile, así como en el resto de Hispanoamérica, al comenzar el siglo XIX ya existía una tradición de viaje a Europa: el así llamado viaje a la Corte madrileña. Si bien este viaje colonial no fue masivo ni frecuente y, más bien, se redujo a aquellos grupos sociales que estaban en relación directa con la metrópoli española –ya al ser descendientes directos de peninsulares, ya debido a una posición de funcionarios de la Corona–, ejerció una notable influencia. El viaje cortesano inauguró todo un circuito de desplazamiento transatlántico que de alguna forma será continuado una vez alcanzada la Emancipación Hispanoamericana¹⁴⁷.

El viaje a Europa durante el período colonial era muy arriesgado y difícil, de ahí que se tomaran precauciones para un trayecto que más bien parecía un viaje a lo desconocido. Así se refiere, retroactivamente, un viajero chileno a fines del siglo XIX:

“Era a la verdad cosa tan riesgosa i desacostumbrada emprender un viaje a Europa– ‘a la corte’ según entonces se decía, por Madrid, que antes de marchar al vecino puerto en sendas mulas, aún los caballeros más timoratos de Santiago se confesaban, comulgaban i nunca emitían la preciosa i santa diligencia de otorgar su testamento i última voluntad...”¹⁴⁸.

A pesar de las dificultades, no pocos criollos se vieron en la obligación de viajar, en un trayecto que, debido a las imposiciones que el sistema colonial dictaba a los miembros del Imperio Hispano, se reducía casi en su totalidad a España y, en especial, a la ciudad de Madrid.

El propio sistema administrativo y judicial hizo necesario un viaje. Si determinados pleitos se empantanaban años y hasta decenios sin una solución, la única salida consistía en arribar a la Corte y mover influencias o alegar ante instancias superiores. No pocas veces el deseo de una posición en la administración americana del Imperio Hispano llevó a algunos a cruzar el Atlántico.

¹⁴⁷ Respecto al viaje cortesano, véase Carlos Sanhueza, “De la periferia colonial al centro de Imperio. Viajeros hispanoamericanos en las cortes españolas durante el siglo XVIII”.

¹⁴⁸ Benjamín Vicuña Mackenna, “Prólogo”. Se ha mantenido la ortografía original.

Uno de los motivos más recurrentes del viaje a Europa, en especial durante el siglo XVIII, lo constituyó el de los hijos de criollos: hijos de funcionarios importantes o acaudalados que eran enviados a la Corte en una suerte de *Bildungsreise* o viaje de formación. David Viñas ha analizado las características de tal desplazamiento para el Río de la Plata¹⁴⁹.

Según Viñas, los “hijos de la colonia” que llegaron al Viejo Mundo se situaron ante lo europeo, y en especial frente a lo hispano, en una relación de súbdito a Corte. Estos descendientes de propietarios coloniales arribaban a Europa como una forma de asistir al espectáculo cortesano, de modo que el viaje tuvo un sentido de pasividad: el muchacho es enviado, colocado, ubicado en ciertos puestos y academias. No hubo acá una motivación individual de realizar un viaje, sino más bien una suerte de imposición social.

Viñas destaca cómo la Corte limitaba la conducta de los viajeros americanos, premiando o castigando la lejanía o cercanía de éstos con sus reglas y símbolos. Europa-Corte conformaba un concepto que se situaba en lo auto, omnipotente y ubicuo y que se limitaba rígidamente a sancionar o a premiar. Los americanos no eran nada más que súbditos, espectadores, a lo más discípulos. De ahí que el viajero americano, más que preocuparse de criticar o poner en duda las normas cortesanas, buscara utilizar el vocabulario y acento adecuado, emplear con propiedad el lenguaje, adquirir los modos y vestimentas, absorber todo lo posible de ese mundo tan lejano de la no cortés América¹⁵⁰.

Tal como el *Bildungsreise* europeo, en algún sentido el viaje cortesano fue iniciático y utilitario. La idea de acumular experiencias y estudios estaba al servicio de un futuro desempeño que necesariamente conduciría al viajero de vuelta al Nuevo Mundo. El contacto con la corte madrileña otorgaba una superioridad al hispanoamericano en su propia tierra: una suerte de vía libre o pasaporte; un estatus necesario si quería iniciar una empresa, fuese ésta intelectual, comercial o de funcionario real. La superioridad, el centralismo, el prestigio de la corte europea era la base de este mecanismo de legitimidad. Sólo a partir del viaje a la Corte se adquiría una ventaja que no podía ser disputada por nadie una vez en casa. Sin embargo, este circuito de ventajas sólo era lícito a condición de exigir la “aprobación de la Corte”: “A cada momento los actos más significativos del viaje colonial muestran el *nihil obstat* que ha solicitado, que lo legitima, autoriza y encalma y hasta lo ‘dispensa’ de la ‘desgracia’ de haber nacido en América”¹⁵¹.

La corte europea, otorgaba, dispensaba, poseía un mecanismo de verdad, de ahí que el viajero colonial no emitiera juicios del mundo que veía ni hiciese comparaciones con lo que había dejado al otro lado del océano: el tono era de reverencia, no de rebeldía.

¹⁴⁹ David Viñas, *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, pp. 135-143.

¹⁵⁰ *Op. cit.*, p. 135.

¹⁵¹ *Ibid.*

Por el primer decenio del siglo XIX, este tono de reverencia, aprobación y admiración por la corte española comenzará a quebrarse. De algún modo, el cuadro cambió ante un sistema imperial que cada vez mostraba mayores signos de fuerte deterioro, tanto en sus aspectos políticos como económicos. La legitimidad que antes la Corte otorgaba se desvanecía más y más. En este escenario el viaje de los hijos de criollos adquirió otro sentido. La Corte ya no es visualizada como lo omnímodo, lo significativo, el modelo a seguir. Muchos hispanoamericanos ven en el viaje, y ya no sólo a España sino, también, a Inglaterra y a Francia, un impulso para instalar una posición propia, ya no atada al celo de la corte madrileña. Junto a ello muchos criollos concibieron el viaje como parte de los iniciales movimientos de independencia americana. Los llamados “precursores de la independencia” tales como: Simón Bolívar, Francisco de Miranda, Bernardo O’Higgins o José Miguel Carrera, buscarán vincular los viajes como un factor político en el proceso de emancipación del Imperio Hispano: algunos, como Francisco de Miranda, intentando crear un *lobby* en Europa a los impulsos independentistas; otros, como Bernardo O’Higgins, desde sus estudios en Inglaterra, o como José Miguel Carrera en los Estados Unidos, buscando ayuda material y logística en la guerra contra España¹⁵².

Algunos estudiosos han notado que ni los hijos de criollos, durante el viaje colonial, ni los precursores de la independencia, en sus recorridos por Europa –aun a pesar de que escribieron algunos relatos de viajes– produjeron un género literario de viajes o una literatura sobre Europa¹⁵³.

Estos sujetos aún se mantenían atados al mundo colonial. Tal discurso colonial legitimaba la posición de estos hijos de criollos como parte del Imperio Español. No existía un proyecto ideológico propio que motivase una configuración criolla de Europa. El colono se representaba a sí mismo dentro de los márgenes burocráticos y mentales del Imperio. La relación súbdito-Corte, enfatizada por Viñas, impedía la conformación de una perspectiva que estuviese encerrada bajo parámetros locales o regionales americanos. Aun cuando, por principios del siglo XIX, el tono de reverencia y respeto ante la superioridad del mundo noble hispano se había roto con la llegada de los viajeros-independentistas, no se instalaba todavía una literatura de viajes propiamente hispanoamericana. A mediados del siglo XIX el panorama de los viajeros venidos desde Hispanoamérica a España se alterará profundamente. A medida que se formaban los Estados nacionales americanos, se iba instalando una cesura que separaba a los viajeros coloniales de los poscoloniales. A partir de aquí, la mirada sobre Europa ya no será la misma.

¹⁵² Véase sobre Francisco de Miranda, *Diarios de viajes y escritos políticos*, Edgardo Mondolfi (comp.), *Francisco de Miranda en Francia*; Oscar Rodríguez Ortiz (comp.), *Diario de Moscú y San Petersburgo*. Respecto del viaje de Miranda en Europa y su “descubrimiento” del Viejo Mundo véase Michael Zeuske, *Francisco de Miranda und die Entdeckung Amerikas*. Sobre José Miguel Carrera véase José Miguel Carrera, *Diario de viaje a Estados Unidos de América*.

¹⁵³ Pratt, *op. cit.*, pp. 189-190.

Un elemento decidor en el paso del viajero colonial al poscolonial lo conformaron el nuevo escenario que se había instalado en Hispanoamérica por mediados del siglo XIX y otros desafíos que ubican el viaje a Europa dentro de nuevos parámetros. El viajero llevaba otras preguntas, otros problemas. Al respecto, la cuestión del “quién somos”, las diferencias que separaban a las nuevas repúblicas hispanoamericanas, la cercanía o separación de la cultura del Viejo Mundo llegaron a convertirse en un punto central.

La búsqueda de una identidad nacional conformó un tópico que, con posterioridad al proceso político de emancipación de España, se repetirá una y otra vez en las preocupaciones de las elites hispanoamericanas. En tal proceso, el viaje a Europa es interpretado como una forma de evaluación de lo propio, a partir de una imagen que se estructuraba al entrar en contacto con el Viejo Continente. Se trataba, pues, de un tipo de construcción de identidad desde la distancia que tomaba al espacio cultural europeo como punto de referencia, en el intento de encontrar desde ahí el lugar que las naciones hispanoamericanas ocupaban dentro del concierto de la cultura occidental.

La construcción de un nuevo sistema político no otorgaba en sí un sistema de definiciones nacionales, a pesar de que existiese un conjunto de leyes que declarase, explícitamente, que un antiguo reino o provincia del Imperio Español había adquirido soberanía. De ahí que se hacía insuficiente definir una nación sólo centrándose en un ámbito legal y constitucional. Aquí se requería, además, crear un espacio de identidad que sentara el hecho –tanto para los connacionales como para el mundo– de que un nuevo país entraba en la escena de las naciones independientes, con determinadas características que lo hacían peculiar respecto de las ya existentes. Se inaugura, entonces, un movimiento de inscripción entre las otras naciones, hecho que no pasaba solamente por el mero reconocimiento consular por parte de los otros países sino, además, por una verdadera instalación discursiva. Lo anterior significaba definir en qué medida lo chileno, peruano, argentino, etc. tenía una existencia, una historia común y, a la vez, diferente; unos objetivos propios, unas particularidades que lo hacían merecedor de su categoría de nueva república. No bastaba con poseer símbolos patrios y emblemas, había que ir a buscar afuera otros elementos que definieran lo propio: su carácter, su posición, sus orígenes. Es a partir de aquí que el viaje a Europa se modifica: es interpretado ahora como un acto bautismal de las nuevas naciones. No se viajaba a cualquier lugar: era justamente en Europa –el faro cultural, la guía por excelencia–, donde podía encontrarse el hombre o la mujer hispanoamericana desde la raíces de su cultura y desde allí atisbar lo propio. Tal y como lo afirma Viñas: Europa se vio como el metro universal y punto de partida. Las nuevas repúblicas son pensadas *para* Europa y *desde* Europa¹⁵⁴.

¹⁵⁴ Viñas, *op. cit.* Al respecto afirma Frédéric Martínez que el viaje a Europa fue la piedra angular de los procesos de construcción nacional en el siglo XIX latinoamericano. Véase del mismo, *El nacionalismo...*, *op. cit.*, p. 245.

De modo que la creación de los Estados nacionales marcó un cambio en las miradas de los viajeros hispanoamericanos. A pesar de que Europa continuaba siendo un marco de legitimidad para emprender cualquier tarea en el Nuevo Mundo, había aspectos que distanciaban a estos viajeros de mediados del siglo XIX de los otrora súbditos americanos en la corte imperial. A diferencia de la pasividad del viajero cortesano colonial, el viaje poscolonial es particularmente activo. Los viajeros de las nuevas repúblicas hispanoamericanas buscaron instalarse, posesionarse del espacio cultural europeo, a fin de establecer una voz propia. Para decirlo de otro modo: ya no se viajaba desde una porción del antiguo Imperio Hispano, sino desde un país que buscaba autodefinirse. El nuevo viajero ya no puede contentarse sólo con contemplar los hábitos cortesanos o intentar ocultar aquellos rasgos que “delatasen” su origen no europeo. Muy por el contrario: el viajero nacional fortaleció y acentuó aquellas características específicas que atribuía a su país, ya fuese en un aspecto moral, político o, incluso, hasta de comparación de paisajes.

Por otro lado, se hizo evidente para ciertos intelectuales hispanoamericanos lo que una observación europea *in situ* podía reportar a las nuevas naciones. Santiago Gómez Castro ha destacado que un gran número de hombres públicos de las repúblicas americanas empezó a mirar hacia el Viejo Continente –en especial hacia Francia, Inglaterra y Alemania–, con la esperanza de encontrar allí las herramientas para avanzar hacia una “emancipación mental” del colonialismo peninsular. La búsqueda de modelos de organización, tanto políticos como sociales, que fuesen aplicables a las jóvenes naciones se constituyó en uno de los objetivos más declarados por parte de los viajeros hispanoamericanos. De ahí que el viaje poscolonial a Europa no sólo se conciba como activo sino, también, como útil¹⁵⁵.

Este sentido de utilidad en el viaje poscolonial a Europa distó mucho de la concepción utilitaria del viaje cortesano. Para los viajeros poscoloniales no era suficiente el acto de haber pisado suelo europeo y obtener a partir de ello ventajas en el país de origen. Lo que más bien buscaban los venidos de las nuevas repúblicas americanas al arribar a Europa era poner al día al país: alcanzar el nivel de lo europeo. El viaje, entonces, surgía como vía de solución para equiparar la distancia que se advertía entre las nuevas repúblicas y las naciones más “avanzadas”. Por ello es que, a diferencia del viajero cortesano, el poscolonial buscará comparar, establecer puntos de referencia que evidenciaran el camino que aún se debía de recorrer en América. Al respecto, Lilianet Brintrup afirma que:

“...es de este modo como el viaje sirve a este hombre de acción para continuar su objetivo progresista. Cualesquiera que hayan sido las razones por la que el viajero hubo de emprender el viaje, su perspectiva se centrará en

¹⁵⁵ Santiago Gómez Castro, *Crítica de la razón latinoamericana*, pp. 156-157. Véase, también, Fey y Racine, *op. cit.*, p. 12 y Martínez, *El nacionalismo...*, *op. cit.*, p. 531.

dar cuenta del progreso de los territorios que visita y en las posibilidades de su país de origen para alcanzarlo. Para ello nada mejor que escribir con vistas a la descripción y a la comparación”¹⁵⁶.

En otro sentido, el viaje a ultramar fue interpretado como una expresión de libertad. Una vez alcanzada la emancipación de España, no sólo existía un mayor campo para expandir los negocios y el comercio sino, también, una gran oportunidad de arribar a sitios antes nunca visitados. Los propios hispanoamericanos podían ahora emprender por sí mismos las travesías que antes sólo habían sido parte de unas lecturas y sueños: recorrer París, Londres o hasta Jerusalén y el Lejano Oriente. La realización de un viaje reafirmaba el sentido de liberación, de apertura hacia nuevos mundos y culturas que el hecho político de la separación y emancipación de España había posibilitado. El impulso por viajar –fenómeno que coincidió con los avances de las técnicas de transporte– venía a confirmar que el país había adquirido independencia y “mayoría de edad”. La percepción de estos nuevos tiempos es descrita claramente por el ya citado viajero chileno Benjamín Vicuña Mackenna: “I en realidad, sólo cuando los brazos titánicos de la independencia quebraron el yugo peninsular [...], franqueose éste a los chilenos, que, a la manera de aves que rompen tímidos la cáscara de su huevo, comenzaron así, poco a poco, a asomarse en todas direcciones por el dilatado mundo”¹⁵⁷.

Ahora bien, los relatos de viajes escritos por estos viajeros poscoloniales no surgieron de ningún modo sólo como parte o apéndice de un proyecto de construcción de identidad nacional. Si los intelectuales hispanoamericanos pudieron unir relato de viaje e identidad nacional fue debido a que estaban bajo la influencia de toda una literatura de viajes desarrollada en Europa. La lectura de dicha literatura de viajes –en especial francesa, inglesa y alemana– fue tanto un incentivo para emprender viajes y desarrollar una propia literatura de viajes como, también, un punto de referencia obligado. En lo que sigue se busca definir en qué sentido los viajeros chilenos obedecieron a los cánones de dicha literatura de viajes y la influencia que en ello tuvo la figura intelectual de Andrés Bello.

LA DIFUSIÓN DE LA LITERATURA DE VIAJES EN CHILE: LA INFLUENCIA DE ANDRÉS BELLO

Tal y como algunos estudiosos lo han señalado, el relato de viajes de europeos en América Hispana ayudó a la elite ilustrada hispanoamericana del siglo XIX a revalorar su territorio, así como a encontrar un lugar dentro del espacio de las culturas y las naciones. Guillermo Feliú Cruz ha destacado en qué sentido

¹⁵⁶ Brintrup, *op. cit.*, pp. 7-8.

¹⁵⁷ Vicuña Mackenna, “Prólogo”, *op. cit.*, p. 7.

la lectura de viajeros europeos, en especial aquellos que habían escrito sobre Chile, ejerció una fuerte impresión en los sectores ilustrados chilenos durante aquel período: “A las clases ilustradas de los criollos, los libros de viaje les atrajo, seduciéndolas, al comprender lo que era el país donde moraban, su importancia, la riqueza que escondían, lo que el porvenir les reservaba”¹⁵⁸.

Los viajeros europeos describieron paisajes únicos, grandiosos, llenos de potencialidades económicas, así como habitantes indómitos y casi sobrenaturales en medio de éstos, tales como los araucanos del sur de Chile o los gauchos argentinos. Muchos de estos elementos fueron tomados como fuente de verdad por las nuevas naciones hispanoamericanas, conformando una verdadera *cartografía imaginada* respecto de lo que era el país: su conciencia histórica, el orden de sus clases sociales, sus límites geográficos, sus pobladores¹⁵⁹.

Así como lo ha destacado Graciela Montaldo, sobre estos “espacios de pertenencia” se fueron construyendo “...las primeras versiones de una América Independiente, fragmentada –respecto del mapa previo del imperio– en muchas repúblicas”¹⁶⁰.

Ahora bien, aquí no se trató de una recepción sin más de lo escrito por los viajeros europeos en el Nuevo Mundo, ni tampoco de una apropiación pasiva. La literatura de viajes –y no solamente la referida a América– fue tanto un estímulo para investigar el propio territorio como un impulso para desarrollar una literatura de viajes. Lilianet Brintrup ha notado cómo en los viajeros chilenos del siglo XIX la inclusión de textos europeos de viajes fue muy abundante, fuese explícita o no. La literatura chilena de viajes surgió de alguna manera como respuesta a su contrapartida europea, en un diálogo que superponía las huellas de los viajeros europeos –ya científicos como Alexander von Humboldt, ya descubridores y conquistadores como Américo Vespucio o Cristóbal Colón, ya aventureros como James Cook– con el propósito de instalar una figura de viajero propia¹⁶¹.

¹⁵⁸ Guillermo Feliú Cruz, *Notas para una biografía sobre viajeros relativos a Chile*, p. 14. Cita tomada de Brintrup, *op. cit.*, p. 3.

¹⁵⁹ Véase el trabajo de Mary Louise Pratt ya citado, en especial en relación con el impacto de la obra de Alexander von Humboldt sobre la intelectualidad hispanoamericana. Su influencia en el caso mexicano ha sido analizada por José Enrique Covarrubias, “México bajo el signo de la continuidad y el cambio constante. Sobre el impacto del *Ensayo Político de Humboldt* en la conciencia histórica mexicana”, pp. 3-18. Ana María Prieto Hernández ha destacado en qué sentido la visión de los europeos en los relatos de viajes sirvió a la clase gobernante mexicana como instrumento para enjuiciar a grupos sociales supuestamente inferiores y la repercusión que eso tuvo en el imaginario social, así como en la construcción de una identidad nacional. Véase Ana María Prieto Hernández, *Acerca de la pendenciera e indisciplinada vida de los léperos capitalinos*. Para el caso argentino, Adolfo Prieto ha afirmado que las imágenes que construyeron los viajeros europeos (en especial, ingleses) conformaron las primeras “estampas argentinas”, respecto de un paisaje sobredimensionado de escenarios naturales y habitantes semibárbaros. Estas impresiones serían tomadas posteriormente por los primeros autores argentinos, tales como Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi. Véase Adolfo Prieto, *Los viajeros...*, *op. cit.*

¹⁶⁰ Véase Montaldo, *op. cit.*, pp. 201-220.

¹⁶¹ Brintrup, *op. cit.*, pp. 3-8.

El desarrollar una literatura de viajes deseaba testimoniar en qué medida la cultura chilena era parte del mundo europeo y civilizado. Así como los viajeros ingleses, franceses o alemanes describían países y habitantes, los chilenos –localizándose en una posición similar– narraban sus peripecias, discutían, se instalaban dentro del gran discurso del viaje. Por otro lado, el hecho de que muchos escritos de europeos hubiesen retratado la realidad americana desde una visión externa incitaba a los intelectuales chilenos a mostrar los paisajes locales desde otras perspectivas y a partir de sus propios relatos. Esto implicaba la inclusión burlesca o satírica de libros de viaje de europeos no sólo como una forma de demostrar cuán altaneros o mentirosos eran éstos cuando escribían sobre América sino, además, a fin de asumir una posición crítica ante visiones construidas en Europa. Los viajeros chilenos muchas veces emprendieron un relato de viaje propio, como una manera de criticar las imágenes que del país construían los europeos: relatos que distorsionaban lo que sucedía; relatos de viajeros que nunca pisaron Chile y que, sin embargo, escribían como si lo hubiesen hecho; textos que simplemente instalaban la fantasía por sobre lo realmente visto, a fin de conquistar a un público lector europeo ávido de exotismos. Obviamente aquello también puede ser interpretado como parte de la batalla dada por la elite chilena en pos de encontrar un *locus* dentro del concierto de las culturas, espacio que no estuviese sólo dado por el mundo europeo y sus prejuicios evidenciados en los relatos de viajes, sino además por las voces de los propios hispanoamericanos.

El hecho de que la literatura chilena de viajes se entroncase con la tradición europea no implicaba tan sólo un estímulo a fin de emular lo realizado por los grandes viajeros sino, también, la adopción de ciertos modelos narrativos. Según Lilianet Brintrup, la literatura chilena de viaje se articuló con la tradición “romántica”. De ahí que los viajeros –junto con describir lugares, paisajes, ciudades– siempre privilegiasen los aspectos personales de la narración de viajes. A pesar de que los viajeros chilenos seguían guías de viaje –de hecho muchos viajeros recurren a ellas en su travesía europea– o los llamados *cicerones* o guías, optaron por la perspectiva personal: contaban sus emociones, dejaban en claro la posición, criticaban o alababan. El viajero chileno se asume como un viajero independiente, conformando una narrativa de viajes personal y a la vez descriptiva. Incluso, no pocos viajeros chilenos buscaron, a pesar de que utilizaron el formato de diarios, cartas y recuerdos como soporte literario de sus relatos, deshacerse de los modelos europeos, articulando una forma particular de narrar sus travesías¹⁶².

Un aspecto que resulta interesante de observar es hasta qué punto ciertas figuras influenciaron el impulso por viajar y escribir relatos de viajes en Chile. Aquí se hace necesario referirse al papel que le cupo al educador y hombre de letras venezolano Andrés Bello (1781-1865), en la medida en que fue un

¹⁶² Brintrup, *op. cit.*, p. 7.

gran impulsor de la literatura de viajes, tanto por la utilización que hizo en su propio trabajo de tales narrativas como por la difusión que realizó de ésta entre los círculos intelectuales chilenos.

Se ha afirmado que Andrés Bello fue el que introdujo la obra y la figura de Alexander von Humboldt en la América Hispana. Al parecer lo habría conocido por 1799 cuando pasó por Caracas. A partir de esa fecha no cesará de seguir la obra del naturalista prusiano: ya comentando sus nuevas publicaciones, ya traduciendo al español parte de sus trabajos sobre América, o introduciendo su obra en la Universidad de Chile¹⁶³.

Ciertos estudiosos han notado el vínculo entre los propios escritos de Andrés Bello y los de Alexander von Humboldt, analizando principalmente la obra poética del primero, escrita en el exilio londinense entre 1810 y 1829. En el destierro, el sabio venezolano buscó convertirse en un “intérprete” de lo americano en el Viejo Mundo. Con tal propósito fundó una revista editada en español llamada, *Repertorio Americano*, a partir de la cual intentaba dar a conocer en Europa las nuevas repúblicas hispanoamericanas. La revista debía ser “rigurosamente americana”, admitiendo en sus secciones de ciencias, humanidades y moral sólo textos que fuesen relativos a América o que tuviesen una aplicación directa en el Nuevo Mundo.

En la sección literaria del *Repertorio Americano*, publicó por 1823 “Alocución a la poesía”, un himno a la naturaleza americana, sus ciudades, sus habitantes. Según Karen Racine, en “Alocución a la poesía” intentó anteponer las bondades de la naturaleza americana –su simplicidad, veracidad– ante la falsedad y artificialidad de Europa, como también construir un panteón de patriotas y héroes americanos que pudiese inspirar a futuras generaciones. El venezolano destaca en dicho texto poético la inmensa fuerza y productividad de América, como la simplicidad de su gente y la belleza de sus paisajes. Algunos estudiosos han visto en tales descripciones de América la huella de Alexander von Humboldt, no sólo como una simple estetización de la visión americana del naturalista berlinés sino, también, a partir del uso de ciertos conceptos espaciales humboldtianos. Andrés Bello no sólo utiliza conceptos geográficos tales como floresta, llanos, montes, etc. sino, además, se apropia de la visión espacial humboldtiana. En “Alocución a la poesía” es posible advertir en qué sentido el intelectual caraqueño participó de la noción del naturalista, de un continente americano invadido de colores, múltiple, despoblado, sublime.

Mary Louise Pratt afirma que en particular en otro texto poético, *La agricultura de la zona tórrida* (1826-1827), es posible observar claramente cómo Andrés Bello no sólo incorporó el vocabulario geográfico y los conocimientos

¹⁶³ Respecto del vínculo entre Andrés Bello y Alexander von Humboldt véase Estuardo Núñez, “Amigos y discípulos sudamericanos de Alejandro de Humboldt”, pp. 6-32; Horst Nitschack, “De cómo el Barón von Humboldt arribó a Chile”, pp. 79-81; Karen Racine, “Nature and Mother, Foreign Residence and the Evolution of Andrés Bello’s American Identity, London, 1810-1829”, pp. 3-19.

de Alexander von Humboldt sobre América sino que, además, reprodujo el propio gesto humboldtiano del redescubrimiento del Nuevo Mundo como naturaleza: un sitio disponible, abundante, pleno de potencialidades posibles de explotar. Lo interesante, según Mary Louise Pratt, en esta reapropiación es que el sabio americano no solamente repitió tal descubrimiento como un *gesto* o celebración sino, también, como exhortación. La América que para los europeos esencialmente constituía sueños y encantos, para Andrés Bello eran propósitos de cambio y acción. Éste incluye una visión social dentro del paisaje vacío de la *disponibilité*. El potencial de América también residía en sus habitantes, tanto en sus riquezas mineras como agrícolas. De ahí la exhortación: son ellos, los propios americanos, los llamados a emprender la construcción de las nuevas naciones; los que deberán aprovechar las bondades naturales del Nuevo Mundo¹⁶⁴.

Esta reinstalación de las investigaciones humboldtianas del paisaje y la naturaleza americana no sólo correspondió a una nueva lectura del naturalista berlinés sino, además, conformó una manera de identificarse en tanto americano. De esta forma, tal y como lo han hecho notar ciertos estudiosos, la obra de Alexander von Humboldt ofrecía una legitimación a las aspiraciones políticas hispanoamericanas fundada en la propia naturaleza: un espacio que era independiente en sus condiciones naturales, y que, a partir de ahí, podía igualarse a cualquier otro continente, de cualquier lugar del mundo¹⁶⁵.

Andrés Bello no sólo incorporó elementos humboldtianos en su obra poética sino, también, difundió los propios trabajos del naturalista berlinés. Dentro del *Repertorio Americano* y en el *Censor Americano* (ambos aparecidos en Londres), pero también en *El Araucano* de Santiago de Chile, incluyó parte de la obra de Alexander von Humboldt, siempre bajo la lógica de un aprovechamiento para las repúblicas hispanoamericanas.

Por 1827, Andrés Bello escribió un comentario de la edición francesa del texto de Alexander von Humboldt *Relation historique du Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent*. Aquí destaca los nuevos conocimientos que el texto aportaba sobre la geografía y la estadística de América, así como respecto de nuevos aportes y observaciones realizadas en el área de la física y la meteorología. El caraqueño se refiere a diferentes aspectos de la obra, acentuando todo lo referente a los informes que da respecto de la población, comercio y producción de América. Un año antes, y en la misma publicación, Andrés Bello había criticado la poco afortunada traducción española de la *Relation historique du Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent*, lamentándose "... de que no haya emprendido esta obra algún escritor dotado de las cualidades necesarias para su desempeño...". Enseguida, incluye un listado de errores

¹⁶⁴ Pratt, *op. cit.*, p. 177. Sobre la noción humboldtiana de América como naturaleza véase el capítulo anterior.

¹⁶⁵ Véase Nitschack, *op. cit.*, p. 80.

advertidos en la traducción española, procediendo a una nueva traducción de dichas palabras, siguiendo el sentido original del texto francés¹⁶⁶.

Entre 1820 y 1827 en Londres, Andrés Bello traduce algunos fragmentos de la obra americana de Alexander von Humboldt, en especial la *Relation historique du Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent*, publicándolos en los citados *Repertorio Americano* y *Censor Americano*. Aquí el caraqueño seleccionó fragmentos referidos al primer poblamiento de América, la topografía de la provincia de Cumaná y el Orinoco, orografía americana, así como un resumen del “Ensayo político sobre la isla de Cuba”, también tomado de la *Relation historique du Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent*.

Junto con la traducción de parte de los textos americanos de Alexander von Humboldt y su utilización como base para su obra poética, Andrés Bello incluyó en sus propios estudios sobre América las investigaciones humboldtianas. Así tomó, por ejemplo, al naturalista prusiano al analizar las divisiones políticas de Sudamérica, su raza, lengua y cultos, como también al comentar datos estadísticos o de minería y agricultura. Como ya se ha destacado, el grueso de tales textos (se han calculado más de quince artículos de Andrés Bello referidos al naturalista, o basados en él) estaban orientados a una aplicación directa en Hispanoamérica: en el sistema productivo, educativo o gubernamental.

Siempre en la dirección de una aplicación americana de los relatos de viaje, Andrés Bello publicó traducciones de otros viajeros europeos. Por 1827 en el *Repertorio Americano* publicó: “Extractos del viaje del capitán Head por las pampas de Buenos Aires y la Cordillera de Chile”; una parte de la introducción de la *Historia Natural* de Tadeo Hanke; así como algunos relatos de viajeros ingleses en África. En todas estas traducciones, seleccionó relatos “útiles” sobre yacimientos mineros, respecto de la producción agrícola o la geografía americana.

Una vez en Chile, seguirá impulsando la difusión de la literatura de viajes: ya comentando relatos de viajes realizados por europeos en diferentes partes del mundo, ya traduciendo partes de obras referidas a Chile, así como lo hizo con los relatos de Eduard Poeppig en *El Araucano* por 1839.

Interesante resulta observar en qué sentido el caraqueño no solamente se dedicó a reproducir sin más los relatos de viajes de europeos en América sino que, también, buscó incorporarlos críticamente en los círculos intelectuales. Sus traducciones están plagadas de notas a pie de página con comentarios, correcciones y hasta refutaciones de lo afirmado por los viajeros europeos: en relación con nombres de lugares, flora o fauna mal empleados; respecto de la dudosa científicidad de unos viajes o a fin de aclarar conceptos geográficos poco nítidos para un público no especializado.

A partir de dichas notas es posible ver cómo va controlando los textos por él comentados. En ocasiones, tal mecanismo de control textual llegó a

¹⁶⁶ Esta nota apareció en *El Repertorio Americano*, N° III, Londres, abril de 1826, pp. 296-297.

ser hasta irónico frente a la arrogancia e ignorancia con que ciertos viajeros europeos describían América. Así, por ejemplo, se refiere en una nota a pie de página en relación con lo escrito por el viajero inglés Head, quien describe el valle de Maipo en Chile como un lugar no cultivado y sólo adornado con arbustos floridos y frutales:

“El capitán Head debió de pensar que el suelo daba espontáneamente estas cosechas. La verdad es que el Valle de Maipo es uno de los mejor cultivados de toda la América. Si el señor Head hubiera transitado por allí algunas semanas antes, le hubiera visto cubierto de ricas mieses. Pero quizás hubiera creído que se nacían sin cuidado ni diligencia alguna”¹⁶⁷.

Otro aspecto de la incorporación crítica de Andrés Bello en los relatos de viajes, es posible de advertirlo en algunas de sus correspondencias. A menudo, en cartas a otros intelectuales hispanoamericanos, deja al descubierto el uso común de ciertos viajeros europeos de citar lugares que realmente nunca pisaron, llegando, incluso, hasta a denunciar la osadía de éstos. De esta forma, se refiere al francés Depons quien, aseguraba haber recorrido el Orinoco y que, sin embargo, basaba todo su relato en un informe escrito años atrás por un funcionario venezolano, que el mismo Andrés Bello había puesto en manos del francés “...cuando este viajero se hallaba en Venezuela...”¹⁶⁸.

Por otro lado, el caraqueño no deja de advertir al público hispanoamericano, al mismo tiempo que promovía la lectura de los relatos de viajes sobre América, los peligros de tomar tales narraciones al pie de la letra. Hace notar cómo muchos relatos de viajes de europeos en América dudosamente aportaban nuevos conocimientos o hasta resultaban perjudiciales para la imagen del Nuevo Mundo, tanto en Europa como en la propia América.

No sólo se refirió a los relatos de viajes de europeos sino que, también, destacó los intentos de desarrollar una literatura de viajes propia, ahora escrita por americanos. Con mucho interés publica por 1848, en *El Araucano*, el anuncio de la publicación de las *Impresiones de Viaje* de Domingo Faustino Sarmiento. Supone que dicha publicación será “...leída con ansia”. De alguna forma advierte cómo muchos de los elementos criticados en los viajeros europeos —la arrogancia, los errores, las mentiras— podrían ser superados con un viajero que no fuese externo, sino, más bien, de la propia América. Lo decisivo aquí era la procedencia del viajero, lo que le otorgaba una mayor legitimidad:

“El viajero es americano; es habitante de Chile. Chile será, para él, un término de comparación; y bajo este otro punto de vista, no dudamos ha-

¹⁶⁷ Andrés Bello, “Extractos del viaje del Capitán Head”. Aquí tomado de Andrés Bello, *Obras Completas*, tomo II, p. 461.

¹⁶⁸ Andrés Bello, “Epistolario”, tomo IV, p. 325.

llar en la obra referencias interesantes y provechosas indicaciones. Hemos visto tantos cuadros, buenos y malos, de escenas americanas, *calculados para la inspección de los europeos*. Esta es (prescindiendo de algunos ensayos de mucho mérito, pero de corta extensión) la primera vez que una parte dilatada de ambos continentes se ha puesto en perspectiva para nosotros”¹⁶⁹.

Fuesen relatos “buenos” o “malos” –desde la monumental obra de Alexander von Humboldt hasta las mentiras de Depons– se trataba de textos *de europeos y para los europeos*. De ahí que le otorgue mérito al relato de viajes de Domingo F. Sarmiento (aun, antes de haberlo leído), puesto que a partir de él la perspectiva cambiaba. Los hispanoamericanos tomaban la literatura de viajes en sus propias manos y desde ahí seleccionaban aquellos aspectos que podían ser de interés al público local. De modo que a partir del relato de viajes escrito por los propios hispanoamericanos se conseguía alcanzar, a lo menos, dos objetivos: un conocimiento de otros lugares independiente de la mirada europea, que como se ha visto reaccionaba al interés del Viejo Continente, como también la desmitificación de lugares comunes y falsos conceptos, repetidos una y otra vez por los viajeros venidos de Europa. La narración de viajes, de esta forma, adquiriría una perspectiva hispanoamericana, poniendo al Nuevo Mundo como punto de comparación y foco de las reflexiones. El público lector dejaba de ser el europeo.

La sombra de Andrés Bello sobre la lectura y escritura de relatos de viaje en Chile es posible advertirla, incluso, hasta fines del siglo XIX. A partir de la introducción de la literatura de viajes, ya fuese bajo la influencia del caraqueño o no, comenzarán a articularse y a circular diferentes figuras de viajes, relatos de viajes y viajeros chilenos que traspasarán las fronteras, más de una docena durante el siglo XIX. En lo que sigue se busca ofrecer una clasificación de éstos, como del contexto histórico que posibilitó y delimitó sus travesías.

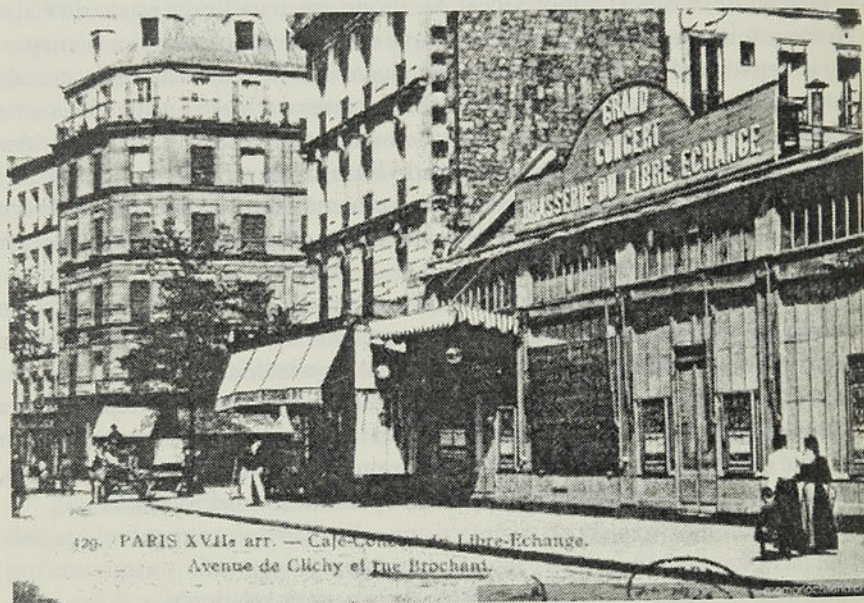
HACIA UNA TIPOLOGÍA DE LOS VIAJES DE CHILENOS

Si hubiese que clasificar los relatos de viajes de chilenos durante el siglo XIX, mas no acentuando sus aspectos textuales o poéticos, sino, más bien, el tipo de viaje y viajero al margen del formato literario utilizado por éste, podría hablarse de seis categorías: viaje de formación, viaje de exilio, viaje de representación política y diplomática, viaje al interior del país y a países fronterizos, viaje de aventuras y viaje alrededor del mundo¹⁷⁰.

¹⁶⁹ *El Araucano*, N° 947, Santiago de Chile, 29 de septiembre de 1848. Tomado de Andrés Bello, *Temas de crítica literaria*, p. 738. El destacado es nuestro.

¹⁷⁰ Aquí me diferencio de la clasificación que Lilianet Brintrup realiza sobre la base de los formatos textuales de los relatos (diarios, cartas y memorias) y de la usada por David Viñas, en virtud del simbolismo del traslado (viaje utilitario, balzaciano, consumidor, ceremonial y estético).

Obviamente tales categorías en más de un viajero se vieron sobrepuestas, puesto que el esquema que la historia europea ofrece para los diferentes tipos de viajes –peregrinación, *Grand Tour*, viaje romántico, viaje científico, etc.– muchas veces se vio entremezclado en los viajeros chilenos. En algunas ocasiones el motivo del viaje era sobrepasado durante la travesía misma, haciendo del impulso original del viaje algo secundario. En otros casos, hubo motivos agazapados que afloraron una vez que el relato de viaje fue escrito, ya de vuelta en casa. La clasificación tiene como objetivo ubicar dentro de la historia del viaje, el relato de viaje de chilenos, de ahí que más que considerar la calidad literaria se ha optado por reconstruir el contexto que lo motivó y sus relatos. Por lo anterior es que se destacan los aspectos biográficos, como una forma de instalar desde ahí el análisis de los relatos mismos.



Paris, en Andrés Balmaceda Bello, *Bajo el polvo de los años: (recuerdos de juventud, 1970-1977) y otros testimonios*, recopilación y supervisión Salvador Benadava, Santiago, RIL Editores, 2000, p. 56.

El viaje de formación

El viaje de formación puede de alguna forma homologarse a la tradición del *Grand Tour* europeo, que en Hispanoamérica tenía un antecedente colonial en el viaje cortesano a Europa, ya antes descrito en este capítulo. Así como en Europa se desarrolló el llamado *Bildungsreise* a partir de los viajes que hacían los aristócratas a fin de conocer las antigüedades clásicas y sus culturas, siguiendo las huellas de los humanistas europeos, también el viaje de aprendizaje se dio en la elite nacional; el cual no estuvo vinculado sólo con el recorrido de

sitios de interés histórico, como en muchos *grand tourists* europeos, sino que, también, con un fuerte impulso por recorrer museos, galerías de arte, cementerios y, por supuesto, a fin de seguir cursos de instrucción regular en alguna academia o universidad¹⁷¹.

Durante los conflictivos años que siguieron a la emancipación de España —entre 1810 y 1820—, la posibilidad de emprender un viaje a largas distancias se vio dificultada. La guerra contra España y la desorientación que siguió a la emancipación congelaron por un tiempo los viajes. Sin embargo, una vez que todo se hubo “normalizado”, la idea de pasar una temporada fuera de Chile —en especial en Europa— cobró un nuevo impulso. Por lo demás, ahora se podía viajar a cualquier parte y recorrer toda Europa. Ya no era necesario ir sólo a España, como en la época colonial. Así relata esta nueva situación un testigo de la época, el escritor y político Vicente Pérez Rosales, en sus *Memorias*:

“...el contacto cada día más frecuente que la actividad comercial nos proporcionaba con el extranjero (...) hicieron creer a muchos padres de familia que la instrucción, para ser buena, sólo podía adquirirse en la culta Europa. (...)

Antes, pues, que se notificase a los chilenos la benévola disposición del Gobierno francés para con los jóvenes americanos [se refiere a los pases libres que otorgó el gobierno Galo para que chilenos pudieran completar sus estudios en Francia], ya habían salido Carlos Pérez Rosales y Juan Enrique Ramírez, el primero para Inglaterra y para Escocia el segundo, y el 16 de enero de 1825 daba a la vela del puerto de Valparaíso para Francia, y cargado de jóvenes chilenos, el transporte *Moselle*, de la marina de guerra francesa”¹⁷².

Tal y como había sido con el viaje cortesano en la época colonial, se mantenía la idea de las bondades que una estadía en Europa podía proporcionar a un joven en proceso de formación y educación. Es notorio, sin embargo, el desplazamiento que tuvo el sitio de arribo: desde la corte madrileña a los países del norte de Europa, en especial Francia, Inglaterra y Alemania. De alguna forma, se pensaba que aquellas naciones “más avanzadas” podían salvar el atraso de una educación chilena aún atada al tradicionalismo hispano el cual, a los ojos de la oligarquía nacional, poseía un peso menor. Eran justamente los países involucrados en el desarrollo industrial los que ejercían mayor atracción, de ahí que a este circuito europeo se le agregue posteriormente el viaje a los

¹⁷¹ Véase el acápite siguiente de este capítulo, “La travesía europea”.

¹⁷² Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del Pasado, 1814-1860*. Aquí he usado la edición de Madrid, p. 121. Esta situación también es comentada por Benjamín Vicuña Mackenna: “Los primeros en partir [para Europa] fueron unos veinte o treinta pimpollos de la aristocracia santiaguena que por el año de 1824 embarcaron en la gabarra La Mosela, por cuenta del Rey Luis XVIII (...) con dirección al Havre i de allí a París”, “Prólogo”, *op. cit.*, p. 7.

Estados Unidos. América del Norte y Europa del Norte hacían las veces de “faros” civilizatorios y progresistas en el imaginario espacial de los viajeros chilenos. Obviamente en este impulso viajero-formativo van a representar un papel importante los avances en los transportes marítimos, aspecto que hacía del circuito Europa-América del Norte, por mediados y fines del siglo XIX, algo ya consolidado. Nuevamente aquí la palabra de Benjamín Vicuña Mackenna ayuda a comprender de qué forma la oligarquía chilena percibía este cambio: “...i penetrando así lentamente por todas las rendijas del viaje murallón feudal la luz que venía de lejos, los que habían vivido durante siglos en densa oscuridad, desplegaron valerosas alas para ir (...) a buscar la fuente de donde manaba aquella i empaparse en sus destellos”¹⁷³.

La alusión en Benjamín Vicuña Mackenna de “luz”, “oscuridad” y “destellos” refleja en qué medida el viaje a estos lugares se concebía como un verdadero viaje ilustrado: salir de la oscuridad, superar el murallón feudal, desplegar las alas. De alguna manera, la posibilidad misma de erguirse como nación pasaba por ir y beber en Europa de las fuentes mismas de la cultura y el saber.

Uno de los primeros representantes del viaje de formación fue el ya citado Vicente Pérez Rosales (1807-1886). En 1825 llega a París a fin de ingresar al colegio del proscrito español Manuel Silvela, como parte de dicha delegación de jóvenes de familias adineradas chilenas que enviaron a sus hijos a completar su “ilustración”. Allí finaliza sus estudios secundarios con maestros vinculados al exilio español y portugués, tales como Maury, Pinheiro Ferreira, Moratín y el propio Manuel Silvela. La experiencia de viajes así como su vida de estudiante en París las incorpora posteriormente en sus citadas memorias.

El relato de viaje es asumido por Vicente Pérez Rosales como exposición personal de la vida de un estudiante chileno en París. Incorpora mucho detalle respecto de la actividad artística, la escena literaria y teatral. En otro aspecto, se refiere a las relaciones entre los estudiantes chilenos y las dificultades que tenían para integrarse al mundo parisino de los años treinta del siglo XIX. Interesante resulta advertir en qué sentido la noción de una “moda parisina” –no sólo en su acepción de vestimentas sino, también, en el plano literario– es destacada insistentemente por el viajero, como un cierto mecanismo de entrada para comprender a la sociedad francesa de la época. Una vez finalizados sus estudios regresa a Chile por 1831¹⁷⁴.

El viaje de exilio

Las crisis políticas que siguieron a los primeros procesos de formación de un Estado nacional, en especial desde mediados del siglo XIX, llevaron a muchos intelectuales y políticos a tener que salir obligadamente del país en calidad de

¹⁷³ Pérez Rosales, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 8.

¹⁷⁴ En esta clasificación debe incluirse también a Benjamín Vicuña Mackenna e Isidoro Errázuriz, los cuales son estudiados, por motivos metodológicos, en el acápite siguiente.

exiliados. Muchos de éstos narraron sus viajes y los publicaron posteriormente en Chile, en periódicos o libros.

El fenómeno del exilio tiene una larga data en Chile, como en el resto de Hispanoamérica. Es posible afirmar que ya en el siglo XVIII los jesuitas expulsos conformaron los primeros desterrados del Nuevo Mundo. Ellos inauguraron el desplazamiento de exilio a Europa, ruta que continuarán los desarraigados de las luchas de la Independencia a principios del siglo XIX –como el ya antes mencionado Simón Bolívar–, así como los exiliados poscoloniales desde mediados del mismo siglo.

A pesar de que el confinamiento es un viaje obligado, una imposición de circunstancias, es posible incluirlo como parte de las narrativas de viaje, en el sentido de que conformó una forma de distanciamiento y experiencia de extrañamiento. Muchos exiliados buscaron narrar lo observado en tierras lejanas como una forma de encontrar ejemplos para Chile, a fin de articular un proyecto político desde lo observado en tierras lejanas o, simplemente, para contar sus impresiones personales.

Tal y como algunos estudiosos lo han hecho notar, el viaje de exilio obliga al desterrado a responder y adaptarse al nuevo lugar, como también a confrontar sus sentimientos de separación de la patria. El hecho de no poder controlar libremente cuándo retornar hace que el relato de viajes de exilio capte elementos que para un viajero “no obligado” pasan desapercibidos. El exiliado sufre de un sentido de dislocación y nostalgia que intensifica y fortalece su identidad personal y colectiva y ello queda impreso en sus relatos de viajes. De ahí que tales impresiones algunas veces adquieran tonos de idealización de lo propio¹⁷⁵.

Por otro lado, la experiencia de la proscripción fortalece sus propósitos y objetivos, sean éstos políticos o literarios. Del exilio es desde donde muchos destacados intelectuales hispanoamericanos construyeron proyectos nacionales durante el siglo XIX, que después buscaron aplicar una vez vueltos a la patria. De ahí también que muchos viajeros exiliados aprovecharan la separación obligada del hogar: ya ganando experiencias, ya estudiando, ya recopilando información o adquiriendo nuevas destrezas. El viaje de exilio en el caso chileno muchas veces sobrepasará la mera obligación de estar separado del país, para transformarse en una experiencia útil. Una vez que la causa del destierro no exista más, dicha experiencia será aprovechada en el Congreso Nacional, en tareas de gobierno y hasta en empresas literarias o intelectuales¹⁷⁶.

Uno de los primeros chilenos en escribir relatos de viaje desde el exilio en el siglo XIX fue el publicista, literato y político José Victorino Lastarria (1817-1888). Por mediados del siglo XIX es deportado y se dirige hacia Perú. Desde

¹⁷⁵ Véase a Fey y Racine, *op. cit.*, pp. 15-16.

¹⁷⁶ Frédéric Martínez se refiere, en relación con el caso colombiano, al viaje de exilio como factor de madurez política, *El nacionalismo...*, *op. cit.*, p. 330.

ahí publica *Carta sobre Lima*, una mezcla entre relato de viaje y análisis de la realidad política chilena¹⁷⁷.

Interesante resulta advertir cómo en la *Carta de Lima*, aun cuando poseía fuertes elementos novelísticos, ya se nota la posición de un narrador fuertemente atado a un ideal de relato de viajes. La ciudad de Lima es descrita con “imparcialidad” y apego a lo “realmente” observado. Tal como afirma al respecto Lilianet Brintrup, la voluntad de verdad en José V. Lastarria o su deseo de “contar el suceso tal como aconteció”, conformó un aspecto de suma importancia. La idea de escribir un relato objetivo, veraz, creó un horizonte de expectativas narrativas que posteriores viajeros chilenos manifestarán una y otra vez. Esta noción de objetividad, sin embargo, no le impedía incluir aspectos personales en el relato. Objetividad y perspectiva personal se entremezclaban, haciendo del relato de viaje un texto íntimo, como, asimismo, potencialmente útil a los lectores nacionales. Por otro lado, también es destacable en qué sentido instaló una mirada que, a pesar de estar físicamente lejos de Chile, se dirige inevitablemente al país y a su contingencia política, elementos que se repetirán en los relatos de otros exiliados chilenos. Muchas veces el trasfondo de su narración de viajes lo conformó la crítica al mundo político chileno. En otras ocasiones, después de realizar una detallada descripción de alguna característica productiva o social de la ciudad de Lima, pasaba a reflexionar en qué medida aquello era potencialmente aplicable o no en Chile.

El vínculo del viajero con la contingencia nacional y la impersonalidad del relato se verán notablemente transformados en otro viajero del exilio: Isidoro Errázuriz (1835-1898). Al igual que José V. Lastarria, debió huir de Chile tras un conflicto político, sin embargo, su travesía lo llevará a tierras aún más lejanas: a los Estados Unidos y a Europa. Entre 1851 y 1852 permanece un año en Georgetown, Estados Unidos. Allí asiste a un colegio jesuita, con todo tipo de problemas de adaptación: añorando Chile, inquieto ante las noticias políticas, preocupado por la suerte de sus amigos y correligionarios políticos. Por 1852, ya decepcionado ante la educación estadounidense y en especial respecto del sistema escolar jesuita, sale de los Estados Unidos para Alemania. Una vez en el país europeo, se establece en Hamburgo, tomando clases de alemán e intentando ser admitido en alguna universidad. El deseo de estudiar lo lleva a la Universidad de Göttingen —una de las más antiguas de Alemania—, a fin de realizar estudios y graduarse de doctor en ciencias jurídicas.

Interesante resulta hacer notar que, si bien su motivo de la estadía era el destierro, nunca abandona la idea de educarse en el que entonces se consideraba uno de los lugares con mayor prestigio universitario de Europa. Aquí queda claramente demostrado en qué sentido, durante el siglo XIX, se unió el destierro, en tanto origen del viaje, con la idea de un *Bildungsreise* o viaje de formación.

¹⁷⁷ José Victorino Lastarria, *Carta sobre Lima*.

Tanto en los Estados Unidos como en Alemania, llevó un diario de vida donde fue relatando casi diariamente sus experiencias, sentimientos, logros y frustraciones. Su *Diario* es asumido como una narración personal, íntima. El texto es como una suerte de desahogo que lograba sacarlo de la difícil situación de enfrentar un destierro y todo lo que ello llevaba consigo: la separación de su hogar a la edad de dieciséis años, la pérdida de un proyecto político y la obligación de aprender un nuevo idioma y costumbres diferentes. A pesar de que su *Diario* contiene referencias contingenciales y políticas precisas respecto de lo acontecido en Chile y en el país anfitrión, está, más bien, orientado a una reflexión consigo mismo. Lo interesante del *Diario* es la manera a partir de la cual dicha reflexión interior se articulaba con un repensar lo propio: el país, la política, los proyectos, así como el instalarse en el nuevo espacio cultural. De ahí la riqueza del texto como relato de viaje, puesto que narraba sus experiencias desde la distancia, pero siempre asumiendo el lugar de lo propio, ya fuese personal o colectivo¹⁷⁸.

Aunque su actitud respecto del país donde pasa su exilio es de interés y curiosidad –por ello es que incorpora “escenas” de la vida alemana, en un declarado propósito de dejar por escrito las costumbres del país anfitrión– nunca dejó, al igual que otros desterrados chilenos, de buscar el vínculo con la patria. De ahí que lea con interés la prensa estadounidense, francesa o inglesa, esperando encontrar noticias e informaciones sobre América y Chile. Tal y como lo ha destacado Lilianet Brintrup, la ansiedad por escribir y recibir correspondencia chilena es un lugar que aparece frecuentemente en el *Diario*. La ausencia y la lejanía de algún modo son suplidas a partir de una escritura: un diario de viajes que en el fondo es una larga carta dirigida a Chile.

Otro aspecto que llama la atención es la forma cómo se vinculó con el lugar del destierro, especialmente en Alemania. Allí no sólo aprendió el idioma y estudió en la universidad, además, buscó introducirse en la sociedad germana, tanto en la comunidad estudiantil de Göttingen como en la sociedad de Hamburgo. Como ningún otro viajero, se imbuye de la cultura alemana, participando en el movimiento romántico que admiraba el Werther de Goethe, leyendo a Schiller. Llegó hasta a cortejar a una mujer de Hamburgo (que más tarde llegará a ser su esposa), lo que le significó fuertes conflictos familiares, al mismo tiempo que le permitió adentrarse en la cultura protestante del norte de Europa. Una vez vuelto a Chile, tuvo siempre presente su estadía alemana, experiencia que sacará a colación en su vida pública y política en más de una ocasión.

Sin lugar a dudas, uno de los viajeros chilenos más prolíficos y agudos, también obligado por el exilio a vivir fuera de Chile, fue Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886). A fines de 1852, con poco más de veinte años de edad, sale de Chile para los Estados Unidos. Al igual que Isidoro Errázuriz, el motivo

¹⁷⁸ Isidoro Errázuriz, *Diario 1815-1856*.

de su estadía fuera del país era el destierro político, pero también la idea de un recorrido formativo que lo dotase de experiencias, formación y hasta de estudios. Inquieto y buscador, en cerca de siete meses recorrió la región de California, San Francisco, Nueva Orleáns, Ohio, Nueva York, Boston y Washington, aparte de pequeños poblados. Allí reunió información, asistió a espectáculos, recorrió cementerios, plazas, plantaciones, edificios públicos y de gobierno, áreas productivas y bibliotecas. Todo lo registraba, todo lo comparaba. Pero en especial intentaba describir al estadounidense, al *yankee*, al americano del norte. Al finalizar su viaje reflexiona, busca explicaciones que den cuenta de las diferencias y similitudes entre Hispanoamérica y los Estados Unidos. En medio de la travesía estadounidense pasa a México, recorriendo Ciudad de México, Veracruz y Puebla. Allí reflexiona respecto de los contrastes entre los dos países de América del Norte: sus posibilidades de integración, así como el peligro para toda Hispanoamérica del expansionismo y las ambiciones estadounidenses.

Por 1853 arriba por primera vez a Europa, llegando a Liverpool, pasando posteriormente a París. En Francia, recorre la ciudad de París: sus barrios, edificios, museos, tiendas, cafés, etc. Después completa su viaje europeo por las islas británicas, visitando Inglaterra –en especial Londres y Cirencester–, Escocia y llegando hasta Irlanda, donde se reunió con familiares de sus antepasados en Dublín. Será en Cirencester donde estudie agronomía. Desde las islas británicas vuelve al continente europeo, visitando esta vez Italia, Alemania y los Países Bajos. Al regresar a América pasa por las costas de Brasil y Argentina, donde se entrevistará, entre otros, con Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre. Al volver a Chile publicó su *Diarios de viaje* por entregas en el periódico *El Ferrocarril*¹⁷⁹.

Se muestra como un viajero curioso, detallista y asombrado: "...su pupila se abrió a todas las solicitudes de la curiosidad y del estudio, con afán de recoger el mayor número de experiencias para ponerlas al servicio de Chile"¹⁸⁰.

En efecto, si en Isidoro Errázuriz se advierte una intención de articular la descripción del lugar y la referencia al propio país, en Benjamín Vicuña Mackenna es llevado a niveles aún mayores. Por un lado, Chile actuó como punto de referencia de todo lo descrito, como si el conocer se constituyera desde la comparación con lo propio, permitiéndole aprehender la diferencia; por otro, lo ajeno. En otro sentido, se observa el interés por el tema del desarrollo de la industria y el comercio en Chile. Con frecuencia sus viajes fueron asumidos como una reflexión respecto de la manera mediante la cual lo visto podía ser llevado e implementado en el país.

En 1858, emprendió nuevamente un viaje por motivos políticos, recorriendo, esta vez, Inglaterra, Francia, España y Perú, en lo que podría llamarse su segundo exilio.

¹⁷⁹ Vicuña Mackenna, *Páginas...*, op. cit.

¹⁸⁰ Op. cit., p. 13.

Por 1867 vuelve a los Estados Unidos, esta vez como parte de una misión diplomática en calidad de miembro del Congreso Nacional chileno. De esta travesía a los Estados Unidos dejará un informe que más tarde será publicado en Chile¹⁸¹.

En 1871 se traslada nuevamente a Europa, visitando Italia, Francia y Alemania. Estos viajes ya no fueron realizados debido a presiones políticas. La precaria salud de su esposa fue el motivo de un trayecto en busca de su recuperación. Interesantes fueron los hechos que en este último viaje hubo de presenciar, en especial la Guerra Franco-Prusiana. A partir de las noticias que en Europa recibe, así como también de sus propias impresiones, se convertirá en un verdadero corresponsal de guerra, enviando bajo seudónimo sus impresiones de la campaña, en artículos escritos en forma de cartas al periódico chileno *El Mercurio*¹⁸².

Recorrió casi todas las formas del viaje de chilenos en el siglo XIX: el exilio, el viaje de formación, la representación política y hasta en sus últimos viajes podría hablarse de periodismo y prototurismo, en su sentido moderno. Sus últimos viajes por Europa, 1871, lo revelan describiendo lugares casi como lo haría un viajero actual, buscando ser un “corresponsal”, un narrador que antes de reflexionar o suministrar datos se concentraba en la descripción de las ciudades, costumbres, arquitecturas, etc. El narrador de viajes reflexivo, comparativista de 1853, había dado paso al turista de fines del siglo.

El columnista y escritor Vicente Grez (1847-1909) desarrolló una intensa actividad política, llegando hasta la Cámara de Diputados en 1889. Las mismas tareas políticas le llevaron al exilio. Decide pasar su exilio en Perú, donde escribe, siguiendo la tradición ya antes inaugurada por Lastarria, sus experiencias en el destierro¹⁸³.

Al igual que Lastarria, sus reflexiones están apuntadas a la vida política chilena. De modo que más que interesarse por describir Lima u otras ciudades peruanas –sus calles, costumbres, edificios–, asume la distancia, la lejanía de la patria, como un medio de reformular y enfrentar sus opciones políticas. Se puede decir que más que el país anfitrión, le interesaba la situación de Chile. Su voz narrativa muchas veces es articulada como tomar una “pausa” a fin de enfocar desde otra perspectiva lo contingente. Como en otros relatos de exiliados, era el destierro el que se constituía en un impulso que reforzaba las ideas y los ideales de lucha. A partir del alejamiento, se renovaban las fuerzas para iniciar nuevos proyectos políticos.

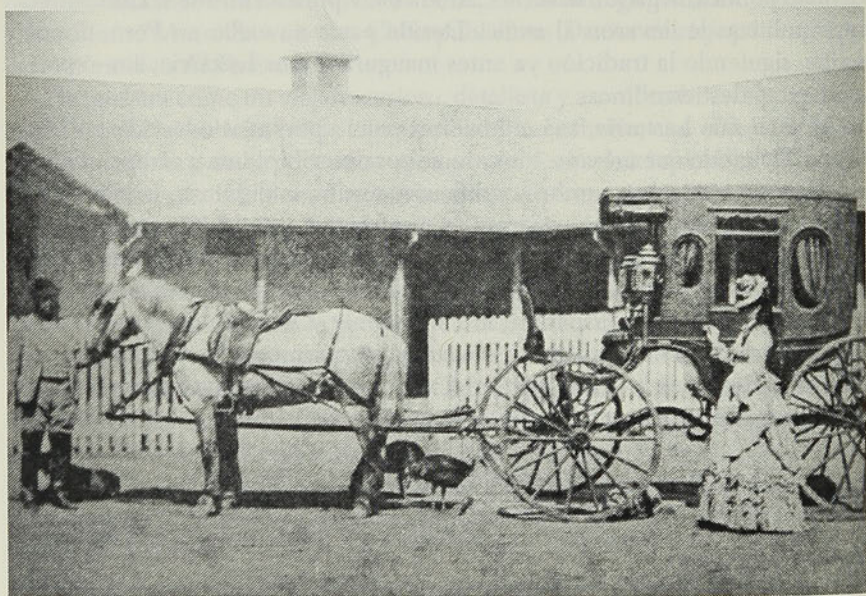
¹⁸¹ Benjamín Vicuña Mackenna, *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norteamérica como Agente confidencial de Chile*.

¹⁸² Más tarde se publicaron en Benjamín Vicuña Mackenna, *Miscelánea, colección de artículos, discursos, biografías, impresiones de viaje, ensayos, estudios sociales, económicos, 1849-1872*.

¹⁸³ Vicente Grez, *Viaje de destierro*.

El viaje de aventuras de chilenos difiere del de los viajeros aventureros alemanes. Tal y como aquí se ha visto, la idea de aventura en Friedrich Gerstäcker o Paul Treutler se vinculaba con la descripción de mundos exóticos, salvajes, así como también con la narración de acciones heroicas que transcurriesen en tales espacios. Gran parte de las historias se desenvolvían en los nuevos mundos descubiertos para el público europeo: América, África, Asia.

En los viajeros chilenos no se advierte un interés por describir selvas, indios o animales salvajes, elementos que, por lo demás, se encontraban dentro de su entorno inmediato. La idea de aventura tenía que ver, más bien, con espacios lejanos, poco alcanzables. Más que relatar historias entre el mundo indígena o selvático, interesaba lo que podía acontecer en las grandes ciudades, ya fuese en los Estados Unidos, ya en Europa. Las formas mediante las cuales un chileno se desenvolvía en aquellos lugares –sus dificultades, problemas, aciertos y errores– conformaban la noción de aventura en sí. Aquí, la aventura no es vinculada con lo temerario o prodigioso, sino, más bien, con la idea de “vicisitud”: ¿cómo comportarse en un medio competitivo a ultranza?, ¿qué hacer cuando se está abandonado en el anonimato de las urbes modernas?, ¿cómo actuar cuando la planificación del viaje falla y se presentan inconvenientes que ponen en peligro hasta la propia vida? Estos elementos eran los que se ponían en el centro de la aventura.



“Viaje de una porteña. Descanso en una de las postas del camino”. Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional de Chile.

Por 1848 Vicente Pérez Rosales, después de una serie de fracasos económicos una vez vuelto a Chile desde su estadía parisina, decide ir a probar suerte con el oro de California. Junto a un grupo de chilenos de diferentes estratos sociales y procedencias, llegó a los Estados Unidos a fin de hacer realidad el sueño de la riqueza minera.

Los aventureros chilenos arribaron primero a San Francisco, llegando más tarde hasta Sacramento. Allí se desarma rápidamente la idea de una riqueza fácil, pues se ven enfrentados a la realidad de un lugar cuyos hombres, al decir del propio Vicente Pérez Rosales, no tenían más Dios que el oro, más Derecho que el del más fuerte, ni más Corte de Apelaciones que la de las armas. Allí conoce el lado oscuro del apogeo estadounidense, como también las complejas y hasta crueles condiciones de la fiebre del oro californiana. Después de no haber podido con la competencia y la hostilidad del lugar, habiendo intentado invertir sin éxito en la zona, se vio en la obligación de volver al país, casi arruinado¹⁸⁴.

En Chile decide ganar algún dinero publicando las aventuras de aquella travesía. El relato corresponde a la descripción cotidiana de peripecias, con todas las dificultades, frustraciones y problemas que ellas implicaron. Por otro lado, incorpora gran cantidad de datos e informaciones sobre la sociedad californiana, apoyados, a menudo, en cuadros estadísticos y documentación oficial, como una forma de dar nociones a otros aventureros o a fin de ir creando futuros vínculos comerciales entre Chile y dicha región estadounidense¹⁸⁵.

Curiosamente el tema de su relato produjo en Chile grandes discusiones, en medio de un interés cada vez más fuerte por emprender un viaje a Estados Unidos. Incluso, su relato de viaje llevó a Rafael Minvielle, un dramaturgo español avecindado en Chile, a escribir y a montar una comedia titulada *Yo no voy a California*, con el propósito de servir de “antídoto” contra la fiebre aurífera. Tanto el relato de viaje como la obra tuvieron un fuerte impacto, manifestando las nociones que en la época se tenía sobre los Estados Unidos, como también las discrepancias respecto de un país que de alguna forma podía servir de modelo a Chile¹⁸⁶.

Juan Nepomuceno Espejo (1830-1870) así como Pedro Ruiz Aldea (1830-1870) escribieron también respecto de sus experiencias con la fiebre del oro californiano¹⁸⁷.

¹⁸⁴ Respecto de la experiencia de los chilenos en la fiebre del oro californiana de 1849, véase Malcom J. Rohrbough, *Days of Gold. The California Gold Rush and the American Nation*, en especial pp. 224-226. Además Carlos López, *Episodios chilenos en California*.

¹⁸⁵ Vicente Pérez Rosales, *Diario de un viaje a California (1848-1849)*, fue incorporado en sus *Recuerdos del pasado*.

¹⁸⁶ Véase Alfonso Calderón, “Prólogo”, pp. 22-23.

¹⁸⁷ Juan Nepomuceno Espejo, “Recuerdo de California”, pp. 175-194. Para Pedro Ruiz Aldea véase los diarios reproducidos en Edwin Beilharz, Carlos López (eds.), *We Were 49ers! Chilean Accounts of the California Gold Rush*.

Maipina de la Barra (1834-1901²) representa un viaje de “vicisitudes” desde un ángulo muy diferente al relato de Vicente Pérez Rosales. Por 1873 realizó un viaje a Europa, pasando por el estrecho de Magallanes y Brasil, a fin de encontrarse con su madre, que vivía en la ciudad de Génova. De la Barra no sólo visitará Génova sino, también, las ciudades de Turín y París. En 1874, una vez en Chile, emprenderá un nuevo viaje, esta vez a Buenos Aires, pasando la cordillera de los Andes desde Santiago a la ciudad de Mendoza. Cuatro años más tarde publicará la relación de sus viajes¹⁸⁸.

Ubica su relato como un libro de ejemplos más que como uno de viajes. Explícitamente la viajera no busca ser escritora. Las vicisitudes y aventuras que relata no corresponden a una literatura de entretenimiento, sino, más bien, a un intento de ayudar a sus lectoras, en la medida en que podían verse enfrentadas a situaciones similares. El libro en sí está dedicado a las damas de Argentina –donde pasó una temporada–, siendo concebido por su editor como un libro de moral y educación, dedicado a las madres de familia en general. De hecho, el origen mismo del viaje lo explica a partir de una motivación religiosa, en un momento de rezo y meditación.

Ahora bien, hay elementos dentro del relato que resultan contradictorios. Aparentemente construye una narración de una mujer viuda, sin muchas posibilidades de instalar socialmente a la única hija que le había sobrevivido. En un momento de desesperación, decide abandonar Chile para dirigirse, con su hija, a Europa donde le esperaba su madre, así como la oportunidad de estudiar canto y de formar “socialmente” a su hija. Todo el relato, sin embargo, parece indicar otros aspectos, otras motivaciones e impulsos. No iba solamente arrancando de una situación financiera a Europa, sino intentando cambiar su destino de mujer. Una voz secreta le dice actívale, muévete, demuestra lo que una mujer sin recursos, ni expectativas puede llegar a hacer. A pesar de que la viajera una y otra vez manifiesta un ideal de mujer vinculado a la noción de “bello sexo”, dado a lo artístico y religioso y, por lo tanto, lejano al mundo laboral, irá modificando tal percepción. En la medida en que se percata de que todas sus empresas chocaban con los rígidos moldes sociales chilenos, no dudará en criticar la sociabilidad nacional, como, asimismo, la educación que limitaba el potencial femenino. Aquí se encuentra, entonces, el meollo de su viaje de vicisitudes: son justamente las formas mediante las cuales logra romper los esquemas de un viajero chileno típico de fines del siglo XIX –masculino, poseedor de recursos económicos– lo que estructuraba su viaje de aventuras. La aventura no radicó en las vicisitudes de un minero como Vicente Pérez Rosales en California o Paul Treutler en el desierto chileno, sino, más bien, de alguien que sin ninguna posibilidad de viajar, por ser mujer, sin dinero y, además, con una hija, pudo arribar al centro de la civilización mundial: París,

¹⁸⁸ Maipina de la Barra, *Mis impresiones y mis vicisitudes de mi viaje a Europa: pasando por el Estrecho de Magallanes y en mi excursión a Buenos Aires*.

Turín, Génova. De modo que aquí la noción de aventura se liga a la figura de una viajera rupturista, consciente de sus potencialidades, que logró enfrentarse con las amarras sociales que la coartaban.

Ahora bien, no pone en discusión el tema de la emancipación femenina, ni evidencia una suerte de protofeminismo. Más bien, así como Friedrich Gerstäcker en Alemania, instaura la noción de un viajero solitario, marginal. A pesar de su pobreza vive en París, a pesar de estar enclaustrada en un papel de viuda, toma un barco y se traslada allende el océano y, más tarde, un tren y unas mulas y traspasa la cordillera de los Andes. Imponiéndose a sus circunstancias, conformaba en sí la figura de un aventurero.

El viaje de representación diplomática y gubernamental

El viaje de representación diplomática y gubernamental respondió a los intentos que hacía el recién formado Estado chileno por vincularse de manera comercial y diplomática con otras naciones, principalmente Europa y los Estados Unidos. Muchos de estos diplomáticos y representantes escribieron sus experiencias de viajes.

Dos sentidos tuvo el envío de delegaciones nacionales al extranjero. En primer lugar, estaba la representación y el reconocimiento de Chile en el exterior. Aquí no se trataba tan sólo de ayudar a los chilenos residentes en otros países sino, también, estaba el interés de que ciertas naciones –como Inglaterra o Francia– reconocieran que Chile conformaba una república independiente que ya no pertenecía al antiguo Imperio Español. De ahí la necesidad de que se aceptara formalmente un consulado chileno. En la medida en que se evidenciaba la existencia de la república chilena se podía emprender negocios o atraer inmigrantes al país. En otro sentido, el envío de diplomáticos al extranjero tuvo objetivos concretos. De alguna forma se buscaba captar y recoger ciertos elementos útiles o potencialmente aplicables en el país. Uno de ellos fue la búsqueda de nuevos modelos pedagógicos posibles de aplicar en Chile. Con tal objetivo se envió al exiliado argentino en Chile Domingo Faustino Sarmiento por 1845 con la misión de estudiar el “estado de la enseñanza primaria, en las naciones que han hecho de ella un ramo de la administración pública”. De tal travesía, redactó un informe sobre los sistemas de educación europeos, presentándolo al gobierno chileno. La posibilidad de traer científicos y profesores universitarios para la recién formada Universidad de Chile, hasta la promoción de la inmigración extranjera al país fueron otras metas que se deseaba alcanzar con la representación chilena en el extranjero¹⁸⁹.

¹⁸⁹ Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes en Europa, África i Estados Unidos*, p. 253. Para el caso colombiano véase Martínez, *El nacionalismo...*, op. cit., pp. 283-284.

Alberto Blest Gana (1830-1920), escritor y diplomático, llegó a los Estados Unidos por 1867 como encargado de negocios del gobierno chileno. De tal viaje escribió un relato¹⁹⁰. Si en otros viajeros chilenos del período se advierte una intención de repensar la contingencia local desde el extranjero, en él adquirirá, aun, otras connotaciones. En sus descripciones de los Estados Unidos no sólo están presentes la admiración por su técnica y su sistema político sino, además, toda una reflexión respecto de su propia escritura y su localización. De alguna forma, en tal reflexión convergían escritura, sociedad e historia. A partir de ello se articulaban diferentes elementos entremezclados: las comparaciones entre Estados Unidos y Chile, un deseo de ver y hablar respecto de las maravillas naturales estadounidenses, una cierta vinculación con las modas.

Posteriormente siguió su carrera diplomática como ministro de Chile en Londres y Embajador en París. En esta última ciudad escribió una novela, ya en pleno siglo xx: *Los trasplantados*. Si bien no pertenece al género de relato de viajes, puede ser analizado en tal dirección, puesto que instala en el centro de la argumentación la vida de hispanoamericanos en París. Según Ingrid Fey, a partir de tal texto Alberto Blest Gana evidencia ya un debilitamiento del mito europeo y el viaje de “peregrinaje” de los intelectuales hispanoamericanos a París. Por otro lado, enfatiza en qué medida la identidad nacional se iba perdiendo a partir de la prolongada estancia en el extranjero¹⁹¹.

Valentín Letelier (1852-1919), pedagogo, escritor y político, ejerció una notable influencia en la pedagogía chilena a partir de sus misiones en el extranjero. A pesar de que no escribió un relato de viajes, bien puede clasificarse como parte de los “viajeros pedagógicos”, tradición que, tal como se ha visto ya, el propio Domingo Faustino Sarmiento había inaugurado a mediados del siglo xix¹⁹².

Por 1882 llegó Valentín Letelier en calidad de secretario a la embajada chilena en Berlín, permaneciendo hasta 1885. Desde dicha ciudad envió a Chile una serie de tres informes analizando el sistema educativo alemán: desde los jardines infantiles hasta la universidad, poniendo una especial atención respecto de la educación primaria y secundaria¹⁹³. Dichos informes no sólo poseen un valor de reflexión pedagógica sino que, además, dejan entrever miradas a la situación cultural y social alemana en comparación con la chilena. En otro sentido, fue enviado con la finalidad de contratar profesores

¹⁹⁰ El relato apareció en Alberto Blest Gana, “De Nueva York al Niágara”, pp. 253-303. Aquí sigo las interpretaciones de Álvaro Kaempfer, “De Nueva York al Niágara (1867) de Alberto Blest Gana: a todo vapor fuera de Occidente”.

¹⁹¹ Véase al respecto Ingrid E. Fey, “Frou-Frous or Feminist? Turn-of-the-Century Paris and the Latin American Woman”, pp. 81-94.

¹⁹² En relación con Valentín Letelier y su interés por pedagogos extranjeros véase Carmen Norambuena, “El embrujamiento alemán, una polémica de fin de siglo”.

¹⁹³ Valentín Letelier, *La instrucción secundaria y la instrucción universitaria en Berlín. Informe elevado al Supremo Gobierno de Chile en Berlín*.

alemanes que posteriormente fueron los fundadores del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, institución que se creó en 1890 a propuesta del propio Valentín Letelier.

Otro de estos viajeros pedagógicos fue José Abelardo Núñez (1840-1910). Al igual que Valentín Letelier, presentó un informe al gobierno a partir de investigaciones que realizó en Europa, Estados Unidos y algunas naciones hispanoamericanas durante más de tres años¹⁹⁴.

Al igual que Valentín Letelier, tampoco se refirió sólo a planes de estudio y estructuras educativas sino a aspectos sociales y políticos que rodeaban los sistemas por él analizados. A partir de ello reflexiona respecto de los inconvenientes de aplicar un modelo foráneo, sin tomar en cuenta la propia realidad del país en el cual se iba a implementar.

Vicente Pérez Rosales también puede ser incluido en este viaje de representación. En 1850 recibió el cargo de “agente de la colonización” en la provincia de Llanquihue al sur del país, con el objetivo de promover la llegada de inmigrantes alemanes a Chile. Debido a tal posición viaja a Alemania, ejerciendo el cargo de cónsul en la ciudad hanseática de Hamburgo. Su estancia en Alemania consistió en dar a conocer el país al potencial de emigrantes que se dirigían rumbo a América, así como cambiar prejuicios respecto de la mala imagen que de Chile y Sudamérica se tenía. De ahí que escriba en francés un ensayo sobre Chile, algo así como una propaganda sobre las bondades del país, como también una guía para el futuro inmigrante¹⁹⁵.

Su permanencia en Hamburgo la relató en su ya citado *Recuerdos del pasado*, destacando el tipo de gobierno que imperaba en la ciudad hanseática, sin dejar de reflexionar sobre las ventajas que para Chile tendría una aplicación del modelo hamburgués¹⁹⁶.

En esta categoría también podemos agregar a Benjamín Vicuña Mackenna, a partir de su misión secreta a Estados Unidos en calidad de miembro del Congreso chileno en 1867.

El viaje al interior del país y a países fronterizos

El viaje de reconocimiento al interior del país tuvo dos grandes objetivos. En un aspecto, tal recorrido buscaba relatar, como en cuadro vivo, ciertas costumbres, tipos de paisajes, personajes, etc., que los viajeros consideraban dignos de incluir en el espectro de la cultura nacional. Aquí se estructuraba algo así como una *cartografía literaria* de la realidad nacional, a partir de unos viajes realizados en el propio país.

¹⁹⁴ José Abelardo Núñez, *Estudio sobre educación moderna. Organización de escuelas normales*.

¹⁹⁵ Vicente Pérez Rosales, *Essai sur le Chili*.

¹⁹⁶ Ello es analizado en extenso en el capítulo siguiente.

Dentro de estos relatos es posible incluir los numerosos artículos de José Victorino Lastarria esparcidos en la prensa santiaguina y de Valparaíso. El ya muchas veces citado Benjamín Vicuña Mackenna publicó también una serie de relatos sobre Chile, incluyendo descripciones geográficas, crónicas e impresiones de viajes. Ambos viajeros relatan historias sobre pequeños poblados, personajes populares, tradiciones, comidas, juegos, etc., en forma de “crónicas” e “impresiones de viajes”. Por otra parte, estos mismos viajeros, así como también otros, se trasladaron en calidad de miembros del Congreso Nacional, principalmente a la zona central del país y hacia el sur, a fin de informarse sobre problemas de la zona o ver directamente potenciales económicos no atisbados— por ejemplo de tipo minero. Estos relatos de viajes fueron utilizados no pocas veces como una manera de legitimar posiciones al calor de una discusión parlamentaria o hasta como un impulso para iniciar nuevas obras de explotación. Sin lugar a dudas, muchas de estas narraciones ayudaron a configurar un imaginario de la cultura nacional: un tipo de población, un lenguaje, unas tradiciones¹⁹⁷.

Los viajes realizados desde Chile hacia los países fronterizos, en especial a Perú y a Argentina, tuvieron un fuerte eco al interior de la opinión pública, llegando a ser sus relatos tan populares como lo habían sido los escritos sobre el interior del país. La curiosidad por saber qué tan diferentes se era de los argentinos o de los peruanos, o qué tan adelantado o atrasado se encontraba el país respecto de tales naciones, fue un fuerte impulso para escribir dichas narraciones. Por mediados del siglo XIX se intensificaron los viajes de chilenos hacia Perú, Bolivia y Argentina, y ya no sólo por motivos de exilio, al intensificarse los intercambios económicos y culturales.

El músico José Zapiola (1802-1885) viaja a Perú por 1841, permaneciendo hasta 1846. De aquella travesía escribió unos relatos, algunos aparecidos en la prensa chilena y que más tarde reunió en sus memorias¹⁹⁸. En un período de continuos conflictos por la supremacía del Pacífico entre el puerto del Callao en Perú y el de Valparaíso en Chile, de fuertes rivalidades que más tarde explotarán por 1879 con una guerra entre Chile, Perú y Bolivia —en la llamada “Guerra del Pacífico”—, resultaba importante el conocer cómo era aquel país: sus costumbres, su potencial. De ahí que escritos como los de Zapiola jugasen un papel en la construcción de un imaginario fronterizo. Lo mismo puede

¹⁹⁷ Véase José Victorino Lastarria, *Miscelánea literaria*. De los numerosos títulos publicados por Benjamín Vicuña Mackenna es posible de destacar: *Al galope, o sea, Descripción geográfica i pintoresca de la comarca en que se halla situada la “población-Victoria” i sus vecinda des: (con un plano detallado i dos vistas panorámicas de la futura población i de la fortaleza incarial de “Mauco” ubicada en la hacienda de Santa Rosa de Colmo)*; *De Valparaíso a Santiago, datos, impresiones, noticias, episodios de viaje*; *Exploración de las lagunas Negra i del Encañado en las cordilleras de San José i del Valle del Yeso ejecutada en marzo de 1873 por una comisión presidida por el intendente de la provincia de Santiago don Benjamín Vicuña Mackenna*; *El viaje del señor Vicuña Mackenna a las provincias del Sur*; *A través de los Andes*; *Crónicas de Valparaíso*; *Crónicas de Viñamarinas*.

¹⁹⁸ José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, tomos I y II; Manuel Concha, *Viaje de vieja*.

decirse del periodista Manuel Concha (1834-1891) quien por 1867 viaja a Lima por motivos familiares. La ciudad lo impacta, su arquitectura, su pasado colonial. De vuelta en Chile, y a partir de unos apuntes de viajes, publicó un relato de su experiencia en Perú.

El viaje alrededor del mundo

A fines del siglo XIX las modificaciones en los transportes –en especial el uso más frecuente del barco a vapor– hizo menos dificultosa la tarea de emprender viajes largos y a grandes distancias, no sólo a Europa Central o a América sino, también, al lejano Oriente y a África. Por otro lado, las condiciones económicas chilenas habían sufrido un fuerte cambio. La riqueza que había dejado las nuevas posesiones de los minerales de salitre obtenidas en la Guerra del Pacífico trajo consigo el surgimiento de grandes fortunas y una aceleración de otros rubros de la actividad económica, como la agricultura. En tal escenario el comerciante Pedro del Río Zañartu (1840-1918) inicia, por 1880, el primer viaje alrededor del mundo que un chileno había realizado y dejado por escrito hasta ese entonces¹⁹⁹.

Debido al fallecimiento de su esposa y de sus dos hijos, decide alejarse de Chile y realizar una gran travesía por el mundo, incluyendo ciudades de América del Norte, Centro y Sur, Europa, África y Asia. De aquellos viajes dejó un relato, prologado por el mismo Benjamín Vicuña Mackenna. A pesar de lo vasta y gigantesca de la empresa, no escribió sobre todas las ciudades que recorrió. Dado que no conformaba la primera relación de viajes de un chileno, puesto que no pocos sitios visitados por él ya habían sido recorridos por otros compatriotas, decidió no describir ciertos lugares como, por ejemplo, la ciudad de París.

Interesante resulta advertir la perspectiva que usó el viajero. En él importa la visión individual, personal, del relato. Éste se asume como un “huaso chileno”, un hombre de campo que se encuentra lejos de su tierra. La distancia es percibida desde el dolor personal de la pérdida, desde el deseo de huir de sí mismo. Ello va quedando plasmado en el propio relato. En otro sentido, dado que es la primera vez que se instala en Chile la idea de realizar un viaje no sólo por América y Europa sino por África y Asia, la mirada del viajero se debe ampliar a otras culturas, tradiciones y lenguas. Ello significaba salir del espacio conocido del mundo europeo occidental, poniendo a prueba la capacidad de comunicarse y adaptarse a la diferencia.

Sorprendente resulta la inclusión que este viajero realizó de grabados en su relación de viajes. Aquí no se trataba tan sólo de un relato escrito, también era posible advertir un intento de graficar lo descrito, ilustrando situaciones y escenas muchas veces de carácter “exóticas” para el público nacional. Por

¹⁹⁹ Pedro del Río, *Viaje en torno al mundo por un chileno (1880-1882)*.

otro lado, incluyó mapas y guías geográficas, como una forma de hacer del lector una suerte de “acompañante” de la travesía. Estas cartas geográficas servirán para orientar al público chileno, en un afán pedagógico, respecto de los circuitos que el viajero iba describiendo, muchos de los cuales resultaban desconocidos y lejanos.

Después de este primer viaje por el mundo, regresa a Chile, se vuelve a casar y ahora en compañía de su nueva esposa emprende un segundo viaje de circunnavegación, a fin de visitar asilos de caridad. De estos nuevos viajes publica unos relatos. Una última travesía alrededor del mundo la publica ya entrado el siglo XX²⁰⁰.

LA TRAVESÍA EUROPEA

De todas las travesías de chilenos por el mundo, fue el viaje a Europa el que más implicancias tuvo para el *imaginario cartográfico* del mundo conocido y el que mayores reacciones suscitó en el público lector nacional. ¿Cómo se representaban los viajeros chilenos desde el Viejo Continente?, ¿desde dónde insertaban la noción de una nación chilena? En lo que sigue se busca analizar las diferentes “Europas” que los viajeros chilenos fueron describiendo durante el siglo XIX.

La Europa como centro del mundo

Un aspecto que algunos estudiosos han destacado en los viajeros hispanoamericanos del siglo XIX es el sentido de “peregrinación” que el viaje a Europa adquirió. Esto es, el hecho indiscutible de que para la mayoría de los intelectuales hispanoamericanos el viaje a Europa conformaba un rito casi religioso, algo así como una *Meca* para el imaginario de la elite intelectual. No conformó una peregrinación en un sentido religioso, por ejemplo a Santiago de Compostela o a Lourdes, sino, más bien, una peregrinación secular al centro de la cultura y de la civilización. Los chilenos no se mantuvieron ajenos a ello²⁰¹.

Tal y como Lilianet Brintrup lo ha destacado, llegar a Europa concretaba un sueño y abría la esperanza de un desarrollo que, al contacto con las urbes, se activaría en diferentes facetas, tanto personales como intelectuales. El nerviosismo y las expectativas, son declarados por los viajeros en sus primeras impresiones. Así lo afirma Vicente Pérez Rosales:

²⁰⁰ Pedro del Río, *Nuevos viajes del Señor del Río y Tercer viaje en torno al mundo (febrero 1904-diciembre 1905)*.

²⁰¹ Véanse los textos de Fey y Racine, *op. cit.*; Brintrup, *op. cit.*; Montaldo *op. cit.*; Viñas, *op. cit.* y Martínez, *El nacionalismo...*, *op. cit.* Además de Francisco Javier González, *Aquellos años franceses. 1870-1900. Chile en la huella de París* y “Sueños y realidades de los latinoamericanos en París a fines del siglo XIX. ¿Viajeros ilustrados o *rastaquouères* marginados?”, pp. 69-98 y Manuel Vicuña, *La belle époque chilena*, en especial p. 104.

“Dejé el Havre como dejan las aves pasajeras los puntos que recorren; y al quinto día de mi llegada a la envidiada Europa (...) me encontré en el mentado París, centro de lo bueno y de lo malo, de lo alegre y de lo triste, patria del buen gusto y de ridículas extravagancias...”²⁰².

Benjamín Vicuña Mackenna, aun cuando arriba a Europa por Inglaterra, realiza un camino directo a París, el primer objetivo, el polo de atracción. Ya en la capital francesa afirma:

“Estaba ya en París, realizando el sueño de la mitad de mi vida y la imaginación adormecida otra vez en nuevos sueños de admiración y portento! [sic] Estaba en la capital del mundo, el corazón de la humanidad en que todo parece latir con las pulsaciones gigantescas que el espíritu de todos los pueblos envía a este centro de vida y de inteligencia. Miniatura del Universo, aquí existe todo lo creado”²⁰³.



Calles de París, en Balmaceda Bello, *op. cit.*, p. 42.

²⁰² Pérez Rosales, *Essai...*, *op. cit.*, pp. 126-127. Aquí en adelante cito la edición de 1993, Madrid, Cultura Hispánica.

²⁰³ Vicuña Mackenna, “Páginas de mi diario durante tres años de viaje, 1853-1854-1855”, tomo I, pp. 281-282.

A este primer instante de engeguencimiento, de concreción de un anhelo largamente incubado, va a seguir un cuadro de perplejidad. El centro del mundo, la cuna de la civilización, es algo más que un cúmulo de bellos edificios, librerías y universidades.

Las primeras impresiones de los viajeros resultan muy fuertes. De algún modo, la modernidad de las urbes los impacta, los hace reaccionar, los desorienta. Así, a pesar de lo mucho que se recorre París, no es posible asir la ciudad. Para Benjamín Vicuña Mackenna París resultaba algo así como un mosaico cultural, un monstruo de mil colores, incontrolable, cosmopolita por esencia, y se pregunta: ¿qué es esto que los libros no mencionaban?, ¿qué es realmente un parisino? Aquí no se observa un sentido definido de patria y origen. En París cualquiera que acceda a los bienes de consumo y de moda tiene carta de nacionalidad, desde un cacique de Arauco hasta un lord inglés. Parisino es "...todo aquel que se bautiza con sus gustos, su tono, su moda, su *chic*". Aquel infiltrado con el "virus indispensable del dinero, le *pur sang* del refinamiento parisiense". Para llegar a ser parisino basta con vivir en determinado barrio, comer en aquel restaurante, acceder al famoso modisto, tener al servicio al afamado banquero²⁰⁴.

Pronto constatan los viajeros cómo la moda y el dinero son los verdaderos patrones que modelan la vida moderna. Las apariencias, la ostentación, se yerguen por sobre consideraciones espirituales, supuestamente propias de un mundo civilizado. París no resultaba aquel sueño visto desde la lejanía. Algo no funcionaba. El sueño de la "mitad de una vida" se desarmaba ante la ciudad real. ¿Qué hacer ante ello?, ¿es posible que se rechace *este* París?, ¿cómo incorporan tal evidencia los viajeros? Dicha cuestión llegó a ser hasta dolorosa en Benjamín Vicuña Mackenna:

"Yo me entregaba sin reserva a mis ilusiones al pisar los sitios en que desde tan lejos las había bebido, pero un sacudón violento debía pronto despertarme (...). Yo me figuraba un París grande y bello, juzgándolo por su reflejo como se juzga al sol por sus rayos (...). Pero cuando apenas dejaba la Estación del camino de hierro para dirigirme al otro lado del Sena, y vi las calles y casas y gente y bodegones, y veredas enlodadas (...) cuando pasaba por la plaza del Carrusel y veía el Louvre convertido en escombros (...) por pueril que fuera mi desencanto, tuve más de una vez la tentación de apearme del fiacre que me llevaba y preguntar al cochero si aquel era verdaderamente París. ¡El París de mis ilusiones!"²⁰⁵.

El París verdadero contrastaba fuertemente con el de las ilusiones. Un mundo construido sobre la base de reflejos, mitos, se derrumbaba. La belleza

²⁰⁴ Vicuña Mackenna, "Páginas...", *op. cit.*, tomo I, p. 304.

²⁰⁵ *Op. cit.*, tomo I, pp. 282-283.

y gradeza de París de pronto era reemplazada por una suerte de torbellino, un caos donde todo se mezclaba, todo presentándose al mismo tiempo, golpeando los sentidos, tumultuoso, voraz, revuelto. Resultaba imposible darle una estructura a todo esto. Benjamín Vicuña Mackenna, casi rendido, busca un respiro, un alto para incorporar lo vivido, el cúmulo de sensaciones e impresiones, puesto que: “La vista de los goces, del fausto, del oropel del materialismo, de la fascinación de los sentidos, fatiga también al fin”. De ahí que la única salida fuese un lugar apartado, como una forma de aplacar al “...tropel humano que se agitaba a mi espalda, y cuyo bullicio llegaba hasta mi como el rechinar de un pedazo de mundo que se desplomara”²⁰⁶.



Vida nocturna en París, en Balmaceda Bello, *op. cit.*, p. 57.

En Londres refuerza aún más la imagen formada en Francia de una Europa inhumana, dominada por el intercambio comercial, ajena a afectos, compuesta de individuos egoístas y absortos en la acumulación de riquezas, hombres mecanizados, insensibles, dominados por la codicia y los negocios:

“Cuando alguna necesidad imperiosa me arrastraba, siempre a pesar mío a este distrito de Londres [Centro] y veía pasar a mi lado un torrente de hombres preocupados, que parecían empujarse unos a otros como en la meta de una carrera (...) no podía menos de reflexionar en que las necesidades o el hábito mecanizan al hombre como a cualquier otro animal. Todas las personas que me encontraba en la *City* me parecían meras máquinas;

²⁰⁶ Vicuña Mackenna, “Páginas...”, *op. cit.*, tomo 1, pp. 331-332.

máquinas escribiendo aquí, máquinas andando allá, máquinas hablando y repitiendo 'plata', 'oro', máquinas en todas partes, insensibles a toda rotación que la que el negocio o la codicia les ha impreso. Desgraciados seres en verdad!"²⁰⁷.

De modo que la envidiada Europa declarada por Vicente Pérez Rosales ha dejado su lugar a un sentimiento de compasión: los europeos son seres desgraciados, sin felicidad ni goces. Lo que desde tan lejos deslumbraba no era nada más que espejismos, imágenes y sueños contruidos por la imaginación y la admiración, que ahora se trizaban al chocar con la realidad. De alguna forma algo se ha invertido. La mentada Europa, centro de lo culto, de lo sublime y espiritual, de pronto se ha desplomado. ¿Qué consecuencias tuvo este cambio entre las reflexiones de los viajeros?, ¿cómo es asumida a partir de tal impacto una definición propia desde el contacto con la Europa real?, ¿en qué sentido la sensación de ser parte de la periferia del mundo es sublimada, transformada, desde esta nueva visión del Viejo Mundo?

En primer lugar, los viajeros advierten que Europa es un territorio totalmente cerrado en sí mismo. No le interesa en absoluto lo que pase afuera, a no ser que afecte sus intereses comerciales o imperialistas. Chile, como nueva república, es ignorado, inexistente al encontrarse al margen del mundo. La constatación de la ignorancia europea y su marcado egocentrismo hizo reaccionar a los viajeros chilenos, no sin un cierto dejo de ironía y hasta sentimiento de superioridad. Aquí se podría reproducir una simple anécdota relatada por Vicente Pérez Rosales en París, que, si bien posee un dejo de fantasía narrativa, puede muy bien ilustrar la nueva posición que ahora es asumida por los viajeros chilenos:

— ¿De qué país es usted, caballero? —me preguntó el oficinista.

— De la República chilena.

— ¿Cómo dice usted?

— De Chile, señor.

— ¿Qué está usted diciendo?... Chile ivaya un nombre!

— Sí, señor —repuse azarado—; de Chile, República americana; ¿Qué tiene de extraño ese nombre?

— ¡Ah!, ¡Ah! ¿De l'Amerique, eh?... Chili... Chile, aguarde usted... Chile. Dígame usted más bien, caballero, ¿De qué pueblo es usted?, porque del tal Chili no hago memoria.

— De la ciudad de Santiago, señor.

— ¡Anda Diablo! —exclamó entonces el sabio oficinista—; ¡acabara usted de explicarse! —y volviéndose a su escribiente, le dictó estas palabras:

— V. Pérez Rosales, natural de Santiago de México.

Al oír semejante atrocidad, exclamé echando un voto:

²⁰⁷ Vicuña Mackenna, "Páginas...", *op. cit.*, tomo I, p. 371.

– ¡De Chile, que no de México!

– Pues, mándeseme mudar de aquí –dijo entonces, alzándose de su asiento, el geógrafo francés–, y no me vuelva a entrar en mi oficina antes de averiguar mejor cuál es su patria”²⁰⁸.

Destaca cómo el oficinista “sabe” mejor que él mismo donde está su patria y cuál es su nombre. Es como si el viajero dejase sentado que la ignorancia de los europeos no era asumida consultando o poniendo algo en duda. Simplemente, la noción de sentirse superior permitía zanjar la cuestión, aun cuando se tuviese conciencia del error: un francés, en tanto forma parte del centro del mundo, tiene la autoridad de definirle a un chileno su nación. Aquí se observa en qué medida el humor y la ironía iban desarmando el discurso soberbio y engreído del europeo. Los diferentes papeles que al francés le asigna –desde oficinista, a geógrafo y sabio– denotan en qué medida los viajeros percibían cómo se construía, a partir de un modelo europeo, lo que supuestamente América constituía. Pero lo que era aún más complicado: en qué sentido tal modelo se imponía al hispanoamericano, a tal punto que le negaba su propia definición nacional.

Benjamín Vicuña Mackenna, por su parte, constata en qué sentido ciertos hechos que cualquier europeo condenaría en Chile, en Europa eran asumidos como normales a partir de su posición céntrica. El viajero compara, pone situaciones hipotéticas: ¿qué se diría de Chile si un prisionero pidiera limosna desde una alcancía a la orilla de un camino público, tal y como él lo había visto en Inglaterra? “Si se pidiera limosna así en Chile, dirían que éramos unos pordioseros muy ingeniosos, pero en Inglaterra, la noble, la rica, la feliz, la orgullosa Inglaterra, nada tiene de particular...”. Lo que en un lugar era destacado, en el otro –en el fin del mundo, en las lejanías de la civilización– era condenado²⁰⁹.

Pronto se constata que la supremacía de Europa sobre América no es “natural”. Aquí no se advierte sólo un mundo civilizado *versus* uno salvaje –la “cultura” Europa en contraste con la “bárbara” América– sino, más bien, todo un conjunto de mitologías, prejuicios y altanerías, construido por los propios europeos. Tal constatación permitía a los viajeros valorar de otra forma lo propio: lo chileno, lo americano, el sur. Benjamín Vicuña Mackenna compara París, lo ubica frente a Chile y destaca la diferencia: la vida familiar chilena en contraste con la urbanidad parisina; la comodidad europea, fría, mecánica, mercenaria, sin vida²¹⁰.

Finalmente todos estos elementos –la constatación de una Europa que era sólo fantasías, la experiencia de conocer un lugar donde más bien primaba el

²⁰⁸ Pérez Rosales, *Ensayo...*, *op. cit.*, p. 166.

²⁰⁹ Vicuña Mackenna, “Páginas...”, *op. cit.*, tomo I, p. 277.

²¹⁰ *Op. cit.*, tomo I, pp. 305-306.

dinero y la codicia por sobre los afectos, el desplazamiento de un centro que pasa a ser periferia— terminaban por poner en duda al Viejo Mundo en tanto modelo a seguir:

“...para otros la Inglaterra (...) es una nación libre y poderosa que debemos tomar como modelo de organización social y política. Error inmenso y profundo!... Engañados por las apariencias, nosotros desde tan lejos no podemos ir a estudiar el fondo de esas grandes cuestiones que la prosperidad exterior nos trae aquí doradas, y juzgándola por todo lo que de ella vemos en nuestro derredor —hombres independientes y de fortuna, ideas liberales y sólidas, prosperidad evidente en la industria y en el comercio, una prensa libre y digna como en ningún otro pueblo, una literatura sana y elevada— creemos aquel país el *maximum* de la perfección por la adquisición que ha hecho de bienes sociales. Pero crédulos filósofos, id ahí, deteneos, estudiadlo todo de cerca y respondednos después...”²¹¹.

Sólo conocer Europa permitía visualizar la contradicción existente entre: “...los hechos establecidos [que el viajero podía ver desde sus recorridos] y las opiniones generales, entre la ficción y la realidad”²¹². La contradicción emergía ante una Europa que se presentaba ajena, extraña, casi irreconocible. La distancia entre la Europa aprendida y la vivida se tornaba inconmensurable.

En definitiva, para muchos viajeros chilenos la envidiada Europa, el *maximum* de las culturas, no era nada más que engaño y mentira; el desengaño había ocupado el lugar de los sueños:

“...todo me ha parecido engaño y mentira en Inglaterra. Engaño y mentira su gobierno constitucional (...) engaño y mentira la grandeza moral de su aristocracia altiva y egoísta. Engaño y mentira el bienestar del pueblo y el respeto del individuo. Engaño y mentira la representación social de la nación en los poderes públicos. Engaño y mentira la Constitución misma en que estriba todo el sistema interno del país...”²¹³.

La Europa viva

El viaje europeo permitió tomar contacto directo con lo que se suponía contenía las bases de la civilización: los museos, las bibliotecas, la arquitectura, etc. De esta forma, se dejaba de ser un actor pasivo en el escenario de la historia, sólo un mero consumidor de lo ajeno, para pasar a ser un productor de la

²¹¹ Vicuña Mackenna, “Páginas...”, *op. cit.*, tomo I, pp. 463-464.

²¹² *Ibid.* No todos los viajeros sienten decepción. El caso de Maipina de la Barra muestra un tipo de experiencia que, incluso a fines del siglo XIX, mantenía aún el sueño de Europa. Véase De la Barra, *op. cit.*, en especial pp. 75-76.

²¹³ Vicuña Mackenna, “Páginas...”, *op. cit.*, tomo I, p. 464.

misma y de su propia historicidad. El llegar a Europa posibilitaba la confrontación directa de su imagen, antes construida desde la lejanía, con la cultura viva. De ahí el interés de los viajeros por recorrer espacios públicos: teatros, bares, parques, cafés. La cultura *vivida*, y no sólo *aprendida* desde institutrices y libros, adquiriría aquí un nuevo valor. Benjamín Vicuña Mackenna afirma que necesitó cuatro meses para “recorrer y escudriñar” la ciudad de París, entrando en barrios, comparando menús en restaurantes, asistiendo a bailes, palacios y museos, visitando sociedades científicas, participando en ceremonias, comprando en tiendas²¹⁴.



Chilenos en París, en Alberto Rojas Jiménez, *Chilenos en París*.

En un sentido, el *vivir* la Europa significaba la posibilidad de tomar parte, aun cuando fuese sólo de espectador, en los acontecimientos políticos y culturales de importancia mundial. Vicente Pérez Rosales en París se informa sobre la actualidad política, asiste a funciones de teatro, observa con interés los acontecimientos que estaban desarrollándose. Grande fue su emoción al tocarle ver una revuelta política por 1830. Antes que huir o refugiarse, él busca

²¹⁴ Véase Brintrup, *op. cit.*, p. 2.

encontrar a los actores mismos del movimiento, ver el fenómeno desde dentro, visitar las barricadas, escuchar a Lafayette, sentir el peligro²¹⁵.

No sólo revoluciones. Las polémicas literarias de la ciudad, como las que hubo entre clásicos y románticos, le atraen al viajero, quien busca ponerse en el lugar de los polemistas; entender lo que se discute y evaluar formándose una opinión propia. De ahí que comente las diferentes posiciones, asista a asambleas literarias o a *premieres* teatrales²¹⁶.

Benjamín Vicuña Mackenna en París, por su parte, asiste a ceremonias en el *Notre Dame*, recorre el Campo de Marte, participa en las fiestas, intentando, a lo menos, conocer al emperador francés Napoleón III y a la Emperatriz, verles el rostro. Mueve influencias, insiste, hasta que por fin tiene la posibilidad de ver a tales figuras históricas de cerca. Había intentado seguirle la huella a Luis Napoleón, ya observando sus carruajes, ya desde sus trenes. Ahora lo tenía a pocos metros, de modo que podía sentirlo y a partir de ello *entrar* en la propia historia europea. Desde tal proximidad reflexiona sobre la historia universal, respecto de las tiranías del mundo, adoptando una posición. Contempla con intensidad, sabiendo de algún modo que lo que vivencia posee significado, tiene un pasado, una historia²¹⁷.

Se advierte en los viajeros un fuerte deseo de *tocar* la historia europea, sentirla, recorrerla, hacerla viva. Bajo esta perspectiva, las visitas a los museos no constituyeron tan sólo un itinerario más, sino una forma de insertarse en un pasado histórico desde los objetos. Vicente Pérez Rosales, estando en el Museo de Armería de Madrid, no deja de conmovirse ante la espada real de Isabel I, a tal punto que solicita besarla²¹⁸.

Benjamín Vicuña Mackenna, por su parte, en el Museo de Armas de Vincennes, toca “con respeto” los fusiles de la Guardia Vieja, “en cuyas cazoletas estuvo tantas veces escrito el destino de Europa”. No contento con ello, escudriña las vitrinas de los museos, imagina escenas, arma imágenes. Los objetos yacen dispuestos a ser resucitados por una mente ilustrada, conocedora del pasado europeo²¹⁹.

Interesante resulta la predisposición a ubicarse, en tanto chileno, en estos verdaderos libros abiertos de historia. ¿Dónde entra Chile aquí? Benjamín Vicuña Mackenna trata de encontrarlo: “En el Museo [de la manufactura

²¹⁵ Pérez Rosales, *Ensayo...*, *op. cit.*, pp. 160-161.

²¹⁶ *Op. cit.*, p. 140.

²¹⁷ La cita afirma: “Yo le contemplaba esa vez desde cerca; le había visto en todas partes y en todas situaciones, ya manejando un veloz tilbury, o en sus grandes trenes a la Daumont (...). Ahora, sentado en el centro de un templo (...) tenía algo de histórico en su actitud, algo que llevaba el espíritu a las comparaciones del pasado, a la memoria de otros tiranos famosos y afortunados como él. Yo contemplaba con toda la intensidad de mis miradas y de mi pensamiento aquella singular figura.” Vicuña Mackenna, “Páginas...”, *op. cit.*, tomo I, p. 350

²¹⁸ Pérez Rosales, *Ensayo...*, *op. cit.*, p. 574.

²¹⁹ Vicuña Mackenna, “Páginas...”, *op. cit.*, tomo I, pp. 290-300.

Imperial de Francia] vimos una colección de todos los modelos [de cerámicas] adoptados desde el tiempo de Luis XV (...) hasta el día de hoy. No sé cómo había llegado hasta los estantes de esa colección un dorado y oloroso mate de las monjas de Chile...”²²⁰.

En otras ocasiones, los museos le otorgan un punto de referencia, como una forma de evaluar el grado de avance. Arrojando muestras de ironía comenta: “En el Museo Egipcio vi trigo y otros cereales conservados desde hace 3.000 años (...). Como un comparativo progreso nuestro, vi la hechona, el azadón y demás herramientas agrícolas que usaba aquel civilizado pueblo, y que son los mismos que hoy día tenemos en Chile!”²²¹.

De modo que desde aquí, a partir de la historia de la civilización europea, era posible instalarse: ¿en qué medida Chile estaba a la altura de los países más avanzados?, ¿cómo se podía ser “civilizado” si elementos tales como las herramientas que él cita –cotidianamente empleadas en Chile– eran en Europa un objeto arqueológico?

Los cementerios, asimismo, entraron bajo la lógica de sentir a Europa. Entrar en un cementerio posibilitaba también *tocar* la historia, tanto como un museo. Benjamín Vicuña Mackenna en París busca las tumbas ilustres y desde ahí reflexiona sobre el pasado europeo, comenta la vida de los personajes, lee epitafios, evalúa las acciones políticas y sus consecuencias²²².

No sólo los museos y cementerios son revividos desde un pasado al que no se podía acceder desde Chile: los paisajes mismos y las ciudades son tomadas como accesos a la historia, buscando comparaciones, imaginando sucesos, vagando en los hechos antes leídos en Chile²²³.

Esta *vivificación* de los museos, de los cementerios, de las ciudades, se vinculó con la idea de la experimentación: a Europa se la conocía desde los sentidos. De ahí que insista en recorrer una mina en Inglaterra, descendiendo seiscientas yardas mediante un arriesgado mecanismo. No importaba el peligro, lo importante era la experiencia directa de las cosas vivas.

La Europa útil

Siguiendo la idea del viaje a Europa como parte de una buena educación, se observa, como un objetivo muy compartido por los viajeros chilenos, la formación. Incluso, a pesar de que muchos viajeros como Benjamín Vicuña Mackenna o Isidoro Errázuriz, más bien se encontraban ahí por razones políticas y de exilio, siempre declararon sus intenciones de estudio. Sin importar la causa, un viaje a Europa debía ser aprovechado para instruirse. Tal y como

²²⁰ Vicuña Mackenna, “Páginas...”, *op. cit.*, tomo I, p. 301.

²²¹ *Op. cit.*, tomo I, p. 298.

²²² *Op. cit.*, tomo I, p. 333.

²²³ *Op. cit.*, tomo I, pp. 393-394.

Viñas lo ha destacado en el caso del argentino Juan Bautista Alberdi, hubo un interés de hacer del viaje europeo algo útil²²⁴.

Así como los europeos veían en América un “Dorado” dispuesto a ser explotado, muchos viajeros chilenos e hispanoamericanos concebían a Europa como fuente de una riqueza, empero no agrícola o minera, sino espiritual e intelectual. De ahí el interés por visitar centros de estudio, aunque se ve diferenciado según los intereses personales. Así, en Benjamín Vicuña Mackenna, es más atractivo dirigirse a Freiberg en Alemania y conocer un instituto de minería o tomar clases de agricultura en el Real Colegio de Cirencester, con la idea de que podría ser más provechoso para Chile, por sus riquezas mineras y agrícolas. En Isidoro Errázuriz el objetivo se ubica, más bien, en realizar estudios de Derecho en la Universidad de Göttingen.

A Europa había que sacarle provecho de alguna manera: ya fuese llevando material de trabajo a Chile, ya conociendo a científicos (Benjamín Vicuña Mackenna se entrevistó con Alexander von Humboldt en Berlín), ya sólo describiendo ciertas maravillas tecnológicas. En este sentido, el viaje de Benjamín Vicuña Mackenna a Inglaterra puede ser interpretado, así como el viaje a Francia tuvo un sentido cultural y artístico, desde un evidente aspecto productivo. Visitó centros mineros, agrícolas e industriales, siempre buscando el vínculo con Chile. Analizó la extracción del carbón inglés como “una de las bases de su industria interior y la principal parte de la riqueza pública”. Reflexionó respecto de las posibilidades chilenas de desarrollar “esta industria en gran escala” y ser dentro de poco “el depósito general que surta de combustible no sólo a la navegación del Pacífico sino a las necesidades domésticas e industriales de los pueblos litorales”²²⁵. Asistió a ferias agrícolas, se informó sobre nuevos métodos y maquinarias, pensando en su aplicación en Chile.

No sólo producción, el sistema educativo también fue objeto de su mirada, quien no cesaba de comparar y buscar posibilidades para Chile. Después de describir el funcionamiento de las universidades inglesas y sus diversas especialidades en los campos de la química, geología, etc., concluye:

“Posibilidades de inmenso significado social, nacerían para nuestra suerte de las anteriores consideraciones si nos fuera permitido aplicarlas un momento en Chile, el país sud americano donde el nombre de educación pública mete más ruido, aunque sea vano como tantos proyectos (...). Pueblos pobres y nuevos, si queréis un consejo sabio y seguro, imitad a la Inglaterra rica y vieja en experiencia. ¿Qué resultado por ejemplo no traería al país (...) el envío a Europa de jóvenes que hicieran estudio de las grandes especialidades modernas que no son sino el resumen acabado de siglos de estudio y ensayos?”²²⁶.

²²⁴ Viñas, *op. cit.*, pp. 144-154.

²²⁵ Vicuña Mackenna, “Páginas...”, *op. cit.*, tomo I, p. 428.

²²⁶ *Op. cit.*, tomo I, pp. 434-435.

Interesante resulta esta contradicción existente entre la decepción de Europa y su rechazo como modelo –analizado ya anteriormente–, con este interés por aprovechar los avances europeos en el terreno de la ciencia. De alguna forma, a la vez que el viajero se distanciaba y asumía una posición crítica respecto de la cultura del Viejo Mundo, no dejaba de valorarla, así como de interesarse por tomar la mayor cantidad de elementos posibles que pudiesen ser implementados más tarde en Chile.

Vicente Pérez Rosales, en la ciudad de Hamburgo, se informa respecto de su funcionamiento, en tanto que dicha urbe conformaba “una República cuyas instituciones políticas, civiles, religiosas y rentísticas merecían ser estudiadas”. Analiza la constitución política hamburguesa, los poderes políticos, el sistema educativo –donde destaca efusivamente los llamados Jardines de Niños– y en especial las formas de contribución²²⁷.

De modo que, de alguna forma, se alimentaba la esperanza de que un viaje a Europa podía llegar a disminuir la gran brecha existente entre Chile y los países más avanzados. El hecho de poder visitar lugares ya instalados en los procesos industriales o educativos de punta posibilitaba la adquisición de los nuevos conocimientos producidos. De esta forma, aquel sentimiento de atraso científico, técnico y educativo, era aminorado. Europa funcionaba, así, como una vía rápida de acceso a la tecnología y al desarrollo industrial, aspectos que eran tomados por los viajeros como partes de una etapa histórica mundial, por la cual Chile, inevitablemente, más tarde o más temprano, debía de pasar.

El papel de la mujer en Europa

Un aspecto que impacta a muchos viajeros chilenos es el papel que la mujer asume en Europa. Algunos, como Benjamín Vicuña Mackenna, sólo comparan la belleza de la mujer europea con la chilena, destacando la superioridad de la mujer nacional. Otros, como Vicente Pérez Rosales, quedan sorprendidos por la existencia de espacios para la participación laboral de la mujer. Describe los llamados *Kindergarten* en Hamburgo, instituciones que al cuidar a los niños permiten que la mujer trabaje, rompiendo el tradicional papel femenino del ama de casa. Sin embargo, para la mayoría de los viajeros, la situación social o laboral de la mujer pasó desapercibida.

Maipina de la Barra (1834-1901?), la única viajera chilena del siglo XIX hasta ahora conocida que escribió un relato de relación de viajes sobre Europa, se enfrentó directamente con tal cuestión en su travesía realizada entre 1873 y 1874²²⁸.

²²⁷ Pérez Rosales, *Ensayo...*, *op. cit.*, p. 556. Véase el capítulo III.

²²⁸ Sobre el tema de viajeras latinoamericanas véase Marjorie Agosin y Julie Levison (eds.), *Magical sites: women travelers in 19th century Latin America*; June Hahner *Women through women's eyes: Latin American women in nineteenth-century travel accounts* y Mónica Szurmuk, *Women in Argentina: early travel narratives*.

Dado que el objetivo del relato de Maipina de la Barra radicaba en servir de ejemplo moral para otras mujeres, dedica su atención explícitamente a describir la vida de la mujer europea, a fin de compararla con la chilena. Pero no se trataba tan sólo de una mera comparación. Juzga, enjuicia y aborda la situación de la mujer chilena una y otra vez. Ya antes de la partida comenta el porvenir de ciertas compatriotas que, a pesar de poseer cualidades y dotes, están condenadas a no desarrollarlas, opacadas por un matrimonio, por un hombre que tal vez no sabe apreciarla: "...y allí en la oscuridad, en el silencio y en el olvido, morirá esa flor (...) digna de figurar como el tipo de la verdadera mujer"²²⁹.



Viajera en Bausinger, Beyrer y Korff, *op. cit.*, p. 176.

El tema de la figuración de la mujer, del fortalecimiento y desarrollo de sus potencialidades y de los límites que se le imponían o se autoimponía, serán confrontados por la viajera con la realidad europea. ¿Qué elementos destaca?, ¿qué cambios ocasiona el viaje a Europa en su perspectiva respecto del papel social de la mujer?

En primer lugar, el viaje le permitió salir del espacio doméstico y contemplar las "grandezas y maravillas del mundo". Lo que antes percibía desde la literatura —otra forma, según ella, de romper la situación de inactividad de la mujer— ahora lo podía apreciar directamente:

²²⁹ De la Barra, *op. cit.*, p. 20.



Viajeras en Bausinger, Beyrer y Korff, *op. cit.*, portada.

“Ahora comprendo mejor las descripciones de los novelistas; y esta luna que nos alumbra debe producir en esta tierra genios que se inspiran en su luz celestial (...) ¿Qué otra cosa puede ser sino que en esos momentos un genio superior toma posesión de nosotras para sacudirnos del letargo de la indiferencia en que generalmente vivimos y darnos un impulso para que conozcamos lo que tenemos más allá de nuestra natural vista?”²³⁰.

La pasividad, el letargo y la indiferencia sólo podían ser resquebrajados desde el movimiento, a partir de algo que la sacase de la vida normal, cotidiana. Sólo viajando se podía conocer otras realidades, discutir y hasta poner en tela de juicio la propia. El viaje permitía enterarse de otras formas de vida, donde la mujer ocupaba papeles muy diferentes. Por ejemplo, en París las reglas sociales no eran iguales que las chilenas, la civilidad de la mujer era entendida de otra forma. En Chile no estaba permitido socialmente que una mujer bailase con un desconocido. ¿Cómo reaccionar ante otra situación?:

²³⁰ De la Barra, *op. cit.*, p. 41.

“Un momento después sonó la orquesta, y los caballeros se pusieron a sacar. Uno de ellos se dirigió a mí; pero como la antigua y necia costumbre de Chile prohíbe el bailar a la mujer casada, no accedí al principio. Luego que vi que todas las señoras, por mayores que fueran, bailaban, accedí bien persuadida de que no haciéndolo así, me hubieran tildado de incivil”²³¹

Los límites de lo propio solamente podían advertirse desde afuera, de ahí que ciertas costumbres –hasta ahora normales– eran vistas de pronto como “necias” y “antiguas”. Al contrario de viajeros como Benjamín Vicuña Mackenna o Vicente Pérez Rosales, la sensación de sentirse parte de una periferia del mundo se marcaba aún más, haciendo que la viajera adoptase una posición crítica respecto de lo que en Chile acontecía. Europa la ponía frente a sus propias trabas sociales.

Esta percepción en Maipina de la Barra, de una mayor inserción social de la mujer europea respecto de la chilena, tuvo su lado oscuro: la situación laboral de la mujer. Al comienzo de su viaje este hecho le sorprendió y hasta molestó:

“El panorama [en Burdeos] era magnífico, y hubiera sido perfecto, si no lo hubiera empañado un hecho que me contristó sobre manera; en las pesadas labores del campo, la mujer trabaja tanto como el hombre; lo cual me causó una impresión muy desagradable, viendo que aún en los puntos más civilizados hay una parte considerable de la Humanidad, cuya precaria situación la obliga a desconocer la importancia de la misión de la mujer sobre la tierra”²³².

Ante la obligación laboral de la mujer De la Barra se apoya en la concepción de un papel femenino que ligaba a la mujer a su función de madre y de samaritana. La mujer ocupaba un espacio de sensibilidad que no podía ser para nada alterado. La mujer es frágil, sensible, diferente, posee “el tacto exquisito [sic] que la eleva y engrandece en todo sentido”. ¿Cómo podía ese mundo ser llevado a lo práctico, a lo terrenal?²³³

A este primer instante de decepción siguió uno de mayor tolerancia y hasta de aceptación. Tal vez el trabajo para la mujer, en especial para aquellas que ocupaban una posición social inferior –no para “señoritas” como su hija– no era una mala idea. Dado que en Chile la mujer dependía de su fortuna para alcanzar determinados espacios sociales –no por nada había viajado con su hija a Europa, a fin de *dotarla* y prepararla para un matrimonio futuro–, entonces: ¿qué otra cosa quedaba para aquella que no tenía la suerte de poseer un erario

²³¹ De la Barra, *op. cit.*, p. 139.

²³² *Op. cit.*, p. 73.

²³³ *Op. cit.*, p. 79.

suficiente? En este punto, Maipina de la Barra vio muy claramente en qué sentido el trabajo femenino en Europa había significado una vía de escape y hasta de independencia para cierto estrato social femenino: “Las mujeres del pueblo [en Europa] propiamente dicho, y aquellas que han sido mejor educadas, pero que no tienen medios de subsistencia, trabajan mucho, y por ese motivo son más independientes”²³⁴.

Otro aspecto que destacó en su viaje a Europa fue la posibilidad que allí tenía la mujer de educarse y acceder, desde ahí, a una mejor situación personal. Los países de América “...no han comprendido aún la importancia social de la mujer, y, como consecuencia natural, no se la instruye como es debido, como se la instruye en Europa, pues la educación que allí se da a la mujer, es muy distinta de la que se da en América”²³⁵.

Según su punto de vista, la mujer en los tiempos primitivos fue considerada como un ser inferior al hombre, pero ello ha cambiado, siendo ahora considerada digna compañera del hombre. En Chile no ha sido comprendido. Allí se otorga en los colegios de niñas sólo una instrucción muy superficial, hasta se podría decir “frívola”. La ciencia nunca ha penetrado en sus aulas. A partir del viaje a Europa y de lo que ahí observó, propone todo un plan de estudios para la mujer, como una forma de sacarla de su “opresión”, sugiriendo trabajar en conjunto para vencer “nuestra natural apatía”, haciendo una obra colosal: “la educación bien entendida de nuestros hijos, y especialmente de nuestras hijas, para no volver a ser jamás pequeñas”²³⁶.

A pesar de que en todo lo que rodeó su viaje a Europa fue vinculado al mundo femenino –la motivación dada por la Virgen, el viaje con su hija–, no puso en el centro de sus motivaciones algo así como una reivindicación o defensa de la mujer. El tema de la situación social de la mujer está presente sin lugar a dudas, sin embargo, no conformó el punto central de su travesía europea. De vuelta en Chile ello cambió drásticamente. El viaje a Europa dejaba en evidencia que el mayor problema con el que debía enfrentarse no era su posición social, sino su propia condición de mujer. El viaje le permitía problematizar su papel de género: verse a sí misma, sus límites, su destino. Si después de su retorno a Chile como viuda debía enfrentarse sola en el mundo, debía, también, depender de sus propios recursos. ¿Pero cómo hacerlo, si el trabajo en Chile –que según ella, en Europa era un honor– era considerado como una deshonra? La cuestión la expone directamente, de forma dramática:

“Mi anhelo era grande por saber qué era lo que me convenía hacer, que trabajo debería emprender; pues como ya os podréis figurar, mis lectoras, yo volvía escasa de recursos [de su viaje por Europa] y tenía que pensar

²³⁴ De la Barra, *op. cit.*, p. 109.

²³⁵ *Op. cit.*, p. 161.

²³⁶ *Op. cit.*, pp. 171-172.

como hombre de negocios. Pero me encontraba impotente bajo todos los conceptos; el problema de mi vida se resumía en esta exclamación: ¡SOY MUJER! y con esto explicaba mi difícil situación”²³⁷.

Debía pensar como hombre de negocios y planificar su futuro, mas la imposición de unos límites, de unos usos sociales que según había experimentado no eran “naturales”, sino, más bien, otorgados socialmente y contruidos, la opacaba. De ahí que Europa quedase en su recuerdo, en su anhelo por un trato más justo e igualitario entre hombres y mujeres.

La Europa como búsqueda de los orígenes

Otro elemento que representó un papel en el viaje al Viejo Mundo lo constituyó la posición que algunos viajeros asumieron, en el sentido de que se vieron a sí mismos integrados y enlazados al espacio europeo. Extrañamente, muchos de ellos no se consideraban viajeros, huéspedes o extranjeros, sino, más bien, hijos que retornaban al hogar de sus antepasados²³⁸.

En Benjamín Vicuña Mackenna este sentimiento de retorno es explícito cuando recorrió Irlanda, al ser dicho país la patria de sus antepasados, lo que de alguna forma lo hacía sentirse también un poco parte de aquella tierra. Algo lo conmovía, al punto que llega a considerar el territorio irlandés como propio: “Pisaba por primera vez el suelo de la verde Erin, que era para mí una patria, si la patria es la tumba de los mayores... Que era más todavía, era mi hogar, mi sangre, mi nombre...”²³⁹.

En este territorio no se podía describir como un simple viajero, no estaba permitido asumir la actitud de un observador que escudriña, racionaliza y evalúa. De ahí que no busque hacer cálculos, ni comparaciones, ni siquiera observaciones. Acá los sentimientos, los sentidos agudizados ante lo que se contemplaba como parte de uno mismo modificaban la trayectoria y la mirada del viajero. Es más, la noción misma de “viajero” era suspendida: “No apunté (...) en mi diario ni fechas, ni lugares, durante una travesía de más de cien leguas en el interior del país, porque me parecía que en aquella tierra no era permitido pensar, ni interrogar, ni viajar tampoco. En verdad yo no era en Irlanda un viajero...”²⁴⁰.

Ningún otro espacio europeo le traía tanto a la memoria a Chile. Procura encontrar semejanzas, busca sentirse en casa. De ahí que contemple los bosques, los pastizales, la arquitectura de las casas, los trajes de la gente del

²³⁷ De la Barra, *op. cit.*, p. 184. Mayúsculas del original.

²³⁸ Lo anterior ha sido destacado en Domingo F. Sarmiento, a partir de la frase, “Siéntome que no soy huésped ni extranjero [en Europa], sino el miembro de la familia que se acerca al hogar de sus antepasados”. Sarmiento, *Viajes...*, *op. cit.*, pp.76-77.

²³⁹ Vicuña Mackenna, “Páginas...”, *op. cit.*, tomo I, p. 441.

²⁴⁰ *Op. cit.*, tomo I, pp. 442-443.

lugar. Incluso hasta los nombres españolizados de ciertas estaciones le hacían recordar a Chile²⁴¹.

No sólo paisajes o semejanzas, también tomó contacto con familiares; recorrió las casas de sus abuelos, conversó con primos y tíos: encuentra un hogar y una patria al mismo tiempo. El destino de unos pueblos condenados a vagar por las lejanías, ahora reunía a dos generaciones separadas por culturas e historias:

“El Atlántico, ese camino que hoy cruzan todos los que sufren sin esperanza en la oprimida Europa, los había arrojado [a sus antepasados irlandeses] náufragos de fortuna y de dicha (...). El Pacífico me había traído también de la otra extremidad del orbe... Y ahí estábamos todos reunidos y cambiábamos nombres, recuerdos, esperanzas, como los emisarios de un amor que medio siglo no había borrado, para llevar más tarde los mensajes de la lealtad y la constancia al techo de los nuestros!...”²⁴².

Ver a la familia, tocar los lugares desde donde salieron sus antepasados, contarse historias de lugares lejanos al otro lado del mar sólo venían a confirmar la imposibilidad de ser viajero en la tierra de los abuelos. Lo que se había intuido al pisar suelo irlandés quedaba ampliamente corroborado: “Yo no era tampoco un viajero en Irlanda, lo he dicho, era un peregrino. Cuento mis emociones, no narro ya mis viajes”²⁴³.

De modo que el viaje a Irlanda conformaba todo un tipo de peregrinaje, muy diferente al peregrinaje secular a París o a Londres –aquellos centros del mundo–, lugares que finalmente sólo le habían traído decepción y desengaños. Era sólo en Irlanda donde el viajero podía llegar a alcanzar el máximo objetivo de su travesía, lo que, paradójicamente, terminaba por negar la noción misma de un viajero. En Irlanda la travesía finalizaba. Benjamín Vicuña Mackenna se encontraba nuevamente en casa.

²⁴¹ Vicuña Mackenna, “Páginas...”, *op. cit.*, tomo I, p. 444.

²⁴² *Op. cit.*, tomo I, pp. 449-450.

²⁴³ *Op. cit.*, tomo I, p. 451.

UNA CONSTRUCCIÓN VIAJERA DE LA IDENTIDAD NACIONAL: CHILENOS AL OTRO LADO DEL RHIN

CHILE:

¿UNA NACIÓN ENTRE LO POLÍTICO Y LO ESTATAL?

En Hispanoamérica, ya desde el siglo XVIII se advierte, al amparo de la legislación hispana, un esbozo de una idea de nación utilizado para designar al conjunto de la monarquía hispanoamericana. Tal como lo ha hecho notar Horst Pietschmann, si bien esta idea de nación no designaba la nación moderna posrevolución francesa, conformó un antecedente de lo que más tarde se conocerá como la “patria americana”. Este concepto subsistirá entrado el siglo XIX, con lo que en el período de la emancipación se denominó la “patria local”. En el caso chileno, esta noción, por así decirlo *regional*, adquirirá una temprana vinculación con una dimensión moderna de nación, desde una categoría geográfico-cultural²⁴⁴.

Al revisar la bibliografía sobre el concepto de nación en Chile durante el siglo XIX, lo primero que se advierte es la vinculación que la historiografía ha establecido con esferas estatales y políticas. Los aspectos culturales de las definiciones de nación –discurso historiográfico o literario, por ejemplo– se han visto siempre inmersos en tales esferas –el campo cultural al servicio del político– o, simplemente, han pasado desapercibidos.

El argumento de que la nación decimonónica en Chile se originó desde el mundo político, parte de la premisa de que dicho campo fue modelado desde el aparato estatal. Lo anterior, a partir de la idea de un estado fuerte desde la década de 1830, el *Estado Portaliano*, se habría constituido en una suerte de pieza fundacional. Al respecto, Alfredo Jocelyn-Holt ha resumido tal visión:

“De acuerdo con la historiografía clásica, el estado ha sido el eje articulador del orden político en Chile, idea planteada tanto por la escuela liberal como por la conservadora. Según estas dos versiones, el que Chile haya logrado orden y progreso en el siglo XIX supone además un grado altísimo de autoritarismo (...) Por consiguiente, la historia del Chile decimonónico habría consistido en la creación de un Estado que abogaba por el orden y

²⁴⁴ Véase Horst Pietschmann, “Conciencia de identidad, legislación y derecho, algunas notas en torno al surgimiento del ‘individuo’ y de la ‘nación’ en el discurso político de la monarquía española durante el siglo XVIII”. pp. 535-554. Véase, además, Antonio Annino, François-Xavier Guerra (coord.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX* y Quijada, *op. cit.*, pp. 15-51.

el progreso o bien de un estado que servía de garante del orden y la tradición. Es evidente que en ambas argumentaciones se logra supuestamente el valor orden desde y a partir del estado”²⁴⁵.

Desde esta perspectiva, dicho orden estatal fue el que impuso una visión de nación y chilenidad, a partir de una esfera principalmente educativa. El Estado Nacional, animado por un verdadero proyecto, buscó fomentar la homogeneidad en la población, conformando identidades. Un buen ejemplo de tal visión lo conforma el trabajo de Sol Serrano sobre la Universidad de Chile y la idea de nación en el siglo XIX, quien afirma:

“La formación de un sistema nacional de educación responde (...) al afán racionalizador de los sectores ilustrados de la clase dirigente que buscan ordenar desde el Estado una sociedad que aparece como caótica, desde la perspectiva de los cánones del conocimiento racional. La diferencia entre ilustrados e ignorantes no era nada nuevo; lo nuevo era que esta diferencia se constituía en una tensión y ella no se generaba tanto de la presión de los ignorantes por saber como de la necesidad de los ilustrados de *forjar una nación con una identidad común a todos los habitantes de un territorio*, es decir, forjar una ideología nacional como fuente de legitimación política”²⁴⁶.

De modo que la identidad nacional en Chile, desde esta visión, se habría conformado durante el siglo XIX desde el modelo del *Estado-Nación*, lo que, a su vez, expresaba el interés y la voluntad de un grupo intelectual por formar individuos nacionales.

Esta idea del Estado-nación en Chile, concepto probablemente adoptado desde su versión francesa, ha constituido la base explicativa para definir el siglo XIX. A partir de tal posición, se ha entendido la cultura chilena del período en tanto cultura del Estado. Es probable, en este sentido, que el influyente trabajo de Mario Góngora de 1981, sentara ciertas bases teóricas al respecto²⁴⁷.

Alfredo Jocelyn-Holt ha criticado tales perspectivas, cuestionando el excesivo protagonismo que se le ha asignado al Estado en Chile. Duda del real poder de dicha institución: ¿en qué medida el Estado logró imponer un orden supremo, respetado ciegamente por todos? Al respecto inserta otro elemento de análisis: la negociación. Según su óptica, tal institución siempre se vio obligada a explicar y justificar su poder. De modo que su tarea constituyó, más que un asunto de autoritarismo, todo un esfuerzo de persuasión

²⁴⁵ Alfredo Jocelyn-Holt, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*, p. 99.

²⁴⁶ Sol Serrano, *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX*, p. 64. Respecto del control estatal de un Estado formador véase de la misma autora “La ciudadanía examinada, el control estatal de la educación en Chile (1810-1870) pp. 550-564. El destacado es nuestro.

²⁴⁷ Véase Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción del Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, en especial p. 12.

política. La política, desde este punto de vista, antes que imponer desde arriba su poder: "...se orienta[ba] a la comunidad con criterios publicitarios tendientes a explicar, difundir y legitimar el nuevo orden. En resumidas cuentas, se trata[ba] de persuadir. Resulta evidente, por tanto, que el prurito aquí se ha vuelto eminentemente político-cultural"²⁴⁸.

Alfredo Jocelyn-Holt sugiere, a partir de diferentes análisis que realiza de la cultura del período, que el Estado decimonónico surgió desde el campo político-cultural y no al revés, como la mayoría de los historiadores han sostenido. Sin embargo, a la hora de definir el nacimiento de la nación chilena, y a pesar de su crítica al orden estatal como constructor de la nación, un poco reforzando la idea de la persistencia del Estado-nación como elemento explicativo, opta por darle primacía a tal institución:

"La adquisición accidental de la libertad en Chile (...) permitió que el estado liberal-republicano diseñara y promoviera una nueva concepción de nación. Estoy de acuerdo con la tesis de Mario Góngora de que éste es el principal legado del estado decimonónico. Con el fin de promover esta concepción, el estado recurrió a todo el instrumental simbólico entonces disponible: retórica, historiografía, educación cívica, lenguaje simbólico (banderas, himnos, escudos, emblemas, fiestas cívicas, hagiografía militar, etc.). Podría añadir (...) que este esfuerzo extraordinario desde arriba resulta en una "comunidad imaginada" que se funda y que es, de hecho, la versión hegemónica del nacionalismo en la historia de Chile desde el siglo XIX hasta hoy"²⁴⁹.

En otro sentido, la formación de la nación ha sido vinculada con el ámbito artístico-intelectual, aunque siempre enmarcada en la esfera pública y política. La nación es vista como construcción cultural de un grupo ilustrado. Al respecto, el trabajo de Bernardo Subercaseaux conforma un ejemplo:

"En nuestro país, la construcción intelectual y simbólica de la nación ha sido particularmente activa en las etapas que preceden, o acompañan los grandes cambios. Por ejemplo, a comienzos del siglo XIX, a partir de la Independencia, se genera un largo *proceso de elaboración de nación, un proceso que revistió un carácter fundacional y cuyo agente básico fue la elite ilustrada liberal*"²⁵⁰.

Dicha elite ilustrada-liberal es visualizada por Bernardo Subercaseaux como la principal impulsora de la construcción nacional: grupo social y político

²⁴⁸ Jocelyn-Holt, *El peso...*, op. cit., p. 77.

²⁴⁹ Op. cit., p. 42.

²⁵⁰ Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, p. 9. El destacado es nuestro.

que desplegaba en diferentes ámbitos –constitucional, literario, historiográfico, institucional, educativo– una suerte de *misión fundacional*. A partir de lo anterior, canalizaron sus ideas a través de diarios, revistas, obras históricas, tratados de jurisprudencia, discursos, leyes, agrupaciones sociales, clubes de reforma, partidos políticos, instituciones educativas, novelas y piezas de teatro²⁵¹.

Bernardo Subercaseaux analiza tal grupo desde la obra y la figura del escritor chileno José Victorino Lastarria, en especial, a partir de la Sociedad Literaria de 1842, que él fundó. Según dicho estudioso, para sus integrantes no hubo distancias entre la fundación de una nación y la fundación de una literatura nacional, la cual no conformó sólo una mera expresión de imaginarios sino, también, un instrumento puesto al servicio de una transformación hacia una nueva conciencia nacional. Fue para ellos parte activa de la política y, a su vez, parte activa de la actividad literaria.

De modo que la creación de una literatura nacional se inscribía dentro de un gran proyecto de construcción de una nueva sociedad. Era, evidentemente, un trabajo de renovación artístico-estético, pero también de renovación social, desde un programa que apuntaba a la superación de los *residuos* de la mentalidad colonial hispana.

Dentro de tal programa, a la vez universal y nacional, se inscribió el cuento de José V. Lastarria *El mendigo*, de 1868, considerado el primer *cuento nacional* chileno. Bernardo Subercaseaux lo analiza, puesto que constituye un intento de poner en práctica la fundación de una literatura nacional desde “...un propósito casi mesiánico de conferirle identidad histórica al país”²⁵².

Alberto Blest Gana ha sido analizado como punto culminante dentro de una literatura orientada a la creación de una identidad nacional. Doris Sommer lo ha estudiado a partir de su novela *Martín Rivas*, escrita en 1862. Desde esta obra, vincula la producción literaria con la construcción de una nación, concibiéndolas como un verdadero puente entre el pasado y el futuro que se deseaba realizar. Las fantasías nostálgicas evidenciadas en el texto de Alberto Blest Gana conformaron un vehículo que ficcionalizaba una identidad colectiva que, desde el pasado, buscaba articular el presente²⁵³.

La historiografía ha sido analizada como otra pieza importante dentro de las escrituras fundacionales de la nación.

A mediados del siglo XIX, el vacío de poder dejado por la separación de España, hizo urgente la necesidad de soportes, elementos legitimantes que dieran reposicionamiento y conexión, a partir de relatos que mostraran el nacimiento de una nación sobre las bases del período colonial que se dejaba atrás. Tal proceso de construcción buscaba articularse desde un tipo de escritura que proveyera de formas y modelos nacionales al país. De ahí la importancia

²⁵¹ Bernardo Subercaseaux, *Historia del libro en Chile*, p. 43.

²⁵² *Op. cit.*, p. 62.

²⁵³ Doris Sommer, *Foundational Fictions. The national romances of Latin America*, p. 208.

de la interpretación que los historiadores de entonces hicieron del período colonial y de la emancipación de España, en especial, la llamada Generación del '40, integrada, entre otros, por Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y José Victorino Lastarria. Muchos de ellos buscaban explicar el nacimiento de la nación chilena como una lucha por liberarse del yugo hispano. La nación, entonces, se veía como parte de un proceso universal de liberación y civilización.

Se ha afirmado que, para tales historiadores, la llamada Independencia o separación del Imperio Español habría sido un quiebre con un pasado apegado al oscurantismo en lo religioso y al despotismo en lo político. Nociones que fueron tempranamente desarrolladas por José Victorino Lastarria en *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile* (1844), primera memoria histórica que inauguraría una larga tradición en la Universidad de Chile, concebía el nacimiento de la nación chilena como una lucha para vencer el atraso, el despotismo y el autoritarismo: en fin, todos estos "...rasgos legados por el dominio español"²⁵⁴.

Benjamín Vicuña Mackenna, escribió una memoria histórica en la Universidad de Chile titulada *La guerra a muerte* (1868). Allí trata las guerras de la Independencia y, en especial, las últimas batallas entre patriotas y realistas libradas en el sur de Chile, poniendo un escenario narrativo donde el Bien y el Mal se enfrentaban desde dos bandos que desatan, a su vez, una furiosa contienda. Dicha pugna no sólo suponía un ámbito político sino todo un enfrentamiento entre españoles –pueblo catalogado por el historiador como bárbaro, oscurantista y opresor– y los patriotas chilenos –grupo que era percibido como civilizado–. Este choque de fracciones llevaría a los chilenos a librar toda una batalla por alcanzar su legítimo derecho a autogobernarse.

Nitido resulta cómo en todas estas nociones de construcción nacional –ya se las asocie con el Estado-nación o con la literatura y la historiografía–, se ha otorgado un protagonismo a la elite chilena como grupo artífice y constructor: llámese oligarquía, elite o ilustrado-liberal. Ya viéndolo como un verdadero ingeniero social –racional, modelador–, ya analizándolo como el único autorizado en la época a ocupar espacios de significación sociocultural, ha sido entendido como la fuente de las concepciones de nación.

Ahora bien, no es nada nuevo en la América hispana que un mismo grupo realice actividades culturales y políticas. Aquí, sin embargo, se ha destacado otro elemento: el lugar que asumió, en el siglo XIX, entre esferas políticas y culturales. Lo que se ha denominado el intelectual-político, polígrafo o pensador. Se trata de una figura no vinculada a una especialización determinada, para quien las diferencias entre ámbitos literarios, historiográficos, periodísticos o políticos no estaban aún definidas. El pensador latinoamericano del siglo XIX trascendió todas las definiciones que separaban las actividades del

²⁵⁴ Subercaseaux, *Historia del libro...*, op. cit., p. 70.

hombre de pensamiento de las del hombre de acción, siendo compatibles ambas figuras²⁵⁵.

Estas relaciones entre esferas públicas y literarias, historiográficas y periodísticas se han considerado un factor a la hora de analizar los procesos de construcción nacional durante el siglo XIX en Chile. Al respecto se ha afirmado que, con posterioridad a la emancipación, la práctica misma de lo político, como actividad ligada al foro público, se articuló sobre la base de la función estatal que las letras y, por ende, la cultura iban ejerciendo. El desarrollo de las letras, en especial de la actividad literaria e historiográfica, se concebía en estrecha relación con el ámbito político: ya puestas al servicio de este último, ya como ámbito de legitimación del poder. Algunos estudiosos han sostenido que dicha intersección político-cultural se dio, puesto que el mundo literario era parte de la construcción utópica de la nación, tanto como lo era el mundo político. Aquello permitía la coexistencia de la “república de las letras” con la “administrativa” al interior de los grupos de poder²⁵⁶:

“La ‘república de las letras’ coexistió con la república administrativa, el mundo igualmente serio pero menos lúdico de las instituciones del Estado. La historia del siglo XIX chileno (...), es la historia de estas dos repúblicas, dos esferas, dos lógicas (...). A veces estaban en pugna (...). Pero la mayoría de las veces se complementan”²⁵⁷.

La figura del letrado encarnó este vínculo entre la política y el arte, entre las escrituras legislativas y literarias, haciendo que las letras no sólo cumplieran una función estética o artística. De hecho, se ha destacado en qué sentido el ámbito público mismo, desde donde actuaron tales grupos, se conformó desde dichos cruces literario-políticos. Lo que al respecto ha afirmado Julio Ramos para la América hispana en general, puede muy bien aplicarse al caso chileno:

“En ese período anterior a la consolidación y autonomización de los Estados nacionales las letras eran la política. Las letras proveían el ‘código’ que permitía distinguir la ‘civilización’ de la ‘barbarie’, la ‘modernidad’ de la ‘tradición’, marcando así los límites de la deseada res pública en oposición a la ‘anarquía’ y al ‘caos’ americano. No se trata exclusivamente del hecho circunstancial (...) de que en este período fueran los letrados los

²⁵⁵ Allen Woll, *A functional past. The uses of history in nineteenth-century Chile*, p. 22. Véase, además, Mario Berrios, “El filósofo latinoamericano, o la institución del polígrafo en la formación de la nacionalidad”, pp. 79-82. Para el caso de Benjamín Vicuña Mackenna véase Carlos Sanhueza, “Historiografía y funciones públicas en Benjamín Vicuña Mackenna (Chile, segunda mitad del siglo XIX)”, pp. 331-354.

²⁵⁶ Véase Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, p. 69 y Ángel Rama, *La ciudad letrada*, en especial capítulo II.

²⁵⁷ Alfredo Jocelyn-Holt, “Los Girondinos chilenos: una reinterpretación”, p. 51.

encargados de redactar los códigos legales. Las letras no eran simplemente el vehículo de un 'objeto' legal, externo y re-presentable; más bien eran, por su carácter codificado, el modelo de formalización y constitución de ese objeto"²⁵⁸.

Aquí se instala un elemento en la construcción de la nación que torna relativa la existencia de ámbitos políticos y culturales en tanto esferas independientes, así como el papel del Estado como institución formadora de la nación. Los letrados no distinguían en su práctica lo político de lo cultural: el trabajo literario (aquí también se puede incluir la historiografía) conformaba un modo de "servicio público". De ahí que en éstos, las esferas estatales, artísticas y políticas tendían a disolverse en fronteras que se cruzaban. Lo anterior no significaba que fuesen, a su vez, parte de lo público: viene a expresar, más bien, en qué medida las especializaciones, o la llamada división del trabajo intelectual, no estaban tan marcadas como en Europa, modelo que usualmente la historiografía ha usado para definir tales cuestiones en la América hispana.

Si ciertos estudiosos han destacado para Chile, así como para el resto de la América hispana, al "modelo francés" de construcción de nación, que finalmente se impuso, es debido a que se ha partido del supuesto que existieron esferas políticas distanciadas de la cultura, que en el caso chileno –como hemos descrito– se remite a la presencia sin contrapesos de un Estado fuerte y ordenador. Esto es lo que se ha denominado una *unión de voluntades*. Es decir, el deseo político de una elite así como su vocación fundadora, que crearon las bases de la nación:

"La nación [en Hispanoamérica] será el resultado inédito e incierto de la conclusión del pacto entre los pueblos. Resulta incierto, en la medida en que no podía basarse en aquellos elementos culturales que en Europa definirán después la 'nacionalidad': la lengua, la cultura, (...). El fundamento de la nación no será pues cultural, sino esencialmente político, es decir, como en la Francia revolucionaria, en una unión de voluntades"²⁵⁹.

La aplicación que aquí se hace de la noción *renaniana* de nación, como opción voluntaria en pos de la construcción nacional, supone una actividad cultural distanciada del ámbito del poder, hecho que, al parecer, dista mucho de darse en Chile, al existir una simbiosis entre la administración del Estado y las prácticas culturales que le otorgaban legitimación²⁶⁰.

Si se parte del supuesto de que justamente en tales espacios cruzados se concibió el proceso de "invención nacional", entonces deja de tener sentido

²⁵⁸ Ramos, *op. cit.*, p. 63.

²⁵⁹ François-Xavier Guerra, "Identidades e independencia", pp. 133-134.

²⁶⁰ Véase Ernest Renan, "Qu'est-ce qu'une Nation?".

-aplicando el parámetro europeo- el preguntarse si Chile siguió el modelo francés, centrado en lo político, o el alemán, centrado en las particularidades culturales de los pueblos²⁶¹.

De hecho, las polémicas que se dieron en Chile por la década de 1840, relativas a la ortografía, al romanticismo, a la filosofía de la historia y a la censura, no se ubicaron sólo en un plano cultural, pues sus alcances involucraban la definición misma de la nación que se deseaba construir. De ahí que es posible interpretar los escritos de Andrés Bello, referidos a la lengua y la creación de una gramática de la lengua española chilena, no sólo en vinculación con la conformación de un lenguaje racionalmente administrado con la finalidad de constituir los sujetos de la ley sino, también, a partir de la cuestión respecto de la existencia o no de una lengua nacional. En este caso, estamos frente a un asunto gramatical, a la vez que jurídico-político y de identidad cultural²⁶².

Por otro lado, las figuras que participaron en tales disputas, como el mismo Andrés Bello, José Victorino Lastarria, Francisco Bilbao, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, entre otros, o, bien, ocupaban puestos de representación política o de la administración del Estado o, posteriormente, se hicieron cargo de ellos. Lo anterior no significa que las polémicas en las que se vieron envueltos hubiesen sido un asunto de Estado, sino, más bien, que las implicancias de tales disputas afectaban la marcha misma del ámbito público y político. Si muchos intelectuales insisten en promover la escritura de una historia nacional basada en el uso de documentación de archivos, no sólo era a partir de una cuestión metodológica o historiográfica sino, además, política, puesto que dicha historiografía finalmente legitimaba, sobre bases empíricas, la constitución de un Estado independiente del poder colonial ibérico. De modo que un análisis que desligue y separe tales esferas marca una división que minimiza la complejidad de los espacios a partir de los cuales muchas figuras públicas decimonónicas transitaron.

Si se parte del supuesto de que en el Chile del siglo XIX los lugares desde donde se construyeron los fundamentos políticos de la nación fueron estos ámbitos culturales-políticos; entonces, el papel que durante ese período representaron las instituciones estatales se capta desde otras perspectivas. Aquí, ha primado en la historiografía chilena una idealización del Estado-nación como constructor de la nación. Lo anterior ha formado una imagen de una institución poseedora de un *destino* que buscó implementar bajo la forma de un proyecto de formación social y nacionalización. Éste se habría impuesto *desde arriba*, es decir, hegemonícamente desde la elite a las capas sociales inferiores, a partir

²⁶¹ Por otro lado, en la misma discusión europea se relativiza tal distinción entre un supuesto concepto *cultural* germano y uno *político* francés. Véase Anne-Marie Thiesse, *La création des Identités Nationales*, pp. 15-16 y Derek Heater, *The Theory of Nationhood. A Platonic Symposium*, pp. 16-18.

²⁶² Respecto a las polémicas del siglo XIX en Chile véase Ana María Stiven, *La seducción de un orden. Las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*.

de un proyecto secular que fue apropiado e incorporado casi *automáticamente* por estas últimas²⁶³.

Por otro lado, resulta evidente que los recursos financieros con los que contaba el Estado chileno, en especial por la primera mitad del siglo XIX, eran reducidos. Sólo con posterioridad a la guerra emprendida contra Bolivia y Perú, a partir de la década de 1880, se adquieren nuevos territorios ricos en minerales, lo que, a su vez, permitió la administración de dineros originados de los impuestos a dichas faenas mineras. De modo que antes de tal coyuntura, difícilmente pudo sustentar el Estado chileno toda una red educativa a nivel masivo o conformar un sinnúmero de instituciones que creasen lo que se ha denominado una cuasi “religión de Estado”²⁶⁴.

La noción de un Estado-nación homogeneizante, una entelequia imponente, constructora de chilenos, refleja ciertas inclinaciones de la historiografía chilena. En efecto, la idealización de Chile como un país ordenado, homogéneo, tempranamente identificado con una nación, en gran medida expresa ciertas concepciones que han hecho de la figura de Diego Portales el pilar sobre el cual se ha cimentado la imagen de un país ordenado, estable y superior a sus vecinos²⁶⁵.

¿Qué es posible averiguar si se va más allá de dicha noción estatal y se estudian otras formas de conformación y representación de la identidad nacional? Ante la referencia externa y la definición nacional desde la distancia: ¿se sigue aún percibiendo un Estado nacional bajo un papel preponderante, como comúnmente se lo ha visualizado?, ¿es posible advertir la huella de este Estado omnipotente en los chilenos que se desplazaron fuera de las fronteras? En lo que sigue se busca abordar dichas cuestiones, analizando cómo los viajeros chilenos concibieron su paso por Alemania durante el siglo XIX, qué posiciones asumieron frente a la cultura y tradiciones germanas y en qué sentido y bajo qué formas tal experiencia de la distancia los enfrentó con su propia noción de una identidad nacional.

CHILENOS AL OTRO LADO DEL RHIN

Los viajeros chilenos durante el siglo XIX en ningún caso concibieron a Europa como una totalidad o entidad homogénea. Ya antes del arribo al Viejo Mundo, muchos percibían las diferencias, los centros, los polos de atracción

²⁶³ Respecto de la idealización de la nación como proyecto secular, véase Etienne Balibar, “La forme nation, historie et idéologie”, pp. 117-143.

²⁶⁴ En relación con la “religión de Estado” en Chile véase Gerardo Jorge Ojeda-Ebert, *Deutsche Einwanderung und Herausbildung der chilenischen Nation (1846-1920)*, p. 7.

²⁶⁵ Respecto de la idealización de una imagen nacional véase Geoffrey Cubitt, (ed.), *Imagining Nations*, pp. 1-20. Para el caso chileno Sofía Correa, “La identidad nacional, una construcción en crisis”, pp. 150-155.

y los márgenes. De ahí que, tal y como aquí se ha destacado en el capítulo anterior, se volcasen casi obsesivamente a recorrer Inglaterra y Francia (o para decirlo de otro modo: París y Londres). De alguna forma, el primer impulso de la travesía europea, el objetivo central, radicaba en alcanzar, ver, escuchar y “experienciar” tales lugares. Lo anterior no significa que no buscasen recorrer otros países así, por ejemplo, España e Italia sin duda constituían otro punto de interés, en la medida en que los viajeros chilenos se identificaban a sí mismos dentro del espectro de una cultura latina-ibero-cristiana²⁶⁶.

Los reinos germánicos, que a primera vista pueden ser interpretados como un circuito atípico, diferente, algo marginal, casi de paso, provocarán, sin embargo —como se verá más adelante—, insospechadas actitudes, comportamientos y juicios. El periplo en dichos reinos permitía enfrentar hechos antes no atisbados, haciendo del paso hacia el otro lado del Rhin uno de los elementos centrales del circuito por el Viejo Mundo, tanto como lo habían sido Francia e Inglaterra.

El afirmar lo del *otro lado del Rhin* no es una mera metáfora. Tal como se ha destacado para otros viajeros, incluso, muy anteriores al siglo XIX, los chilenos de alguna forma asociaban identidad cultural con espacio. De ahí que percibieran el río Rhin como algo más que un accidente geográfico, al vincularlo directamente con Alemania. Así como Suiza tenía sus montañas u Holanda el mar, el Rhin era para los viajeros particularmente germano, por lo “...misterioso, poético, grande”. Aquí se establecía una correlación entre paisaje y población. De esta manera, se otorgaban al espacio determinadas cualidades que por ampliación se adjudicaban a la gente que allí habitaba. De alguna forma, se percibía que, a lo largo de su historia, había dejado una impronta sobre la gente que moraba a sus márgenes²⁶⁷.

Actuaba como un límite, no tan sólo en tanto los viajeros percibiesen las diferencias que separaban a los pueblos germanos de los francos sino, además, a partir de toda una “puesta en escena” que los insertaba en el espacio europeo. Los viajeros chilenos iban marcando las fronteras culturales, desde la travesía alrededor del Rhin. Ellos mismos, parafraseando a François Hartog,

²⁶⁶ El énfasis puesto en el viaje a París ha obnubilado un poco la importancia que tuvo el viaje a otras regiones de Europa, dejando de lado, por ejemplo, los peregrinajes a Roma, las visitas a los centros industriales de Inglaterra o a las universidades de Alemania. En esta línea que le otorga una atención, a mi entender algo desmedida, a la *Ciudad Luz*, se encuentran los citados textos de Frédéric Martínez y Francisco Javier González, ambos, discípulos del historiador francés François-Xavier Guerra. Este último ya por 1989 había destacado a la capital gala en el itinerario europeo de los latinoamericanos. Véase François-Xavier Guerra, “La lumière et ses reflets, Paris et la politique latino-américana”.

²⁶⁷ Benjamín Vicuña Mackenna, “Un día en el Rhin. 12 de junio de 1870”, p. 57. Para otras experiencias de latinoamericanos en Alemania véase Gabriel Giraldo Jaramillo, *Viajeros colombianos en Alemania* y Jorge Monteleone, *El relato de viaje. De Sarmiento a Humberto Eco*, pp. 101-114. En relación con la descripción de tierra y gente como método de descripción del viaje véase Leed, *op. cit.*, pp. 184-192.

conformaban algo así como puestos fronterizos móviles: iban de un extremo a otro, a uno y al otro lado de sus orillas, haciendo las veces de intermediarios entre ambos mundos. ¿Cómo demarcaban este espacio fronterizo franco-germano?²⁶⁸

En primer lugar, lo identificaban como un hito geocultural. Para los viajeros chilenos, había dejado su impronta sobre el pueblo alemán debido a que, en definitiva, tal como lo sustentaba Benjamín Vicuña Mackenna, los ríos eran vistos como sinónimo de pueblos, de países, de continentes, y asimismo, para otros, constituían algo más que un curso fluvial: “Esas corrientes majestuosas hablan. Su curso impone respeto a los ejércitos más formidables, ataja las invasiones más desoladoras, y por esto instintivamente el hombre ha convertido el cauce en el símbolo vivo de propia cuna”²⁶⁹.

El vínculo hombre-río destacado, denotaba hasta qué punto se tomaba a los ríos como un símbolo de la propia cuna. Para Benjamín Vicuña Mackenna el Ganges era el Asia; el Nilo, el África, así como el Amazonas “...en nuestra América...” y el Mississippi: todos constituían “...el apropiado emblema de un pueblo...”²⁷⁰.

En segundo lugar, conformaba un hito geotemporal: el río les hablaba de otros tiempos, de sucesos, de generaciones que en medio de sus corrientes habían jugado los destinos de la humanidad, de “su civilización y su barbarie”²⁷¹. De pronto se convertía en un verdadero libro de historia. ¿Podían obtenerse conclusiones navegando en sus aguas, mirando desde allí las ciudades circundantes?, ¿conformaba algo así como un punto de referencia a fin de entender Europa, sus conflictos?

Por 1872, en medio de la Guerra Franco-Prusiana, la frontera adquiría en Benjamín Vicuña Mackenna insospechadas facetas. De alguna forma, hacía notar a los ojos de los chilenos en qué sentido, a pesar de tanto progreso adquirido, aun después de tanto bienestar, los europeos seguían siendo los mismos: “Hoy día la Prusia y la Francia, el arma al brazo, los centinelas en lo alto de las almenas, las pirámides de balsa al pie de los cañones, [al Rhin] lo divisan cada mañana correr como una ráfaga de odio, y dentro del pecho de sus soldados se apaga el suspiro de la codicia y la rabia”²⁷².

La barbarie europea finalmente se había impuesto, dado que la guerra, el enfrentamiento y la codicia habían hecho que el Rhin “lejos de ostentarse como el tesoro común de los pueblos, continuase siendo lo que era en tiempo de Germánico y Arminio: una presa”. De esta forma, la “impetuosidad de su torrente” no hacía otra cosa que contar una historia de desencuentros, odio y

²⁶⁸ Respecto de la noción de frontera cultural véase en Hartog *Memoria...*, *op. cit.*, Introducción y *El espejo...*, *op. cit.*, pp. 83-123 (Frontera y alteridad)

²⁶⁹ Vicuña Mackenna, “Un día...”, *op. cit.*, p. 59.

²⁷⁰ *Ibid.*

²⁷¹ *Op. cit.*, p. 58.

²⁷² *Ibid.*

crueledades. En este caso, expresaba los desaciertos históricos a partir de los cuales se podían extraer reflexiones y enseñanzas²⁷³.

En definitiva, el hecho de que el río hablase de enfrentamientos, de conflictos, de improntas sobre la población, no hacía otra cosa que expresar su sentido fronterizo. ¿Qué era lo que dicho río, en definitiva, enfrentaba?, ¿qué culturas se encontraban a ambos lados de sus márgenes?

El Rhin fue concebido por muchos viajeros chilenos como una línea que dividía dos culturas dentro de Europa occidental: por un lado, estaba la francesa –ligada al mundo latino, refinada, ilustrada– y, por el otro, la cultura germana –ligada al mundo sajón, protestante y materialista–. En el momento en que se cruzaba, se accedía a una u otra cara de la medalla cultural europea. Benjamín Vicuña Mackenna llevó tal división aún más lejos, afirmando que –el río sagrado de la Europa– no sólo distanciaba a franceses de prusianos, latinos de germanos sino que, también, marcaba una raya divisoria entre el oriente y el mundo occidental. Hasta la ribera occidental era posible ubicarse dentro de la cultura europea ya conocida, familiar, cercana. Lo que podría encontrarse al otro margen era desconocido, extraño, misterioso²⁷⁴.

Importante resulta destacar que esta noción del Rhin, como frontera geocultural y temporal, no sólo fue mero tópico literario repetido por los chilenos sino, además, tuvo un efecto directo sobre la actitud que asumieron en los reinos germanos. En gran medida la posición que muchos de ellos adoptaron en Prusia, Hamburgo o Sajonia estuvo marcada por la certeza de saberse en otro mundo, en un espacio cultural diferente al galo, hispano o latino. De modo que muchos de los elementos que los viajeros destacaron o criticaron de Alemania fueron analizados bajo el influjo de lo que se suponía había al otro lado de la frontera fluvial. Así como en otras experiencias de viajes, los chilenos, a partir de sus prejuicios y preconcepciones, “arribaron” a la otra orilla del Rhin, aun antes de la llegada real. En lo que sigue se analiza qué elementos fueron los que utilizaron dichos viajeros para referirse a Alemania, cómo trazaron sus costumbres, en qué sentido buscaron explicarse sus características, sus particularidades.

ALEMANIA HEDONISTA, ALEMANIA IDEALISTA

Lo primero con lo que se vieron confrontados al otro lado del Rhin fue con la definición misma de Alemania: ¿un país o un conjunto de reinos desunidos?, ¿protestantes, filósofos, idealistas o, por el contrario, unos aficionados a la

²⁷³ Vicuña Mackenna, “Un día..., *op. cit.*”

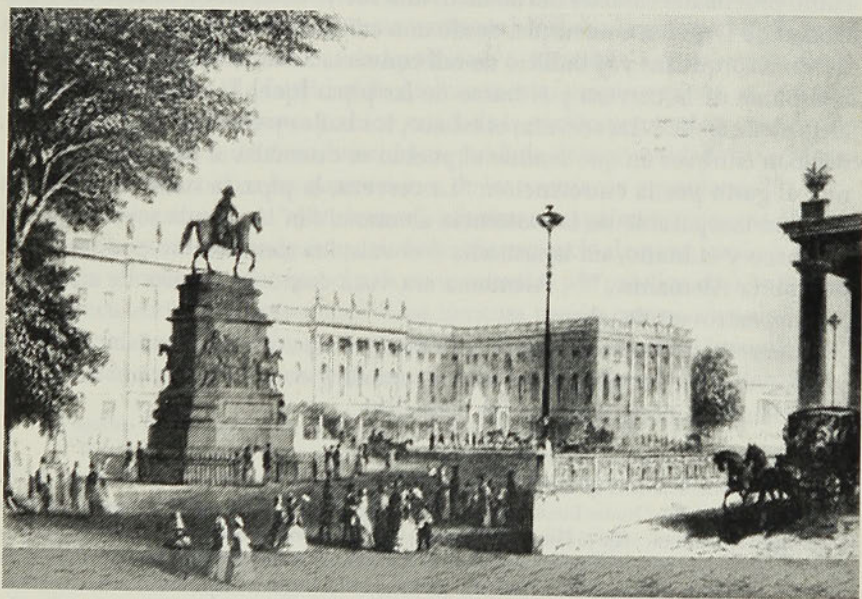
²⁷⁴ *Op. cit.*, p. 59. Esta noción del Rhin, como frontera, en ningún caso es nueva. Ya antes viajeros británicos y franceses habían destacado tal accidente geográfico como una división entre la cultura latina y la germana. De hecho, Benjamin Vicuña Mackenna cita a Victor Hugo para referirse a sus características.

taberna, al tabaco y a la cerveza? De alguna forma aquí se trataba de darle unidad a todo lo que veían disperso, múltiple y caótico. ¿Qué es, en definitiva, Alemania y cuál el carácter de su gente y su cultura?

Un elemento de su vida, que es destacado, es la afición a la cerveza. Muchos advertían la íntima vinculación de la cultura alemana con dicha bebida, como una suerte de componente de identidad. Algunos, como Benjamín Vicuña Mackenna o Pedro del Río, asociaban esta práctica a todos los reinos o estados alemanes; otros, como Isidoro Errázuriz, lo veían en Baviera, en especial en Munich.

La cerveza no era vista sólo como una bebida más. Según Isidoro Errázuriz, en Baviera es tanta su importancia que su alza o caída llega a producir más conmociones populares “...que las cuestiones de la política o las ideas socialistas”. De ahí que el tabernero sea el “hombre del pueblo” por esencia, el “tribuno de la oposición patriótica y local”²⁷⁵.

La cerveza, y la vida de las tabernas que ella suponía, resultaba una puerta de entrada para comprender a la sociedad alemana. Incluso, el hecho de que ciertos locales de expendio aún conservasen su estilo original permitía captar mejor “la tradición de la cerveza, las costumbres originales y siempre frescas de la existencia de la taberna”²⁷⁶. Un solo cambio, un tinte modernizador, hubiese hecho escapar un cuadro tradicional de la vida germana. Isidoro Errázuriz



Berlin. Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional de Chile.

²⁷⁵ Errázuriz, *Diario...*, *op. cit.*, p. 370.

²⁷⁶ *Ibid.*

se pregunta: ¿qué podría en Baviera estar más impregnado de un carácter histórico que una cervecería? Aquí no importaba su incomodidad o “el viejo muro con las grandes ventanas casi al nivel del suelo y las bajas salas góticas con sus espesas columnas, ennegrecidas por el humo y los siglos”, puesto que ahí y sólo ahí se podía “ver” la historia²⁷⁷.

El entrar a una taberna o una cervecería era algo así como un viaje al pasado, pues lograba que el viajero de pronto accediese a otro tiempo: “En medio del presente y la civilización de hoy, se siente uno arrancado de un golpe al pasado y a la civilización de una generación histórica”. Tal y como Benjamín Vicuña Mackenna había percibido al Rhin, como parte integrante de la vida alemana, Isidoro Errázuriz encontraba el espíritu de la vieja Alemania “conservado en las tradiciones y costumbres de la cerveza”. La taberna proyectaba, así como en un libro, la “vieja Alemania” —en el fondo, la Alemania medieval— presentando un cuadro “...sin sirvientes ni la menor idea de servicio”. La taberna ofrecía a los ojos del viajero un “pequeño mundo”, un “hormiguero”, donde el jornalero en mangas de camisa bebía al lado de literatos o artistas, el soldado junto al sacerdote, la mujer del pueblo en medio de las damas mejor vestidas²⁷⁸.

En Benjamín Vicuña Mackenna la afición a la cerveza en Alemania es vista unida a otras conductas sociales, elementos que en conjunto eran percibidos como prueba del carácter del alemán: una suerte de acceso a su esencia. En la ciudad de Dresden contempla, desde una cafetería, “...los ruidosos compases de varias orquestas y el bullicio de mil conversaciones alemanas envueltas en la espuma de la cerveza y el humo de las pipas [que] llenaban el aire de un alegre estruendo”. La cerveza, el tabaco, los bailes y el bullicio, en definitiva, dejaban entrever en qué sentido el pueblo se orientaba al placer, al hedonismo, al gusto por la entretención: “La cerveza, la pipa, la música; he aquí la trinidad inseparable de la existencia alemana! Sin la cebada y el oblon, sin el tabaco y el humo, sin la armonía y el vals, los alemanes no podrían vivir, no habría Alemania...”²⁷⁹. Alemania era vista como una suerte de carnaval: amena, extrovertida, alegre.

Interesante resulta advertir cómo esta percepción de hedonismo, bullicio y extroversión se articulaba de forma paralela y contradictoria con la idea de una Alemania intelectual, erudita e idealista.

²⁷⁷ Errázuriz, *Diario...*, *op. cit.*

²⁷⁸ *Op. cit.*, p. 371. Ottmar Ette ha afirmado que en gran medida el viaje de hispanoamericanos a Europa escenifica un viaje al futuro de sus países, en oposición al viaje de europeos a América, que vendría siendo un viaje hacia el pasado de la humanidad. Interesante resulta advertir cómo la travesía chilena en Alemania ejemplifica en qué sentido los viajeros hispanoamericanos también concibieron el viaje a Europa como un “viaje al pasado”. Véase Ette, “Los caminos...”, *op. cit.*, pp. 102-115. Por su parte, Frédéric Martínez, al referirse a los viajeros colombianos en Europa, afirma que contemplan allí “el espectáculo del futuro”. Véase Martínez, *El nacionalismo...*, *op. cit.*, p. 299.

²⁷⁹ Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, *op. cit.*, tomo II, pp. 201 y 206,

Isidoro Errázuriz percibía el carácter alemán como candoroso e idealista, filosófico y profundo. Ya antes del viaje a los reinos germanos había escuchado de ello a través de su abuelo chileno. Por 1853 le escribe desde Hamburgo:

“Con mucho placer me atrevo a confirmar las ideas de Ud. respecto de Alemania y del carácter alemán. El fondo de éste es una dulzura inalterable, que los extranjeros toman por imbecilidad, pero que sin embargo contribuye a hacer agradables las relaciones sociales. El alemán es, por otra parte, constante en el trabajo y tan profundo en el estudio que la filosofía nacional peca quizá de un idealismo exagerado y confuso”²⁸⁰.

Por un lado, el alma alemana era pura, generosa y candorosa, por otro, se orientaba al idealismo y a la erudición²⁸¹.

Esta noción, de una Alemania idealista y erudita, resultaba, a los ojos de los viajeros chilenos, una desventaja. De alguna manera, inhibía la conformación de una identidad nacional como su expresión en esferas políticas. Lo anterior disminuía el potencial del país y sus posibilidades de erguirse entre la potencias mundiales. Finalmente, el espíritu alemán, su filosofía, su inteligencia y su idealismo terminaban siendo una fatalidad. Algunos viajeros chilenos, como Benjamín Vicuña Mackenna, advirtieron en qué sentido esta situación acababa por obstaculizar la marcha del país. En un momento histórico en que era preciso, desde el punto de vista de las nuevas naciones hispanoamericanas, organizarse como república, como una entidad política, en Alemania aún se seguía discutiendo, filosofando: “La fatalidad de Alemania es su propio espíritu, su filosofía, su inteligencia, su idealismo; y ahí se está toda la nación pensando y meditando llena de sabiduría y de descubrimientos, poblada de universidades y sabios y arriada a chicotazos por las guarniciones de los austriacos y prusianos”²⁸².

Alemania permanecía “entre humos”, mientras otros países europeos se disputaban la supremacía y las conquistas coloniales. Su paciencia alemana, meticulosidad, erudición y lentitud hacían que el país no se orientase a la práctica, sino, más bien, a la especulación. Era vista como: “Una inmensa nación que no vive sino de la inteligencia” y que, sin embargo, seguía atada a sus academias, a sus “mandarines”, concentrada en el humo de su pipa, en sus soliloquios, encerrada en sí misma”²⁸³.

²⁸⁰ Isidoro Errázuriz, “Cartas de Errázuriz al abuelo chileno”, p. 55.

²⁸¹ “Mr. Delius me pareció un sujeto de cualidades apreciables. Su figura llena de expresión descubre el candor de una alma generosa, de una [sic] alma puramente alemana”, Errázuriz, *Diario...*, op. cit., p. 268.

²⁸² Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, op. cit., tomo II, p. 214. Otros viajeros sudamericanos en Alemania por el siglo XIX emitieron parecidos juicios. Véase al colombiano José María Samper, “Alemania del Rin”. pp. 52-53 y a los argentinos Vicente Lucio López, *Recuerdos de Viaje*, pp. 270-299 y Sarmiento, op. cit., pp. 278-279.

²⁸³ Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, op. cit., tomo II, p. 120. Isidoro Errázuriz destaca cómo en la propia Alemania era percibido el “exceso” de erudición de sus profesores universitarios, véase Errázuriz, *Diario...*, op. cit., pp. 379-364-365.

El propio Isidoro Errázuriz advierte, en su vida estudiantil, "...el principio de vaguedad, confusión y falta de grandes intereses que caracterizan los esfuerzos intelectuales y políticos de la Alemania"²⁸⁴.

Resulta interesante observar en qué sentido los chilenos, venidos de un espacio político inmerso en la construcción de un estado nacional, percibían muy bien cómo Alemania se ahogaba en aquello que la hacía sobresalir: su erudición, su espíritu reflexivo y su idealismo. Sin un sentido de unidad nacional, todo el intelectualismo resultaba inútil, ineficaz. Para los chilenos, la orientación teórica y erudita, al no anclar en un proyecto nacional, se perdía en la vaguedad y la confusión. Isidoro Errázuriz le comenta a su abuelo chileno, por 1853, en qué medida la universidad reflejaba la situación del país: "La universidad es como la nación: mucha vida, muchas fuerzas, sobre las cuales no reina una unidad, y que se agotan en pequeñas querellas. Mucha teoría, pero nada de práctica"²⁸⁵.

Para Benjamín Vicuña Mackenna, nada podía sintetizar y expresar mejor esta actitud que uno de sus más respetados escritores: Johann Wolfgang von Goethe. Por 1855, en Berlín, asiste al teatro para presenciar *Fausto*. Ya fuese por el idioma, que no entendía, ya por la situación misma de "sofocación, calor y apretura" que reinaba en el teatro, terminó irritado ante una trama "singular y caprichosa", una pieza teatral en donde los actores hablaban siempre en "soliloquio", ininteligibles, fantasmagóricos, un "cuadro vaporoso de magia y sortilegio"²⁸⁶.

Es posible afirmar que Alemania, para muchos de los viajeros chilenos y también latinoamericanos, se encontraba en medio de tal "cuadro vaporoso": complicada, desbordada por su intelectualismo. Benjamín Vicuña Mackenna descubre en Freiberg que ni siquiera los duelos –tan comunes en las universidades– se llevaban a cabo por pasiones o por sentimientos, como en cualquier otro lugar del mundo, sino por el debate de ideas, por la defensa de una u otra posición filosófica o religiosa: "Pero lo más singular [de estos duelos] es que se baten no por sentimientos sino por ideas, no por ofensas ni pasiones sino por el influjo del pensamiento, principalmente por creencias religiosas, filosóficas y aún literarias"²⁸⁷.

Finalmente, el hedonismo, su marcado intelectualismo y erudición eran vinculados por los viajeros con una suerte de inclinación materialista. La posición del país entre, por un lado, un polo festivo (las tabernas, la cerveza, los bailes) y, por otro, intelectual (la reflexión, la teorización profunda) alejaba a la sociedad de lo espiritual, las emociones y los sentimientos. Alemania se advertía impasible e indiferente.

²⁸⁴ Errázuriz, *Cartas...*, *op. cit.*, p. 57.

²⁸⁵ *Op. cit.*, p. 58.

²⁸⁶ Vicuña Mackenna, "Páginas de...", *op. cit.*, tomo III, p. 220.

²⁸⁷ *Op. cit.*, p. 206.

Para Benjamín Vicuña Mackenna son notorias las diferencias entre Europa del sur y del norte: entre frialdad de un sector y la calidez del otro, entre el espíritu y la materia. Las ciudades del norte de Alemania le confirmaban hasta qué punto se encontraba en otro espacio cultural, donde primaban otros valores, otros objetivos²⁸⁸. Aquí, el viajero chileno se encuentra con un tipo de civilización lejano al modelo conocido: latino, sureuropeo, católico:

“Viniendo del mediodía de Europa a estos climas del norte, en medio de los pueblos nacidos ayer, se ve con extrañeza el carácter que anima a nuestra época (...). Las grandes basílicas del Cristianismo; los monumentos levantados por el pueblo para el pueblo mismo (...) *todo, en fin, lo que es puramente moral (...) comienza a desvanecerse a medida que nos acercamos a estas razas materialistas del Norte*, civilizadas bajo ciertos aspectos, que son, sin embargo, los legítimos representantes de la civilización moderna tal cual es entendida”²⁸⁹.

Todo lo que era puramente moral se desvanecía una vez que se avanzaba desde el sur hacia el norte. Alemania le hablaba al viajero de ciudades diferentes, nuevas –pueblos nacidos ayer–, que antes de orientarse a la cultura y al espíritu se caracterizaban por su frialdad, monotonía y hasta aburrimiento. Ciudades importantes por él recorridas le corroboraban tal división norte-sur: de esta forma, Berlín, era “...más bien un campamento [militar] que una población”, un “hermoso cuartel”. La ciudad hanseática de Hamburgo, una “...ciudad puramente mercantil, de almacenes y diques, [que] no nos ofrecía el menor interés”, una ciudad “...bastante hermosa aunque monótona y triste”²⁹⁰.

La percepción de Alemania, como una cultura orientada a la satisfacción de sus ansias materialistas, se vinculaba, en el caso de Benjamín Vicuña Mackenna, con la crítica que se hacía a la posición social que allí ocupaba la mujer. El hecho de que trabajase fuera de casa, reafirmaba la obsesión de los alemanes por acumular dinero, a costa de sacrificar su papel como dueña de casa y responsable de la crianza de sus hijos²⁹¹.

²⁸⁸ Esta sensación de encontrarse en otro espacio –“al otro lado del Rhin”– tendrá como consecuencia una toma de posición, así como una autoidentificación ante lo que se percibía lejano y ajeno. Hecho que es analizado en el acápite final de este capítulo: “La noción chilena representada desde Alemania”.

²⁸⁹ Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, *op. cit.*, tomo II, p. 214. El destacado es nuestro.

²⁹⁰ *Op. cit.*, tomo II, p. 229. El sentimiento de fastidio en Benjamín Vicuña Mackenna queda claro en la siguiente cita: “Pero en Hamburgo o en Altona, (...) estábamos siempre aburridos y media hora después de haber llegado ya estábamos impacientes por irnos”. *Ibid.*

²⁹¹ *Op. cit.*, tomo I, p. 213. No todos los viajeros critican la situación laboral de la mujer. Así, por ejemplo, Vicente Pérez Rosales se limita a describir los jardines infantiles en Hamburgo, creados para servir al niño de segunda madre “...cuando la legítima tiene que dejarle solo en las horas que dedica al trabajo fuera de casa...”. Véase Pérez Rosales, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 558.

Tal inclinación materialista se manifestaba, a su vez, en el ámbito artístico. Una cierta “permisividad” a partir de la cual la sociedad tomaba la sexualidad y la desnudez humana en el arte, en especial la femenina, denotaba hasta qué punto se encontraban muy lejos de la espiritualidad, que caracterizaba a otras culturas europeas. Benjamín Vicuña Mackenna, comentando su visita al Museo de Pinturas de Berlín, se asombra ante la exposición de cuadros “...cuyas actitudes y lasciva desnudez sólo en estos climas de nieve puede aparecer tolerable”. Más adelante, comenta un tipo de escultura que se encontraba adornando un puente en Berlín: “Esta misma peculiaridad del carácter y del temperamento [alemán] ha hecho que las figuras desnudas que adornan el puente sobre el Spree (...) ostenten sobre la cabeza las formas más materialistas y abultadas”²⁹².

Aquí no se trataba tan sólo de un comentario o la defensa de una posición estética o estilística: tal caracterización del arte alemán expresaba en qué sentido se asociaba con la peculiaridad del carácter y del temperamento alemán. Detrás de estos juicios es posible advertir toda una división nort-sur, puesto que sólo en climas de nieve el arte podía adquirir proporciones grotescas, denigrantes, al ser espacios alejados del espiritualismo sureuropeo. Tal y como se verá más adelante en este capítulo, muchos chilenos asociarán dicha peculiaridad del carácter y temperamento con otros elementos como la religión protestante, a partir de lo cual iban construyendo toda una categoría y una imagen del pueblo alemán.

De una u otra forma –fuese en el arte o en el mercado laboral, en el tipo de ciudades y costumbres– las ciudades alemanas eran vistas como materialistas, mercantiles, hedonistas. Ahora bien, lo interesante es que, a pesar de los aspectos negativos a partir de los cuales fueron descritas, eran percibidas como representantes de la “civilización moderna”. Según muchos viajeros, el carácter de la vida urbana alemana –noreuropeo, orientado al dinero, monótono– había impregnado el modo de vivir de muchos lugares, incluso, de aquellos alejados de tales tradiciones.

La descripción de Alemania adquiría un sentido, obligaba a adoptar una manera de posicionarse frente al mundo europeo. Sólo conociéndolo era posible enfrentar el riesgo de que un país como Chile, totalmente ajeno a las costumbres de los países de nieve, adoptase su cultura, valorándola como una suerte de modelo a seguir. De ahí que los viajeros percibiesen la importancia de recorrer las ciudades alemanas: conocer a su gente, describir sus tradiciones, advertir sus problemas. Además, que la Europa no sajona ni germana “en la otra orilla del Rhin” resultase esencial para medir, valorar y analizar. Las menciones, durante la travesía alemana, de París, Roma o Florencia serán recurrentes: ya para evaluar la riqueza de unos edificios u obras artísticas, ya la belleza de unos jardines o palacios, ya unas costumbres sociales. La “Europa latina” representó un papel de mediador o “filtro geocultural” en el *tour* alemán, a partir del cual

²⁹² Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, *op. cit.*, tomo II, p. 218.

se contemplaba, criticaba o admiraba. El viajero chileno adoptó una posición que lo llevaba inevitablemente al otro lado de Europa.

Interesante resulta visualizar cómo la cercanía y el énfasis puesto sobre una porción de Europa afectó la representación de lo propio. De esta forma, el sentirse parte del mundo latino llevó a los viajeros chilenos a enfrentar la cuestión de la inferioridad americana, generando estrategias de superación periférica. Ante lo germano, el asunto de la marginalidad adquiría otros ribetes. En lo que sigue se busca definir cómo fue interpretado el argumento de la subordinación del Nuevo Mundo desde el otro lado del Rhin.

LA CUESTIÓN DE LA INFERIORIDAD AMERICANA DESDE ALEMANIA

Curiosamente, en un primer momento a los viajeros chilenos les ocurría algo semejante que a los viajeros europeos en América. Tal y como estos últimos, de una u otra manera, los chilenos debieron enfrentar la tesis de una América inferior y débil, en relación con una Europa madura y fuerte. Evidentemente, no todos los viajeros buscaban refutar o reforzar tales teorías, sin embargo, conformaban una suerte de "lectura" previa que les permitía jerarquizar y explicar las diferencias entre el Nuevo y el Viejo Mundo. En Alemania, la por Antonello Gerbi, llamada *Disputa del Nuevo Mundo* obligó a los chilenos a ocuparse de la "sombra" de las ideas de Georg-Louis Buffon y Corneille de Pauw, así como de los lugares comunes bajo los cuales se identificaba a Sudamérica y a Chile²⁹³.

Muchas veces tales preconceptos no pasaban de ser algo anecdótico, que denotaba la ignorancia que en Alemania existía respecto de Chile. En otras ocasiones, los prejuicios llegaron a ser un obstáculo y hasta un problema para la consecución de alguna tarea o el objetivo del viaje mismo²⁹⁴.

En 1855 el gobierno chileno designó a Vicente Pérez Rosales como cónsul en Hamburgo, con la finalidad de que reclutara nuevos contingentes de inmigrantes europeos. En su calidad de agente para la inmigración, debió abordar la cuestión de la decadencia, peligrosidad o degeneración del continente americano y no sólo como una cuestión anecdótica o de simples lugares comunes. En un período donde millares de europeos se embarcaban para el

²⁹³ Véase Gerbi, *La disputa...*, op. cit. y *La naturaleza de las Indias Nuevas*. La experiencia del destierro de los jesuitas chilenos durante el siglo XVIII en Europa como, por ejemplo, Juan Ignacio Molina y Miguel Lacunza, los enfrentó a este mismo problema. Sobre el particular véase Miguel Rojas Mix, *El fin del milenio y el sentido de la historia*. Manuel Lacunza y Juan Ignacio Molina.

²⁹⁴ Isidoro Errázuriz comenta en más de una ocasión esta situación. Así relata un comentario de un compañero en la Universidad de Göttingen, en el momento en que es presentado ante la comunidad: "Olvidaba ponerte al corriente de la gran novedad del día. Tenemos un nuevo zorro, un extranjero. ¿De qué parte de Europa o del mundo, te figuras? español, americano, indio, antropófago, no sé qué". Véase Errázuriz, *Diario...*, op. cit., p. 386.

Nuevo Mundo y Australia, ciudades como Hamburgo o Bremen eran el sitio de residencia de agentes de colonización de diferentes países interesados en atraer poblaciones. Una vez establecido en la ciudad hanseática de Hamburgo debe enfrentar la competencia y la hostilidad de estos agentes. Según su apreciación, con sólo llegar a sus oídos el proyecto de una nueva colonia que "...puede disputarles el monopolio de la consignación de hombres, no sólo se añan para resistirlo, sino que lo combaten con las armas más vedadas". Entre estas "armas vedadas" estaba, sin duda, el recurso respecto de lo que sobre América del Sur se sostenía. Desde su óptica, se trataba de toda una campaña en los periódicos destinada a alejar a posibles emigrantes a Chile. Aquí, sin mediar una disputa académica o filosófica, se reinstalaba lo defendido siglos antes por De Pauw, Hegel o Buffon, en relación con el atraso americano o su menor valor respecto al Viejo Mundo²⁹⁵.

"El estado semibárbaro de las regiones del Pacífico; la raza latina degradada y marchando hacia su extinción; su intolerancia religiosa; sus sangrientas y diarias revoluciones políticas; el clima mortífero del istmo de Panamá, calidad que hacen extensiva hasta el del mismo Cabo de Hornos; las invasiones de indios antropófagos; las sierpes y demás reptiles venenosos, todo lo ponen en juego para explotar, en beneficio suyo, la sencilla credulidad de aquellos que desean emigrar, ya el terror de las madres que los ven partir"²⁹⁶.

Los argumentos esgrimidos no resultan novedosos y refuerzan el manejo de nociones que vinculaban la geografía americana con sus poblaciones. En este sentido, más que lo puesto en juego para desprestigiar a Chile, resulta muy interesante la estrategia que usó Vicente Pérez Rosales para combatir tales tesis. Lo anterior, permite acercarnos a las prácticas de exclusión y marginalización a la que los viajeros se veían sometidos. Junto con ello, es posible atisbar las formas mediante las cuales los chilenos abordaban, desde Alemania, la cuestión de la inferioridad americana.

Sólo en Hamburgo, sin más antecedentes favorables que su título de Cónsul General, sin conocimientos suficientes del idioma como para poder defenderse ni facultad para subvencionar periódicos que pudiesen abogar por el país, recurre a las armas de la diplomacia. Percibe que la esfera de la legalidad otorgaba un estatus diferente a partir del cual podía dar otra imagen del país. Sólo el recurso al reconocimiento diplomático le permitía instalar a Chile como una república que actuaba entre sus pares, alejando aquellos preconceptos y lugares comunes que tanto hacían peligrar su misión en Alemania. De ahí que

²⁹⁵ Pérez Rosales, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 562.

²⁹⁶ *Ibid.*

consiga del gobierno chileno que, a su título en Hamburgo, le agregasen los de igual clase en Prusia, Dinamarca y Hannover.²⁹⁷

Una vez ampliado su radio de acción diplomático, entró al terreno de la ciencia, reproduciendo en alguna forma el *gesto humboldtiano* de enfrentar los prejuicios sobre América con hechos científicos. Con tal fin, decide obsequiar a diferentes sociedades científicas objetos de historia natural –mineralógicas, animales– que había llevado desde Chile. Ello denotaba el interés por dar a conocer “otro Chile”: sus riquezas naturales, las bondades de su clima, sus enormes potencialidades. Todos estos elementos se acompañaban por unas “memorias” tipo informes realizados por científicos europeos en Chile, que avalaban las muestras entregadas.

Otro recurso utilizado fue el relacionarse con personalidades, “hombres respetados o notabilidades científicas de la culta Europa septentrional”, muchos de los cuales, así mismo, habían estado en Chile y escrito relatos de viaje sobre el país como Eduard Poeppig y Ernest von Bibra. A través de ellos accedió a sociedades científicas en Alemania, pero también en Dinamarca, lo que de alguna forma visualizaba como un apoyo moral para la promoción de la inmigración europea a Chile.

El fruto de todo este esfuerzo fue un interés público sobre Chile. De modo que poco a poco comenzaba a recibir cartas consultándole, pidiendo datos e informaciones sobre el país. Debido a ello, se ve en la obligación de escribir un ensayo en lengua francesa titulado *Essai sur le Chili*, como una forma de responder a tales interrogantes.

Finalmente, aborda directamente muchas de las objeciones y lugares comunes en contra de Chile aparecidos en la prensa alemana, publicando en la *Gaceta de Augsburgo* una respuesta a los artículos e informaciones que difamaban a las colonias extranjeras en Chile, como al país en general.²⁹⁸

Todo este conjunto de estrategias, a fin de enfrentar los prejuicios y pre-conceptos sobre Chile y Sudamérica, dejaba en claro un par de elementos.

En primer lugar, la importancia de utilizar aquellas vías que en Europa se valoraban, como la diplomacia y la ciencia. Sólo en el terreno de lo legítimo se podía intentar un reconocimiento y una suerte de equiparación –aunque sólo fuese aparente– con el resto de las naciones “civilizadas” del mundo. Lo anterior evidencia en qué sentido los chilenos en Alemania en ningún caso fueron meros actores pasivos o sujetos receptores que tomasen sin más lo que Europa dictaba o afirmaba; muy por el contrario, tal y como Vicente Pérez

²⁹⁷ El recurso al reconocimiento diplomático fue una estrategia usada con frecuencia por las nuevas repúblicas americanas y no solamente con el fin de lograr vínculos comerciales u otros. De alguna forma, el desarrollo de una actividad diplomática era visto como una puerta de entrada a las naciones del mundo.

²⁹⁸ Para el caso colombiano Frédéric Martínez se refiere a toda una empresa de difusión nacional en Europa, basada sobre parecidos elementos: muestras científicas, diplomacia, publicaciones. Véase Martínez, *El nacionalismo...*, *op. cit.*, pp. 256-280.

Rosales lo prueba, muchos de ellos abordaban las dificultades con las armas del propio discurso europeo. De ahí que enfrentasen las polémicas, buscasen el apoyo de nombres ilustres, trataran de entender las reglas del juego.

En segundo lugar, lo argumentado en contra de Chile confirmaba que, a pesar de los esfuerzos que había hecho el país con posterioridad a la emancipación de España y contra todo lo que los propios chilenos pudiesen creer, Chile era totalmente desconocido en Europa²⁹⁹.

Lo anterior tenía un profundo significado para la imagen que se hacían los chilenos de sí mismos, puesto que de alguna manera ponía en evidencia la distancia que separaba al país del mundo “civilizado”, así como respecto del papel que Chile como nación podía llegar a desempeñar. ¿Deberá conformarse con un papel secundario, marginal o, por el contrario, debería intentar darse a conocer en Europa, conseguir el reconocimiento mundial?

Interesante resulta analizar, junto con la estrategia utilizada por muchos viajeros chilenos en Alemania con la finalidad de enfrentar el discurso que degradaba a América y a los americanos, el argumento esgrimido con el objetivo de situar al Chile verdadero, por sobre la ignorancia y los prejuicios. Vicente Pérez Rosales, haciéndose eco de las injurias que contra Chile proclamaba la prensa germana, escribe:

“Si se siguiese, como hasta ahora, criticando a toche y a moche las altas miras de mi gobierno, de poblar *los ferocísimos y conocidos campos que engalana con su lujosa vegetación la parte austral de la virgen América*, hubiera, como lo he hecho hasta hoy, enmudecido, porque sólo a los ciegos se les puede ocultar la luz del sol; máxime cuando corren impresos los escritos de los más acreditados viajeros del mundo, los cuales, ponderando la bondad y las riquezas que distinguen a esas regiones, les dan la merecida importancia que sólo la ignorancia o la falsía pueden atreverse a disputarle...”³⁰⁰.

Como en un intercambio transatlántico de ideas, aquí se reinstalaban algunas de las nociones ya antes formuladas por otros sobre América. Tal y como en el capítulo primero se ha destacado en Alexander von Humboldt, Vicente Pérez Rosales trae a colación la noción de América –y, por ende, Chile, como parte austral de ella– como espacio “virgen”, “ferocísimo”, “rico”, pleno de “lujosa” vegetación. De hecho, la empresa misma de colonizar al país, partía del supuesto de que gran parte del territorio estaba despoblado. Para el propio

²⁹⁹ No sin cierta ironía lo comenta: “En manera alguna debe extrañarse tan minucioso interrogatorio [de los interesados en emigrar a Chile], porque es menester repetir hasta el cansancio que nuestro Chile, salvo aquellas casas de comercio que negocian con él y las cancillerías de las potencias marítimas que suelen someterlo al pago de indemnizaciones, es tan conocido de los europeos como lo son de nosotros los compartimientos de la luna”. Pérez Rosales, *Recuerdos...*, op. cit., p. 565.

³⁰⁰ Op. cit., p. 568. Sobre las bondades de Chile véase Vicente Pérez Rosales, *Memoria sobre emigración, inmigración i colonización*, en especial pp. 38-39. El destacado es nuestro.

Vicente Pérez Rosales, Chile era un “lejano desierto”, “falto de brazos”: un enorme espacio abandonado de la obra civilizatoria, que unos emigrantes –en especial de las “razas del norte”– podían transformar³⁰¹.

Isidoro Errázuriz, enfrentado ante la definición de Chile y de América, recurre a similares nociones: “Anoche mismo leía en el Museo los viajes de Gerstäcker en la América del Sud y sentía un deseo inmenso de volar hacia *esos mundos virginales, en donde todo está aún en germen y todo es sublime y gigantesco*”³⁰².

Interesante resulta, en estas definiciones, el recurso a los viajeros europeos y hombres notables del Viejo Mundo. Vicente Pérez Rosales trae a colación a los más acreditados viajeros del mundo, como una forma de legitimar la imagen de Chile que él defiende. De modo que el Nuevo Mundo reaparecía en los viajeros chilenos desde la concepción americana de los viajeros europeos: América concebida como un mundo natural, un espacio en germen, sublime, gigantesco, no reclamado y atemporal, habitado por plantas y criaturas. La noción humboldtiana de la *disponibilité* americana, como un juego de idas y venidas, emergía y se reproducía al momento de definir al Nuevo Mundo en Europa³⁰³.

La experiencia de los chilenos en Alemania no sólo demostraba en qué medida se hacían parte del discurso humboldtiano de América. No sólo lo afirmado por Alexander von Humboldt fue seguido por ellos, la figura misma del naturalista berlinés también ejerció una fuerte atracción. De ahí el interés demostrado, como en el propio Vicente Pérez Rosales o Benjamín Vicuña Mackenna, a fin de conocer personalmente en Berlín al naturalista prusiano. De hecho, Benjamín Vicuña Mackenna no deja de alabar a quien hizo conocer a América “...en toda su magnificencia, sus recursos y su porvenir...”, al genio que “nos exhibió a la Europa como un niño bellísimo, de magníficas esperanzas, que sólo necesitaba ser estudiado para ser conocido y ser conocido para ser apreciado”³⁰⁴.

De modo que a partir de Alexander von Humboldt, el viajero podía insertarse en Europa desde un espacio de legitimación. Su figura, de esta forma, no sólo conformaba una “lectura” sobre América y sus riquezas sino, además, y, al mismo tiempo, entregaba la confianza necesaria como para posesionar-

³⁰¹ Pérez Rosales, *Recuerdos...*, *op. cit.*, pp. 571 y 561. Respecto a la elección de los emigrantes, se privilegiaba el norte de Europa. De alguna forma, como otros viajeros lo habían advertido, se creía que era la región llamada a impulsar la industria y el comercio. Vicente Pérez Rosales afirma: “En cuanto a la nacionalidad que deba elegirse para poblar con sus hijos lejanos desiertos, entre la raza sajona y la latina, o más bien dicho, entre el hombre del norte y el del sur de la Europa, debe elegirse por regla general el del norte”, *op. cit.*, p. 571.

³⁰² Errázuriz, *Diarios...*, *op. cit.*, p. 386. El destacado es nuestro.

³⁰³ En relación con otros intelectuales hispanoamericanos que manifestaron similares posiciones, algunos estudiosos han señalado que aquí se instalaba una “danza de espejos”, a partir de la cual se iban reflejando los viajeros europeos y criollos hispanoamericanos a ambos lados del Atlántico. Véase Pratt, *op. cit.*, en especial pp. 195-197.

³⁰⁴ Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, *op. cit.*, tomo II, p. 224.

se en el Viejo Mundo. Desde ahí, los chilenos no se referirán al continente americano, sin más –desde sus percepciones, impresiones personales–, sino, más bien, desde “la América de Humboldt”, mediante la autoridad que su nombre otorgaba.

Esta toma de posición en tanto americano, el enfrentamiento con los lugares comunes publicados en Alemania sobre Chile, otorgaba nuevas perspectivas de representación nacional. Aquí afloraba la adscripción de Chile al curso de la historia del mundo latino. De esta manera, Vicente Pérez Rosales podía abordar las objeciones que los enemigos de la emigración europea a Chile ponían en la prensa germana:

“Curioso sería averiguar el fin que persigue el articulista cuando, al comparar con la sajona la raza romana, parece lamentar que la primera vaya a degradarse en Chile con la mezcla de la segunda, que ni siquiera conserva, según él, su pureza primitiva, pues tercia en ella la de los indígenas imbéciles y esclavos. ¿En qué consistirá para el sabio frenólogo, que gasta tanto tiempo y papel en escribir contra un país que no conoce, la primacía de la raza sajona sobre la romana? ¿Será acaso porque ésta, que ha sido por su saber y por sus armas dominadora absoluta del mundo, no cuenta entre sus hijos a Cicerones, a Tácitos, a Horacios a Virgilio, a Tasos, a Dantes, a Rafaelles, a Angeles y a Murillos, y a mil otras lumbreras del saber humano?”³⁰⁵.

En primer lugar, deja sentado que son los propios alemanes quienes ponen la cuestión de la adscripción de Chile al mundo latino. De alguna forma, aquí se dividía al mundo en dos culturas, que se verían enfrentadas y hasta mezcladas en América, con consecuencias desfavorables para la “raza sajona”. ¿De dónde viene la idea de que la “raza romana” se encuentra por debajo de la “sajona”?, ¿no es justamente el mundo romano al lugar donde acuden los nobles alemanes a fin de “...beber en tan puras fuentes las nociones más elementales de las artes y el buen gusto?”³⁰⁶. El *Bildungsreise*, o viaje de formación, no hubiese sido posible si no es porque en Europa del Norte el arte y el *buen gusto* han sido elementos más bien extraños. Aquí se da vuelta el discurso “sajón”, contraargumentando con nombres célebres latinos –Cicerón, Tácito, Horacio– la ignorancia y la soberbia germana.

Junto con lo anterior, se enfrentó a otro argumento que ponía en duda la nobleza del pueblo chileno: según los detractores germanos, el origen del pueblo chileno sería la mezcla de la “raza romana” con unos indígenas “imbéciles y esclavos”. Ya se ha establecido cómo la “raza romana”, antes que ser un motivo de vergüenza, más bien, es un punto a favor de Chile. Justamente

³⁰⁵ Pérez Rosales, *Recuerdos...*, op. cit., p. 568.

³⁰⁶ *Ibid.*

fue esa misma “raza” la que “...después de pasear por la Europa sus victoriosos tercios emprendió la conquista de América”³⁰⁷.

Aquí se incluía al mundo ibérico como heredero del mundo romano, elemento que, como se ha visto, se contraponía a la cultura sajona. Ahora bien, en esto último persiste una complicación: ¿qué decir de los indios chilenos? Vicente Pérez Rosales no niega la mezcla de culturas y “razas”, sin embargo, traslada el discurso sobre el indígena, pone en otro lugar al tipo de indio con el cual el “romano” se habría unido:

“...la raza con la que se ha mezclado en Chile [la ‘raza romana’] es aquélla de los libres araucanos, única que en los anales de la historia humana ha dado en defensa de su patria el ejemplo de una lucha de 300 años contra los más afamados soldados del mundo (...). Si esta mezcla de tan pura y generosa sangre debe la población de Chile su existencia, ¿por qué no podría ella sostener comparaciones con las más calificadas de la tierra?”³⁰⁸.

De modo que el viajero, antes que avergonzarse o negar la mezcla “romana-araucana”, se enorgullece de pertenecer a un pueblo “libre”, “valiente”, que bien podría estar a la altura de cualquier otro. La “raza araucana” había dejado impresa su huella en los anales de la historia, como un pueblo que había dado una lucha de más de trescientos años contra los más afamados soldados del mundo. Aquí los llamados “araucanos” son puestos claramente en un espacio de idealización y mitología.

Esta estilización e idealización del mundo araucano muchas veces se expresó en una transposición de ciertas características que, por ampliación, se adjudicaban al carácter del chileno en general. Benjamín Vicuña Mackenna, no sin un dejo de orgullo, comenta cómo los estudiantes chilenos en Freiberg “...les habían metido todo su resuello araucano a los teutones de su Universidad...”, de ahí que los últimos respetasen y estimasen a los primeros, puesto que sabían que un chileno conocía “...casi por instinto el arte de dar un moquete mejor que todos los pugilistas de Europa”³⁰⁹.

Algunos de estos elementos adjudicados al indio chileno se verán reflejados en la noción de “huaso”, un personaje rural que muchos viajeros equipararán al llanero venezolano, al gaucho argentino o al *cowboy* estadounidense. El huaso de alguna forma poseía ciertos elementos como la valentía y el heroísmo

³⁰⁷ Pérez Rosales, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 569.

³⁰⁸ *Op. cit.*, p. 569.

³⁰⁹ Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, *op. cit.*, tomo II, p. 207. Interesante resulta cómo aquí el viajero equiparaba a los araucanos chilenos con los teutones alemanes, haciendo de ambos las fuentes del ser nacional. Por otro lado, es destacable cómo esta idealización de los indios chilenos no significó una actitud positiva ante los indios “reales”. El mismo Benjamín Vicuña Mackenna, posteriormente, en su calidad de parlamentario, incentivó proyectos de ley en contra de los indígenas, a quienes no pocas veces calificó de “bárbaros” e “incivilizados”.

araucano, pero también la picardía y la astucia criolla. En no pocos viajeros esta figura llegará a ser, un punto que anudaba la perspectiva a partir de la cual se redactaban los viajes. Como en Pedro del Río, sus "...impresiones, datos y noticias recojidas en diversos climas..." se ordenaban bajo la "...buena fe i la curiosidad propia de un huaso chileno..."³¹⁰.

Un aspecto que resulta importante de analizar es el interés de muchos viajeros por situar "lo chileno" dentro de los espacios germanos recorridos, aun, cuando Chile estuviese a miles de kilómetros de distancia o se enmarcase como algo "exótico" a los ojos de los alemanes. ¿Es posible encontrar Chile y lo chileno en Alemania? En el siguiente acápite se analiza en qué medida los viajeros chilenos "descubrieron" Chile en su travesía por los reinos germanos.

LA NACIÓN CHILENA REPRESENTADA DESDE ALEMANIA

Se ha establecido una diferenciación entre dos ámbitos a partir de la cual se definió la identidad chilena. Jorge Larraín, apelando a Anthony Giddens, advierte la existencia de una conciencia discursiva, utilizada por los intelectuales al hacer discursos rigurosos y coherentes sobre la realidad, y la conciencia práctica, que tiene que ver con lo que la gente común sabe y hace sobre esa misma realidad, pero que no puede formular en un discurso riguroso. Unos construyen la identidad, otros simplemente la viven. Lo primero vendría a representar las versiones públicas de la identidad nacional y lo segundo las prácticas de la vida diaria de las personas. Frente a tal escisión, destaca el sentido interactivo de ambas esferas, entroncando con las consideraciones sobre la nación en el siglo XIX ya descritas³¹¹:

"...los intelectuales seleccionan rasgos de los modos de vida de la gente que les parecen importantes y representativos. Por otro lado, esas mismas narrativas influyen en las personas a través de los medios de comunicación, del sistema educativo, de los libros (...) y buscan reafirmar un sentido particular de identidad. Es como si los intelectuales estuvieran diciéndole a la gente 'reconózcase en esto que digo; he seleccionado de la vida misma de los chilenos algunos rasgos identitarios que son importantes y que usted mismo practica. Créame, esto es lo que es usted, eso es lo que es nuestra nación'. Y esto se enseña y se aprende, de partida en los colegios"³¹².

En un sentido, y a pesar de que se distinga entre una identidad nacional emergiendo desde políticas públicas o discursos intelectuales y otra que nace a

³¹⁰ Del Río, *Viaje...*, *op. cit.*, p. 20.

³¹¹ Véase comienzos de este capítulo e introducción.

³¹² Jorge Larraín, "Etapas y discursos de la identidad chilena", p. 68. Del mismo autor, *Identidad chilena*, en especial capítulo 7.

partir de una *conciencia práctica*, se privilegia la idea de nación estructurada desde tres ámbitos preestablecidos: un ente constructor, un grupo cuya voluntad se pone al servicio de una causa nacional y una masa receptora. La identidad nacional en este sentido, al igual que lo destacado al inicio de este capítulo, se visualiza como un proceso consciente, deliberado y premeditado de la clase dirigente, expresado desde un Estado-nación y llevado a cabo concretamente a través de su accionar público.

No sólo resulta ser un fenómeno intencional y racional, construido bajo la lógica de la necesidad de poseer una identidad que aglutine a todos los ciudadanos del país sino que, también, se conforma a partir de las propias fronteras nacionales. A pesar de que destaque que la construcción del sí mismo necesariamente supone la existencia de “otros”, sigue estando atado a una visión endógena de la construcción identitaria. Aunque afirme que la identidad nacional se ha ido modificando y transformando en la historia a partir de unos “otros” significativos (España, Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos), inevitablemente la remite a un orden interno. De ahí que defina los rasgos de la identidad chilena vinculados a una suerte de catálogo del ser nacional (clientelismo, tradicionalismo, autoritarismo, etc.), más que una emergencia de lo propio entre lo ajeno³¹³.

Ahora bien: ¿qué emerge cuando se analiza la formación de una identidad desde la alteridad?, ¿surgen desde dicho espacio nuevos elementos de definición nacional, junto al catálogo antes descrito?, ¿qué supone el definirse desde los otros, en medio de los otros, a partir de los otros?

Por un lado, el desplazamiento a tierras lejanas supone un proceso de traducción cultural de la diferencia: lo que aparece como distante y extraño es definido, apartado y, al mismo tiempo, integrado, a partir de fronteras que van trazando límites entre un “nosotros” y un “ellos”. En este sentido, tal y como lo afirma Stuart Hall, el estudio de los viajes permite advertir cómo la identidad y sus representaciones se van conformando desde un posicionamiento, más que desde un conjunto de elementos predeterminados o catálogos estáticos de rasgos estables. Uno comienza a ser uno cuando viaja y se enfrenta con lo extraño³¹⁴.

En otro aspecto, la definición nacional a partir de la alteridad deja en evidencia en qué medida la identidad no sólo se construye sino que, además, se porta, se traslada: en definitiva se representa. Así se entiende en qué sentido los viajeros chilenos durante el siglo XIX en Alemania, como en otros lugares, no solamente se vincularon con lo propio desde la lejanía, la nostalgia o la idealización del hogar, además representaron lo nacional. ¿Qué implicancias se advierten de lo anterior?

Paul Ricoeur, atendiendo a la ambigüedad etimológica del término, visualiza la operación de representar a partir del doble significado de la palabra. En un

³¹³ Larraín, *Identidad...*, *op. cit.*, pp. 28 y 215-255.

³¹⁴ Stuart Hall, “Cultural Identity and Diaspora”, pp. 392-403.

sentido, la raíz griega *eikôn* se relaciona con las imágenes que los sujetos se forman de lo propio y se opone a las imágenes que se poseen de los demás. Desde otro aspecto, el vocablo supone un conjunto de elementos o características que los sujetos creen o buscan representar en tanto grupo –nación, clase, etnia, etc.–³¹⁵. De modo que, desde esta perspectiva, es posible afirmar que los viajeros chilenos en Alemania construían unas imágenes de la otredad –lo alemán, lo judío, lo americano–, al mismo tiempo que se articulaban como portadores, representando a la cultura chilena –latina, del sur del mundo, afectiva, etc.– en medio de las tierras germanas.

La representación de la nación desde tierras germanas estuvo basada en la posición que los viajeros chilenos iban asumiendo a medida que su travesía transcurría. Lo anterior significa en qué medida es posible advertir todo un espectro de personalidades, caracteres e inclinaciones que los hacían muchas veces adoptar actitudes disímiles ante situaciones similares: lo que para unos era motivo de enojo, para otros sólo anecdótico. Incluso, se puede afirmar que, en gran medida, la posición adoptada por los chilenos en Alemania no sólo reprodujo sus inclinaciones ideológicas sino que se vio fuertemente influenciada por sus experiencias anteriores en otros países europeos, sus preconceptos, así como sus particulares percepciones. La distancia de Chile era el factor común, sin embargo, no puede explicar cabalmente las diferentes formas de representación nacional adoptadas, aun cuando los viajeros fuesen del mismo partido político, ideología o posición social.

Las diferentes experiencias de viaje y las disímiles prácticas de alteridad, a partir de las cuales emergía la identidad nacional chilena en los viajeros estudiados, trajo aparejadas dos esferas de representación de la nación que, lejos de ser contrapuestas, se complementaron. En un sentido, se activaba al momento en que los viajeros enfatizaban elementos comunes: formas de representar lo propio entre lo ajeno, o respecto de la posición ante pueblos no alemanes afincados en tierras teutonas. En otro aspecto, representaban lo nacional desde sus posiciones particulares, evocando heterogéneas formas de identidad. Estas maneras de representación –entre lo colectivo y lo singular– conforman el punto central sobre el que girará el texto de aquí hasta el final del capítulo.

Lo propio entre lo ajeno: Chile en Alemania

Un elemento que ya se ha destacado en la travesía europea de los chilenos fue el interés que demostraron por recorrer hitos de la alta cultura del Viejo Mundo. Ello se entiende en el contexto de un *grand tour* o viaje cultural por Europa.

³¹⁵ Paul Ricoeur, *Geschichtsschreibung und Repräsentation der Vergangenheit*, pp. 8-12.

Los que han estudiado el *tour* de chilenos a Europa, han destacado el aspecto admirativo o de prestigio social que para la elite chilena supuso dicho periplo. Francisco Javier González se refiere al afán imitativo de los chilenos en París, en el entendido que, por su posición social y riqueza, buscaban copiar el estilo de vida de la clase alta francesa: desde la sociabilidad, pasando por las modas y la adquisición de ropas y artículos para el hogar³¹⁶. Manuel Vicuña hace alusión al retrato que se hacía de los chilenos en Europa como meros esnobs que dilapidaban sus capitales ostentosamente, en el intento por vencer las resistencias de los círculos privilegiados de la sociedad europea a los cuales aspiraban incorporarse³¹⁷.

Ahora bien, junto con lo anterior, y además del elemento educativo y de formación profesional que la estadía en Europa significó, es posible advertir otras implicancias de dichos recorridos. No todo fue afán de formación, modas o simple pose superficial. El viaje al Viejo Continente no sólo se concebía como un viaje aristocrático o como una manera de obtener reconocimiento y aceptación, también se percibió como una travesía al origen de la cultura occidental. Ello explica el interés de los viajeros chilenos por experimentar una Europa antigua, histórica y milenaria.

Tal y como se ha expuesto en el capítulo anterior, la “entrada” de Chile al mundo moderno paradójicamente se hacía desde el pasado. De allí el interés de muchos chilenos por situar el papel de su nación, o la ubicación de algún representante o símbolo del país, en los “templos” de la cultura europea; a saber: museos, galerías de arte, cementerios o jardines botánicos. Interesante resulta detenerse en las maneras a partir de las cuales los viajeros chilenos se representaban a sí mismos en tanto nación desde tales espacios.

Benjamín Vicuña Mackenna, en el Museo Histórico de Dresden, se impacta ante un conjunto de armas pertenecientes a diferentes épocas y combatientes. Después de “tocar con admiración” un par de las más famosas –entre las que estaba una espada de Napoleón y de algún kaiser germano– se percató de la escasa presencia chilena en tal salón:

“Faltaban para nosotros, entre estos trofeos de pasados héroes, la masa de Tucapel y el tronco del árbol de que Rengo se servía como varilla en las más pavorosas derrotas que nos describe Ercilla; pero si vimos un par de legítimas espuelas chilenas que honrarían a más de una trilla o un rodeo, esos famosos palenques de la tierra natal...”³¹⁸.

A partir de la ausencia chilena en tal museo, cuestiona, busca poner ahí, aunque fuese desde unas reflexiones, la historia chilena: sus héroes, sus valientes combatientes araucanos o hasta algún simple objeto. De tal forma, aun

³¹⁶ González, *Aquellos...*, *op. cit.*, en particular pp. 347-454 y “Sueños...”, *op. cit.*, pp. 69-98.

³¹⁷ Vicuña, *op. cit.*, p. 104.

³¹⁸ Véase Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, *op. cit.*, tomo II, p. 204.

cuando Chile se veía ajeno a tal conjunto de armas y combatientes, lograba inscribir allí el nombre de su país. En esta inscripción de lo propio, una vez más los indígenas del sur del país son puestos como un elemento del origen de la nación. La representación de los “araucanos”, como unos indios guerreros y heroicos, permitía instalar a Chile en la galería de los guerreros europeos, equiparando a los indios chilenos con los más connotados luchadores de la historia del Viejo Mundo.

En Berlín, por fines del siglo XIX, Pedro del Río no deja de sorprenderse y alegrarse al encontrar una vitrina que exhibía una bandera chilena, en una galería que contenía “millares de objetos en venta” de todas partes del mundo. ¿Qué podría estar haciendo una bandera chilena allí?, ¿cómo pudo entrar dentro de esta galería?:

“Hoy, en Kaisergalerie, donde nos paseamos con frecuencia examinando los millares de objetos curiosos en venta, divisamos en una de las vidrieras o tiendas con gran gusto i asombro una pequeña bandera chilena. Todo fue verla, entrar i preguntar, encontrándonos con que el dueño (...) había estado hace años en Concepción”³¹⁹.

Interesante resulta advertir cómo los objetos van siendo identificados con la nación por los viajeros, conformando una vía de acceso que les permitía un verdadero viaje simbólico de regreso a casa. Tal vinculación, objetos-nación, por otra parte dejaba entrever ciertas nociones bajo las cuales ellos concebían lo nacional. En tal búsqueda de objetos chilenos y de *lo chileno*, es posible visualizar ciertos tópicos que emergían al momento de enfrentar lo ajeno. De allí que los objetos asociados al ámbito campesino de la zona central chilena, como las espuelas, llegaban a erguirse como palenques de la tierra natal, en tanto que representaban un tipo de mundo típicamente nacional, vinculado con actividades como la trilla o recogida de la siembra y el rodeo, una competencia entre jinetes a fin de demostrar el dominio del caballo. Por ello es que la bandera chilena se percibía como un pedazo de la patria dentro de la multiplicidad de naciones que podía encontrarse en una ciudad cosmopolita como Berlín.

No sólo la presencia de objetos que representasen lo chileno fue subrayada en Alemania sino, también, la de ciertas especies animales o vegetales que, a los ojos de los viajeros, encarnaban la esencia de lo nacional. De esta manera, el cóndor, un ave típica de las alturas de la cordillera de los Andes, fue identificado no pocas veces con Chile, ya por ser un símbolo del escudo nacional, ya por encontrarse prácticamente a lo largo de todo el territorio nacional. En el jardín botánico de Hamburgo, Isidoro Errázuriz destacó como especie chilena al cóndor; lo mismo hizo Benjamín Vicuña Mackenna en Berlín³²⁰.

³¹⁹ Del Río, *Tercer viaje...*, *op. cit.*, p. 325.

³²⁰ Errázuriz, *Diario...*, *op. cit.*, p. 331 y Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, *op. cit.*, tomo II, p. 219.

En la misma ciudad, pero treinta años más tarde, Pedro del Río volverá a mencionar al cóndor chileno, ante el cual llegará hasta a “descubrirse”, manifestando actitudes de respeto. El ave, en la perspectiva del viajero, al mismo tiempo que simbolizaba Chile, le permitía diferenciarse respecto de otras naciones del mundo y sus particulares especies³²¹.

Junto a los objetos y especies asociadas a la idea de lo nacional, los paisajes vistos en Alemania se constituyeron en un elemento propicio para vincularse a Chile. Ya otros autores han destacado en qué sentido el paisaje, para los viajeros, constituye una parte integral de la representación de la identidad nacional: lo propio se caracteriza *desde y a través* del paisaje y mediante su asociación con las poblaciones que lo habitan³²².

Isidoro Errázuriz, al respirar el “primer aliento de Europa” una vez arribado al norte de Alemania, recuerda Chile al contemplar la naturaleza alemana, volviendo la vista al país que el exilio lo había obligado a abandonar:

“Por todas partes veíamos un manto de hermosa verdura y pequeñas islas, casi perdidas entre las turbias pero tranquilas aguas del Weser. La ribera occidental aparece en general desierta; la oriental es una población infinita. Grupos de considerable extensión aparecían en ella a cada paso entre la bruma argentada que el sol aglomeraba en el espacio con sus rayos. *Mis más dulces memorias de la patria se removieron dolorosamente. Las casas blanquísimas con tejas, los molinos de viento, con manadas de bueyes paciando alrededor (...) todo, todo me recordaba las tiernas impresiones del hogar*”³²³.

El cuadro que el viajero destaca se le presenta familiar, cercano. Aquí no se trataba de un objeto concreto traído desde Chile a Alemania y admirado en un museo o jardín botánico, sino de un conjunto de elementos –un río, las casas, los molinos– que la memoria sacaba a relucir y unía, creando un todo que lo acercaba al hogar. El paisaje hacía que Chile de pronto apareciese a la orilla del Weser, en un ejercicio que, a la vez que lo remitía a su país, lo enfrentaba con la dolorosa experiencia del alejamiento obligado del destierro³²⁴.

En otras ocasiones, el paisaje se vinculaba con las características de las personas que lo habitaban, haciendo que lo nacional, lo chileno, lo propio emergiera. Esta vinculación gente-paisaje se hará notoria en el momento en que

³²¹ “El jardín zoológico [de Hamburgo] es el mejor (...) de todos los que hasta ahora conozco. De Chile vi el cóndor (ante el cual me descubrí) i los siguientes: jote canino, peuco”. Del Río, *Tercer viaje...*, op. cit., pp. 126-127.

³²² Véase Morgan, op. cit., pp. 46-82.

³²³ Errázuriz, *Diario...*, op. cit., p. 262. El destacado es nuestro.

³²⁴ En un carta enviada a su abuelo chileno, Isidoro Errázuriz relata tal vinculación entre el paisaje del Weser y sus recuerdos de Chile: “En las riberas del Weser, he visto por primera vez, desde que salí de Chile, algo semejante a los lugares a que van encadenados todos los recuerdos de mi patria y de mi infancia”. Véase Errázuriz, *Cartas...*, op. cit., p. 51.

Isidoro Errázuriz salga del norte de Alemania para Baviera. La contemplación de un animado día domingo en la *católica Baviera*, marcaba inmediatamente una frontera con la Alemania protestante y fría del norte. El pueblo, la música de las campiñas, despertaba en el viajero nuevamente "...las más profundas melodías de la infancia y de la patria"³²⁵.

De pronto, como en ensueño, se dejaba llevar por la imaginación y la nostalgia:

"Una suave meditación endormeció [sic] insensiblemente mis sentidos. La hacienda chilena se alzó ante mi vista en su pintoresco traje de domingo. Los objetos, las fisonomías de otro tiempo y otro lugar, asomándose a la espesa niebla de los años pasados y cada vez más distantes, llegaban a saludarnos"³²⁶.

La animación de la gente y su fisonomía, se unían conformando un paisaje más humano que natural, haciendo que el viajero se viese transportado a una típica hacienda del valle central de Chile. Aquí no sólo se trataba de recuerdos de la infancia reactivados, que puedan explicarse desde una biografía del exilio, detrás de ello es posible advertir ciertas nociones que dejaban entrever representaciones de lo chileno. Si aspectos tales como la religión católica o el carácter festivo de la gente se ponían como indicadores que articulaban los recuerdos, era porque tales elementos se reconocían como parte de la identidad chilena tradicional. De ahí que las evocaciones de la niñez aflorasen inmediatamente, al reconocer en Baviera otra Alemania –católica, festiva, pintoresca– por oposición a las regiones del norte de país, por él antes conocidas.

Benjamín Vicuña Mackenna constantemente articuló su relato de viajes en Alemania con Chile, no sólo como una forma de retener imágenes de la niñez o rescatar objetos chilenos dentro de Europa sino, también, a fin de entender al mundo germano y evaluarlo, haciendo de Chile un punto de comparación. Hacía comprensible al lector nacional lo ajeno, la diferencia, utilizando indicadores locales –con la finalidad de describir la altura de una iglesia con relación a la catedral de Santiago–, como una forma de amenizar el relato a partir de comparaciones con anécdotas chilenas o dichos populares³²⁷.

En ocasiones, su comparación entre Chile y Alemania adquiría otros matices, otras vinculaciones. Durante la travesía por el Rhin, al referirse al significado histórico para Alemania que tal río ha tenido, se detiene a reflexionar:

³²⁵ Errázuriz, *Diario...*, *op. cit.*, p. 359.

³²⁶ *Ibid.*

³²⁷ Aquí se pueden destacar pasajes como: "No se ve sino soldados, cascos bruñidos (...) y gorras redondas con vivos encarnados, como las que usaban en otro tiempo los vigilantes de Santiago"; "...Maguncia tiene atractivos de primer orden: su catedral es lúgubre pero espléndida, construida toda de piedra como la nuestra de Santiago...". Véase Vicuña Mackenna, "Un día...", *op. cit.*, pp. 63 y 67.

¿cuál vendría siendo entonces “nuestro Rhin”?, ¿qué pasaría si visualizáramos el río chileno Biobío, como los germanos el Rhin? Se interroga: ¿así como escritores, Victor Hugo, por ejemplo, han afirmado que el Rhin es todo para gran parte de la historia franco-germana: no podría decirse lo mismo respecto de Chile y el río Biobío?, ¿no fue acaso en tal curso fluvial donde se jugó el nacimiento de la República de Chile?

“Y nosotros ¿No podríamos apellidar también con iguales denominaciones esas aguas históricas en que se meció primero la cuna de nuestra transformación de razas y más tarde la cuna de nuestra libertad? El Bio-Bio, como el Rhin ¿No tiene también sus leyendas, sus divisiones (...) sus cantos guerreros, un poema entero y famoso, batallas y campañas infinitas? Y al propio tiempo, análogos viñedos crecen en sus colinas, balsas colosales de madera descienden por sus corrientes (...). ¿Y no corre a sí mismo por el cuello de sus ásperas gargantas el silbido transformador que anuncian la aparición y el triunfo de una raza civilizadora?”³²⁸.

No se detiene tan sólo a comparar la estructura geográfica del Rhin en relación con un río nacional como el Biobío sino que va aún más lejos. La vista del río alemán da pie a reflexionar sobre la posibilidad de que Chile poseyera algo de similar significado. Este acto, aparentemente de comparación, se transforma en todo un gesto de homologación: de alguna forma, el hecho de buscar elementos equiparables ponía a Chile a la altura de Alemania, puesto que a la luz del viajero, y, aun, a pesar de poseer historias diferentes, ambos espacios se habían formado sobre bases similares.

Las bases sobre las cuales se construía tal homologación, dejaban entrever ciertas representaciones de identidad nacional. Benjamín Vicuña Mackenna destaca que en el Biobío “se meció la cuna de nuestra transformación de razas”. Ambos ríos no sólo poseían colinas con viñedos y corrientes similares sino, además, marcaban el surgimiento de una nación a partir del enfrentamiento de dos grupos diferentes. Además, representaban la frontera entre estos grupos, separando a las “hordas salvajes que ocupan y se enseñorean aún en la opuesta orilla” de la “raza civilizadora”³²⁹.

La nación, de esta forma, nacía a partir de la lucha entre la civilización –representada, en el caso chileno, por los descendientes de españoles– y la barbarie –o sea, los indios–, fortaleciéndose desde el enfrentamiento de aquellos grupos a ambas orillas del río y se proyectaba a partir de la aparición y el triunfo de “la raza civilizadora”, es decir, la criolla. Lo interesante es que a partir de la comparación entre ambos ríos, con su posterior gesto de homologación, finalmente terminaba por dejar una lección al público chileno:

³²⁸ Vicuña Mackenna, “Un día...”, *op. cit.*, p. 59.

³²⁹ *Op. cit.*

sólo la imposición de la “raza civilizadora” podría transformar el río Biobío, haciéndolo tan productivo e importante como lo era el Rhin para los alemanes: “...dominad el Bio-Bio en toda su extensión y en todos sus afluentes por las armas, por el comercio, por los rieles, por el abecedario, y el Mediodía será nuestro, como la Europa occidental fue dos veces la sumisa vasalla de los conquistadores del Rhin...”³³⁰.

La vista del Rhin *desde* el Biobío mostraba cómo los viajeros chilenos, a partir de lo observado en Alemania, se articulaban con Chile: comparando hechos históricos, potenciales, triunfos y errores.

En Pedro del Río es posible advertir cómo la comparación con Alemania servía para evaluar en qué estado de desarrollo se encontraba Chile.

Tal vez por sentirse, al haber sido miembro del ejército chileno, parte del cuerpo militar, le llama la atención la famosa milicia prusiana: ¿es tan gallarda, disciplinada y soberbia como se dice?, ¿está el ejército chileno muy por debajo de ella? Así se refiere a la caballería prusiana:

“...hombres gallardos, equipo perfecto, caballos fuertes i bien cuidados, al tranco o parados son soberbios, pero al trote o galope los jinetes se ven sin gracia i poco seguros, i los caballos son de mala boca i peores bríos, comparado con los nuestros. Si mis buenos amigos los alemanes llegan a leer esto, sin duda que se reirán (...). *Ahora que conozco las tropas europeas i aún estas excelentes prusianas, tengo mejor idea que antes, de las que componen nuestro ejército*”³³¹.

Compara elementos que podrían hasta ser risibles. ¿Quién podría pensar que la caballería chilena fuese superior o, por lo menos, no tan diferente de la prusiana? Sólo el salir de Chile y conocer el mundo permitía tomar cuenta cabal de lo que Chile poseía, tener *mejor idea* de las cosas, reconocer de otra forma lo propio. Lo anterior dejaba en evidencia cómo muchas veces la riqueza o el potencial del país pasaba desapercibido, al no creer la gente que lo chileno podía ser tan valioso como lo europeo. Justamente esta seguridad del valor de lo nacional, lo llevó a considerar que los baños termales de la región chilena de Chillán eran “superiores a todos los conocidos” o, a la atmósfera de la ciudad de Hamburgo, próxima factorías e innumerables vapores, era “...opaca y humosa, faltándole el cielo claro i diáfano de nuestra patria”. Chile emergía ante la comparación con el resto del mundo como igual o superior,

³³⁰ Vicuña Mackenna, “Un día...”, *op. cit.*, pp. 59-60.

³³¹ Del Río, *Tercer viaje...*, *op. cit.*, tomo II, pp. 131-132. El destacado es nuestro. Vicente Pérez Rosales relata cómo en Alemania conoce a un árabe cuyos caballos compara con los chilenos, destacando las “superiores cualidades” de estos últimos. Véase Pérez Rosales, *Recuerdos...*, *op. cit.*, pp. 584-585. Por su parte, Isidoro Errázuriz destaca que los caballos en Alemania “...aunque de una de las mejores razas europeas, no valen nada comparados con los de Chile”, *Diario...*, *op. cit.*, p. 306.

y no inferior. En este sentido, el viaje permitía ampliar la perspectiva: la experiencia de la lejanía contribuía a la valoración de lo propio³³².

Finalmente, en la representación de lo chileno en Alemania, resulta destacable el vínculo que los viajeros establecieron con sus compatriotas. Benjamín Vicuña Mackenna se alegra de encontrar en Dresden a un “distinguido joven chileno”, puesto que al llevar un buen tiempo allí dominaba el idioma alemán, que tal como le dispensaba “...de los odiosos trámites de cicerones y porteros”, le podía mostrar por dentro a la sociedad alemana y sus costumbres³³³. Isidoro Errázuriz, a pesar de tener muy poco contacto con otros chilenos, busca entrevistarse con Vicente Pérez Rosales –entonces cónsul de Chile para la emigración–, visitándolo en Hamburgo e intercambiando opiniones políticas, así como pidiéndole informaciones sobre el país.

Ahora bien, y a pesar de estos contactos, no se advierte un fuerte interés por averiguar el paradero de compatriotas en las ciudades alemanas que visitaban. Muchas veces, si llegaban a contactarse con otros chilenos, era circunstancial o accidental. A pesar de encontrarse muchos de ellos en el exilio, con todo el componente de nostalgia que aquello supone, preferían ubicarse de la mejor forma posible en el país anfitrión, antes que intentar desesperadamente la compañía de connacionales.

Interesante resulta advertir cómo muchos viajeros chilenos, antes que vincularse sólo en torno a círculos nacionales, volcaban su interés respecto de otros pueblos: habitantes que, por diferentes razones, les resultaban ajenos, diferentes, casi exóticos: ¿cómo eran los africanos, los judíos, los árabes? En lo que sigue se estudia la posición que los viajeros chilenos tomaron en Alemania frente aquellos pueblos y nacionalidades.

Ante pueblos no germanos

Muchos viajeros chilenos advierten el cosmopolitismo de las ciudades germanas. A diferencia de Santiago, en Berlín, Hamburgo o Munich era posible ver o hasta compartir con personas de lugares distantes, que por circunstancias históricas no habían llegado nunca a costas chilenas. No pocas veces tal cercanía con otros pueblos los hizo reaccionar, en ocasiones llevados por la curiosidad, el recelo y el distanciamiento. Ciertas experiencias de los chilenos con otros pueblos llegarán a ser sorpresivas, criticando la ignorancia y los lugares comunes que en Chile condenaban a determinadas culturas como inferiores o “bárbaras”. Este interés por tratar con pueblos desconocidos permite descubrir los elementos que, por contraposición o similitud, se asumían como propios.

Benjamín Vicuña Mackenna se admira de la peculiaridad del teatro en el palacio prusiano de Sanssouci en Potsdam, puesto que admitía no sólo a la

³³² Del Río, *Tercer viaje...*, *op. cit.*, pp. 304 y 344.

³³³ Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, *op. cit.*, tomo II p. 204.

familia real y a espectadores que pagaban la entrada –como él mismo– sino, también, a la servidumbre que, como cualquier otro público, ocupaba los palcos. Pero lo más sorprendente a los ojos del viajero era que en tales palcos “hasta” pudo ver a un negro, “...muy cómodamente sentado en uno”. Una vez terminada la función, “...un convoy del ferrocarril nos condujo a todos a Berlín, reyes, príncipes, actores y viajeros y hasta al negrito que habíamos visto en los palcos”³³⁴.

Toma con humor la descripción de la escena, como si ello fuese algo pintoresco, curioso, exótico. Sin embargo, el tono peyorativo –*el negrito*– de alguna forma expresa hasta qué punto aquella presencia le incomodaba. Tal y como lo afirma Ottmar Ette, en los viajeros existe la posibilidad de moverse entre grupos y capas sociales con una facilidad de la que muchas veces carecen en su país. Esta dimensión social del desplazamiento, y el consecuente contacto con personas de otros estratos, era interpretada por muchos viajeros chilenos como inexistencia de un orden y una jerarquía que mostrase el lugar social y étnico de los sujetos. ¿Cómo era posible que un país mezclase a los nobles, junto con los reyes, la servidumbre y los grupos de origen africano?³³⁵.

La población de origen judío también fue un grupo que llamó la atención de los viajeros chilenos en Alemania. Desde un comienzo la administración colonial española cerró todo acceso de los judíos a América, de ahí que por el siglo XIX tal grupo continuase siendo prácticamente desconocido en Chile. ¿Qué era un judío?, ¿cómo se comportaba? En Francfort del Meno describe al público chileno una sinagoga:

“La sinagoga de Francfort está a dos pasos de la casa de los Rothschild, y allí, como era noche de Pentecostés, presenciábamos una curiosa ceremonia de gritos y manoteos ejecutados por un rabino que más parecía un payaso que un sacerdote.

Pero dejemos a cada cual adorar a Dios según sus leyes y respetemos la conciencia ajena hasta en los gestos”³³⁶.

La posición resulta extrema. Aun cuando apelase al respeto de conciencia ajena hasta en los gestos, no se observa un interés por situar lo judío a la altura de cualquier otra fe. El hecho mismo de evaluar desde los gestos denotaba hasta qué punto instalaba una frontera entre él y la ceremonia religiosa judía, reduciéndola a un conjunto de gritos y manoteos, equiparando al rabino con un payaso. Aquí no se advierte un interés por interpretar o entender lo que a los ojos del viajero y desde la distancia le resultaba incomprensible. Se quedaba en los gestos, no buscaba ir más allá: la distancia física entre él y la ceremonia

³³⁴ Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, *op. cit.*, tomo II, p. 222.

³³⁵ Ette, “Los caminos...”, *op. cit.*, p. 107. Véase el comentario de Alvaro Kaempfer para la experiencia en los Estados Unidos de Alberto Blest Gana, “De Nueva...”, *op. cit.*, p. 2.

³³⁶ Vicuña Mackenna, “Un día...”, *op. cit.*, p. 72.

judía conformaba, al mismo tiempo, un distanciamiento cultural y religioso insoslayable. La retórica de la alteridad, en este caso, expresaba la imposibilidad de “traducir” el mundo judío a la esfera de lo propio. Finalmente, se advierte la renuncia: el viajero continuaba su camino, dejando “a cada cual adorar a Dios según sus leyes”. La frontera se tornaba infranqueable³³⁷.

No todos los viajeros expresan semejantes juicios sobre la cultura y la religión judía. Al respecto, la experiencia de Isidoro Errázuriz difiere totalmente, enmarcándose dentro de toda una reflexión y un cuestionamiento de lo propio.

Advierte el cambio acaecido en él mismo, producto de la vida universitaria alemana y el recorrido por el Viejo Mundo. Ciertos elementos que antes le parecían obvios, seguros, incuestionables, poco a poco se diluían. De pronto se percata de que el mundo ofrecía matices, contrastes, diferencias. Sin embargo, hasta entonces, no había entendido el profundo significado de ello:

“Hasta ahora, he navegado como un idiota entre las ruinas elocuentes de cien siglos, entre los monumentos grandiosos de una civilización europea. Hasta ahora no he pensado en descifrar la palabra que estos objetos ocultan al *ojo infantil del hijo de América*. Hasta ahora he vegetado sin inclinarme a sacudir el polvo de las bellas columnas truncadas o a dibujar el noble perfil de las creaciones que han resistido al tiempo y al hombre”³³⁸.

Errázuriz reconoce la pasividad de su recorrido europeo, la inercia que lo hacía navegar sobre el nivel superficial del Viejo Mundo, sin detenerse a indagar el significado de una cultura que se le presentaba entre ruinas, columnas truncadas y monumentos. Algo se encontraba más allá de aquellos residuos de otros tiempos, algo que no podía descifrar al mantener su vista aún atada al ojo infantil del hijo de América. El hijo de América tenía que sacudirse el polvo de Europa, sólo así podría abandonar la actitud contemplativa y desde ahí reinstalarse, cuestionar su propia naturaleza. Es a partir de tal gesto transformativo –de una pasividad a un cuestionamiento–, que le solicita a un compañero judío de la universidad que lo conduzca al templo de sus correligionarios. Su sistema religioso era “...como el esqueleto de la idea del mundo objetivo, que todo hombre lleva en sí”. Entonces, ¿qué mejor que enfrentarse a la diferencia religiosa, a fin de sacudir lo que aún lo ataba a la inmadurez americana? De modo que, al contrario de Benjamín Vicuña Mackenna, no se contentaba con la contemplación lejana de unos gestos: buscaba traspasar el umbral, captar su lógica³³⁹.

³³⁷ Respecto de retóricas de alteridad, aquí y más adelante, sigo a Hartog, *El espejo...*, *op. cit.*, pp. 205-245.

³³⁸ Errázuriz, *Diario...*, *op. cit.*, p. 373. El destacado es nuestro.

³³⁹ *Op. cit.*, p. 374.

Lo primero que lo sorprende es descubrir que la religión judía no es tan lejana como podría creerse. El aspecto exterior del templo "...no es muy diferente del de una basílica"; hombres y mujeres permanecen con el sombrero puesto durante la ceremonia, lo que no es más que "...la continuación de la costumbre de los cristianos, que permite a las mujeres el mantener la cabeza cubierta en el templo"; y, por último, que el judío "...no es más irreverente que cualquier otro sectario"³⁴⁰.

Al contrario de Benjamín Vicuña Mackenna, no buscaba "condenar" la diferencia, sino, más bien, ubicarla dentro de su espacio propio. Utilizando toda una retórica de alteridad analógica, logra hacer inteligible la diferencia, buscando formas a fin de hacer equivalente lo ajeno en el mundo del lector. Tal gesto requería de un gran ejercicio para un chileno de mediados del siglo XIX, ajeno a toda práctica religiosa que no fuese la católica y educado en un ambiente de animadversión y recelo ante lo judaico. Más aún, llega al nivel de valorar lo otro por sobre lo propio, al comprobar que para el judío la casa de Dios "...es aún más sagrada que para el cristiano" o que la sinagoga resultaba, antes que lúgubre y tétrica, "elegante y luminosa"³⁴¹.

Una vez que hubo presenciado la ceremonia, seguido uno a uno sus movimientos y ritos, se percata de la religiosidad, devoción y piedad del mundo judío. Lo que desde Chile aparecía perverso, ajeno, deplorable, se le presentaba, ahora, comprensible y hasta elogiabile. Reacciona no sin un dejo de satisfacción: "Todo esto me regocijó en extremo. La raza depravada, envilecida, despreciada, el judío ridículo, avariento, cobarde o sediento de oro y venganza (...) se perdió para mí en las elevadas y ardientes prácticas de la adoración de Israel"³⁴².

Quedaba patente que, así como los chilenos debían enfrentarse a los lugares comunes y estereotipos que los condenaban en Europa en tanto "salvajes americanos", "caníbales" o "bárbaros", se debía, también, revisar ciertas preconcepciones chilenas sobre otros pueblos. Isidoro Errázuriz se percata de que, sin un acercamiento que traspasase el umbral de unos prejuicios, se estaba condenado a reaccionar desde la ignorancia, reduciendo a otras culturas a un nivel inferior, hecho que los propios chilenos habían sufrido de parte de los europeos en su travesía por el Viejo Mundo.

Vicente Pérez Rosales llegó a notar, al igual que Isidoro Errázuriz, la falta de conocimiento del medio chileno respecto de otras culturas y el efecto que, a su vez, tenía sobre la percepción chilena del mundo extraeuropeo. En Franzenbad, lugar al que había acudido para reestablecer la salud, en más de una ocasión tomó contacto con militares rusos, dándose cuenta rápidamente "...de cuán equivocados estamos los chilenos sobre la instrucción del hombre del imperio ruso". Antes que mostrarse como ignorantes, poco refinados o

³⁴⁰ Errázuriz, *Diario...*, *op. cit.*, p. 374.

³⁴¹ *Ibid.*

³⁴² *Ibid.*

ajenos al mundo europeo occidental, se sorprende "...por sus conocimientos, por su fino trato y la extraordinaria facilidad y desenvoltura con que hablaban idiomas extranjeros"³⁴³.

Interesante resulta visualizar cómo, a partir de esta constatación, abordaba un problema de la sociedad chilena que se reflejaba muy bien en los prejuicios sobre la cultura rusa. Vicente Pérez Rosales reconoce que, si hubiese atendido las ideas que sobre los rusos había escuchado en Chile, seguro que al hablar con éstos habría creído encontrarse "...a mil leguas de esos supuestos bárbaros del norte"³⁴⁴.

Una explicación posible la encontraba Vicente Pérez Rosales en la moda y el "afrancesamiento chileno". De alguna forma, la cultura chilena se definía a sí misma dentro del mundo europeo occidental –parisino, culto, refinado–, condenando a aquellos lugares que se ubicaban fuera de tal círculo. Lo destacable estaba dado por el hecho de que en Chile se asumía una suerte de imaginario europeo, adoptando muchos de los prejuicios originados en la propia Europa occidental sobre la Europa del Este; dividiendo, a su vez, al mundo entre "civilizados" y "bárbaros":

"Nosotros, que nacemos ahora a la francesa, que paladeamos bombones franceses, que vestimos a la francesa y que apenas sabemos deletrear cuando no vemos otra cosa escrita sobre las portadas de las tiendas (...): peluquería francesa; modas francesas, sastrería francesa, etc., y que, al remate, apenas pinta nuestro labios el bozo cuando ya nos hemos echado al cuerpo, junto con la literatura francesa o su traducción afrancesada, la historia universal y muy especialmente la francesa escrita por franceses, ¿Qué mucho es que se nos afrancesa hasta la médula de los huesos? Por estas razones tuvo la Francia, cuando la guerra de Crimea, en los chilenos, aquellos aliados morales que nunca faltan a todo apuesto y educado joven que lucha (...) contra hombres peludos, sin frente e incapaces de abrigar sentimientos nobles y elevados como nos pintaban a los rusos..."³⁴⁵.

No se trataba tan sólo de gustos o preferencias por el mundo galo, Vicente Pérez Rosales deja en evidencia las dificultades que, para la conformación de su propia identidad, traía el hecho de que los chilenos se hubiesen "bautizado de franceses": tomando partido sin conocer en absoluto respecto de los pueblos supuestamente "incivilizados", guiados solamente por la confianza ingenua en la alta cultura del Sena. Lo anterior afectaba la independencia con la cual los chilenos se insertaban en el mundo o la posibilidad de que –como todo lo veían "a la francesa"– pudiesen ubicarse bajo una perspectiva propia y no

³⁴³ Pérez Rosales, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 576.

³⁴⁴ *Op. cit.*, p. 577.

³⁴⁵ *Op. cit.*, p. 578.

atada a los dictámenes de París. Si los rusos –pero también otros pueblos– eran catalogados de “hombres sin frente” e “incapaces de abrigar sentimientos nobles”, no se debía a una experiencia directa con éstos. Ni siquiera lo que se podía leer sobre ellos era ajeno a lo que en Francia se sostenía. De ahí que se sorprenda, abra su mirada, vaya más allá de la imagen que de los rusos le habían “pintado”. Sólo el viaje, el desplazamiento fuera de Chile, permitía este cambio. Aquí, la distancia geográfica del país llegaba a traducirse en un distanciamiento respecto de los prejuicios y lugares comunes que lo amarraban a la esfera francesa.

En la parte anterior de este capítulo se ha buscado el rescate de una voz común, con la finalidad de visualizar posiciones compartidas, formas de definiciones nacionales construidas al margen de la biografía y las actitudes personales. En lo que sigue se realiza el procedimiento contrario: se intenta captar los matices, las diferencias, las contradicciones, enfatizar lo personal. Con tal propósito se estudian tres viajeros, analizando cómo, desde sus particulares posiciones, fueron asumiendo una identidad nacional chilena desde el otro lado del Rhin.

Benjamín Vicuña Mackenna y la nación subalterna

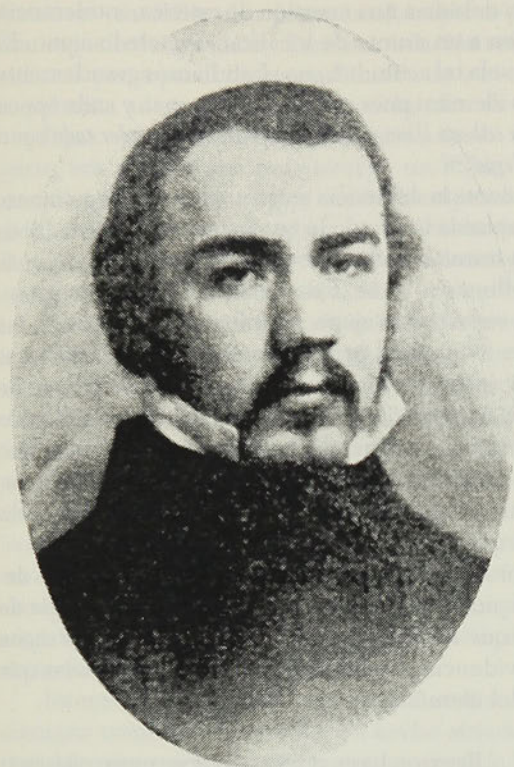
Benjamín Vicuña Mackenna es probablemente uno de los viajeros chilenos más prolíficos y también agudos del siglo XIX. Sus relaciones de viaje, tal como ya se ha afirmado, incluyen descripciones de Chile, América y Europa³⁴⁶.

Su relación de viajes más conocida corresponde a un diario escrito desde su periplo por el Viejo y Nuevo Mundo, publicado en Santiago de Chile en 1856. Se trata de una recopilación de su diario, cuyo contenido enviaba periódicamente a Chile para el *El Ferrocarril*. Al finalizar las entregas, la imprenta del mismo periódico editó el relato en formato de libro. Al parecer, tuvo un éxito inédito: “La capital se llenó de afiches que anunciaban a la americana la aparición del nuevo libro, y durante largo tiempo su lectura constituyó el comentario central de todos los círculos”³⁴⁷. Las expectativas del público eran grandes, atraído por un relato de viajes que, prácticamente por primera vez, narraba las experiencias de un chileno en el extranjero.

Es preciso destacar que el soporte textual de sus relatos marcó los límites de sus descripciones desde tres dimensiones. Primera, una vertiente personalista, subjetiva y singular, dado que el objetivo del diario es destacar justamente aquello que le resultaba más significativo. Tal y como lo afirma Lilianet Brintrup, se concentraba en sí mismo, de ahí que destacase su perspectiva, su posición ante lo que percibía como distante, ajeno y digno de relatar al público chileno.

³⁴⁶ Véase capítulo: Viajeros chilenos del siglo XIX: del viaje cortesano a Madrid al viaje alrededor del mundo.

³⁴⁷ Prólogo a la edición de la Universidad de Chile de “Páginas...”, *op. cit.*, p. 14.



Benjamín Vicuña Mackenna. A la edad de veinte años. Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional de Chile.

Segunda, tiende a situar al lector en el periplo del viajero: donde ocurren los hechos durante su itinerario. Las experiencias van describiéndose a medida que el desplazamiento avanza, lo que supondría que no debiese existir espacio para la reflexión ulterior o corrección: lo visto y vivido se relata casi al mismo tiempo. Tercera, dado que lo publicado recoge los apuntes de su diario original, se puede afirmar –siguiendo a Brintrup– que, en definitiva, corresponde a un diario de páginas copiadas y corregidas que la memoria ha aumentado, trabajando desde el presente hacia el pasado y viceversa³⁴⁸.

Este aspecto referido a la narración de viaje en forma de diario ayuda a entender en qué sentido se instalaba en Alemania, a partir de la exacerbación de una posición personal que retóricamente lo separaba de lo ajeno, lo diferente y lo extraño. De ahí que su diario recoja una experiencia desde posiciones algo extremas, mostrándolo, no pocas veces, intolerante y cerrado.

Ahora bien, se puede advertir algo más que prejuicios sobre el “otro” y sus costumbres o formas de describir las travesías. Si ante el *Fausto* de Goethe –tal como al principio de este capítulo se ha analizado– se ofusca al considerarlo

³⁴⁸ Brintrup, *Viaje...*, *op. cit.*, pp. 21 y 57.

incomprensible, no era tan sólo debido a una cuestión de estética, intolerancia o gustos literarios, sino más bien a un asunto de localización ante lo ajeno. El juicio final sobre dicha pieza revela tal actitud: "...nos fastidiamos grandemente con la gran maravilla del teatro alemán; pues cada país, cada raza y cada época tiene sus gustos, y yo no tengo la cabeza llena de neblina para comprender todo aquel cuadro vaporoso de magia y sortilegio"³⁴⁹.

Buscaba hacer aún más evidente la diferencia entre su mundo y el germano. No se advierte un intento de captar la lógica de lo que le resultaba lejano. Si se fastidia, no era tan sólo dada la trama nebulosa de dicha obra teatral sino, más bien, debido a que no quería llenar su cabeza de neblina a fin de comprender lo extraño. Justamente no entender lo ajeno permitía ir conformando las distancias a partir de las cuales emergía lo propio, como si el poner barreras fuese conformando toda una estrategia de constitución de identidad. Tal acto de representación, de subvaloración, permitía que los límites quedasen definidos en las fronteras del otro mundo. Lo anterior, sin embargo, no implicaba que lo propio se fuese modelando simplemente desde la negación: desde tal confrontación se volcaba sobre sus propias nociones de identidad, examinando hasta qué punto diferían de lo que observaba en Alemania³⁵⁰.

La caracterización del idioma alemán, sin duda, representó un papel decidor en este examen de lo propio, articulándose como toda una estrategia de localización e identificación: ¿qué le revela la estructura, el sonido de dicha lengua?, ¿es ésta, acaso, una evidencia palpable de las grandes distancias que separaban al mundo chileno del alemán?:

"Recuerdo que una noche (...) llegaron hasta nuestros oídos como notas más suaves que la música, los ecos de una conversación española que en una mesa vecina a la nuestra tenían dos señoritas y un caballero. Prestamos un oído atento a aquellas armonías meridionales que parecían endulzar como un bálsamo los tímpanos lastimados por la jerigonza alemana (...). Era en verdad dulcísimo el acento de la lánguida lengua de los trópicos entre aquella algazara en que no se oye sino el chillido agudo y gutural de todas las J. j. mayúsculas y minúsculas del alfabeto. Parece que los alemanes tuvieran un cuchillo mal afilado en lugar de lengua, y con razón ha dicho Alejandro Dumas que estos idiomas del norte son lenguas de romadizo en que para pronunciar cada palabra sólo se necesita hacer un estornudo y agregar las sílabas naj, noj, nij, etc"³⁵¹.

No sólo quedaba al descubierto una suerte de toma de distancia respecto de la cultura alemana y de su idioma sino, además, la conformación de las

³⁴⁹ Vicuña Mackenna, "Páginas de...", *op. cit.*, tomo II, p. 220. El destacado es nuestro

³⁵⁰ Véase Carlos Sanhueza, "Alexander von Humboldt y Benjamín Vicuña Mackenna. Cercanías desde la distancia", pp. 128-140.

³⁵¹ Vicuña Mackenna, "Páginas de...", *op. cit.*, tomo II, p. 201. El destacado es nuestro.

fronteras –meridional/septentrional, trópicos/polos, norte/sur–, que alejaban a su espacio del germano. Sacaba a colación toda una arquitectura geográfico-cultural que, a partir de la constitución de un verdadero juego de oposiciones, le permitía adoptar una posición al interior de dicha cultura.

Estas oposiciones las iba ubicando desde una doble dimensión. Por una parte, era posible una pertenencia, un lugar, un *topos*: el sur, el trópico, lo meridional; desde donde se sentía acompañado, respaldado por un sentido de identidad, no importando si era el ámbito latino, chileno o sudamericano. De alguna manera, podía recorrer las ciudades germanas sabiéndose diferente, ajeno, del otro lado del mundo, de la otra orilla del Rhin.

Por otra, esta representación de identidades no era en modo alguno neutral; instalaba oposiciones no sólo geográficas o culturales sino, también, axiológicas, tornando la diferencia en un asunto de valor y niveles. Desde este punto de vista el idioma alemán era catalogado como una lengua dura y difícil, además de inferior, bárbara e imperfecta. El alemán no era realmente un idioma –y, por lo tanto, aprendible, pronunciable, legible–, sino, más bien, una algazara, un conjunto de chillidos agudos y guturales. Lo anterior no significa que no lo captase como cualquier otro. Lo decisivo era que asumía que dicha lengua no era comparable a la que él hablaba. Los fonemas no sólo expresaban la estructura del idioma sino, además, las características del pueblo germano –agudo, gutural, chillón–, las que contrastaban con la delicadeza y armonía de la dulce lengua de los trópicos.

Interesante resulta advertir en qué sentido la categorización de la lengua alemana como inferior no fue un hecho aislado en él, sino parte de toda una posición que una y otra vez buscaba poner en duda, cuestionar o hasta negar la idea de que Europa se ubicaba por sobre el Nuevo Mundo. Lo anterior se inserta dentro de toda una reacción hispanoamericana contra las “calumnias” europeas que concebían a América como inferior. Tal como Antonello Gerbi lo ha destacado, dicha defensa de América no conformó un *corpus* orgánico de doctrinas o pensamientos que polemizaran contra De Pauw o Buffon –dos de los más connotados detractores de América–, sino un conjunto de opiniones fragmentarias, las más de las veces airadas y despectivas. Normalmente lo anterior suponía una actitud americana que tendía a alardear de la juventud, gallardía, excelencia y porvenir del Nuevo Mundo frente al Viejo³⁵².

A pesar de que Antonello Gerbi destaca la defensa que los jesuitas expulsos del siglo XVIII hicieron del Nuevo Mundo o la posterior oposición hispanoamericana de connotadas figuras de criollos, como el peruano José Manuel Dávalos o el chileno Manuel de Salas, no incorpora el impacto del viaje a Europa como un factor de distanciamiento respecto de aquellas categorías que concebían a América como un espacio inferior. ¿Qué significaba para un americano, un chileno, viajar desde el sur del mundo hasta el centro de

³⁵² Gerbi, *La disputa...*, *op. cit.*, pp. 364-409.

Europa?, ¿qué tan maravilloso o espectacular era realmente el Viejo Mundo y en particular los reinos germanos? ¿cómo asume Benjamín Vicuña Mackenna desde el Viejo Continente la cuestión de la inferioridad americana?

En primer lugar, deja en claro que nada de lo que se podía ver en Alemania era superior a lo que había observado en la parte “latina” de Europa. Las joyas, los brillantes, el oro, los rubíes que tanto alardeaba poseer el Tesoro del Rey en Dresden, no le hacían más impresión “...que la que había recibido en cualquiera de las grandes joyerías del Palais Royal de París”. Constantemente pondrá ambos lados del Rhin en la balanza y la comparación, tomando, muchas veces, partido por la cultura francesa, vinculándose con el mundo cultural que dicho país para él representaba. Muchos pasajes de su travesía por Alemania revelan en qué medida una vez que se hubo situado, posesionado de un cierto sentido de identidad galo, francófilo o latino, pudo evaluar el mundo germano, emitir un juicio, hacer observaciones³⁵³.

En segundo lugar, no se deja sorprender, impresionar o asombrar en Alemania, sino reflexiona y toma distancias críticas.

En el mismo Dresden acude a una “ponderada” carrera de caballos. Asume un cierto escepticismo ante tan afamado espectáculo, el cual, de entrada, se le mostraba de una “gran simpleza”. Los preparativos eran soberbios: la nobleza sajona, la familia real, la guarnición “cuajada de cruces y medallas”. Sin embargo, la carrera se volvió una catástrofe:

“...a poco andar uno de los jinetes se fue de bruces (...), al segundo se le empacó su bestia a los pocos pasos de haber salido (...), el tercero se enredó en uno de los setos que debía saltar (...), y por último, después de un largo cuarto de hora, el único de los jinetes que no había tenido avería se presentó solo en la raya, como avergonzado de su victoria...”³⁵⁴.

El relato resulta plástico, figurativo, logrando transformar la “ponderada” fama de la caballería alemana en un asunto de comedia y absurdo. ¿Qué hacer ante lo que supuestamente era espectacular y ahora se mostraba mediocre? Una posibilidad hubiese sido justificar, dar atenuantes que minimicen lo grotesco de la escena. Sin embargo, Benjamín Vicuña Mackenna adopta otra actitud: rebaja, ironiza, se burla, formula hipotéticas conductas al imaginarse tal cuadro aconteciendo en Chile:

“Si hubiera sido aquella cosa de entrar por plata, y los espectadores tuvieran la fibra de cierta gente de chupalla que yo conozco, era seguro que habríamos tenido un aguacero de piedras (...) ... Vaya! Vaya! Decía yo acordándome del dicho de muchos de mis paisanos de que en Europa sólo

³⁵³ Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, *op. cit.*, tomo II, p. 202.

³⁵⁴ *Op. cit.*, p. 205.

puede andarse con la boca abierta, y bostezábamos los tres compañeros, y estábamos ahí en una capital central de Europa, con la boca abierta, mirándonos los unos a los otros, en perpetuo bostezo...”³⁵⁵.

Trasladaba la escena a Chile, especulando la respuesta que la calidad de tal espectáculo tendría entre sus compatriotas, la gente de chupalla³⁵⁶, que, aun, a pesar de ser campesina, sabía apreciar una carrera de caballos y, muy probablemente, lo habría hecho mejor. Aquí daba lo mismo que la carrera hubiese sido hecha por europeos: el aguacero de piedras nivelaba las diferencias entre Chile y Alemania, reflejando hasta qué punto los chilenos se encontraban a la misma altura de cualquier otro pueblo.

Por otro lado, aquí se desmitificaba el Viejo Mundo. Los “paisanos”, que sólo conocían el Viejo Continente desde su fama y nombre, hubiesen supuesto que en Europa no se podía más que admirar, contemplar y asombrarse, sólo “andarse con la boca abierta”. Ante tal lugar común y desde su experiencia viajera, da vuelta el argumento. Sí, en Alemania se andaba con la boca abierta, pero no de admiración, sino de aburrimiento. A partir de tal gesto, reinstala la expresión, en una nueva formulación que dejaba en evidencia hasta qué punto muchas nociones sobre Europa –que en Chile eran tomadas por ciertas y nunca cuestionadas– no constituían nada más que idealizaciones, elucubraciones nacidas desde la distancia y la dependencia cultural. La “Europa chilena” se deshacía ante la “Europa europea”.

Ponía en tela de juicio la enorme brecha que separaba a Chile de Alemania, disminuyendo aquella actitud “natural” de los chilenos, de ubicarse siempre por debajo de los países del Viejo Mundo. Alemania no estaba muy por encima de Chile, ni conformaba un punto alejado e inalcanzable. Muy por el contrario, en ciertos aspectos Chile se mostraba superior e, incluso, progresista respecto del país germano. ¿Cómo podía ser posible que Chile hasta fuese más avanzado que Alemania? Lo anterior queda claramente establecido en el momento que evalúa el sistema político que veía en Alemania por mediados del siglo XIX:

“Pobre Alemania! Miseria presa repartida entre 36 soberanos por cuyos estados es fama de que puede pasarse sin que el cigarro puro que el viajero encendió en las fronteras de uno de ellos se haya apagado cuando vaya pasando la frontera de dos o tres más!... Hay más de ridículo que de aflictivo en esta farsa de poder de que la dieta de Francfort es sólo la gran pantalla, porque la verdad de la situación es que la Alemania como la cola de un cometa no hace sino seguir según los tiempos ya el astro del Austria ya el de Prusia”³⁵⁷.

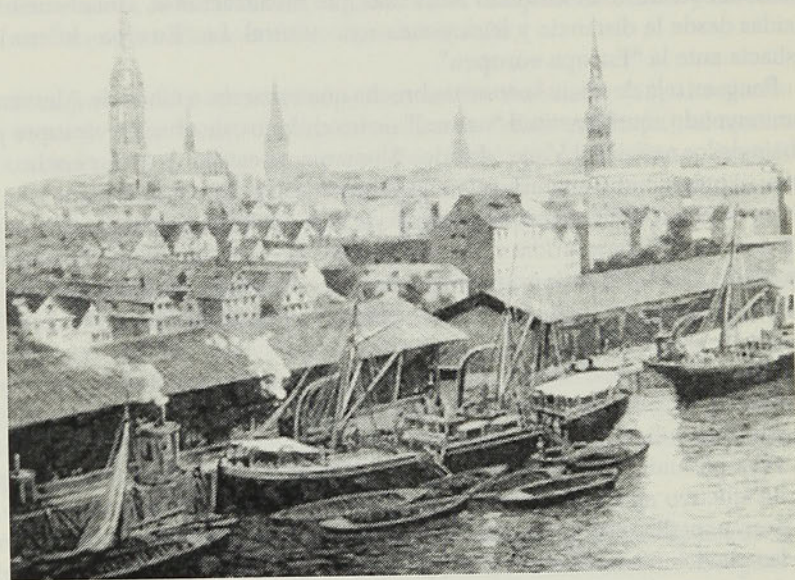
³⁵⁵ Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, *op. cit.*, tomo II, p. 205.

³⁵⁶ Chupalla es un típico sombrero campesino de la región central de Chile, hecho de paja.

³⁵⁷ Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, *op. cit.*, tomo II, p. 213.

Alemania, parte de la Europa admirada, cuna de filósofos y literatos, tierra de caballerías gallardas, era de pronto motivo de compasión. La posición de Benjamín Vicuña Mackenna, ante el sistema político-monárquico germano, revelaba en qué medida los viajeros chilenos, como en general los hispano-americanos del siglo XIX, consideraban el sistema republicano en una fase superior en comparación con el monárquico, aún atado al *Antique Régime*. En un período en el cual las antiguas colonias hispanas en América habían pasado a constituir nuevos países por sobre las diferencias y los conflictos de grupos, la percepción de una Alemania monárquica, no unificada, necesariamente colocaba en un segundo plano cualquier otra característica de dicho país, como su filosofía o su literatura³⁵⁸. De modo que, a la crítica respecto de la imposibilidad de Alemania de ir más allá de su orientación erudita y teórica y organizarse como un estado unificado, se unía, finalmente, la condena a la organización política que mantenía al país repartido entre un sinnúmero de pequeñas monarquías.

Este cuestionamiento de la idea de un Chile subalterno *versus* una Alemania superior, puesto en duda, será llevado aún más lejos, terminando por invertir tal oposición centro-margen. Al final de su recorrido germano, un conflicto en Hamburgo lo pondrá frente a dicha cuestión.



Hamburgo. Colección de Editorial Dolmen.

³⁵⁸ Frédéric Martínez destaca cómo el hecho de tener instituciones republicanas, a pesar del atraso en términos de civilización material, le permite a los hispanoamericanos verse como superiores a Europa en el terreno institucional y moral. Véase Martínez, *El nacionalismo...*, *op. cit.*, pp. 80 y 151.

Hamburgo había sido definida, al final de un capítulo de su *Páginas de mi Diario*, sólo como una ciudad portuaria, mercantil y de diques, por lo tanto, no interesante o digna de una descripción más acabada, destacando parte de la nueva arquitectura de la ciudad y dando un par de datos demográficos. Interesante resulta que, al comenzar el capítulo siguiente, retome el relato sobre dicha ciudad hanseática. Algo había dejado de lado, que lo había hecho adoptar una posición de enojo contra tal urbe, haciendo de sus impresiones no precisamente lo más “propicio y desahogado”. ¿Qué lo había perturbado al punto de dividir su relato de viaje en dos capítulos apartes?

El caso es que usaba letras bancarias para moverse por Europa, documento que debía retirar en Amsterdam, previo paso por Hamburgo. De modo que para esta última ciudad, disponía de una suma suficiente para alojarse y partir en un período breve. Al parecer, no se habían considerado otros gastos, como comida o paseos por la ciudad, de tal forma que veía su capital efectivo francamente reducido. El problema se suscita una vez que descubre que le han cobrado en el hotel más de lo que correspondía. Y relata, no sin un dejo de dramatismo, la situación:

“La hora fatal llegó al fin, y el trágico desenlace de aquel sainete se nos apareció como una sentencia atroz e irrevocable en una cuenta que alcanzaba la fabulosa suma de un Thaler prusiano (...) pero la necesidad tiene cara de hereje, y aquel portero parado en la puerta de nuestro cuarto extendiendo la mano con la cuenta entre los dedos, tenía realmente la cara de un hereje, y era un gran hereje, en efecto, porque era protestante, hablaba sólo alemán, y nos cobraba un Thaler, era más que hereje, era un impostor, un ladrón público, un bandido...”³⁵⁹.

No sólo es posible advertir un problema de malentendidos, abusos o accidentes sino, también, sutiles juicios que delataban la posición que se iba asumiendo. Ya se ha hecho notar cómo ciertos viajeros criticaban el materialismo alemán como, asimismo, su frialdad e interés en el dinero. Estas ideas las pone, a partir del “incidente monetario hamburgués”, junto con otros prejuicios y estereotipos. Muchos de los preconceptos a partir de los cuales definía a los alemanes de pronto se unían, se articulaban, conformando un argumento poderoso, sugerente. Lo que definía como injusto y la imposibilidad de comunicarse con el empleado del hotel terminaban enlazando diferentes elementos: la religión, el idioma y el engaño como signos de un tipo de cultura ajena, materialista, hereje. A pesar de que hablaba español –y francés– y era católico, se sentía proveniente de un espacio más humanizado, de pronto pasaba a ubicarse por sobre un germano que no sólo tenía cara de hereje –por lo tanto, de europeo del norte y protestante– sino que actuaba, a su vez, como

³⁵⁹ Vicuña Mackenna, “Páginas de...”, *op. cit.*, tomo II. p. 233,

tal, puesto que cobraba más de lo acordado de antemano, hablaba un idioma del “otro lado Rhin” y aparecía como un ladrón. Realizaba todo un giro, un gesto de inversión centro-periferia, que reducía a la “otredad” germana a un tipo de margen. Margen, en el sentido de que dicho país no representaba ciertos valores morales, estaba fuera de la órbita religiosa papal, como también empleaba un idioma bárbaro. A partir de esta inversión se lograba minimizar la sensación de pertenecer a una nación subalterna respecto a Europa. Sólo así se neutralizaba el sentimiento de inferioridad, de provenir del otro lado del mundo, de una república que ni siquiera era reconocida diplomáticamente, destacando hasta qué punto ciertas características chilenas –como el catolicismo, el idioma de origen latino y la honradez– podían muy bien ponerse en la balanza frente a cualquier país europeo.

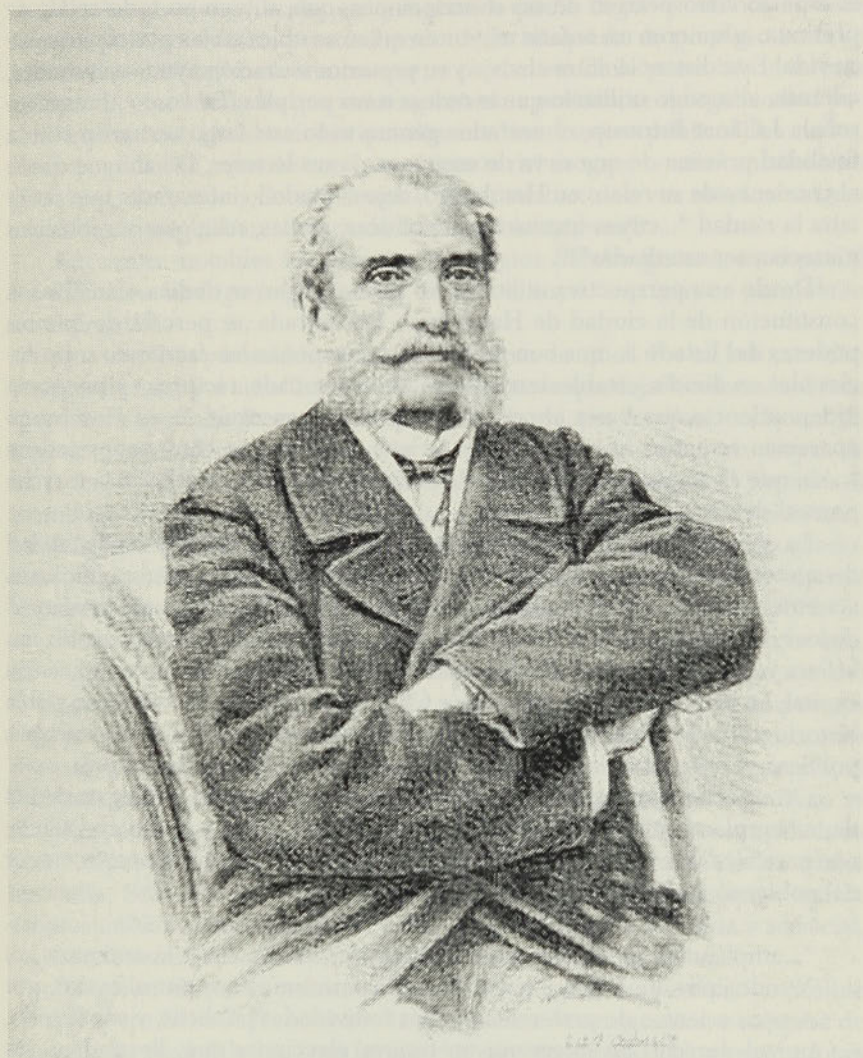
Este gesto de inversión centro-periferia se articulaba como toda una estrategia de localización cultural en Alemania: una localización construida sobre la base de lo que se suponía constituía la identidad nacional chilena. En este sentido, los prejuicios, los estereotipos y hasta los lugares comunes evidenciados por Benjamín Vicuña Mackenna, lejos de manifestar su imposibilidad de comprender la diferencia cultural, conformaban una manera de posicionarse, un complejo, ambivalente y contradictorio modo de representación³⁶⁰.

Frente a lo germano y a todo lo que representaba, oponía lo suyo, lo propio, lo nacional. De este modo, la identidad nacional no conformaba un catálogo estático de elementos llevados al Viejo Mundo, sino un conjunto que se iba desplegando en la medida que lo consideraba necesario. No se trataba de una identidad “fotográfica”, sino de una identidad “en movimiento”, que surgía desde la oposición, el enfrentamiento, frente a lo que se asumía como diferente, ajeno, distante.

Vicente Pérez Rosales y la nación útil

Vicente Pérez Rosales representa otro tipo de viajero chileno en Alemania durante el siglo XIX. A diferencia de Benjamín Vicuña Mackenna, no intentaba poner a Chile en la balanza respecto de Alemania, ni tampoco establecer hasta qué punto este último país era inferior o superior, bárbaro o civilizado. Vicente Pérez Rosales buscaba identificar aquellas características presentes en Alemania, susceptibles de ser aprovechadas o implementadas en Chile. El viaje adquiría, de esta forma, un sentido claramente utilitario y práctico. Su propio objetivo, tal y como en el capítulo anterior se ha establecido, obedecía al intento del gobierno chileno de atraer inmigrantes europeos a Chile. De ahí que asuma, en la ciudad hanseática de Hamburgo, el cargo de Cónsul Chileno para la Inmigración Extranjera. De modo que la base de la travesía estaba puesta desde un primer momento en la dirección de un “servicio al país”.

³⁶⁰ Respecto al poder configurador de identidades de los estereotipos, véase Bhabha, *Nation and...*, op. cit. y *The location...*, op. cit., pp. 66-84.



Vicente Pérez Rosales. Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional de Chile.

Por otro lado, el relato del viaje mismo, inserto dentro de la tradición de las memorias, conforma un factor de diferenciación. No relata sus travesías desde informes periódicos como Benjamín Vicuña Mackenna, sino desde una distancia temporal mucho mayor (más de veinticinco años). Ello explica el aspecto retrospectivo de sus descripciones, que, si bien en todo relato se presenta, adquieren un énfasis mayor en quien se ubica en las postrimerías de su vida. Esta distancia entre el viaje y su posterior narración ayuda a entender, además, el sentido utilitario que le otorga a sus periplos. Tal como al respecto señala Lilianet Brintrup, el narrador genera todo este largo recuerdo con la finalidad práctica de que sirva de enseñanza a sus lectores. De ahí que desde el comienzo de su relato en Hamburgo, deje sentado lo interesante que resultaba la ciudad "...cuyas instituciones políticas, civiles, religiosas y rentísticas merecían ser estudiadas"³⁶¹.

Desde esta perspectiva utilitaria, en primer lugar, se dedica a analizar la constitución de la ciudad de Hamburgo. De entrada, se percata de que los poderes del Estado "...que con tanto afán se empeñan los escritores constitucionales en dividir, estableciendo entre ellos la soñada, recíproca y necesaria independencia que hasta ahora no han podido conseguir...", en Hamburgo aparecían reunidos en un senado y en una asamblea de ciudadanos activos "...sin que esta aparente confusión de poderes haya (...) perturbado la marcha normal del Estado..."³⁶².

La ciudad hanseática, entonces, aparecía como una excelente posibilidad de apreciar en la práctica el funcionamiento de una constitución política, sus aciertos, sus fallas, pudiendo ir más allá de los experimentos, "sueños y afanes" de los constitucionalistas chilenos. Este ejercicio de indagación relacionado con la letra y la praxis de la ley fundamental hamburguesa poseía una importancia capital, en un período de la historia de Chile —no por nada denominado por la historiografía de "Ensayos Constitucionales"—, donde muchas de las energías políticas se orientaban a encontrar "La Ley" que le diera orden al país.

Otro hecho que se destaca de Hamburgo es la gratuidad y obligatoriedad de los empleos públicos. Tal aspecto le sorprende al compararlo con Chile, que para alcanzar el título de cabildante, algo así como un funcionario menor del gobierno de la ciudad,

"...empleamos (...) la intriga, la corrupción, el engaño y la amenaza (...) Y todo ¿por qué? Por el pago de ciertas inmunidades, por el teatro, por ocupar asientos de preferencia en las festividades públicas, y sobre todo, por el derecho de intervenir en futuras elecciones que, llevando a sus parciales a las cámaras, le pongan en actitud de escalar después el poder remunerado"³⁶².

³⁶¹ Pérez Rosales, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 556. Véase Brintrup, *op. cit.*, p. 227.

³⁶² Pérez Rosales, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 556.

El sistema de servicio público hamburgués lo enfrentaba con su propio país, dejando al descubierto en qué medida en Chile era concebido como un instrumento al servicio de intereses personales o de grupos preocupados por mantener y ampliar unos privilegios. A sus ojos, la praxis política de la ciudad de Hamburgo ejemplificaba en qué sentido podía llegar a conformarse un sistema político exitoso, prescindiendo de la búsqueda de prestigio social e influencia económica, elementos que se ponían en Chile por sobre el interés colectivo. A las bondades que veía en el sistema político, se agregaban las “pocas y equitativas contribuciones que alimentaban el tesoro público”, las cuales, al ser pagadas de acuerdo con la conciencia del erogante —una contribución patriótica, de honor y de conciencia—, demostraban una vez más los valores superiores que guiaban a los ciudadanos hamburgueses³⁶⁴.

Encuentra notables las escuelas y colegios hamburgueses, en especial los llamados *kindergarten* o jardines de niños, cuyo “...origen es puramente hamburgués”.

Dos objetivos y bondades veía en los jardines de niños. Por un lado, servían de segunda madre al niño “...cuando la legítima tiene que dejarle solo en las horas que dedica al trabajo fuera de la casa...”. Por el otro, propendían “...a fuerza de ingeniosos procedimientos, a cambiar el instinto de destrucción, tan propio de esa tierna edad, por el del orden y hasta por el del trabajo creador”. Tanto es el interés que tiene en lo jardines de niños, que decide visitar con detención uno, confirmando que: “Todo en la casa estaba dispuesto para hacerla grata al educando...”, así como también el hecho de que “...ningún juguete dejaba de tener un nombre científico ni carecía de algo que agradando pudiese instruir”³⁶⁵.

El entusiasmo con la educación hamburguesa se relacionaba con lo que, de alguna forma, antes había destacado de Hamburgo: la formación del ciudadano. Si el hamburgués pagaba un monto determinado de impuestos bajo lo que su conciencia le dictaba, si los cargos públicos eran vistos como parte de un servicio a la ciudad y, por lo tanto, no remunerados, entonces, el funcionamiento educativo venía a confirmar que este tipo de ciudadano se formaba, no se hacía a la fuerza o de forma espontánea. El niño era educado bajo los preceptos de “orden” y “trabajo”, de juegos a través de los cuales aprendía. Sólo de esta forma era posible que más tarde participase en los asuntos públicos, insertándose, a partir de ahí, de forma honrada y servicial, superando tanta mezquindad, propia del funcionamiento chileno.

Junto con el estudio y descripción del sistema político y educativo posible de aplicar en Chile, así como con la promoción de emigrantes, no dejaba de buscar otras posibilidades, otras formas de “servicio público”. Una vez que logra enviar, por 1856, los primeros emigrantes a Chile, escribe, como confirmando el sentido utilitario de su estadía en Hamburgo, lo siguiente:

³⁶³ Pérez Rosales, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 557.

³⁶⁴ *Ibid.*

³⁶⁵ *Op. cit.*, pp. 558 y 559.

“Desde entonces tuve más momentos de quietud, y procurando aprovecharlos, publiqué en español el “Manual del Ganadero Chileno”, un Atlas microscópico para el uso de las escuelas chilenas de instrucción primaria y los Cuadros Cronológicos de la historia antigua y moderna de Chile y el Perú”³⁶⁶.

En una de sus cartas enviadas a Chile se refiere precisamente a tales textos, destacando los muchos defectos que seguramente tendrán, puesto que en Hamburgo hubo de luchar contra “...la insuficiencia de datos y contra la torpeza de impresores que sólo saben leer el tipo gótico; pero era preciso principiar por algo sobre qué poder converger, y ese algo es lo que tengo el gusto de remitir a Usted...”³⁶⁷. Conociendo los libros que se repartían en las escuelas chilenas emprende “...el muy fastidioso trabajo de formar un pequeño atlas, que reuniendo lo más esencial del estudio de la geografía, estuviese por su precio al alcance de las más modestas fortunas”³⁶⁸.

Sabiendo de la falta de instrucción agropecuaria en Chile, escribe el citado trabajo de ganadería “...con el objeto de generalizar entre los más rústicos habitantes de nuestros campos, aquellos principios más vulgares y de más económica aplicación en la crianza, mejora y curación de los ganados que forman la base de su riqueza”³⁶⁹.

De modo que no se trataba tan sólo de enviar informaciones a Chile copiadas en bibliotecas de Europa, sino de seleccionar el tipo de conocimientos que podían ser utilizados de forma más provechosa y masiva. De ahí que ponga el manual de geografía al alcance de las más “modestas fortunas” o que busque entregar conocimientos básicos a los ganaderos chilenos, privilegiando las producciones de económica implementación. El empeño no estaba puesto en redactar complicados libros que expresasen sus vínculos con la intelectualidad europea y que sólo hubiesen tenido un alcance limitado. En la orientación de un aprovechamiento para Chile de su estadía germana, identificará aquellas falencias del país –como la falta de textos geográficos en las escuelas o la ignorancia de conocimiento técnico en los ganaderos–, intentando remediarlas. Asimismo, junto con escribir unos textos y manuales y enviarlos, procuró que fuesen repartidos en la Universidad de Chile, en colegios y entre intelectuales por él estimados.

Converger, empezar, aprovechar el tiempo, servir: todo indicaba el interés de alguien que quería hacer notoria su presencia en Chile desde la lejanía. Asumía, de esta forma, la actitud de un “viajero al servicio público”. La experiencia en Hamburgo le había confirmado en qué medida la distancia del país hacía que mirase a Chile con nuevos ojos, desde otra posición. A partir de ahí

³⁶⁶ Pérez Rosales, *Recuerdos...*, op. cit., p. 565.

³⁶⁷ Véase Horacio Aránguiz y Marco Antonio León, *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social de Chile (1836-1869)*, p. 368.

³⁶⁸ Op. cit., p. 375

³⁶⁹ Op. cit., p. 380.

era posible ir asumiendo otras perspectivas, evaluando, extrayendo ejemplos, criticando ciertas prácticas y costumbres tomadas por “normales” en Chile. Resultaba, así, un sujeto activo, no un simple contemplador, relator, funcionario o paseante. En Hamburgo había luchado en contra de los que difamaban el nombre de Chile, había analizado la praxis y las leyes del estado local, había observado los establecimientos educativos, escrito y redactado manuales, textos de historia y atlas. La nostalgia, el dolor de la distancia, era aminorada por esta posición utilitaria. A fin de cuentas, el saberse útil hacía que valiesen la pena los sacrificios y el alejamiento.

Isidoro Errázuriz y la nación peregrina

Isidoro Errázuriz, al igual que Vicente Pérez Rosales y prácticamente en el mismo período de tiempo, se estableció en Hamburgo. Sin embargo, sus intereses y posiciones, diferirán de este último. De alguna manera hubo algo de obligatoriedad en su arribo. Indudablemente el hecho de encontrarse en el destierro iba dejando una impronta en él. A partir de esta situación existencial, la noción de patria, la representación de la identidad nacional, adquirirá facetas diferentes a las ya vistas en otros viajeros. Si bien Benjamín Vicuña Mackenna también recorrió Europa en calidad de desterrado, su toma de posiciones en el Viejo Mundo no se vio tan marcada como en Isidoro Errázuriz.

Por otro lado, la forma textual asumida –un diario personal– influyó en sus descripciones de los reinos germanos. Tal y como lo destaca Lilianet Brintrup, el diario se escribe para sí mismo; algo que según él, pertenece a la “vida íntima de su corazón”. Texto, por lo demás, que no fue publicado, sino hasta casi cincuenta años después de su muerte. De modo que las narraciones, de una u otra forma, expresan este sentido intimista y privado: cuenta y reflexiona: “según me agrade, sin tener que conformarme a los caprichos de un lector impaciente”³⁷⁰.

Si bien el objetivo de residir en Alemania estaba ligado a la posibilidad de educarse en las afamadas universidades germanas, por lo cual debió ocuparse en aprender el idioma y, más tarde, en sus estudios de Derecho en la Universidad de Göttingen; no pocas veces cuestionó el sentido de su estadía germana. La distancia se hacía inconmensurable, tornando las metas difusas, sembrando confusión. No podía evitar sentirse aislado, ajeno a lo que antes había constituido su hogar, su patria, su ambiente. En un primer momento, esta sensación de abandono, de pérdida, lo llevó hacia sí mismo, al encierro, a la negación:

“Durante el primer año de mi residencia en este país, viví muy retirado y lleno todavía de los recuerdos de la patria. El aislamiento me hizo

³⁷⁰ Errázuriz, *Cartas...*, *op. cit.*, p. 366. Citado de Brintrup, *op. cit.*, p. 49.

melancólico. Hamburgo era entonces para mí una ciudad corrompida y despreciable; en vez de procurar el entrar en relación con algunas familias, evité constantemente el trato de los alemanes que conocía y formé así un vacío inmenso entre yo y el país que debía servirme de patria durante tantos años”³⁷¹.



Isidoro Errázuriz. Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional de Chile.

³⁷¹ Errázuriz, *Cartas...*, *op. cit.*, p. 61.

A diferencia de Benajmín Vicuña Mackenna, quien se enfrentaba a Alemania y a lo alemán a partir de su evaluación, o de Vicente Pérez Rosales, quien sublimaba la lejanía de Chile desde una actitud utilitarista, evitaba a los alemanes, buscaba el aislamiento. Iba instalando entre él y los otros un vacío, imposibilitando cualquier diálogo, cualquier conexión. Pronto, sin embargo, comprenderá que dicha posición lo único que podía traerle era la soledad, haciendo la lejanía de Chile aún más insoportable. A partir de tal constatación, asumirá su condición de expatriado, de aquél que no ve a corto plazo la vuelta a la patria. Si decidía no aceptar Alemania, se convertía en una suerte de expatriado sin patria, instalándose en una tierra de nadie, lo que evidentemente tornaba su situación insostenible. De modo que decide adoptar un papel, una sociabilidad, un país: "Vivir aislado no podía ya por más tiempo; una fuerza irresistible me arrastraba hacia los objetos de mi alrededor. Llegué a ser, pues, estudiante alemán, me incorporé a una asociación, y me acomodé a las costumbres de mis amigos del modo más racional del que fui capaz"³⁷².

Se dejaba llevar por los objetos que lo rodeaban: aprende el idioma, se comunica, se vincula con asociaciones, se *hace* a sí mismo "un otro", un estudiante alemán. Esta verdadera estrategia racional de superación de la distancia, sin embargo, no evitará que sienta el dolor de la lejanía, puesto que la integración al mundo alemán de ningún modo significaba su disolución en él, ni la renuncia a lo propio. Hacerse *un otro* no implicaba dejar de ser *uno mismo*. De modo que la tristeza y la añoranza inevitablemente afloraban. ¿Qué hacer en tales casos?, ¿cómo vencer aquel sentimiento de separación? Buscará el olvido obligado, creando todo un lugar que le permitiese sublimar el dolor, la distancia:

"La lectura, las impresiones nuevas, los sentimientos de mi alma (...) mantienen mi imaginación en un espacio encantado, en que se corona de flores y se duerme. Sí, se duerme. No soy feliz porque el crepúsculo de los grandes días, porque Chile (...) están lejos, en la ribera oscura y apartada del mar de la esperanza. No *soy feliz*, pero me olvido. Sólo esta tarde he pensado que septiembre rueda sobre mi cabeza sus brisas preñadas de recuerdos grandiosos"³⁷³.

De alguna manera, construía un terreno intermedio entre Chile y Alemania, un espacio encantado, un mundo hecho sobre la base de olvidos, de sueños, de negaciones forzadas. A partir de tal espacio se instalaba, conformando un tipo especial de integración: por un lado, recibía lo que las impresiones nuevas le traían —un Goethe, un Schiller—; por otro, simulaba un olvido, un alejamiento. De esta forma, hacía llevadera la distancia, asumiendo una suerte de actitud romántica que le permitía sobrellevar su situación de expatriado³⁷⁴.

³⁷² Errázuriz, *Cartas...*, *op. cit.*, p. 63.

³⁷³ *Op. cit.*, p. 285.

³⁷⁴ Según su *Diario*, Goethe y Schiller son dos autores por él leídos.

El riesgo de esta operación de enfrentamiento con la distancia desde tal espacio encantado, estaba en la posible confusión, la pérdida y el entrecruzamiento entre un mundo real y uno imaginado. ¿Cómo neutralizar la posibilidad de confundir realidad con mundo poético? Sólo un hilo vinculante le permitiría no perderse, no quedarse en el gesto romántico, algo que lo conectaba con lo propio: el recurso a la patria.

Dicho recurso era articulado por como algo más que un conjunto de definiciones o posiciones políticas. La “patria” no era puesta como una idea abstracta, sino que se ubicaba al interior de toda una estrategia de superación de la nostalgia, de la añoranza, de la lejanía. De ahí que el recuerdo de encontrarse en el mes de septiembre *rodara* sobre su cabeza, con todo lo que tal fecha representaba en Chile: la celebración de la independencia de España, la constitución del primer gobierno nacional. De ahí, también, su obsesión por leer en la prensa internacional –en especial la estadounidense y la francesa– noticias sobre Chile, siempre buscando novedades, hechos que evidenciaran cambios en el país, la esperanza del retorno. La correspondencia representará, asimismo, un papel importante y no sólo aquella destinada a su familia en Chile sino, también, la que mantenía con otros intelectuales chilenos en el exilio, como Francisco Bilbao.

El pensar en la patria, el informarse respecto de su situación política, permitía no perderse en “lo otro”, ni en “los otros”. Sólo de esta forma podía asumir la diferencia cultural que le significaba vivir en Alemania. A partir del recurso a la patria, podía simular ser un estudiante alemán, adoptar a Alemania como una nueva patria, dejar de ser lo que había sido antes, puesto que tenía la seguridad de que aquello era sólo pasajero: casi una estrategia racional de integración.

Interesante resulta notar cómo este recurso a la patria, no pocas veces fue más allá de una estrategia implementada a fin de superar la nostalgia de Chile. La lejanía, la separación, hacía que diferentes elementos, normalmente se mantenían separados en el hogar, como el ámbito público y el espiritual, aquí se unificaran: ¿en qué medida el exilio era también una prueba, no sólo política sino, también, religiosa? La patria, ¿no era algo que él compartía con otros exiliados, aun cuando no fuesen chilenos, sólo por el hecho de sufrir una separación forzosa del hogar?, ¿no habían sido arrojadas de su nación también ciertas figuras bíblicas? La patria de pronto se ampliaba, pasando de un ámbito político e ideológico a un estado emocional, un dolor:

“¡Patria mía! ¡Humanidad, patria de las naciones, patria del alma despertada, patria del Cristo que te legó su Verbo, patria de los que lloran, patria de la esperanza! Mis ojos te han visto apuñalada (...). Mi corazón ha comprendido tu agonía (...). Mis labios te han jurado devoción eterna (...). un día o el otro oiré de nuevo los tambores de la libertad y el grito de mis hermanos que caminan. Será propio ceñirse a la ligera y volar a

la lucha, sin más espada ni coraza que la justicia y la conciencia. ¡Dios irá con nosotros!”³⁷⁵.

Si bien el motivo de su exilio lo constituía un hecho político, el origen de tal expulsión no la explicaba tan sólo por desacuerdos o enfrentamientos ideológicos sino, además, por todo un conjunto de fuerzas supraterrrenales. No interpretaba su alejamiento obligado de Chile únicamente a partir de unas controversias entre conservadores y liberales, sino desde toda una batalla entre el bien y el mal, el cielo y el infierno. En la patria no sólo triunfaban los conservadores, también Satán³⁷⁶.

De modo que no se trataba de la intriga de un grupo político sin más, sino de la manifestación de unas fuerzas oscuras que desplazaban a las fuerzas morales del país. A partir de lo anterior, la lucha entre liberales y conservadores, la esperanza de un Chile mejor, era, a la vez, política y, espiritual y religiosa. Dios acompañaba, Dios guiaba al expatriado. El amor a la libertad y a la patria se tornaba amor a la Divinidad, a la Creación: “He renovado ante el Padre todos mis juramentos, todo mi entusiasmo, todo el amor que su santa palabra fecunda en mis entrañas. (...) quisiera que los días volasen y que volasen los años, para encontrarme al fin en los campos misteriosos de nuestra gran batalla”³⁷⁷.

La batalla se daba, además, en el terreno de las leyes o de la ideología, y en el misterio de la divinidad. Aquí, el cristianismo pasaba a constituir una herramienta de lucha al servicio de la libertad. Lo interesante es que, en tal el recurso a la patria, la noción de libertad superaba el ámbito político o doctrinario. No veía la solución a la tiranía, a la lucha contra el mal que lo mantenía lejos del hogar, tan sólo en una doctrina como la de Proudhon, aquel “...hermano extraviado por el egoísmo del sistema”. La vía no estaba en un enciclopedista ni en un filósofo, tampoco en un doctrinario: “No queremos a un Voltaire; queremos un cristo revolucionario que enarbole la bandera querida y diga al mundo la palabra de los siglos por venir. Sí, la sociedad sucumbe; los dogmas satánicos se hunden en el tiempo (...). ¡Paciencia, hermano! ¡Esperanza oprimidos! ¡La hora sonará!”³⁷⁸.

Cristo se constituía en una figura que enarbolaba una bandera, a la vez política y espiritual. La injusticia social, en el fondo, formaba parte de la maldad satánica, de ahí que Cristo debía estar presente a la hora de hacer frente a gobiernos despóticos e injustos. El sentido mesiánico de la religión cristiana, su visión de un mundo bipolar dividido entre buenos y malos, el recurso a la anunciación, a la venida del Salvador se trasapaban al terreno político. Será a partir

³⁷⁵ Errázuriz, *Diario...*, *op. cit.*, p. 290.

³⁷⁶ *Op. cit.*, p. 310. En otro pasaje saca a colación el vínculo conservadores-Satán: “¡Pobres mis amistades con miembros del ejército conservador. Los halagos de Satán son poderosos!”. *Op. cit.*, p. 315.

³⁷⁷ *Op. cit.*, pp. 292-293.

³⁷⁸ *Op. cit.*, p. 351.

de este entrecruzamiento religión-política, desde donde interprete su condición de expatriado: ¿no era él, acaso, más que un exiliado, un peregrino?

La interpretación de su exilio como el viaje de un peregrino fue un argumento muy utilizado. De alguna forma, se sentía no sólo un exiliado político sino, también, aquél que, desde tal experiencia de lejanía, traspasaba las fronteras en el intento de alcanzar un tipo de santidad. Se veía a sí mismo como un *peregrinus*: aquel forastero en busca de su salvación, el solitario al encuentro de su redención que, por seguir las huellas del Señor, debía desplazarse. En este sentido, dicha definición se vinculaba claramente con la noción del peregrino europeo medieval.

Vinculaba su destino de peregrino con la lucha entre el bien y el mal ya antes descrita, que lo obligaba a vagar por el mundo, a estar alejado del hogar. El mundo injusto –conservador, satánico– que lo había condenado al exilio, lo obligaba a vivir como peregrino, tan sólo armado de ilusiones y esperanzas. El camino era difícil, pleno de decepciones y fracasos: “En el mundo extranjero, cuanto es grato a mi corazón se pierde en las sombras. He buscado la luz, y he encontrado tinieblas, he buscado naciones palpitantes, y he visto un cementerio universal (...) siento de nuevo que todo para el peregrino es ilusión!”³⁷⁹.

De algún modo, la tarea del peregrino era difícil, las “sombras espesas”. Aquí quedaba clara la decepción ante el mundo extranjero, ante la posibilidad de encontrar en Europa lo que sus intereses le reclamaban, de que, en definitiva, el dolor del alejamiento tuviesen su saldo positivo, de que pudiese hallar luz o naciones palpitantes. La travesía se perdía en su inutilidad. Su “noche de peregrino” se alargaba a medida que el tiempo pasaba sin obtener recompensa alguna³⁸⁰.

Algo lo confundía, tornando su destino de expatriado, de peregrino, en un espacio vacío. ¿Qué era lo que hacía las sombras espesas, la noche larga? Aquí había un elemento que lo alejaba sustancialmente de la figura europea del peregrino.

Conformaba un tipo de peregrino sin destino: un viajero sin Jerusalén, sin un Santiago de Compostela como habían tenido sus homónimos europeos. ¿Qué hacía en Europa?, ¿cuál era su lugar de llegada, su punto de finalización? Representaba un peregrino condenado a vagar, sin lograr nunca el arribo final. De ahí que todo le resultase pasajero, efímero. El desplazamiento conformaba su razón de ser, puesto que “para el peregrino siempre hay adiós!”³⁸¹.

El peregrino europeo medieval podía concluir su tarea una vez que arribase al santuario, que besase las reliquias sagradas, después de haber alcanzado la meta, podía emprender el largo regreso a casa. Para Isidoro Errázuriz, por el contrario, la meta estaba puesta en el regreso. A diferencia de la figura

³⁷⁹ Errázuriz, *Diario...*, *op. cit.*, pp. 356-357.

³⁸⁰ *Op. cit.*, p. 349.

³⁸¹ *Op. cit.*, p. 313.

tradicional europea, concluía su misión, no al arribar al lugar sagrado, sino, más bien, al regresar a Chile. Esta noción de Chile, como meta final del peregrinaje, queda evidente en un comentario escrito en su *Diario*, a propósito de una carta de su hermano: “La carta de mi hermanito querido me ha causado un mal (...). Antes me consolaba pensando en verlo bajo el cielo de Chile después de concluida *mi peregrinación*. Ahora cada instante que pasa sin que sus promesas se realicen es un martirio para mi corazón”³⁸².

La distancia, la lejanía, la añoranza, eran parte de su destino de peregrino. Nuevamente el recurso a Chile, a la patria, constituían el hilo que vinculaba su destino. Era un peregrino “nacional”, un viajero obligado a estar fuera del país, conformando la figura de un patriota que debe alejarse de la patria a fin de ayudarla. La travesía en Alemania era parte de todo ello: la experiencia de la distancia, paradójicamente, lo acercaba a Chile.

Al interpretar su expatriación como designio divino, una misión cristiana, deja en evidencia la posición de un viajero chileno en Alemania que no ubica todo en un plano tan sólo político. No pocas veces, aun, a pesar de tener una clara orientación política, mezclaban esferas que por lo general los estudiosos asumen como separadas.

Aquí no estamos tan sólo ante la presencia de una personalidad marcada por lo religioso o ante la confusión producida por la distancia obligada de Chile: mucho más que aquello, su experiencia en Alemania instala la cuestión de la representación de la identidad nacional no atada a planos puramente racionales. Los elementos religiosos, como en el caso de Isidoro Errázuriz, pero también aquellos vinculados a los deseos de hacer del viaje algo útil, como en Vicente Pérez Rosales, o hasta el cuestionamiento de centros y periferias en Benjamín Vicuña Mackenna, demuestran en qué sentido la definición de lo nacional, la identidad, la noción de patria, se realizaba en planos diversos y paralelos.

La experiencia de la distancia en la representación de la identidad nacional deja en evidencia otros elementos que normalmente en casa, en el país natal, pasaban casi desapercibidos, como el papel que en ello podrían representar la religión, los deseos o los prejuicios. En el capítulo siguiente se analiza otra experiencia de viajes: la de alemanes en Chile. ¿Hasta qué punto difiere de la experiencia chilena en Alemania?, ¿recurrieron a elementos similares a la hora de representar su identidad nacional?, ¿cómo se articularon en Chile y lo definieron como país? En lo que sigue se busca responder parte de estas cuestiones.

³⁸² Errázuriz, *Diario...*, *op. cit.*, p. 333. El destacado es nuestro.

OTRA EXPERIENCIA DE VIAJES: ALEMANES AL OTRO LADO DE LA CORDILLERA DE LOS ANDES

ALEMANIA: ¿UNA NACIÓN SIN ESTADO?

Si en Chile la historiografía le ha otorgado un papel central al Estado como constructor de la nación en el siglo XIX, en Alemania se ha destacado lo contrario: la existencia de una nación sin Estado (*Staatenlose Nation*). Esta idea parte de la premisa, usualmente aceptada, de que la formación de la nación en Alemania se articuló sobre la base de elementos culturales, conformando una verdadera nación cultural o *Kulturnation*. Es decir, la cultura común se representa como el fundamento de la formación nacional alemana. Lo anterior se pone en contraste con el modelo de Estado-nación, como Francia, donde el territorio común conformó el cimiento de la definición nacional³⁸³.

Particularmente importante en esta idea de nación cultural para el siglo XIX, así como un antecedente de la misma, fue el trabajo de Johann Gottfried Herder. Se ha afirmado que para él, la idea de Pueblo (*Volk*) llegó a ser el punto principal de sus definiciones nacionales. En su visión, la frontera de un pueblo respecto del otro lo daban los diferentes desarrollos culturales anclados en disímiles idiomas y tradiciones, más que aspectos geopolíticos. Lo anterior traía como resultado, a su vez, que las ideas, el arte y las formas de vida diferían sustancialmente entre los diferentes países. Aquí ya no se observa el desarrollo filosófico del *Espíritu Universal* a lo Hegel, sino, más bien, la influencia del llamado *viraje kantiano*. Desde esta perspectiva, cada pueblo sobre la Tierra poseía una particular e inconfundible historia, lo que se expresaba en un espíritu del pueblo (*Volksgeist*) a su vez diferente. Toda cultura expresaba elementos únicos que la diferenciaban respecto de otras, como también al pueblo que la portaba³⁸⁴.

Desde tales reflexiones se ha destacado el papel que Johann G. Herder le otorgó al idioma, a la literatura y a la historia, como puntos demarcatorios de una identidad nacional³⁸⁵.

Sus ideas en relación con la importancia del idioma, de la literatura y la historia se insertan dentro de un movimiento cultural que ya es posible advertir

³⁸³ Véase Otto Dann, *Nation und Nationalismus in Deutschland: 1770-1990*, pp. 36-37. Respecto al vínculo entre nación, cultura y ciencia véase Ralph Jessen y, Jakob Vogel (eds.), *Wissenschaft und Nation in der europäischen Geschichte*.

³⁸⁴ Véase Singer, *op. cit.*, pp. 16-29.

³⁸⁵ Dann, *Nation...*, *op. cit.*, p. 41.

en los reinos germanos desde el siglo XVIII. Tales movimientos privilegiaban, en especial, la formación de un idioma alemán culto (*Hochdeutsch*), así como una poesía, una literatura y una cultura teatral alemana. En un comienzo dichos movimientos culturales, representados, entre otros, por figuras como Friedrich von Schiller o Wilhelm von Humboldt, aun, a pesar de circunscribirse a un concreto espacio político como lo era el Imperio Alemán, se mostraban por lo general independientes de definiciones políticas o hasta territoriales de la nación. La nación, en este sentido, conformaba una suerte de vaguedad intelectual, sin un espacio concreto donde poder anclar³⁸⁶.

Algunos estudiosos sostienen que este cuadro se modificó sustancialmente en el siglo XIX, con las guerras napoleónicas y la caída política de los reinos germanos en contra de dicho poder. El humillante final del antiguo imperio y las derrotas contra Napoleón hicieron que los alemanes se plegasen sobre sí mismos: una suerte de renacimiento e interés en el conocimiento de lo propio, así como de la esencia germana. Dicho despertar habría otorgado la fuerza necesaria para luchar y resistir al enemigo extranjero, identificado con la Francia napoleónica. Los *Discursos a la nación alemana* (*Reden an die deutsche Nation*) de Fichte y el *Catecismo de un alemán* (*Katechismus eines Deutschen*) de Heinrich von Kleist son testimonio de aquello³⁸⁷.

De modo que una coyuntura política se ha destacado como el origen de este proceso de construcción nacional: la ocupación extranjera como el paso en la toma de conciencia nacional y la proclamación de una nación. Esto, evidentemente, no sólo se visualiza como un accidente histórico sino, también, como la eclosión de ciertas ideas, movimientos y orientaciones filosóficas presentes ya en siglos anteriores.

Hechos político-militares influyeron para que la idea de nación dejase de estar anclada exclusivamente en elementos como el idioma, la historia y la cultura. Lo anterior permitía que la *Kulturnation*, o nación cultural, no representase sólo un papel limitado al ámbito del espíritu (*geistige Kultur*) sino que, además, pudiese ser aplicada a la idea política de una nación. De ahí la marca o el sello étnico-cultural que, a partir de dichos movimientos antinapoleónicos, son recogidos en las posteriores definiciones políticas de la nación³⁸⁸.

El movimiento antinapoleónico se conformó como una protesta del pensamiento romántico ante la modernización que suponía, lo que, a su vez, era visto como una destrucción del antiguo orden alemán. Esta presencia política,

³⁸⁶ Otto Dann, "Nationale Fragen in Deutschland: Kulturnation, Volksnation, Reichsnation". pp. 66-82.

³⁸⁷ Véase Ernst-Wolfgang Böckenförde, "Die Nation-Identität im Differenz", p. 138.

³⁸⁸ *Ibid.* Véase, además, Wolfgang Hardtwig, *Nationalismus und Bürgerkultur in Deutschland 1500-1914*. Hasta nuestros días tal vínculo entre una cultura nacional y una nación política posee un significado en Alemania, aun cuando sus funciones, así como sus esferas de legitimación, se han visto profundamente transformadas. Véase Peter Alter, "Kulturnation und Staatsnation-Das Ende einer langen Debatte?", pp. 31-42.

con la participación de intelectuales como Friederich Schlegel, Adam Müller o Heinrich von Kleist, tuvo su expresión más acabada en Johann Gottlieb Fichte.

En él se han hecho notar dos elementos de conformación nacional: la idea del origen y del idioma. Vincula los orígenes de la nacionalidad alemana con los germanos. Como descendientes de los germanos concibe prácticamente a todos los europeos, pero como alemanes sólo a aquella parte de los que hablan alemán. El idioma distinguía al pueblo alemán de los otros pueblos, puesto que lo habían mantenido, como también lo continuaban desarrollando, mientras que los otros, de procedencia germana, por el contrario, habían tomado idiomas extranjeros. Dado que desde esta perspectiva cada pueblo evoluciona desde sus comienzos sobre la base de una lengua, desarrollándose sin la presencia de alteridades o mezclas, buscar el origen del pueblo alemán sólo podía hacerse estudiando a sus pueblos originarios, es decir, a los germanos: al pueblo que siempre ha hablado la lengua alemana. En este sentido, el idioma para Johann G. Fichte no constituía sólo una forma de comunicación sino una forma de comprensión cultural. De ahí se entiende que llegase a sostener que los extranjeros que no aprendían el idioma alemán correctamente nunca estarían capacitados para entender a los alemanes. El idioma era visto como algo más que una puerta de entrada a la cultura, conformando una verdadera forma de situarse en el mundo desde una particularidad cultural³⁸⁹.

En todo este panorama de perspectivas relacionado con la cultura nacional alemana se ha destacado el papel que representó el llamado Romanticismo alemán. Thomas Nipperdey ha analizado las consecuencias e implicaciones políticas del nacionalismo romántico en Alemania. Dicho autor afirma que tal movimiento buscó vincular la cultura, el estilo de vida y ciertas instituciones sociales desde la noción del *Volksgeist* o *espíritu del pueblo*. La reflexión se articulaba en torno a la posibilidad de una formación del carácter nacional a partir de diferentes elementos como: el idioma, la historia, el derecho, la literatura y el arte³⁹⁰.

Aquí nuevamente el idioma es visto como la llave que abre la puerta al espíritu del pueblo alemán, al contener la especial percepción del mundo y de la vida de dicha sociedad. De ahí la importancia de los diccionarios para Jacob Grimm, puesto que no simplemente conformaban una reunión de palabras, sino, además, la expresión del espíritu mismo del idioma. Junto con su relevancia es posible advertir una revalorización de la historia, sobre todo la del pueblo alemán. Muchos se volcaron a investigar la historia de la Edad Media germana, así como de los antiguos teutones, sajones y celtas. A menudo, la atención estuvo puesta en simples historias del pueblo, su vida o costumbres. En muchos casos la historia romántica llegó a convertirse en

³⁸⁹ Véase Rätzzel, *op. cit.*, pp. 72 y 73.

³⁹⁰ Thomas Nipperdey, *Nachdenken über die deutsche Geschichte*, pp. 110-125.

la historia del pueblo (*Volksgeschichte*). Todo este interés en dicha inclinación historiográfica buscaba poner en evidencia aquellos elementos que ayudaban a la construcción del patriotismo germano.

Thomas Nipperdey ha destacado en qué sentido el Romanticismo alemán se articuló como un movimiento contrario al universalismo de la Ilustración. El Romanticismo contribuyó a la formación nacional alemana. En un sentido, el movimiento romántico se mostró contrario a la Ilustración, concentrándose en lo singular, en la particularidad de la nación contra la homogeneización de las perspectivas universalistas ilustradas. De ahí que, desde tales posiciones, la nación fuese personificada, así como que no pocos buscasen en el espíritu de los pueblos su carácter. Ello explica, además, por qué muchos intelectuales estudiaban la cultura alemana, así como sus diferentes manifestaciones, en sus vínculos con la nación: la cultura pasó a tener una connotación nacional³⁹¹.

Se ha afirmado que el movimiento romántico respondió tanto a fenómenos literarios o filosófico-políticos como a un cambio de época: período de construcción de los estados nacionales modernos en Europa; centralización y burocratización política; cambios del mercado del trabajo y creciente especialización; etc. Todos estos fenómenos tuvieron un fuerte efecto sobre la organización social. Hasta fines del siglo XVIII la sociedad germana se presentaba segmentada, constituida por pequeños grupos –locales y regionales–, donde primaba el contacto personal y la concreta presencia de las tradiciones. La modernidad, sin embargo, desintegró tales vínculos, ubicando a los individuos en grandes grupos, imponiendo estructuras abstractas y racionales bajo el alero de las organizaciones estatales. La autoridad se despersonalizó al no existir más las dinastías o monarquías. Las normas, la lealtad y los vínculos no fueron más vistos desde una presencia simbólica concreta. De modo que una vuelta al particularismo se ha interpretado como una respuesta a los violentos procesos modernizantes que Europa sufría. Ante la desintegración, se oponía una reintegración desde una cultura y un idioma común, con la finalidad de crear toda una forma de unificación social.

Ahora bien, es notorio cómo la mayor parte de los elementos que los estudiosos destacan como constitutivos de la formación nacional alemana tienen que ver con movimientos, conjuntos de ideas o concepciones, desarrolladas dentro de las fronteras y en vinculación con los propios alemanes. ¿En qué medida la referencia internacional, el factor externo, la diferencia cultural y la alteridad, representaron un papel en este proceso de construcción nacional?, ¿en qué sentido la conformación de lo propio, sobre la base de un idioma común, una historia y un origen compartido, se realizó desde la diferencia con lo que se percibía como ajeno?, ¿tuvieron alguna participación los relatos de viajes a tierras lejanas y extrañas en tales procesos de diferenciación nacional, en dichas definiciones de fronteras culturales?, ¿qué líneas de demarcación

³⁹¹ Nipperdey, *Nachdenken...*, op. cit.

se trazaron desde el viaje a Chile? En lo que sigue se busca abordar dichas cuestiones, analizando la travesía de unos viajeros venidos desde Alemania a aquellos confines del mundo. Se busca definir hasta qué punto asumieron una identidad nacional al otro lado de la cordillera de los Andes y en qué medida tales tomas de posición influyeron sobre las formas mediante las cuales percibieron Chile, sus habitantes, vegetación y climas.

CHILE ENTRE EL VIEJO Y EL NUEVO MUNDO

Para muchos europeos del siglo XIX, Chile se mostraba como una travesía ciertamente ambivalente. En un sentido, no ofrecía aquellos elementos tropicales y exuberantes exaltados por ciertos viajeros, como Alexander von Humboldt, como sitios imprescindibles de toda expedición científica a América, o pueblos de un legado histórico y cultural milenario, como eran concebidas las culturas mesoamericanas o andinas. No pocas rutas sudamericanas terminaban en Perú o Bolivia, encandiladas ante la majestuosidad de las ruinas incaicas, o en Brasil, con la esperanza de descifrar nuevos conocimientos sobre el Amazonas o respecto de la flora y fauna de aquel lugar. Por otro lado, el acceso mismo al país se hacía muy complicado, caro y arriesgado, puesto que debía hacerse circundando el cabo de Hornos –famoso por su peligrosidad–, o a través del inmenso desierto de Atacama, o cruzando la cordillera de los Andes.

A pesar de estos aspectos que dificultaban el acceso a Chile, el país era objeto de un especial interés. Algo ejercía una atracción sobre aquel sitio del fin del mundo: un cierto manto de misterio y desconocimiento; unos pueblos fantásticos como los patagones, de una supuesta increíble constitución física; aquellos indios mapuches que habían logrado sobrevivir a la conquista hispana y hasta la conformación del estado nacional chileno. El que arribaba, de alguna forma iba en busca de características que no encontraba en otros lugares de América: otra vegetación, otros climas, otras culturas.

De modo que el viaje no correspondía a una travesía como cualquier otra: las complicaciones que suponía, las distancias que había que superar hacían de la llegada un verdadero *acto de gracia*. Los alemanes anhelaban el arribo final tras un viaje que, por las condiciones de la época, resultaba largo, fatigoso y complicado. A medida que el objetivo del trayecto se acercaba, mayor era la impaciencia, así como evidentes ciertos sentimientos de soledad y lejanía. Eduard Poeppig, después de haber recorrido más de diez mil millas marinas desde los Estados Unidos hasta el puerto de Valparaíso, habiendo pasado por el cabo de Hornos, refleja en su relato dicha sensación de arribo:

“Ya nos acercábamos al objetivo final de nuestro vasto viaje. Debe haber hecho uno mismo un largo viaje a países lejanos, distantes y poco

conocidos, para poder hacerse una idea de la tensión en la cual el viajero se encuentra en los últimos días antes de lograr su objetivo: nostalgia de la amabilidad de la tierra madre (...), espera y curiosidad ante las primeras impresiones (...), todo ello se une provocando una alegre intranquilidad en el pecho..."³⁹².

Interesante resulta advertir en qué sentido el tipo de desplazamiento decimonónico mismo hacía que el viajero se preparase para el arribo. Meses de recorrido, tiempo de reflexión y espera inevitable, dentro del cual se leía sobre el país al cual se iba. Así como en sus homónimos chilenos, los viajeros alemanes arribaban aun "antes" de entrar al país, en una suerte de viaje literario que les otorgaba todo un conjunto de imágenes y nociones respecto de lo que el país anfitrión supuestamente era. Eduard Poeppig reúne lecturas sobre Chile en su travesía, imagina sus paisajes, se pregunta cómo será recorrer aquel verde eterno que resplandece en los mapas como una suerte de "segunda Sicilia". Reconocía cómo la fantasía le jugaba malas pasadas, puesto que buscaba traspasar lo leído ante la naturaleza que se le presentaba al cruzar el cabo de Hornos, trayendo a la memoria lecturas de juventud sobre países lejanos y pinturas de motivos americanos. La lentitud de la travesía, por otra parte, impacientaba, aumentaba las esperanzas y la tensión: ¿Chile correspondería a lo que los libros decían de él?, ¿colmaría las expectativas que la travesía misma incrementaba aún más y más?³⁹³.

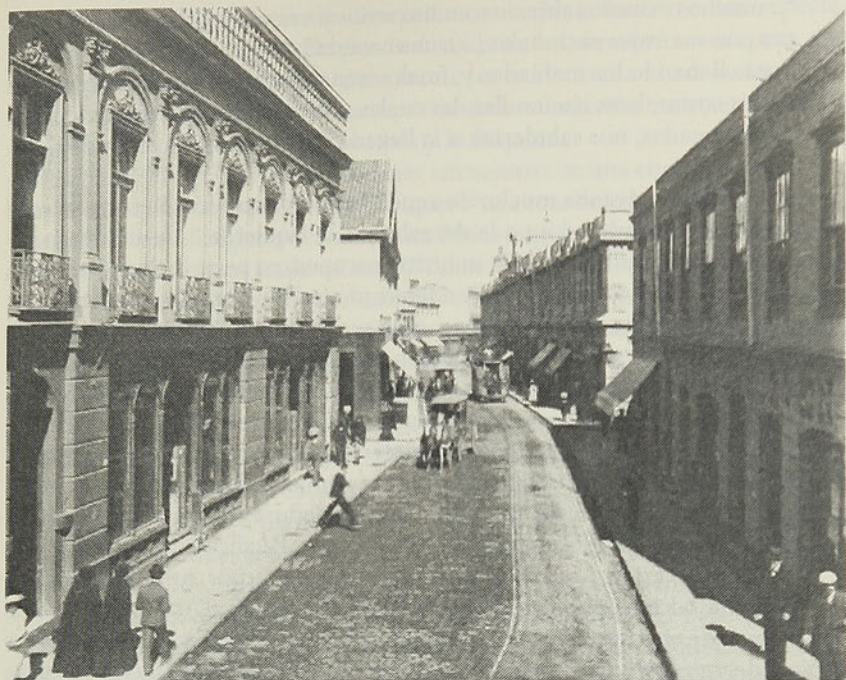
Un aspecto que hacía que los viajeros alemanes percibieran más cercana la meta del destino final era el hecho de traspasar la frontera imaginaria que los separaba del mundo que habían dejado. De esta manera, muchos acentuaban en su relato el momento en el cual cruzaban ciertos hitos geográficos, como la línea del Ecuador. De alguna forma, se asumía que el cambio climático que suponía alcanzar otros grados terrestres era, a su vez, signo de que se entraba en un espacio ajeno y diferente. Al igual que los viajeros chilenos en el momento en que cruzaban el río Rhin hacia la orilla alemana, los germanos también vinculaban geografía con cultura, asumiendo que las divisiones geoclimáticas significaban, al mismo tiempo, separaciones entre lo conocido y lo extraño³⁹⁴.

Eduard Poeppig recorría con su vista las nuevas especies que descubría al acercarse a Chile, meditaba sobre las modificaciones de temperatura y hume-

³⁹² "Wir näherten uns nun dem Ziele unserer weiten Fahrt. Man muss selbst lange Reisen nach weit entlegenen und wenig gekannten Ländern gemacht haben, um sich eine Idee von der Spannung machen zu können, in welcher der Reisende in letzten Tagen vor dem Erreichen seines Zieles sich befindet: Sehnsucht nach der freundlichen Muttererde (...), neugierige Erwartung des ersten Eindrucks (...), all dies vereinigt sich, um eine fröhliche Unruhe in der Brust zu erzeugen...", Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo I, p. 32. Ésta, así como las siguientes traducciones del alemán, son realizadas por el autor.

³⁹³ *Op. cit.*, pp. 48-49.

³⁹⁴ Véase Siebert, *op. cit.*, pp. 162-164.



Valparaíso. Calle Condell cerca de 1900. Harry Grant Olds. Archivo Fotográfico, Biblioteca Nacional de Chile.

dad, preparándose para el encuentro con otras culturas, tan poco familiares como lo eran en aquel momento el aire y la humedad que percibía³⁹⁵.

De modo que la lectura repasada a bordo, la sensación de cruzar fronteras, todo iba conformando un conjunto que aminoraba el impacto que podía sufrir al encontrarse inmerso en otro lugar. Lo anterior, sin embargo, tenía su aspecto contraproducente: ¿Qué hacer si el país al que se dirigían no correspondía al que ellos durante toda la travesía habían “construido”? En este punto, en casi todos la realidad decepcionó con creces a la fantasía. Algo no funcionaba. El llegar a puerto y entrar en el Chile “real” resultaba notablemente perturbador. Tal y como ciertos estudiosos lo han destacado para otras experiencias viajeras de germanos fuera del Viejo Mundo, buscaban la alteridad, la diferencia, lo no europeo, tratando de hacer calzar lo visto con lo que la literatura de viajes al respecto afirmaba, esperando la originalidad de lo extraño³⁹⁶.

Eduard Poeppig, en Valparaíso, anhelaba el encuentro con ciertas escenas, aquéllas propias de los países ecuatoriales, que le hablaban de hombres y naturaleza de formas extraordinarias y diferentes:

³⁹⁵ Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo I, p. 32.

³⁹⁶ Véase Siebert, *op. cit.*, pp. 165-168.

“...muchos extraños africanos, indios serios y morenos, colonizadores blancos con sus trajes nacionales (...), una cantidad de pájaros extraños, peces y frutas llenando los mercados y, finalmente, aquella maravillosidad misma de las costumbres nacionales, las cuales, al mismo tiempo que extrañas y desordenadas, nos saludarían a la llegada”³⁹⁷.

Sin embargo, distaba mucho de aquel cuadro pintoresco. Recorre su calle principal, observando cómo a la derecha y a la izquierda “...se muestran negocios llenos de productos de la industria europea, en parte incluso instalados con la delicadeza de nuestras grandes ciudades”³⁹⁸. Llega a esperar que la visita a unas “quebradas” del puerto —una suerte de desfiladeros en medio de los cerros— le mostrase algo de lo propio del lugar, decepcionándose amargamente al comprobar que, incluso, espacios no habitados presentaban un tipo de vegetación que, más bien, correspondía a “...nuestra parte del mundo”³⁹⁹. En la ciudad misma, hasta el idioma inglés se escuchaba a menudo con más frecuencia que el propio español. La ropa nacional desaparecía bajo la moda noreuropea. Ni siquiera las mesas de los vendedores del mercado ofrecían algo que pudiese recordar a las costas del océano Pacífico⁴⁰⁰.

El escritor Friedrich Gerstäcker en Valparaíso, por su parte, también evidenciaba tal tensión entre expectativa y decepción. Una y otra vez sus esperanzas de encontrarse con un mundo que llenase unas ansias aventureras se veía derrumbado: la ciudad no conformaba, de ninguna manera, una urbe construida sobre la base del gusto hispano, sino que constituía “...más que Río de Janeiro y Buenos Aires una plaza de negocios europeo”⁴⁰¹.

¿Qué había aquí? Chile resultaba diferente de lo que se había imaginado en años de lecturas y meses de viaje. La originalidad de lo ajeno se perdía entre sus aires europeizantes, hecho que no pocos asociaban con la masiva importación al país de mercaderías foráneas, que terminaban por destruir el encanto y la atracción local. La belleza nativa era reemplazada por la desarmonía que traía la intromisión del Viejo Mundo en el Nuevo⁴⁰².

³⁹⁷ “...die ungewöhnlich zahlreichen Afrikaner, die braunen, ersten Indianer, die national gekleideten weißen Kolonisten (...), die Menge der fremdartigen Vögel, Fische und Früchte, welche die Verkaufsplätze füllen, und endlich selbst manches Wunderliche der nationalen Sitten, welche zugleich als ungewohnt und außerordentlich den Ankömmling empfangen”. Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo I, p. 51.

³⁹⁸ “Rechts und links zeigen sich Läden mit den Produkten der europäischen Industrie gefüllt, zum Teil sogar mit der Zierlichkeit unserer größeren Städte aufgestellt”. *Ibid.*

³⁹⁹ “Selbst die Erwartung, in den nächsten Schluchten etwas Eigentümliches zu gewahren, wird bitter getäuscht. Die wenigen Bäume dieses Felsbodens (...), sind die unseres Weltteiles”. *Ibid.*

⁴⁰⁰ “Die malerische Nationaltracht verschwindet unter der nichtsmeinenden modischen Kleidung Nordeuropas, und selbst die Tische der Markverkäufer bieten nichts, was an die Küste des Stillen Ozeans erinnerte”. *Ibid.*

⁴⁰¹ Friedrich Gerstäcker, “Reisen, Südamerika-Californien- Die Südsee-Insel”, tomado de Pagni, “Friedrich...”, *op. cit.*, p. 276-287.

⁴⁰² Véase Siebert, *op. cit.*, p. 167.

No todos manifestaron una decepción o semejante tensión entre expectativa y realidad observada. No pocos destacaron los elementos europeos que el país poseía, puesto que de alguna forma les evidenciaba el adelanto al cual había llegado Chile, así como su superioridad en relación con ciertos países vecinos, todavía anclados en lo nativo y lo hispano.

El pintor Otto Grashof en su primer encuentro con una ciudad chilena, Copiapó, no dejaba de impresionarse al tener: “..ya muchos elementos europeos, una bella plaza, una iglesia de madera en forma cúpula importada por un inglés (...) El teatro no estaba nada de mal”. Ya en Valparaíso se asombra ante una ciudad “...que ofrecía una imagen amable”, con muchos europeos viviendo allí, un teatro con un grupo italiano, casa de conciertos, restaurantes. Una ciudad donde, según él, en realidad no se conocía la pobreza⁴⁰³.

A fines del siglo XIX, Moritz Schanz describía varias ciudades chilenas, destacando cómo el orden y limpieza se ubicaba a la altura de cualquier ciudad europea. Resalta, además, la belleza de los paseos de la ciudad de Santiago, que inevitablemente le recordaban a París⁴⁰⁴.

La ambivalencia a partir de la cual buscaban lo europeo y, a la vez, lo no europeo en Chile, la tensión entre las esperanzas de encontrar un mundo ajeno y maravilloso, y lo que efectivamente descubrían, muchas veces fueron elementos decisivos para la categorización que hicieron del país. ¿Qué era Chile en verdad?, ¿una parte de Europa transplantada a América?, ¿unos confines del mundo habitados por indios salvajes y desconocidos?, ¿un *Dorado* posible de explotar?

En un sentido, muchos alemanes buscaban describir, por contraposición al Viejo Mundo, aquellos elementos no europeos, autóctonos, diferentes, acentuando la originalidad de la cultura chilena. Una vez que hubo pasado el primer impacto de encontrar un país más europeo de lo que se pensaba, era posible ir más allá de las apariencias e intentar algo así como una caracterización de su pueblo y sus costumbres.

Eduard Poeppig recorrió las haciendas del valle central con la idea de conocer a la gente del campo, como si de alguna forma representasen el verdadero espíritu del pueblo. Se interesaba, puntualmente, por describir al “huaso”, un tipo especial de campesino equiparable al gaucho argentino. A los “huasos” los veía como fieles representantes de las capas inferiores de la sociedad, en los cuales aún se conservaba completamente la nacionalidad chilena⁴⁰⁵.

⁴⁰³ “Die Stadt hat schon viele europäische Elemente, eine schöne Plaza, eine aus Holztagen und kuppelförmig von einem Engländer ausgeführte Kirche (...). Das Theater war nicht übel”. Otto Grashof, “Briefe an seinen Bruder”, p. 97.

⁴⁰⁴ Moritz Schanz, *Quer durch Süd-Amerika. Reise-Skizzen aus dem Jahre 1890*, pp. 140-146.

⁴⁰⁵ “Nach Durchwanderung (...) gelangten wir zu mehreren verstreuten Hütten, den Wohnungen eben jener Guassos, die am richtigsten als Landsleute der niedrigen Klasse bezeichnet, in welchen sich die volle Nationalität erhielt...”. Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo I, p. 102. Véase, además, p. 75.

Interesante resulta advertir cómo buscaba el Chile autóctono fuera del mundo elitario de las capas altas de la sociedad chilena. Era justamente lejos de tales grupos, de origen europeo y, además, altamente europeizantes, donde era posible encontrar el carácter de la nación chilena. Tal carácter era definido por su temperamento, su alegría de vivir, el gusto por la conversación animada, la risa espontánea y ruidosa⁴⁰⁶.

Paul Treutler, inmerso en la ciudad de Santiago, no dejaba de sorprenderse ante el carácter festivo del chileno, no recordando realmente "...haber encontrado un pueblito más divertido y placentero"⁴⁰⁷. Esta cualidad no sólo la advertía en sus fiestas, ceremonias o hasta actividades especiales sino, además, la vinculaba con su actitud cotidiana, puesto que el trabajo mismo del chileno era realizado en medio de una gran festividad:

"Al acercarme a las puertas de las casas podía escuchar cómo el herrero golpeaba sobre su yunque y cantaba (...) el cocinero cantaba con la empleada de la casa, y vi cómo él de pronto la tomaba, golpeaba la olla con la cuchara y un par de veces describía con ella vueltas de baile para después volver a su trabajo. Parecía como si toda la gente sólo podía traba-



Plaza de Armas de Santiago, cerca de 1830. En *Sixteen years in Chile and Peru: from 1822 to 1839 / by the retired Governor of Juan Fernandez*, XII, p. 563.

⁴⁰⁶ "...das laute Lachen und geschwinde Sprachen beweisen, mit welcher Lebendigkeit dort die unentbehrliche Unterhaltung gefühlt wird". Poeppig, *Reise...*, op. cit., tomo I, pp. 173-174.

⁴⁰⁷ "...ich erinnere mich wahrlich nicht, wo ich ein lustigeres, vergnügteres Völkchen gefunden hatte". Treutler, *Fünfzehn...*, op. cit., p. 66.

jar aquí cuando cantaba, y ese temperamento alegre podía bien atribuirse al vino bueno y barato”⁴⁰⁸.

Así como los viajeros chilenos destacaban en los alemanes ciertos aspectos positivos, como un carácter reflexivo y especulativo –que a la vez se transformaban en desventajas, puesto que les impedía organizarse como un estado nacional–, del mismo modo, los germanos iban describiendo las características del pueblo chileno. Con Paul Treutler es posible observar que no pocos elementos acentuados que, a primera vista, podrían interpretarse como positivos, –como, por ejemplo, la alegría de vivir, un temperamento alegre y sociable o la espontaneidad–, eran puestos como evidencia de los límites dentro de los cuales los chilenos se movían. De alguna forma se asumía que aquello que los hacía sobresalir también los perjudicaba, dado que les impedía alcanzar niveles de productividad elevados o asumir el trabajo con seriedad. De hecho, Paul Treutler ni siquiera definía el carácter alegre del chileno como algo natural o propio, buscando, más bien, una explicación en su fácil acceso al alcohol. En otro sentido, destacaba positivamente su hospitalidad, sinceridad y valentía, a la vez que se lamentaba cómo lo anterior, también, se expresaba en su apasionamiento, derroche y poca prudencia. De ahí que, según el viajero, la moralidad dejase mucho que desear, evidenciándose claramente en el alto número de hijos que nacían de forma ilegítima⁴⁰⁹.

Por su parte, la honestidad del chileno era otro elemento que a menudo se empañaba, pues el robo y los delitos, según Paul Treutler, aunque se presentaban muy raramente, siempre eran el resultado final de la influencia de las bebidas alcohólicas⁴¹⁰.

No pocas de las singularidades que los viajeros alemanes descubrían en los chilenos las vinculaban directamente con Europa: ya fuese como una influencia del Viejo Mundo, unos orígenes o la presencia de las modas. Al respecto, interesante resulta advertir cómo los germanos no se referían a Europa como una entidad homogénea, sino que, por el contrario, tendían a diferenciarla, estableciendo fronteras, sectores y segmentos. De modo que no advertían un vínculo de los chilenos con Europa en general, sino, más bien, con una región muy determinada: el sur. De esta manera, y a partir de la descripción de la cultura chilena como un trozo del Viejo Mundo, iban estableciendo las diferencias que los separaban a ellos mismos del mundo sureuropeo. Lo anterior

⁴⁰⁸ “Näherete mich den Türen der Häuser, so hörte ich, wie der Schuster auf seinem Leisten hämmerte und sang, (...), der Koch mit den Stubenmädchen sang, und sah, wie er plötzlich mit ihr aufsprang, mit dem Kochlöffel die Casserde schlug und sich ein paar Mal fingen mit ihr im Streife herumdrehte, und dann zu Arbeit zurückkehrte. Es schien, als ob alle Leute hier nur arbeiten könnten, wenn sie sangen und konnte man dieses heitere Temperament wohl such dem billigen guten Weine zuschreiben”. Treutler, *Fünfzehn...*, *op. cit.*

⁴⁰⁹ *Op. cit.*, p. 16.

⁴¹⁰ *Ibid.*

les otorgaba una perspectiva, una posición, en tanto europeos del norte, como, asimismo, un punto de referencia para evaluar las costumbres chilenas⁴¹¹.

La huella de la conquista hispana era algo muy perceptible. A donde mirasen inevitablemente se tropezaban con lo hispano, no sólo a partir de las construcciones, calles o edificios sino, también, desde costumbres y hábitos.

Paul Treutler criticaba en Santiago la inmoralidad de ciertas mujeres chilenas que, so pretexto de asistir al oficio religioso, se encontraban en lugares secretos y apartados con sus amantes, asombrándose de que aún, después de siglos, primase la naturaleza apasionada de los españoles en Chile⁴¹².

Tal herencia ibérica no era puesta con el mundo hispano en general, sino que era vista en íntima relación con el sur de España y, en particular, con el mundo andaluz. De alguna forma, Chile le parecía un trozo de Andalucía transplantado al Nuevo Mundo. De hecho, la inclinación de las mujeres chilenas a las aventuras y su utilización de todo tipo de tretas para concertar citas amorosas, las explicaba debido al temperamento apasionado de los andaluces⁴¹³.

Eduard Poeppig, al igual que Paul Treutler, veía el mundo sureuropeo en Chile: ya fuese por la forma de construir las casas, ya por la amabilidad del chileno o, bien, a partir de ciertas costumbres, como la siesta; siempre algo le recordaba a España. Incluso, algunas particularidades, esto es, la afición a la vida nocturna, por ejemplo, asociándolas a la viveza sureuropea⁴¹⁴.

No sólo veían el vestigio sureuropeo o español en Chile: la conformación misma del pueblo la vinculaban a la Península Ibérica. Eduard Poeppig destacaba el origen principalmente hispano de la población chilena. Desde su óptica, la población nacional se formó sin la presencia de un fuerte mestizaje, manifestándose sólo raíces ibéricas. Lo anterior, lo explicaba por la inexpugnabilidad de los indios del sur chileno, nunca conquistados por las huestes reales. Ello sería la causa que aclararía el porqué Chile se había desarrollado como un país sin mezclas ibero-amerindias⁴¹⁵.

Tal “pureza de raza” era considerada toda una ventaja del país respecto a otros lugares de la América Hispana, donde, por el contrario, había primado el mestizaje y la influencia de las poblaciones de origen africano⁴¹⁶. Incluso,

⁴¹¹ En relación con el eje norte-sur para definir la identidad nacional en los viajeros alemanes véase la última parte de este capítulo, en especial acápite referido a Eduard Poeppig.

⁴¹² “So war Santiago in Jahre 1860 und ersieht man daraus, daß selbst nach Jahrhunderten das heißblütige Naturell der Spanier noch vorherrschend war”. Treutler, *Fünfzehn...*, *op. cit.* p. 22.

⁴¹³ *Op. cit.*, p. 28.

⁴¹⁴ Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo I, pp. 68, 71, 75 y 98.

⁴¹⁵ “Mit den Indianern des Südens kamen die Conquistadoren nie auf einen freundlichen Fuss, und daher stand auch so keine farbige Bevölkerung. Daher ist es wohl zu erklären, warum die Volksmenge in Chile in der ersten Zeit so ungemein langsam zunahm. Sie konnte allein durch Einwanderung vermehrt werden, und der Volkssage nach waren es besonders Gallicier, welche sich in dem ersten Jahrhundert nach der Eroberung mit ihren Familien, über den Isthmus von Panama kommend, in Chile niederliessen”. Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, p. 199.

⁴¹⁶ “Kein Land des weiten Amerika erfreut sich der Vortheile, welche einem Staate aus einer homogenen Bevölkerung und der Abwesenheit von Kasten erwachsen, in dem Masse wie

según Eduard Poeppig, donde se hubiese dado algo de intercambio de razas, habría pasado prácticamente desapercibido, puesto que hasta la propia población de origen indígena chilena difería de sus pares en otras partes de América, llegando a ser casi tan blanca como lo sería un campesino alemán que ha pasado un tiempo bajo los efectos de los rayos del sol⁴¹⁷.

A partir de esta “pureza racial”, Chile era descrito como un espacio nacional homogéneo, sin castas ni diferencias de idiomas, a diferencia de lo que notaban en países vecinos como Perú o Bolivia. Lo cual hacía que fuese percibido diferente al resto de América, con grandes posibilidades de salir del estado de desorganización y anarquía que reinaba en otras partes, como también de alcanzar un estado superior de orden y “civilización”. Puesto que su población poseía un grado muy bajo de “gente de color”, las potencialidades eran enormes, como también la probabilidad de llegar a ocupar un puesto de importancia entre las naciones sudamericanas. Si algún día lograba salir de su estado de formación nacional y se veía a sí mismo como una nación ya madura, debía sin duda agradecerlo a tales condiciones étnicas. A ello, según Eduard Poeppig, habría que sumarle el hecho de que la homogeneidad le ahorra muchos conflictos, acontecimiento que en otros lugares de mayor multiplicidad étnica como, por ejemplo, Brasil, enfrentaba a los diferentes grupos raciales entre sí⁴¹⁸.

Que Chile fuese considerado un lugar cercano a Europa, debido a su origen prácticamente europeo, explicaba muy bien la influencia del Viejo Mundo, como también la razón por la cual dicha cultura había llegado a fructificar y desarrollarse como en ninguna otra parte de la América Hispana. Así, lo que al comienzo de la travesía chilena había sido decepción, al encontrar un país más europeo de lo que ellos se habían imaginado, era visto, ahora –por la mayoría de los viajeros alemanes–, desde un prisma positivo.

Chile. Den Chilenen selbst ist dieser Umstand bekannt, und mit Recht wünschen sie sich Glück dazu, dass Eigentümlichkeiten ihres Landes und ihrer Vorfahren sie vor dem Entstehen einer Bevölkerung bewahrten, die als dauerndes Uebel das Wohl auch der spätesten Nachkommen gefährdet.” Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo I, p. 192.

⁴¹⁷ “Die Farbe der chilenischen Indier ist überhaupt nicht dunkel, und auch unter den Pehuenchen sind mir auffallend weisse Individuen vorgekommen. Ein Kazike, derselben, Neculeo, (...) war, besass ganz die Farbe eines deutschen Landmannes, der sich dem Wetter sehr viel aussetzt, und hatte völlig silbergraues Haar, beiläufig eine grosse Seltenheit unter der amerikanischen Menschenrace”. *Op. cit.*, p. 463.

⁴¹⁸ “Wenn diese junge Republik sich schneller als irgend eine andere Ihrer zahlreichen Schwestern aus dem anarchischen Zustande des revolutionären Kampfes erhob, und wenn sich schon jetzt mit einer Geschwindigkeit, die in jenem Welttheile noch ohne Beispiel dasteht, eine höhere Stufe von Civilization und Ordnung errichtete, so dankt sie dieses wohl ganz vorzüglich dem Umstand, dass sie unter ihren Bürgern sehr wenige Farbige zählt. In ihr sind die vielfachen Uebergänge der einen Race in die andere unbekannt, deren Unterscheidung dem Fremden schwer fällt, und die in Ländern wie Brasilien, früher oder später, einen furchtbaren Kampf der Verteilung herbeiführen müssen...”. *Ibid.*

Chile se europeizaba día a día. Lo cual implicaba la adquisición, en especial por las clases más ricas, de la moda y las costumbres del Viejo Continente, además la apertura del país a la ciencia y a la industria, y al desarrollo de un cierto espíritu del trabajo. De ahí que, para Eduard Poeppig, cada vez se recibiese con más entusiasmo e interés –por oposición a muchas “regiones incivilizadas de la América tropical”– a los científicos europeos que llegaban a estudiar el país. De ahí, también, el carácter menos “frívolo y simplista” de la ciudad de Santiago, en comparación con otras capitales sudamericanas, como Lima⁴¹⁹.

Finalmente, y después de haber captado la íntima vinculación de Chile con el Viejo Mundo, muchos llegaban a la conclusión de que sólo necesitaba el concurso de una inmigración europea, en lo posible alemana, para elevarse por sobre las antiguas colonias iberoamericanas. El citado Eduard Poeppig afirmaba que el papel de Chile llegaría a ser grandioso, una vez que ciertas colonias europeas ocupasen el lugar “...y allí retirasen la oscuridad de la barbarie con la luz del Viejo Mundo”⁴²⁰. Paul Treutler, al finalizar su relato sobre Chile, promovía la inmigración, dado que, por sus características, bien podría llegar a significar para muchos “una segunda patria”⁴²¹. Ya por fines del siglo XIX, el viajero Moriz Schanz alentaba la inmigración, destacando en su relato el desarrollo que había alcanzado la colonia alemana en el sur de Chile y la grandeza del gobierno nacional que, incluso, llegaba a definir como “la Prusia de Sudamérica”⁴²².

Interesante resulta advertir, al margen de las expectativas de encontrar lo original en Chile o la decepción que había significado la fuerte presencia allí del Viejo Mundo, que Europa siempre se constituía como un punto de referencia. Por otro lado, el entusiasmo con que los viajeros alemanes seguían la europeización del país, así como la introducción de inmigrantes del Viejo Continente, dejaba al descubierto en qué medida este último era percibido como el modelo de una suerte de “lugar de llegada” de todos los esfuerzos que hacía el país. De alguna manera, aquí se asumían niveles, pasos y grados de proximidad. Mientras más se acercase Chile a Europa, y considerando su origen étnico supuestamente “puro” y su gran grado de aceptación de lo foráneo, más avanzaría en pos de ser una nación importante entre las excolonias ibéricas

⁴¹⁹ “Der Fremde, ganz besonders derjenige, welchen wissenschaftliche Zwecke in das Land führten, mag stets der freundlichsten Aufnahme gewärtig sein, und wird es sich in den meisten Fällen wohl selbst zuschreiben haben, wenn ihm nicht die Unterstützung zur Erreichung seiner Zwecke wird, die man zwar in Chile allemal eher entbehren mag als in den uncivilisierten Gegenden des tropischen Amerika, die aber dennoch von grossem Nutzen sein kann”. Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo 1, p. 212. Respecto a la cita sobre Lima Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo 1, p. 224.

⁴²⁰ “Die Rolle Chiles muss eine grossartige werden, wenn (...) [die] europäischen Colonien die tropischen Küstenländer in Besitz [nehmen], und dort das Dunkel der Barbarei vor dem Licht der Alten Welt weicht”. *Op. cit.*, pp. 326-327.

⁴²¹ Treutler, *Fünfzehn...*, *op. cit.*, p. 126.

⁴²² Schanz, *Quer durch...*, *op. cit.*, p. 131.



Estación Central de Santiago, 1885. Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional de Chile.

en América. La noción de progreso se veía íntimamente ligada con lo que el Viejo Mundo dictaminaba al resto de las naciones. Europa, de esta forma, no resultaba tan sólo un ejemplo más de desarrollo sino la única dirección. En el camino del avance de las naciones, no había otra opción posible.

Poner al Viejo Mundo como medida del Nuevo, sin duda marcó el paso de los germanos por Chile. Así como otros viajeros llegados desde Europa, los alemanes tendían a considerar su mundo como el modelo, lo correcto, lo que otros deberían de seguir. Si bien muchos de ellos estaban atentos a los prejuicios y estereotipos con los que los europeos enfrentaban a América, casi siempre sus comentarios y advertencias terminaban por argumentar lo atrasado que estaba Chile, su grado de civilización incipiente o su estado de inmadurez: la sensación de sentirse parte del “centro del mundo” no los abandonó en su travesía chilena. Será justamente desde esta posición a partir de la cual opinarán respecto de los pasos que el país debería hacer a fin de alcanzar un nivel de “civilización” o, por el contrario, para enjuiciar lo poco “auténtico” u “original” que resultaba⁴²³.

Hasta ahora se ha definido el papel que la noción de Viejo y Nuevo Mundo representó en las descripciones que los viajeros alemanes realizaron de los chilenos. En lo que sigue se busca abordar en qué sentido y bajo qué condiciones los germanos pusieron durante su travesía chilena la noción de

⁴²³ Véase Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo I, pp. 70-71 y 73.

identidad alemana como perspectiva, forma de vinculación y sentido de autoidentificación.

ALEMANIA DESDE LA DISTANCIA

Al igual que los viajeros chilenos en Alemania, los germanos establecían en Chile vinculaciones con el lugar que habían dejado. Ello tenía que ver, por un lado, con las comparaciones que realizaban de lo que observaban y, por otro, con las maneras mediante las cuales evocaban lo propio, lo nacional, la patria.

El confrontar el clima y el paisaje ajeno resultaba una forma de conectarse con lo que se había dejado en casa. Eduard Poeppig continuamente buscaba definir bajo qué parámetros europeos era posible ubicar el tipo de vegetación y condiciones climáticas que Chile presentaba. Dado que resultaba mucho más heterogéneo de lo que él antes había experimentado, no pocas veces oscilaba en la asociación de Chile con más de una región del Viejo Continente. A veces recordaba el centro europeo desde la bondad de la primavera chilena, en otras ocasiones, el extremo sur lo llevaba directamente al frío norte del Viejo Mundo⁴²⁴.

El clima frío le resulta familiar. De alguna forma, se sentía más cerca de casa. En no pocas ocasiones, al describir la rigurosidad del clima del extremo sur chileno, adoptaba la posición del que conoce tal severidad: "Un español del sur enjuiciaría de forma muy diferente la rudeza y la poca amabilidad de un clima [como el del extremo sur chileno] que un alemán o un sueco, quienes han nacido bajo un cielo menos favorable y son más resistentes..."⁴²⁵.

Como alemán, bien podría soportar la rigurosidad del clima y hasta no sentir complicaciones, hecho que para un español resultaría imposible. Aquí se asumía una identidad que hacía parte de un lado de la tierra que, de una forma algo curiosa, se topaba desde sus extremos con el sur de Chile. En otras situaciones evaluaba la fertilidad de la primavera chilena, contraponiendo la gran cantidad de especies que, según él, era posible observar en aquella estación en Alemania, a la pobreza de lo que se presentaba en el país sudamericano⁴²⁶.

Ahora bien, no se trata tan sólo de juicios sobre climas, vegetaciones o temperaturas sino, también, de una forma de conformación de identidades. Muchos de estos elementos, bajo diferentes combinaciones y contextos, eran

⁴²⁴ "Die Zeichen des eintretenden Frühjahrs, welches in den südlichen Provinzen Chiles durch seinen freundlichen und weniger beflügelten Gang an die schönsten Monate des mittleren Europa erinnert..." Véase Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo I, p. 343 y 368.

⁴²⁵ "Ein Südspanier wird ganz anders über die Rauheit und Unfreundlichkeit eines Klimas aburteilen als ein Deutscher oder Schwede, die unter einem minder begünstigten Himmel geboren und abgehärteter sind ...". *Op. cit.*, p. 39.

⁴²⁶ *Op. cit.*, p. 83.

puestos por los viajeros como indicadores. Tal y como se ha visto para la noción del río Rhin como frontera en los viajeros chilenos en Europa, los germanos también asociaban *Land und Leute* (tierra y gente), a partir del supuesto de que la geografía imprimía su sello a las poblaciones que se encontraban bajo determinadas condiciones. De ahí la importancia de establecer que los climas fríos modelaban una personalidad resistente, lo que no pocas veces se unía a otras nociones –costumbres, hábitos, predisposiciones–, estableciendo las características que definían al mundo alemán. Las diferencias que establecían entre lo que Chile era para ellos –subtropical, cálido– y lo que era Alemania –frío, subpolar– instalaba todo una forma de diferenciación que les permitía ir conformando lo propio. Era justamente desde tal base geográfico-humana que otros elementos, que se asociaban con la alemanidad –vigorosidad, fortaleza–, lograban integrarse, conformando toda una noción de lo que constituía el ser nacional.

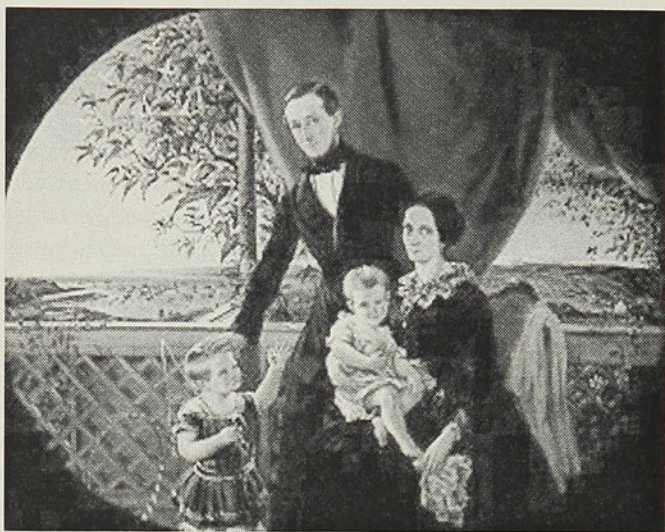
Otra manera de representación de identidad nacional desde Chile, la constituyen las descripciones que realizaron de sus compatriotas que vivían en el país, ya fuese en las grandes ciudades, como Santiago o Valparaíso, ya en las colonias del sur. Caracterizar la vida de los alemanes en Chile llegó a ser todo un recurso que permitía destacar aspectos propios –lo familiar, el hogar–, que, la mayor parte de las veces, eran valorados positivamente.

Otto Grashof, desde su arribo a Valparaíso, por mediados del siglo XIX, se ubicó al interior de la comunidad germana. Para muchos resultaba toda una estrategia de introducción en el país, en especial para aquellos que por primera vez llegaban al otro lado del Atlántico y que, además, no dominaban la lengua española. En su correspondencia, el pintor dedicó bastante atención a la descripción de sus compatriotas, llamándole la atención la cantidad de alemanes que allí vivían:

“La vida alemana es aquí muy agradable. Hay aquí reuniones sociales que se van rotando entre tres familias (...). Aquí se encuentra realmente muy buenos conciertos. Del señor Hauser, virtuoso violinista, ya he contado. También vive aquí el destacado pianista y compositor Deichert. (...) Podéis inferir que aquí también se entiende lo que es vivir”⁴²⁷.

Evidentemente, ésta es la visión de un artista para quien ciertos elementos resultaban imprescindibles, de ahí que destacase la música y las veladas como indicadores de lo que los alemanes realizaban en el Nuevo Mundo. Además, denotaba en qué medida se asociaba “la vida alemana” a dichas manifestaciones artísticas. A partir de lo anterior era posible “simular” una patria, permitiendo

⁴²⁷ “Das deutsche Leben ist hier ganz nett. Es gibt hier Kränzchen, die in 3 Familien wechseln (...) Es finden hier gute Konzerte statt. Von Herrn Hauser, Violinvirtuose, sprach ich bereits. Auch lebt hier der ausgezeichnete Klavierspieler und Komponist Herr Deichert. (...) Ihr erseht daraus, daß man auch hier zu leben versteht”. Grashof, “Briefe...”, *op. cit.*, p. 98.



Otto Grashof, Terraza en Valparaíso, en colección privada.

que, a pesar de la lejanía, se continuase con las costumbres que primaban en casa. Interesante resulta advertir cómo el viajero no negaba que la afición por la música fuese desconocida entre los chilenos. Sin embargo, percibía que algo separaba a chilenos de germanos. Si bien era posible escuchar música de piano casi en todos lados, sólo en los círculos ingleses o alemanes era desarrollado con gusto artístico⁴²⁸.

Esta noción de “buen gusto” no sólo era asociada con lo artístico, también emergía en otras situaciones. Otto Grashof no lograba incorporar el sabor de la comida americana, apreciando el hecho de que en su hotel de Valparaíso se preparase un “plato verdaderamente alemán, burgués y sabroso...”⁴²⁹. Por su parte, Eduard Poeppig reflexionaba al conocer nuevos sabores de frutas respecto de lo diferente que podría llegar a ser el juicio de su sabor para el gusto local en comparación con el europeo⁴³⁰.

Así como algunos estudiosos lo han destacado para otras experiencias de alemanes en América, la apreciación de sabores, como la forma de preparación

⁴²⁸ “Klavier wird hier überall (...) gespielt und nur in englischen und deutschen Kreisen kommt diese Kunst, mit Geschmack etwas vorzuführen, vor”. *Op. cit.*, p. 100. Otros viajeros también comentan el mal gusto artístico de los chilenos. Así, Poeppig escribe respecto de las pinturas que ve colgadas en las casas de los hacendados, las cuales parecían haber sido hechas por pintores en el comienzo de su carrera o, bien, se caracterizan por su bajo estilo y mal gusto. Véase Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo 1, pp. 99-100.

⁴²⁹ “Die eigentlich amerikanische Küche mundet uns Europäern selten. In dem Hotel, wo ich esse, dagegen auch echt deutsches, bürgerlich schmackhaft zubereitetes Gericht vor”. Grashof, “Briefe...”, *op. cit.*, p. 100.

⁴³⁰ “Der Europäer kann aber diesem Urtheil nicht beistimmen, denn ihm kommt der Saft so unangenehm und adstringierend vor”. Véase Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo 1, p. 406

de las comidas (y no sólo respecto de sus ingredientes o formas de cocinar), conformó toda una manera de establecer diferencias y fronteras entre lo alemán y lo no alemán. Un plato “verdaderamente alemán” implicaba no sólo un sabor familiar sino, también, ciertas condiciones que expresaban dicha cultura: su grado de higiene y la limpieza que acompañaba su preparación⁴³¹.

No sólo fueron observados los compatriotas en las ciudades, también la vida de los colonos llegó a ser una forma de ir reconociendo identidades. Friedrich Gerstäcker explicaba la decisión del gobierno chileno de atraer colonos alemanes al país, puesto que ello permitía colonizar las tierras fértiles que hasta entonces habían permanecido abandonadas. A partir de tal explicación instalaba un conjunto de nociones respecto de lo alemán. Según Friedrich Gerstäcker, la resolución de atraer inmigrantes germanos se justificaba plenamente, pues sabido era que no había otra nación que presentase tanta diligencia y vigor para el trabajo. Ninguna otra nación proporcionaba tan buena, tranquila y, sobre todo, satisfactoria lealtad⁴³².

Paul Treutler, unos años más tarde, también visitaba las colonias germanas del sur de Chile. Y afirmaba que había podido reconocerlas desde lejos, aun antes de que le dijese donde se ubicaban. Aquí no sólo se trataba de un asunto de arquitectura: el buen aspecto, las llanuras bien cultivadas y en orden, los jardines que rodeaban las casas, todo le revelaba que se trataba de colonos alemanes⁴³³. Veía cómo en las ciudades en las que sus compatriotas se habían asentado se podían muy bien comparar las diferencias respecto de lo que había sido el antiguo asentamiento hispano: entre las ruinas de las construcciones coloniales, los colonos germanos habían erigido “...casas aisladas, amables y limpias...”, en las cuales nunca faltaba un pequeño jardín, con flores y hasta árboles frutales. Todo ello contrastaba con la ciudad española y las habitaciones desordenadas de los indios⁴³⁴.

Moritz Schanz, en su relato sobre Chile por fines del siglo XIX, hacía notar a sus lectores el significado que habían llegado a alcanzar los colonos alemanes en Chile, a pesar de su número comparativamente menor respecto de otras colonias. El campesino alemán, el artesano y el comerciante, gracias a su trabajo diligente y aplicado (*fleißige Arbeit*), se destacaban de sobremanera. Aquí marcaba inmediatamente la diferencia en relación a otros inmigrantes, como los italianos y españoles, que, al encontrar que en Chile el oro “...no estaba botado en las calles, pronto continuaban su camino hacia Argentina”⁴³⁵.

Junto a la exaltación de las virtudes germanas, destacaban los valores que introducían en el país: desarrollo de las artes, ordenamiento urbano, per-

⁴³¹ Véase Siebert, *op. cit.*, pp. 167-168.

⁴³² “...keine andere Nation als die deutsche (...) ist so fleißig und unermüdet in ihrer Arbeit, und keine besonders liefert so gute, ruhige und mit allem zufriedene ‘Unterthanen’”. Gerstäcker, *Unter...*, *op. cit.*, p. 108.

⁴³³ Véase Treutler, *Fünfzehn...*, *op. cit.*, p. 431.

⁴³⁴ *Op. cit.*, p. 448.

⁴³⁵ Schanz, *op. cit.*, pp. 129-130.

feccionamiento de las técnicas de cultivo, diligencia en el trabajo. El mismo Moritz Schanz dedicaba parte de su relato sobre Chile a describir el aporte de los científicos alemanes –como Emilio Philippi– la fundación de escuelas alemanas y la importancia de sus clubes sociales. Por otro lado, no sólo se refería a aquellos territorios colonizados, también a ciudades como Santiago, Valparaíso o Concepción.

Todos estos comentarios, de alguna forma, ponían en evidencia en qué medida ciertos aspectos de la alemanidad se proyectaban en el extranjero, elevando las condiciones del país anfitrión. Lo que Eduard Poeppig había deseado para Chile por la primera mitad del siglo XIX, unos inmigrantes que llevaran las luces y arrojaran la “barbarie”, posteriores viajeros en algún sentido lo corroboraban.

No pocas veces mostraban cómo los valores de los alemanes avecindados en Chile, antes que ser aceptados por los nativos, eran motivo de enfrentamiento. Friedrich Gerstäcker revela una historia escuchada en las colonias germanas del sur chileno que vendría a ejemplificar aquello. Se refiere a una conocida pareja chileno-alemana que habitaba en la colonia de Valdivia. Lo primero que relata era la gran diferencia entre ellos, lo que a la larga explicaba los problemas con los que se habían enfrentado. La mujer chilena era apasionada y de impetuosa naturaleza (*leidenschaftliche und hitzige Natur*), todo lo contrario del colono germano, quien, más bien, representaba la laboriosidad, la tranquilidad y la placidez. Sólo deseaba paz en su hogar y, sin embargo, su mujer poco a poco lo había convertido en un infierno. El marido poseía una paciencia de un ciudadano alemán (*er hatte die Geduld eines deutschen Staatsbürgers*), pues a pesar de que ella lo reprimía por cualquier cosa, llegando, incluso, a golpearlo, mantenía su matrimonio. La anécdota finaliza con la huida de la chilena de la colonia, revelando hasta qué punto el estilo de vida alemana (*Das deutsche Leben*) había resultado insoportable para ella⁴³⁶.

Destacable resulta la conclusión a fin de explicar el porqué de la ruptura: en el fondo, a la cultura chilena le era imposible asumir ciertos valores germanos –como la inclinación al trabajo, al hogar, a la vida tranquila–, aun a pesar de todo lo que los alemanes hicieran. Ahí residía la dificultad: dos culturas diferentes, de perspectivas diversas que no podían llegar a puntos en común. Finalmente, Friedrich Gerstäcker llegaba a reflexionar respecto del peligro que podría significar, para los valores alemanes que los colonos llevaban a Chile, el hecho de que se dejaran influenciar por la cultura local. Enseguida declaraba su confianza en la fuerza de sus compatriotas, pues hasta el propio colono de la historia relatada, a pesar de la influencia chilena y hasta el uso del traje local, “...en su corazón y todo su ser se mantiene como un verdadero alemán”⁴³⁷.

⁴³⁶ Gerstäcker, *Unter...*, op. cit., pp. 114-119.

⁴³⁷ “...er auch in seinem Herzen und ganzen Wesen ein echter Deutscher bleibt”. Op. cit., p. 118.

Ciertas festividades se revelaban como típicas de la identidad alemana. Eduard Poeppig un poco se lamentaba por haber tenido que pasar las navidades en Chile, dado que la distancia hacía que dichas festividades fuesen difíciles de soportar, a pesar de que, por otro lado, ponían a prueba la fuerza de las costumbres de la patria⁴³⁸.

Ya el aspecto externo marcaba la diferencia: mientras en Chile el calor todo lo sofocaba, en Alemania la nieve se apoderaba del paisaje. Pero lo que era aún más trascendente: "...allí [en Chile] falta la acostumbrada fiesta popular, la cual distingue a la fiesta del Niño Dios de los cristianos del norte"⁴³⁹.

Paul Treutler daba una parecida impresión de las fiestas navideñas. A él también le parecía extraño aquello del tiempo caluroso o la luminosidad, hecho que hacía que la misma fiesta diese lugar a escenas totalmente diferentes. En Alemania, el frío y la oscuridad todo lo marcaba, haciendo posible la extendida costumbre de iluminar los árboles de navidad con innumerables velitas que brillan en todas las casas, hasta en las más pobres. Ahora bien, a pesar de destacar aspectos similares, la percepción de la fiesta popular difería del relato de Eduard Poeppig. Para Paul Treutler, la navidad chilena era una fiesta del pueblo: en Santiago todo el mundo salía a la iglesia y después se reunía en la plaza de Armas a fin de asistir a fuegos artificiales, para terminar en una gran fiesta realizada en sus cercanías. A todas luces, la celebración difería de la germana, pues esta última se presentaba mucho más centrada en lo religioso y lo reflexivo. Por el contrario, la chilena acentuaba el tono lúdico. De esta forma, las clases populares pasaban toda la noche cantando y bailando, así como también jugando y bebiendo, verdaderamente de forma barbárica⁴⁴⁰.

Este mismo viajero describe una Semana Santa en la ciudad de Santiago. Al igual que en el cuadro anterior, primero marcaba las diferencias climáticas que, de alguna forma, separaban el espíritu de ambas celebraciones. Enseguida, se refería a la gran animación que reinaba en la ciudad, siendo posible observar cientos de personas recorriendo las iglesias, vestidas de negro y rezando el rosario. Lo particular de la ceremonia se le hacía aún más extraño, en el momento en el que descubre la tradición chilena de quemar un muñeco de trapo, el cual representaba a Judas Iscariote. Ya al final de la Semana Santa, era posible ver que toda la gente en sus casas escuchaba música, bailaba y jugaba con mucho entusiasmo⁴⁴¹.

⁴³⁸ Poeppig, *Reise...., op. cit.*, tomo I, p. 265.

⁴³⁹ "Allein schon in seinen äußern Umständen erscheint das Weihnachtsfest Chiles ganz von dem deutschen verschieden. Während im Norden dichte Schneemassen das Land überdecken, nächtliche Stürme über die verödeten Fluren sausen, und die Sonne sich nur laue Lüfte am Schlusse der Tage, die dann zu den längsten des Jahres gehören. (...) Allein es fehlt dort der volkstümlichen Feier an dem Gemüthlichen, welches das kindlichste Fest der Christen des Nordens auszeichnet". *Op. cit.*, pp. 265-266

⁴⁴⁰ Treutler, *Fünfzehn...., op. cit.*, p. 35.

⁴⁴¹ *Op. cit.*, pp. 60-62.

Las maneras mediante las cuales se percibían las diferencias entre ambas festividades denotaban aquellas disimilitudes climáticas o religiosas, y el carácter de ambas culturas. En efecto, no se trataba de un problema de ceremonias atadas a tradiciones protestantes o católicas, antes bien, concernía al espíritu de ambos pueblos. Inevitablemente los chilenos transformaban hasta lo más sacro en algo lúdico, llegando, incluso, al desenfreno. Por el contrario, los alemanes se concentraban en la solemnidad de tales fechas, volcándose, más bien, a la tranquilidad y al recogimiento. La exteriorización de las fiestas chilenas con las personas rezando por las calles, quemando muñecos de trapos, etc.– contrastaba con la intimidad a partir de la cual se desarrollaban en Alemania. El juego de oposiciones –Chile extrovertido y lúdico, Alemania introvertida y reflexiva– nuevamente servía a los viajeros para autodefinirse ante lo que observaban de Chile.

No sólo entre los compatriotas o en ceremonias afloraba en los germanos la identidad nacional. Muchas veces, iban asumiendo lo propio, a partir del juicio a ciertos hábitos y costumbres que observaban en los propios chilenos. Paul Treutler asistió en Valparaíso a unos baños de mar públicos, sorprendiéndole de sobremanera ciertas prácticas locales. Estando en su camarote pudo advertir la poca distancia que existía entre hombres y mujeres, a tal punto que podía verse como estas últimas tomaban baños prácticamente desnudas. Frente a ello, y ante la duda respecto de haberse equivocado de camarote, decidió abandonar el lugar: “...salí apresurado en mi timidez alemana, para buscar otro camarote”⁴⁴².

Esta situación, respecto del trato y los hábitos de los chilenos en relación con el cuerpo y a la desnudez femenina, no pocas veces lo complicó. Dicha reacción se enmarcaba dentro de toda una fascinación que la mujer chilena ejercía en él: la mezcla andaluza-indígena había conformado un tipo femenino irresistible. En más de una ocasión relató extensamente las características de las mujeres chilenas, confesando lo difícil que resultaba el no enamorarse de alguna. Era justamente aquí donde emergía la alemanidad. La fuerza de voluntad que significaba mantenerse alejado de ellas, manifestaba la lealtad y fortaleza del temperamento germano. De hecho, llegó a toparse con más de una novia alemana, llegada a Chile a fin de contraer matrimonio con el prometido que había arribado años antes en calidad de colono. Dicha situación de fidelidad germana no dejaba de llamarle la atención al viajero⁴⁴³:

“Dado que ellas [las novias alemanas] no eran ni jóvenes, ni hermosas, podría al respecto identificarse la conocida lealtad alemana que aquí se destacaba sobremanera, puesto que existen en la República de Chile muy

⁴⁴² “...eilte ich in meiner deutschen Schüchternheit schnell wieder heraus, um ein anderes Cabinet zu suchen”. Treutler, *Fünfzehn...*, op. cit., p. 25.

⁴⁴³ Op. cit., p. 20.

bellas muchachas que prefieren al extranjero, y en especial al alemán, quien a través de dicha relación puede fácilmente ser feliz, mientras que, al parecer, las novias alemanas no tenían nada más que ofrecer que un corazón alemán”⁴⁴⁴.

Orden y limpieza alemana, lealtad alemana, corazón alemán, todo aquello revelaba hasta qué punto la identidad nacional se asociaba con elementos que iban más allá de aspectos políticos. Tal y como en el caso de los chilenos, en los cuales se asociaba la definición nacional con elementos religiosos, aquí es posible advertir cómo aspectos valóricos son puestos como indicadores de lo que el propio país para ellos representaba. De ahí que no importase la lejanía del suelo materno, pues en la medida en que un alemán había incorporado dichos valores, éstos se expresaban en todo momento. La nación, entonces, llegaba a convertirse en un conjunto axiológico, un ideal, hasta en una idealización.

Un aspecto interesante y muy recurrente entre los alemanes que recorrieron Chile lo conformaron los diferentes lugares desde donde representaban su identidad. En muchos casos se recurría, como acá ya se ha analizado, a la categoría “Alemania” o “alemanidad”, a fin de encontrar un punto de autodefinición. Sin embargo, en otras ocasiones, muchos de ellos –como, por ejemplo, Eduard Poeppig– se limitaban a invocar a Europa, asumiéndose como parte integrante del Viejo Continente. Otros, junto con utilizar estas formas de identificación, manifestaban también sus vinculaciones regionales, como Prusia, Baviera o la región del Rin. Lo notable era que tales relaciones, fuesen nacionales o locales, no se expresaban de forma fija, unívoca o estática: más bien se manifestaban al unísono, paralelamente, dependiendo de las diferentes situaciones enfrentadas. De ahí que en ocasiones se recurriese a toda la nación, a una región de ella o a Europa.

En Otto Grashof es posible advertir más de una forma de evocar lo propio. A pesar de que el pintor escribe sobre su “patria” (*Vaterland*), esto no implicaba de forma inmediata que se estuviese refiriendo a la Alemania en su totalidad: siempre estaba supeditado al contexto que rodeaba su evocación. A poco de llegar a Chile le escribe a su familia en Colonia, en relación con sus planes de permanecer un tiempo en el país, a pesar de lo difícil que fuese: “... y aún cuando me venga de vez en cuando la nostalgia de la patria, he decidido sin embargo resistir, mientras aquí pueda ganar algo, sobre todo porque en Alemania hay poca esperanza de prosperar para un artista en los agitados tiempos de guerra”⁴⁴⁵.

⁴⁴⁴ “Da sie weder jung noch schön waren, konnte man daraus die bekannte deutsche Treue erkennen, die hier um so mehr hervortrat, weil es besonders in der Republik Chile sehr schöne Mädchen gibt, welche den Ausländer und besonders den Deutschen bevorzugen und er durch eine solche Verbindung leicht sein Glück machen kann, während diese Bräute wie es schien nichts als ein deutsches Herz anzubieten hatten”. Treutler, *Fünfzehn...*, op. cit., p. 1.

⁴⁴⁵ “...und wenn mich auch die Sehnsucht manchmal nach dem Vaterlande überkommt, so habe ich doch beschlossen, solange ich hier mir etwas verdienen kann, auszuhalten, namentlich,

Aquí “patria” de alguna forma equivalía a “Alemania”. Sin duda el clima de guerra marcaba la invocación de la nación, haciendo que no se refriese a su región natal o estableciese diferencias. Ello podría haberse esperado, puesto que la guerra la libraba más bien Prusia. Sin embargo, la distancia, que se tornaba aún más dolorosa al enterarse de los conflictos que se vivían, hacía que desde la enorme lejanía (*in weitem Fern*) se exaltasen aún más los sentimientos nacionales, desde la nostalgia y la añoranza⁴⁴⁶.

En otras ocasiones, escribía a su hermano comentándole respecto de las opiniones que escuchaba en Valparaíso, de otros europeos, sobre las relaciones entre Prusia y Rusia. Rechazaba la idea de “rusificar” Prusia y proponía apoyar a “nuestro Rey” (*unsere König*), o sea, al rey de Prusia, asumiendo una identidad que iba más allá de su marco regional o local⁴⁴⁷.

En reuniones con compatriotas, les hacía ver su esperanza de que dicho monarca salvase a Alemania, dejando entrever su preocupación y la de sus coterráneos. La guerra tornaba la situación del país dramática, ante lo cual no podía evitar lamentarse y preocuparse por su destino: “¿Qué será de la patria alemana? Oh cómo duele Alemania!”⁴⁴⁸.

Ahora bien, a pesar de tomar partido por Prusia, no dejaba de vincularse con su ciudad natal. De hecho, confesaba a su hermano lo importante que era para él la lectura diaria de ciertas poesías escritas en kölnisch –el dialecto de Colonia–, puesto que le iluminaban y le ayudaban a soportar la lejanía de su región. No pocas veces la mención a la región del Rhin se articulaba como una manera de vincularse a su origen familiar o al cariño de los suyos. Sin embargo, no contrastaba con el anhelo de que Prusia pudiese unificar a Alemania: lo local –el Rhin, Colonia– de ninguna forma se contraponía con lo nacional⁴⁴⁹.

LAS POSICIONES DE LOS VIAJEROS

Hasta aquí se han acentuado, bajo diferentes parámetros –Europa como punto de referencia, el sentido axiológico, geohumano o regional de la nación–, aquellos elementos comunes bajo los cuales se articuló la representación de la identidad nacional durante la travesía chilena de los alemanes. Junto a lo anterior, también es posible advertir diferentes formas de vincularse con la nación, dadas determinadas inclinaciones filosóficas, formaciones intelectuales e intereses. En lo que sigue se estudian, en particular, sendas experiencias

da in Deutschland doch wohl wenig Hoffnung in der bewegten kriegerischen Zeit für die Künstler blüht“. Grashof, “Briefe...”, *op. cit.*, p. 99.

⁴⁴⁶ *Op. cit.*, p. 101.

⁴⁴⁷ *Op. cit.*, p. 102.

⁴⁴⁸ “Was ist des Deutschen Vaterland- o weh Deutschland!”. *Op. cit.*, p. 110.

⁴⁴⁹ Grashof, “Briefe...”, *op. cit.*, p. 109.

viajeras de alemanes en Chile. El objetivo radica en analizar que, así como hubo elementos compartidos por la mayoría de los viajeros, también se expresaron personalidades y biografías disímiles, estilos y matices, conformando diferentes tipos de invocación de lo propio.

Eduard Poeppig y la nación desde unas taxonomías

Tal como se ha explicado en el primer capítulo, Eduard Poeppig arriba a Chile por 1827 en calidad de científico. Aquello marcará su travesía, pero también el registro de sus viajes y sus maneras de representar lo germano. Sin duda, la influencia de su mentor, Alexander von Humboldt, incidió en el hecho de que no sólo se preocupara por abordar la geografía física del país, instalando, también, la mirada científica sobre la población chilena y sus características⁴⁵⁰. En este acápite se analizan las bases a partir de las cuales justificó su perspectiva científica, enfatizando en qué sentido trasladó unas taxonomías extraídas del estudio de la botánica y de la geografía, con el propósito de definir a los chilenos y, junto y a través de ello, representar una identidad nacional alemana.

Como ya se ha visto en la primera parte de este capítulo, recorrió Chile con la convicción de encontrarse en un país del lado sur del mundo y, por lo tanto, perteneciente a las regiones cálidas del planeta. De ahí que muchas de las características de su población, como también de sus costumbres y hábitos, los interpretase recurriendo a tales nociones.

En primer lugar, pertenecer al sur del mundo hacía de los chilenos un pueblo extremadamente sensual y cariñoso. La relación que establecían con sus familias, sus amigos o sus parejas, a diferencia de la frialdad del norte europeo, estaba marcada por la expresión de los sentimientos, la afectuosidad y la cercanía. Sin embargo, ello tenía su lado negativo, puesto que hacía del carácter nacional algo extremadamente inclinado a la inmoralidad. La sangre caliente del hombre del sur (*Das warme Blut des südlichen Menschen*) hacía que su relación con las mujeres fuese demasiado libre, resultando que los prostíbulos o *chinganas* llegasen a ser sitios frecuentados por la mayoría e, incluso, por los propios europeos avecindados en el país. En este punto, dejaba claramente establecido que, en el frío norte (*im kalten Norden*), la prostitución de ninguna forma gozaba de la libertad y el espacio que poseía en un país cálido como Chile⁴⁵¹.

En segundo lugar, otro aspecto a partir del cual se veía reflejado este carácter nacional chileno ligado al sur del mundo lo conformaba su condición vivaz y alegre. Las veladas chilenas le corroboraban que se encontraba en aquel espacio, las conversaciones eran largas y animadas, la risa estruendosa y contagiosa. Con sólo escuchar la música, todos se aprestaban para el baile:

⁴⁵⁰ Respecto de la experiencia de naturalistas alemanes en Sudamérica véase Brigitte Hoppe, "Nach dem Vorbild Humboldts in Sudamerika: Erweiterung der Kenntnisse und Erkenntnisse durch deutsche Naturforscher". pp. 195-218.

⁴⁵¹ Poeppig, *Reise...*, op. cit., tomo I, p. 440. Véanse, además, pp. 85, 73, 103, 175 y 200.

“Entonado una vez este sonido [de la guitarra] así de inmediato se expresa el gusto por la vida en los brillantes ojos oscuros (...). El baile se desarrolla. Éste, que en las sociedades del norte es un placer bienvenido, llega a ser entre los habitantes de aquellos países donde un bello sol resplandece desde el cielo, una verdadera necesidad”⁴⁵².

Interesante resulta la combinación sol resplandeciente, animosidad y ojos oscuros. Resulta evidente el juego de asociaciones entre espacio austral y grupo étnico, así como la descripción de un cuadro que no sólo retrataba sino, también, al mismo tiempo, buscaba explicar las razones de tales comportamientos y actitudes. Era justamente en aquellos lugares cálidos donde el baile adquiría una forma casi natural, contrariamente al frío norte, donde se concebía como un mero pasatiempo. De modo que la vivacidad en el sur del mundo resultaba mucho más impregnada socialmente de lo que podría llegar a ser en el otro hemisferio. De hecho, hasta las letras de las canciones que acompañaban las danzas expresaban la pasión de sus habitantes, no faltando las imágenes poéticas preñadas de fuego y ternura⁴⁵³.

Un tercer aspecto que para el naturalista alemán resplandecía en estos lugares era una cierta inclinación a la fantasía. El germano comentaba las expectativas e intereses de los chilenos por saber cómo era la vida al otro lado del océano, en especial en el Viejo Mundo. De ahí que éstos tuviesen a los viajeros europeos hasta altas horas de la madrugada bajo un continuo mar de preguntas, teniendo ellos que alimentarlos con relatos sobre las maravillas de “por allí”. Estas historias no pocas veces se aumentaban con su fantasía sureña (*mit ihren südlichen Phantasie*), cualidad que, según Poeppig, dichos habitantes ofrecían en abundancia y riqueza. En los propios bailes el viajero advertía cómo estos motivos expresaban una y otra vez tales elementos, a partir de lo cual, por ejemplo, los cantores podían transformar hechos serios y formales en agradables y cómicos⁴⁵⁴.

No siempre vinculó Chile con el lado cálido y sureño del mundo. Como ya se ha advertido en este capítulo, también llegó a relacionar el frío norte de Europa con el extremo sur de Chile. Interesante resulta notar, cómo para él la temperatura no era tan sólo asunto de climas sino, además, parte integrante del propio carácter nacional. Un clima frío modelaba una personalidad fuerte y sana, de ahí que concibiese al sector sur de Chile al nivel de los fríos países del norte de Europa. Ello explicaba la constitución fuerte del chileno, su mejor

⁴⁵² “Ertönt einmal dieses Signal [Gitarre], so spricht Lebenslust aus den dunkelglänzenden Augen (...). Der Tanz entwickelt sich. Ist er in den Gesellschaften des Nordens ein willkommenes Vergnügen, so wird er den Bewohnern der Länder, wo eine schönere Sonne von Himmel strahlt, zum wahren Bedürfnis”. Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo 1, p. 106.

⁴⁵³ *Ibid.*

⁴⁵⁴ *Op. cit.*, p. 270.



Eduard Poeppig., en Eduard Poeppig, *Un testigo en la alborada de Chile: (1826-1829)*, p. 507.

resistencia, como también el hecho de que las enfermedades contagiosas no se presentasen con la virulencia de otras regiones de Sudamérica⁴⁵⁵.

De modo que pertenecer a uno u otro lado del hemisferio, estar bajo ciertas condiciones climáticas, llegaba a crear diferentes culturas y sociedades, disímiles perspectivas e intereses. La vegetación, el paisaje, la geografía y el terreno inevitablemente ejercían una influencia, ya fuese sobre el carácter de los grupos, ya sobre su constitución.

Esta vinculación entre población y naturaleza, dejó de ser sólo un conjunto de percepciones y formas de explicarse el funcionamiento de la sociedad chilena, pues, de alguna forma, fue llevado aún más lejos por el viajero germano. Un año después de su travesía americana, ya de vuelta en Alemania e integrado al mundo académico en la Universidad de Leipzig, dictó un *Vorlesung* o conferencia por 1833. En dicha ocasión, sistematizará aquellas ideas y nociones aparecidas en su *Reise in Chile...*, construyendo todo un sistema filosófico-naturalista respecto del carácter del habitante tropical sudamericano. Tal sistema explicativo no fue utilizado sólo para describir a la población de los trópicos sino, además, fue ampliado a la generalidad del hombre en Sudamérica. ¿Cómo se explica, en definitiva, la inclinación sensual y vivaz del habitante tropical?, ¿de dónde proviene dicha naturaleza?, ¿qué lo diferencia, por contraposición, al habitante de las frías regiones del norte de Europa?⁴⁵⁶.

En el *Vorlesung*, en primer lugar, dejaba establecido que sus ideas se basaban en sus experiencias americanas. Sus concepciones sobre el carácter del habitante de los trópicos sudamericanos habían emergido después de haber pasado cerca de dos años entre bosques oscuros (*zwischen dunkeln Wäldern*), sin haberse topado con europeo alguno, limitado a permanecer consigo mismo. Lo que en aquel momento entregaba eran las conclusiones de tal estadía, una vez que el retorno a la patria había posibilitado evaluarla con tranquilidad. De modo que no sólo resaltaba la legitimidad de la experiencia directa sino, también, destacaba en qué sentido había buscado limitarse a sí mismo, abandonando hasta cierto punto lo familiar y lo europeo, como una forma de entrar en lo extraño.

Poco importa aquí el hecho de que la estadía de Eduard Poeppig estuviese realmente acompañada por otros europeos. Lo interesante es, más que hacer notar que mintió o exageró, el hecho de que estar alejado de la influencia del Viejo Continente otorgaba todo un criterio de legitimación que, a sus ojos y

⁴⁵⁵ "Die Regelmässigkeit der meteorologischen Erscheinungen, das gradweise Uebergehen der einen Temperatur in die andere, das Fehlen der gewaltsamen Sprünge, die in dem nördlichen Europa auch die stärkste Constitution erschüttern mögen, sind ein Theil der Ursachen, denen die Chilenen eine Gesundheit zu danken haben (...). Die gelegentlich eingeführten Krankheiten ansteckender Art verlieren unter dem Himmel Chiles gar bald ihre Gewalt". Poeppig, *Reise...*, *op. cit.*, tomo 1, p. 205.

⁴⁵⁶ Dicha conferencia fue publicada bajo el título: "Vorlesung vor einem Privatkreise in Leipzig über den Charakter der Tropenbewohner Südamerikas (Februar 1833)". pp. 57-86.

de sus contemporáneos, daba garantías de un conocimiento más cabal de los sudamericanos.

La idea del alejamiento de lo conocido como condición para describir y analizar a estos habitantes tropicales no era solamente un argumento retórico sino, más bien, una condición indispensable para iniciar su estudio. Estos grupos eran todo lo opuesto a los habitantes de Europa, de ahí que sólo tomar distancia del Viejo Mundo posibilitase comprenderlos mejor. Esta notable desigualdad entre ambos espacios debía quedar claramente establecida: "Las medidas europeas en estas descripciones las abandonamos, puesto que hablamos de habitantes cuyos países bajo toda consideración son diferentes, dando por resultado además otro estilo de vida, otro funcionamiento"⁴⁵⁷.

El interés no estaba puesto en encontrar lo común, lo que ligaba a ambos espacios, sino, muy por el contrario: sólo destacando lo disímil podían emerger también las causas que distanciaban a ambos mundos. Sin embargo, para lograrlo se requería de todo un ejercicio de abandono de las nociones a partir de las cuales comúnmente se evaluaba y definía lo ajeno. Únicamente a partir de esta suerte de renuncia, era posible definir los límites de lo extraño.

Un elemento que explicaba la existencia de ambos mundos, tanto de los vegetales como de su gente, lo encontraba en el tipo de sol tropical sudamericano, que no ofrecía la fuerza suficiente como para hacer crecer de forma constante y pareja a las especies. A lo anterior se sumaba la presencia de una naturaleza apasionada, lo que daba como resultado una temprana maternidad (ya a los 12 años), todo lo cual finalmente terminaba por crear un tipo humano débil, prematuro, poco desarrollado⁴⁵⁸.

Dicha situación de debilidad e inmadurez la comparaba a las particularidades del árbol tropical sudamericano, que, bajo la influencia de un sol irregular, daba un tipo de especie exuberante, con un crecimiento "...entre nosotros desconocido y rápido", cuyo fruto, sin embargo, caía antes del tiempo de su maduración o que, en el mejor de los casos, vegetaba por razones de enfermedades. De ahí resultaba que en Sudamérica la vegetación, así como sus habitantes, resplandeciesen a través de su brillo y magnificencia, a pesar de que por todas partes se arruinaban moral y físicamente. Dicho mundo no daba más que una engañosa impresión de juventud eterna y fertilidad. Este argumento permitía, en definitiva, explicarse porqué: "En un sentido intelectual se iguala el sudamericano con los productos vegetales de su país. Su desarrollo es rápido, resplandeciente y violento..."⁴⁵⁹.

⁴⁵⁷ "Den europäischen Maßstab lassen wir bei dieser Schilderung zurück, denn wir sprechen von den Bewohnern von Ländern, welche den unseren in jeder Rücksicht unähnlich sind, also auch andere Lebensart, andere Thätigkeit herbeiführen". Poeppig, "Vorlesung...", *op. cit.*, pp. 57-58.

⁴⁵⁸ *Op. cit.*, pp. 58-60.

⁴⁵⁹ "In intellektueller Hinsicht gleicht der Südamerikaner den vegetativen Produkten seines Landes. Seine Entwicklung ist rasch, glänzend und gewaltig". *Op. cit.*, p. 58.

Estos vegetales y frutos, si bien son importantes, expresan un tipo de vegetación de alguna manera menor. ¿Qué expresan las especies mayores?, ¿qué caracteriza a los árboles gigantes sudamericanos, ya famosos desde la descripciones realizadas por Alexander von Humboldt?, ¿son tan imponentes y poderosos como otros viajeros lo han afirmado?

“Pocos o ninguno de los árboles gigantes de los que rodean al aislado caminante en las selvas o en la foresta de los Andes como los reyes del mundo vegetal, producen raíces verticales, engañando con la promesa de una fuerte gradación (...). A ninguna tempestad dicho crecimiento es capaz de ofrecerle resistencia y un huracán arroja al suelo a miles de éstos a muchas millas”⁴⁶⁰.

Dichas especies ofrecían, al observador poco atento, un cuadro de raíces sólidas y compactas, elementos engañosos puesto que cualquier tormenta o viento fuerte echaba a miles al suelo. Aquí, no se quedaba sólo en el nivel de los vegetales: la forma de las raíces de estos reyes de la vegetación sudamericana le daban cuenta también de las formas de vida y particularidades de sus habitantes. Más adelante llevaba el argumento al plano humano, introduciendo esta vez un símil con Europa. En Sudamérica “falta la profundidad, la fuerza que la nortea Encina entrega (...). Así es la imagen fidedigna de las fuerzas espirituales del más alto tipo de los sudamericanos”⁴⁶¹. El árbol al igual que los habitantes reflejaba las fuerza espirituales de cada espacio geográfico.

Todas estas vinculaciones naturaleza-hombres correspondían al establecimiento de lazos o simples asimilaciones de los sudamericanos con la vegetación de su entorno y a todo un sistema clasificatorio que colocaba en un mismo rango a la tierra y a la gente (*Land und Leute*). Dentro de dicho sistema, el método comparativo se alzaba como el más importante, tal vez el único que garantizaba un conocimiento verídico: “Recién mediante la comparación obtenemos en la mayoría de las cosas la idea de la realidad”⁴⁶². Comparar era justamente lo que efectuaba –norte/sur, vegetación/poblaciones–, con la finalidad de obtener una idea de la realidad, de los elementos que separaban a su propio espacio del sudamericano.

¿Pero aquello era una simple comparación?, ¿cómo se ordenaban tales similares, diferencias y contrastes? A través de dichas comparaciones y asimila-

⁴⁶⁰ “Wenige oder keiner der riesigen Bäume, wie sie als die Könige der vegetabilischen Welt den vereinzelt Wanderer [sic] in den Urwälder oder in den Forsten der Anden umgeben, bringen senkrechte Wurzeln hervor, und betrügerisch einen hohen Stärkegrad versprechend (...). Keinem Sturm vermögen solche Gewächse zu widerstehen, und ein Orkan wirft meilenweit tausende zum Boden”. Poeppig, “Vorlesung...”, *op. cit.*, p. 59.

⁴⁶¹ “Es fehlt die Tiefe, welche der nordischen Eiche die Kraft verleiht (...). Solches ist das getreue Bild der Geisteskräfte höherer Art der Südamerikaner”. Poeppig, “Vorlesung...”, *op. cit.*

⁴⁶² “Nur erst durch Vergleichung erhalten wir in den meisten Dingen die Idee der Wahrheit...”. *Op. cit.*, p. 60.

ciones, ampliaba la noción sistémica de Carl von Linné, ligada a la clasificación del mundo animal y vegetal⁴⁶³.

Investigaba Sudamérica tal y como Carl von Linné lo declaraba: otorgando a las especies un orden, introduciéndolas en todo un conjunto, a partir de la conformación de un sistema binario. De ahí que buscarse ordenar el mundo vegetal en cuadros, en grupos de especies. De ahí, además, que siguiendo dicho modelo binario de Carl von Linné, interpretase muchas de las características del mundo vegetal y humano que observaba en Chile o en otros países sudamericanos, como lo opuesto al norte del mundo: Europa, Alemania. Bajo dicha orientación, veía reflejado el ámbito sudamericano –pero de forma inversa–, al otro lado del planeta.

Lo interesante en toda esta conformación de taxonomías era en qué medida, además del mundo natural, incluía a las poblaciones sudamericanas. Así como el mundo vegetal y animal se dejaban clasificar en cuadros que se mostraban opuestos entre sí, el ámbito humano se organizaba, a su vez, bajo tales ordenamientos. A partir de lo anterior, instalaba un criterio de análisis que oscilaba una y otra vez entre el estudio de las plantas y de los habitantes, mezclando ambos niveles hasta el punto en que llegaban a ser parte de un mismo ámbito y, por lo tanto, objeto de una misma explicación. De modo que la vegetación del lugar no sólo la observaba e investigaba, a su vez, le ofrecía un modelo de comprensión a fin de entender a su población. En este aspecto, al igual que Alexander von Humboldt, partía de la base de que las especies vegetales no sólo poseían un aspecto botánico o ecológico sino, además, un significado cultural. De ahí que, a partir del estudio del mundo vegetal, fuese posible entender también las conductas, inclinaciones y actitudes de la gente que allí habitaba. Ambos científicos-viajeros se ubican al final de un período en el cual los límites entre ciencias de la naturaleza y ciencias humanas no estaban claramente decantados. Analizar la naturaleza a la vez que la cultura del lugar, o hasta extrapolar un estudio de uno en el otro, no deslegitimaba a su autor, sino, muy por el contrario, más bien, era considerado como expresión y signo de una amplia formación⁴⁶⁴.

El tipo de desarrollo que observaba en el sudamericano, junto con el mundo vegetal que lo rodeaba, le explicaba por qué, en definitiva, sólo podía vivir en lo transitorio. Así como el mundo vegetal, la población también se caracterizaba por su rapidez, su fugacidad. El sudamericano sólo podía vivir en el presente, incapaz de conceptualizar su pasado y su futuro o hasta de asentarse. No sólo los grandes árboles poseían engañosas raíces o arrojaban frutos antes de tiempo: todo ello le ofrecía un marco para comprender la inmadurez de la gente. Lo anterior contrastaba con las regiones del norte del mundo –ahí donde reinaba la encina–, lugares en los cuales primaba la solidez, la lentitud y la

⁴⁶³ Véase Müller, *op. cit.*, pp. 72-73 y 180-185.

⁴⁶⁴ Véase al respecto, Thomas Schmuck, “Im Schatten Humboldts. Poeppig und Humboldt-Ein analytischer Vergleich”, pp. 145-175, en especial p. 149.

paciencia, como también una cierta perspectiva temporal que les posibilitaba proyectarse en el futuro como, asimismo, abordar el pasado.

Tales características sudamericanas de fugacidad y escasa visión histórico-temporal permitían comprender el origen de las eternas guerras civiles en dichos territorios. Éstas no eran motivadas, como en Europa, por disputas políticas o ideológicas, sino, más bien, por la influencia de una población caracterizada por su naturaleza arruinada, no desarrollada cabalmente, inclinada a la violencia. Ello explicaba, además, sus dificultades para conseguir una organización política que fuese capaz de frenar un temperamento dado a la anarquía. La propia actividad política, cuando se daba, no era otra cosa que la expresión de intrigas y conflictos personales, antes que la defensa de ideales políticos o programas, como se observaba al otro lado de la tierra⁴⁶⁵.

Un carácter poco estable, a su vez, explicaba la inclinación a lo superficial en los habitantes sudamericanos, como su búsqueda de lo fácil y del menor esfuerzo. Mientras en Alemania era posible percibir en cualquier escolar una insaciable sed de conocimiento (*Ein unersättlicher Durst nach dem Wissen*), en Sudamérica, ante el seco, escolástico y monacal plan de estudios, cualquier quinceañero consideraba un triunfo obtener logros mediante formas engañosas, evitando en lo posible el trabajo de reflexionar.

Eduard Poeppig, explicaba la inexistencia de connotados científicos provenientes del Nuevo Mundo: "...él [el sudamericano] no entra al interior del santuario de la ciencia, puesto que no comprende o no está dispuesto a conservar como una fiel amiga a su lado una férrea perseverancia"⁴⁶⁶. A esta falta de perseverancia y superficialidad, se agregaba una inclinación a la indolencia: para él, pareciera que el único objetivo del sudamericano fuese el disfrutar de la vida (*Lebensgenuss*). De ahí que los ejemplos de hombres que, aun hasta muy entrados en años trabajasen en el área de la ciencia resultaban muy escasos. De modo que en los países del sur de América poco se podía esperar de un desarrollo científico tal y como se daba en el norte europeo⁴⁶⁷.

Si no se observa una inclinación por el desarrollo de la ciencia: ¿qué decir respecto del pensamiento literario, así como del desarrollo filosófico sudamericano? Eduard Poeppig comenta cómo en dicho lugar la producción literaria, de manera ajena y hasta desmedida ante la realidad de sus países, se mostraba en un estilo semioriental (*halborientalische Style*). A pesar de la ayuda del idioma español —que según él reunía por sobre todo gracia y fuerza— escasamente la literatura local presentaba imágenes mesuradas o bellas frases. Pero por sobre todo, dicha literatura "esconde una pobreza de ideas"⁴⁶⁸.

⁴⁶⁵ Schmuck, "Im Schatten...", *op. cit.*, pp. 80-81.

⁴⁶⁶ "...das innerste Heiligtum des wissenschaftlichen Tempels betritt er nicht, da er es nicht verstand oder vermochte, eiserne Beharrlichkeit als treue Gefährtin an seiner Seite zu bewahren". *Op. cit.*, p. 61.

⁴⁶⁷ *Ibid.*

⁴⁶⁸ *Op. cit.*, p. 62.

Tal falencia de ideas era una evidencia de la rapidez, la superficialidad –ya antes comentada– a partir de la cual se abordaba la labor intelectual en América del Sur. No podía emerger una literatura que fuese más allá del colorido y sobrecargado estilo oriental, sino, además, era imposible algo así como el abordaje de las grandes temáticas del espíritu, las preocupaciones fundamentales que en el otro lado del mundo inspiraban a sus escritores, como a un Goethe o a un Victor Hugo. De lo anterior, se concluía que nunca podría dicho subcontinente sudamericano entregar al mundo una reflexión acabada, una búsqueda seria y perseverante de los grandes problemas humanos: “Sería en vano el querer esperar que alguna vez se produjese bajo los asoleados países de los Trópicos un primer historiador filosófico...”⁴⁶⁹.

Allí residía precisamente la dificultad: el sol tropical no sólo afectaba la posibilidad de unos frutos maduros, fuertes y sólidos sino, también, la existencia de la vida intelectual de sus habitantes. De ahí que la literatura, la ciencia, la historia y la filosofía, conformasen áreas inaccesibles para los sudamericanos. Ante ello Eduard Poeppig, siguiendo una vez más la orientación bipolar de Carl von Linné, buscaba la contraparte: Alemania –y en general el norte de Europa– se constituía como el único lugar en el cual podía prosperar el desarrollo reflexivo y filosófico. En tal juego de oposiciones quedaba claro que “el habitante de los trópicos debe siempre ceder la especulación serena al habitante del extremo norte”. Eran justamente aquellos –nacidos bajo otro sol, en diferentes tipos de climas, de suelo, los que reunían todas las condiciones para asumir la tarea de la reflexión en el mundo⁴⁷⁰.

La poesía era un ámbito en el cual, según Eduard Poeppig, los sudamericanos podrían llegar a destacarse. Dicho género, dado el fuego y la pasión que a todas luces evidenciaban, se prestaba para su desarrollo, a tal punto que exclamaba: “...casi todos los sudamericanos poseen un decidido talento [para la poesía] y por todas partes ello se documenta con igual fuerza”⁴⁷¹.

Para el naturalista alemán, el hacer versos llegaba a ser en América del Sur una suerte de ocupación central vital (*Hauptgeschäft des Lebens*), que de alguna forma les ayudaba a soportar, y hasta a engañar, el aburrimiento en el que siempre se encontraban. Días enteros se dedicaban a escribir poesía, bajo estilos compartidos por la mayoría, tomando temas relativos al amor, al parecer los favoritos en aquellas tierras.

Interesante resulta su conclusión una vez analizada la labor poética en América del Sur: “Así como la naturaleza y todo lo que la rodea son totalmente

⁴⁶⁹ “Umsonst wäre es, erwarten zu wollen, daß je die sonnigen Tropenländer einen ersten philosophischen Geschichtsschreiber hervorbringen werden...”. Schmuck, “Im Schatten...”, *op. cit.*, p. 62.

⁴⁷⁰ “...muß der Tropenbewohner stets das ruhig Spekulative dem Bewohner des hohen Nordens überlassen”. *Op. cit.*, p. 63.

⁴⁷¹ “...Gerade für sie besitzt fast jeder Südamerikaner ein entschiedenes Talent, und überall beurkundet sich dieses mit gleicher Stärke”. *Ibid.*

diferentes, en nuestro norte y bajo el sol del Trópico, así lo son también el producto del arte poético”⁴⁷².

Bajo el eterno cielo azul tropical sólo podía darse un lenguaje alegre, de ahí que los versos expresasen solamente lo agradable, lo afable. La dificultad, al respecto, residía en el hecho de que la mayoría de la población sudamericana no conocía dentro de su poesía ni el dolor ni la amargura. Al otro lado del mundo, por el contrario, el poeta podía enfrentar aquello, dado que poseía un profundo entendimiento de las cosas, elemento que distinguía al espíritu del hombre del norte. La poesía del sudamericano, por su parte, no era nada más que la expresión “...liviana, risueña y graciosa de su visión de vida, de sus circunstancias y de su clima...”. En definitiva, la poesía sudamericana, para el naturalista alemán, en comparación con la germana no era nada más que una cabaña rural, amable y receptiva, colocada junto a la entrada oscura de una catedral gótica. Dado que para Eduard Poeppig la actividad poética reflejaba el carácter nacional, lo anterior evidenciaba las distancias del sudamericano en relación con el alemán: la cabaña vendría a significar el espíritu local, pueblerino, emotivo, de los habitantes del sur de América. Por su parte, la entrada de la catedral se asimilaba al férreo carácter alemán, vinculado a lo sacro, a lo eterno y a lo duradero⁴⁷³.

El clima agradable de Sudamérica se reflejaba en su poesía y en su vinculación con el trabajo. Al respecto, Eduard Poeppig aclaraba que no era posible acusar sin más al sudamericano debido a su pereza o su amor a la inactividad. Después de todo, vive en una tierra donde todo lo llama a evitar el trabajo innecesario, no quedándole más que disfrutar de los ricos regalos disponibles. Por el contrario, al alemán, al europeo del norte, le resulta imprescindible trabajar, por cierto, con sus propias manos, como una forma de obtener sus provisiones desde una mísera naturaleza. El sudamericano adquiere casi sin esfuerzo lo básico para vivir, puesto que habita en un suelo de una fertilidad maravillosa⁴⁷⁴.

De aquí resulta un carácter contrapuesto entre ambos pueblos: mientras el sudamericano se hunde en letargia y aburrimiento, no teniendo que esforzarse demasiado para alcanzar su subsistencia; el alemán desarrolla una firmeza varonil (*männliche Festigkeit*), que viene a ser el premio a su lucha contra los elementos de la naturaleza. En un sentido opuesto, el sudamericano —habitante de un sereno cielo— no está obligado a emprender grandes tareas de supervivencia. Lo que explicaría por qué el alemán, así como el europeo del norte en general, posee una fortaleza espiritual y física incomparable si se la

⁴⁷² “Allein so wie die umgebenden Naturen sich völlig unähnlich sind in unserm [sic] Norden und unter der Sonne der Wendekreis, so sind es auch die Producte [sic] der Dichtkunst”. Schmuck, “Im Schatten...”, *op. cit.*, p. 63.

⁴⁷³ “Die Poesie des Südamerikaners hat das Leichte, Lachende und Graziöse seiner Lebensansichten, seiner Verhältnisse, seines Klimas”. *Op. cit.*, p. 66.

⁴⁷⁴ *Op. cit.*, p. 70.

contraponen al sudamericano. Es justamente el clima, el tipo de naturaleza, lo decididor en la construcción de ambos caracteres.

El clima también es importante cuando se compara el apego o distanciamiento de los sudamericanos respecto de su vida hogareña. Dado que allí el cielo es siempre azul, la temperatura agradable y la naturaleza pródiga, sus habitantes se ven inclinados a permanecer largas horas fuera de sus casas. Muchas de las actividades las realizan al aire libre, en sitios abiertos. Diferente es el caso de los alemanes, a quienes el clima frío, la nubosidad y el rudo cielo lluvioso los orienta a la vida doméstica. De ahí que en las largas noches de invierno, se vean en la obligación de acercarse a otras personas, conformando una activa vida social. Por otro lado, tal sociabilidad tiene un impacto sobre el desarrollo de la ciencia y de la formación cultural en general: las conversaciones de contenido filosófico, las reflexiones y los inventos, emergen al amparo de una vida orientada al hogar, bajo techo⁴⁷⁵.

Eran justamente las condiciones climáticas las que posibilitaban que el hombre del norte se dedicase a su familia, reflexionase en las eternas horas de invierno. Muy diferente era el sudamericano, quien pasaba largo tiempo sin los suyos, rondando casas de baile o en lugares de juego y apuestas⁴⁷⁶.

El desarrollo religioso conformaba otro elemento que el naturalista germano veía en íntima relación con el tipo de naturaleza sudamericana. En primer lugar, clarificaba que, contrariamente a lo que se piensa en Europa, en América del Sur no se presentaba una intolerancia religiosa o un rechazo extremo ante otras creencias. Muchos viajeros europeos, empeñados en una empresa religiosa en Sudamérica, podían corroborar la acogida que los sudamericanos daban, no importando si la labor misionera fuese protestante o católica. No significaba tomasen cualquier orientación religiosa, más bien lo anterior expresaba su carácter. Tal como ya se ha señalado, para Eduard Poeppig el habitante sudamericano poseía una fuerte inclinación lúdica y festiva: siempre que se despierte en ellos su sentido de viveza y alegría, es posible esperar una evangelización exitosa. De ahí las estrategias de los misioneros católicos, quienes les llevaban todo tipo de elementos a fin de excitar su desbordante fantasía. De esta forma, se lograba que participasen de la vida espiritual, sin que tuviesen que dejar de lado sus costumbres mundanas⁴⁷⁷.

De este carácter se sigue, por otro lado, lo difícil que sería introducir, algún día, la religión protestante y noreuropea entre los sudamericanos. La fría, tranquila y razonable religión del protestantismo no encontrará nunca una entrada en América del Sur y hasta insensato e injusto resultaría tratar de llegar hasta allí a fin de implantarla. Era justamente el tipo de habitante de Sudamérica el que no se acomodaba a una orientación religiosa que requiera

⁴⁷⁵ Schmuck, "Im Schatten...", *op. cit.*, pp. 72 y 73.

⁴⁷⁶ *Op. cit.*, pp. 65 y 80.

⁴⁷⁷ *Op. cit.*, p. 84.

de ciertas particularidades reflexivas, serias, profundas, que a todas luces en el sur del Nuevo Mundo no se encontraban. Según Eduard Poeppig, el frío del norte era el único capaz de ofrecer una población que presentaba un alto nivel formativo –tanto intelectual como espiritual– apropiado para los requerimientos del protestantismo⁴⁷⁸.

Eduard Poeppig no recurre a nuevos componentes con el objetivo de definir la identidad nacional. Ciertas características y asociaciones, como la noción de los alemanes como un tipo de personas frías, distantes, serenas y estables, a la vez que trabajadoras y reflexivas, de alguna forma es posible ya advertirlas en anteriores viajeros. No es la invocación de tales particularidades lo que hace interesante su noción de identidad, sino la forma y la justificación utilizadas a fin de corroborarla.

Define las identidades no sólo desde el impacto que le podría haber significado la diferencia cultural y natural del Nuevo Mundo sino, además, desde su enfrentamiento con lo propio. A pesar de que sus relatos de viajes están referidos a Chile o a Sudamérica, una y otra vez recurría a la imagen de la patria, al símil con lo conocido, como una forma de otorgarle una perspectiva a lo descrito, enjuiciar o aprehender. Aquello que, de alguna manera, resulta consustancial a todo relato de lo extraño –comparar para conocer y conocer desde la comparación–, era llevado por el naturalista germano a un nivel taxonómico.

Para él, existían dos mundos paralelos y opuestos. Como si fuesen espacios diametralmente opuestos entre sí, cada elemento, todo detalle lo veía reflejado de manera inversa en el otro. La base que explicaba el surgimiento y mantenimiento de dichos lugares la recogía desde la naturaleza. Era justamente el clima, el tipo de suelo y, en especial, la intensidad de los rayos solares y la gradación terrestre, lo que determinaba a la población. La “mano de la naturaleza” (*Die Hand der Natur*) representaba aquí un papel primordial. Era quien finalmente decidía quiénes debían trabajar duro para su subsistencia o, por el contrario, sólo gozar de sus frutos. Ella definía el carácter alegre, vivaz y lúdico bajo un cielo siempre azul o la frialdad, la serenidad, la inclinación reflexiva de unos días oscuros y largos inviernos. Tal y como se ha afirmado, utilizaba el modelo bipolar de Carl von Linné.

El hecho de encontrar un sistema binominal que diese cuenta de la existencia de dos mundos paralelos, no quería decir que se conformase de manera igualitaria. No sólo se presentaban dos partes opuestas de un mismo componente sino, además, una de ellas era superior a la otra. En efecto, el sistema binominal que en Eduard Poeppig explica la existencia de las identidades nacionales era jerárquico.

⁴⁷⁸ “Die kalte, ruhige Vernunftreligion des Protestantismus wird nie in Südamerika Eingang finden können, und thöricht [sic] ungerecht selbst sind die Bemühungen zu nennen, ihn dahin verpflanzen zu wollen”. Schmuck, “Im Schatten...”, *op. cit.*, p. 66.

Los elementos que atribuye al mundo alemán son simplemente el resultado de la lucha contra una naturaleza hostil. Así, no pocas veces, dejaba entrever cómo tal enfrentamiento modelaba un carácter fuerte, tanto físico como espiritual. No sólo el habitante de las regiones frías debía permanecer largas temporadas en casa sino, además, dicha obligación le ayudaba en su formación cultural y moral, resultando un tipo humano muy superior a cualquiera que pudiese haber surgido de otros lugares del mundo, bajo diferentes condiciones ambientales. Aquí, el determinismo geográfico llegaba a ser toda una forma de argumentación que reforzaba la primacía de un grupo respecto del otro. Tal superioridad, por otro lado, explicaba por qué disciplinas elevadas como la filosofía o la literatura sólo podían desplegarse en su plenitud y profundidad en aquellos lugares. De ahí, además, que el protestantismo pudiese dar frutos justamente en el norte de Europa.

De modo que el hecho de la existencia de mundos paralelos y opuestos no implicaba necesariamente que pudiesen enfrentarse en igualdad. En la lucha por doblarle la mano a la naturaleza, el alemán, el europeo del norte había salido fortalecido, mientras que en Chile, en Sudamérica, muchos de los vicios humanos –la pereza, la superficialidad, la violencia– se habían arraigado. El sur del mundo arrastraba una desventaja que ni la más fuerte europeización o adquisición de moldes del Viejo Mundo podían llegar a eliminar. A pesar de todo, lo que en contra de aquella situación los sudamericanos podían hacer, en definitiva, resultaba inútil. El sur seguía estando abajo en el planisferio imaginario de los viajeros germanos⁴⁷⁹.

Paul Treutler y la nación bajo el mundo salvaje

A mediados del siglo XIX, el Estado chileno aún no lograba unificar la totalidad de su territorio, así como tampoco era capaz de ejercer una presencia que asegurase su soberanía a lo largo de todo el país. Una parte de la zona sur, la llamada región de la Araucanía, todavía se mantenía como en el período colonial hispano: bajo el control de caciques y tribus indígenas. De ahí la atracción que este lugar ejercía en los viajeros europeos: allí era posible observar a los indios en su “estado natural”, no contaminados por la influencia externa, como tampoco por un sistema político que los hubiese obligado a transformarse.

Los indios conformaban un tópico casi obligado en las narraciones de los europeos en América durante el período decimonónico. Las imágenes formadas sobre éstos en el Viejo Mundo, sus exóticas costumbres, el tipo de constitución física y sus dotes guerreras habían llegado a construir todo un universo literario, fascinante, diferente y lejano. El público lector alemán así como el europeo, ya tenía incorporados dentro de su espectro a los aborígenes

⁴⁷⁹ Respecto de la posición de superioridad de los viajeros europeos véase Said, *op. cit.*, en especial p. 7.

del Nuevo Mundo, albergando la expectativa de que cada nueva publicación sobre dichas regiones contuviese historias de aquellos pueblos o simplemente sus descripciones. De ahí que los viajeros, escribiesen relatos de aventuras o no, se veían inclinados a incluir a los “naturales” en sus textos. Paul Treutler, al igual que muchos otros europeos en Chile, hará todo lo posible por conocer a los indios chilenos, así como por pasar una temporada entre ellos. En este acápite se analiza cómo concibió su paso por la región de la Araucanía chilena, destacando hasta qué punto desde allí, y mediante tal experiencia, definió su propia identidad alemana⁴⁸⁰.

Justificaba su expedición a la mencionada región desde una perspectiva eminentemente profesional. El objetivo residía en visitar las antiguas minas auríferas, no explotadas desde la época colonial hispana, así como hacer un catastro de otras riquezas mineras del lugar aún no advertidas por las autoridades chilenas. Hasta incluye en su relato todo un programa, para un tiempo calculado de un año entre tales “indios independientes”, destacándose la observación de yacimientos y posibles “grandes tesoros” enterrados por los españoles y de las condiciones para el establecimiento de futuras colonias europeas⁴⁸¹.

Junto con dichos intereses meramente expansionistas sobre los territorios indígenas, es posible advertir otros ámbitos, aspectos y perspectivas. Participaba también de aquel universo de fascinación ante las poblaciones originarias de América. De hecho, en más de una ocasión manifestó su deseo de conocer sus territorios, a pesar de las advertencias que recibía respecto de lo arriesgado que podría ser. En el riesgo mismo de la aventura residía el atractivo de la empresa. De ahí que no importase el peligro de morir o quedar atrapado en aquel lugar. Por otro lado, la posibilidad de llegar a ser el primer europeo en terrenos inexplorados acentuaba aún más las ansias de tomar contacto con jefes indios y alcanzar nuevos espacios, nunca antes descritos por “cristiano alguno”.

Ciertos elementos influyeron para que se aventurase en su cometido expedicionario a la Araucanía. Por un lado, todo ese interés se vinculaba a las lecturas de relatos de viajes que había hecho. En este sentido, así como en otros viajeros alemanes, la figura de Friedrich Gerstäcker resultaba decisiva. Reconocía su deseo de seguir las huellas del escritor de aventuras y, en alguna medida, hasta de superarlas. Evidente resulta cómo en muchas de las decisiones que tomaba, respecto de los caminos a seguir o de las actitudes y precauciones a tomar frente a los indios, es posible advertir la lectura de Friedrich Gerstäcker. Por lo que no resulten extrañas la alegría y la sorpresa que exprese al comprobar, en un momento de su travesía por la Araucanía, que estaba repitiendo la ruta realizada años antes por el escritor alemán e, incluso, hasta se estaba haciendo acompañar por el mismo cacique descrito en uno de

⁴⁸⁰ Véase al respecto Bausinger *et al.*, *op. cit.*, pp. 270-276.

⁴⁸¹ Treutler, *Fünfzehn...*, *op. cit.*, pp. 12-107 y 174.



Paul Treutler, en *Fünfzehn Jahre in Süd-Amerika an den Ufern des Stillen Oceans / Gesehenes und Erlebtes* von Paul Treutler, lam. 33.

sus libros, leído por él en su lejana Alemania. Al igual que en muchos otros europeos en América, el “viaje imaginado”, construido desde unas lecturas en el Viejo Continente, se erguía como una guía del recorrido, un conjunto de aspiraciones y unos deseos de aventura.

En otro aspecto, es posible notar cómo no sólo influía la figura literaria de Friedrich Gerstäcker sino, también, la experiencia de otros viajeros frente al mundo indígena en los Estados Unidos. A pesar de que no había estado antes de su periplo chileno en dicho país, resulta notable cómo un conjunto de estereotipos, nociones y figuras, fueron traspasadas a Alemania desde la literatura y la literatura de viajes. Lo anterior hacía de la experiencia en la Araucanía chilena un símil de la estadounidense. Tales elementos le permitían formarse una idea de lo que podría esperar de los indios chilenos, como también de las reacciones que éstos podrían llegar a presentar frente a ciertos estímulos. Así, tal saber estadounidense le otorgaba un punto de comparación para describir a los propios indígenas chilenos, estableciendo el atraso o avance de éstos en relación con los estadounidenses. Ello explica por qué le llama la atención que los indios chilenos no supiesen hacer fuego utilizando maderos como los indios del norte, o que sus conocimientos agrícolas no fuesen tan diferentes de estos últimos. Muchas de las características que observaba entre los indios chilenos no podían dejar de hacerle recordar la imagen de los indios de Norteamérica. La organización social de los primeros, como ciertas particularidades en relación con el significado de sus nombres o formas de enfrentar lo bélico, inevitablemente le traían el recuerdo de los pueblos originarios del norte de América⁴⁸².

Esta influencia de las imágenes extraídas de la literatura o de la experiencia estadounidense traspasada al Viejo Mundo hizo que el viajero no sólo construyese un conjunto de expectativas respecto de la Araucanía sino, también, en relación con la figura misma del indio chileno. Es justamente a partir de ahí que creó todo un conjunto de elementos que buscaba ver expresados en los habitantes de dichas regiones. Es por ello que, una vez enfrentado a los indios “reales”, el encuentro con las poblaciones originarias llegase a ser hasta sorpresivo.

Evaluaba, buscaba poner a prueba la identidad misma de los indígenas: ¿hasta qué punto diferían del tipo humano europeo?, ¿qué tan “indios” llegaban a parecer? Uno de sus primeros encuentros, al comienzo de su expedición chilena y estando aún en territorio “cristiano”, le decepciona un poco: la impresión que recibe no era la que esperaba, puesto que tales individuos no diferían mucho de otros habitantes que había conocido en el país. Finalmente, concluía que, dada la cercanía con los territorios cristianizados, habían ya adoptado muchas de las costumbres europeas y hasta hablaban un poco el idioma español⁴⁸³.

⁴⁸² “Durch zwei gegen einander geriebene harte Hölzer Feuer zu erzeugen, wie es unter den nordamerikanischen Indianern Sitte ist, verstand er nicht...”. Treutler, *Fünfzehn...*, *op. cit.*, p. 112.

⁴⁸³ *Op. cit.*, p. 101.

Interesante resulta advertir cómo, a medida que se internaba en la región “independiente” de los indios, más “puros” los iba considerando. Ya en territorio plenamente indígena, lejos de los indios “fronterizos”, no deja de extrañarse al ver que, contrariamente a lo que hubiese creído, eran más blancos de lo que supuestamente deberían ser. De hecho, a pesar de encontrarse entre poblaciones totalmente aisladas de los chilenos de origen español y de los colonos europeos, el color de la piel resultaba aún más claro que en muchos indios de la zona central chilena o, incluso, que en los propios mestizos. Ni siquiera la talla y la altura, o hasta la belleza, correspondía con lo que había leído o escuchado anteriormente⁴⁸⁴.

No sólo los indios eran diferentes físicamente de lo que había pensado sino, también, sus costumbres y moralidad diferían de lo que, por lo general, “debería” corresponder a todo pueblo “bárbaro”. Habiendo estado en muchas festividades indígenas, no dejaba de llamarle la atención el hecho de que, normalmente finalizaban en una borrachera generalizada, nunca terminasen en actos inmorales o chocantes. Así se refiere a una de aquéllas: “Debo extender a los indios, sin embargo, el glorioso y al mismo tiempo honroso certificado de que, a pesar de que todos estaban más o menos borrachos no aconteció ni la menor pelea o disputa, ni el menor acto inmoral o insolencia”⁴⁸⁵.

Si bien todo transcurría dentro de un cuadro de jolgorio y alcoholismo algo excesivo para él, no lo interpretaba como un signo que expresase el espíritu salvaje del pueblo indígena chileno. Incluso, en lo concerniente a la sexualidad, a pesar de existir entre ellos la práctica de la poligamia, no se advertía la existencia de una promiscuidad o de un libertinaje. Estando una noche durmiendo en una ruca indígena, en una demostración de confianza absoluta de parte de un cacique de la zona, confesaba que había pernoctado junto a las mujeres e hijas de éste. Lo anterior, antes de ser una evidencia de la relajación moral que aquellos pueblos evidenciaban, más bien expresaba su elevado nivel moral: “Aquí el lector nada de inmoral debe encontrar en ello, dado que es conocida la solidez de la castidad de esa raza que castiga el adulterio y la seducción con la pena de muerte”⁴⁸⁶.

De modo que, la tan difundida inmoralidad de los indios, su desenfreno o inclinación a la vida animal y salvaje se ponían en cuestión ante la experiencia con los indios “reales”. Incluso, en muchos pasajes de su texto destaca la humanidad de estos habitantes que, enfrentados ante situaciones que amenazaban la seguridad de su familia, no dejaban de optar por los suyos,

⁴⁸⁴ Treutler, *Fünfzehn...*, *op. cit.*, pp. 88 y 109.

⁴⁸⁵ “Den Indianern muß ich aber das rühmliche und zugleich bezeichnende Zeugnis geben, daß, obgleich alle mehr oder weniger betrunken waren, nicht der geringste Streit und Zank, nicht die geringste kleinste Unsitte oder Rohheit vorkam”. *Op. cit.*, p. 92.

⁴⁸⁶ “Der Leser wolle aber bei der bekannten unverbrüchlichen Keuschheit dieser Race [sic], bei der Todesstrafe auf Ehebruch und Verführung steht, nichts Unsittliches hierin finden”. *Op. cit.*, pp. 115-116.

enfrentando no pocas veces los rígidos marcos sociales bajo los cuales vivían. La vinculación con la familia era otra virtud que el germano admiraba de los indios chilenos.

En la Araucanía no solamente reinaban la virtud y la moralidad, sino que, a su vez, tales características superaban con creces lo que él mismo había observado entre los chilenos descendientes de españoles. Por un lado, los indios eran mucho más aseados que aquellos, pues tomaban baños diariamente, como también se cambiaban sus prendas de vestir, las que siempre se encontraban limpias. Ello difería de la suciedad y mal aspecto que era posible advertir en los habitantes de ciudades como Valparaíso o Santiago. En otro sentido, resultaba incomparable el pudor de los indígenas chilenos en relación con los chilenos-hispanos. No pocas veces había contemplado cómo las mujeres en Chile se bañaban en presencia de hombres e, incluso, con mínimas prendas de vestir. Por el contrario, los indios de la Araucanía jamás se sacaban toda la ropa ni tomaban baños bajo la mirada de extraños.

Todas estas características destacadas por el viajero alemán –blancura de la piel, moralidad, virtudes– de alguna forma le hacían ver que muchas de las nociones que en Europa se sostenían respecto de aquellos pueblos no eran nada más que invenciones y prejuicios. Diferente era el contacto directo con dichos habitantes, pues permitía conocer sus costumbres, recorrer sus territorios. En este sentido, era evidente en qué medida la empiria se erguía como la única forma de conocimiento posible, así como el marco de legitimación que avalaba cualquier juicio que sobre aquellos pueblos pudiese emitirse. En otro sentido, el hecho de que encontrase con que los indios de la Araucanía no eran tan diferentes de lo que comúnmente se sostenía, hacía que pudiese enfrentar las fronteras culturales que lo separaban del mundo indígena chileno, puesto que muchos valores que guiaban a estos aborígenes no eran tan ajenos a los que primaban en Alemania.

Definir la identidad a partir de un universo axiológico permitía que, sobrepasando todas las distancias, el alemán con el indio chileno se encontrasen desde unos valores comunes: moralidad, amor a la familia, pulcritud, pudor. De modo que, a pesar de la gran distancia existente entre su cultura y la de los habitantes de dicha región –bajo las concepciones de la época– seguía considerando a aquellos pueblos como salvajes e incivilizados, aun, admitiendo la inferioridad en la que se encontraban, no podía dejar de advertir similitudes. Por más alejado que estuviese de Europa, entre aquellos bosques, bajo el mundo salvaje, era posible notar cómo, en el fondo, los hombres no diferían tanto entre sí.

Tal y como lo ha destacado Andrea Pagni para Friedrich Gerstäcker, Paul Treutler aquí construía una patria entre lo ajeno. El otro no era “tan otro”, lo extraño no era “tan extraño”. Tal recurso de asimilación, de manera paradójica, reforzaba su propia identidad: sólo tener en claro su pertenencia a Europa, a Alemania, le permitía advertir los elementos comunes. Aquí, el

indio chileno se constituía en una suerte de espejo que le reflejaba su propio lugar, su mundo⁴⁸⁷.

El habitante de la Araucanía, junto con reflejarle aspectos familiares y conocidos, al mismo tiempo le mostraba las enormes distancias que lo separaba de aquel mundo. Afirma cómo, en pleno territorio indígena, no le quedaba más remedio que someterse a las costumbres de sus anfitriones. Si el objetivo estaba puesto en obtener información acerca de las reservas mineras presentes en la zona, entonces, era un requisito previo establecer buenos vínculos con los jefes indios; razón por la cual asistiese a sus fiestas, sin rechazar invitación, bebida o comida que le ofreciesen. Debía tolerar todo un conjunto de sabores, aromas, así como alimentos totalmente desconocidos. La mayoría de las veces se sometía amablemente ante tales experiencias, lo que no significaba que no llegase a sentir “repugnancia”, “náusea” o “asco”.

Dichos platos, la mayoría basados en sangre, carne casi cruda o guisos hechos de algas marinas, hacían que el sabor y el tipo de alimentación llegasen a conformar toda una representación de identidad. No sólo se trataba de la forma de preparación o la higiene, aspectos que ya en este capítulo se han analizado como cualidades de la cocina alemana, sino, también, la posibilidad misma de que dichos alimentos pudiesen ser ingeridos.

Las comidas de los habitantes de la Araucanía le revelaban lo ajeno que se encontraban de su mundo. La cocina alemana era mucho más elaborada, de una preparación más larga y minuciosa. Por el contrario, a partir de las comidas de los indios, podía observar lo vinculados que estaban con la naturaleza. La comida, que en Europa era producto de un proceso artificial, para los indígenas era simplemente un regalo de la selva o de los bosques. De ahí que no produjesen mantequilla o queso, ni tampoco tortas o pasteles. Desde el ámbito culinario era posible diferenciar a un pueblo civilizado –luego, sofisticado e ingenioso– de aquellos “hijos de la tierra”, que sólo tomaban lo que ésta les daba⁴⁸⁸.

En no pocas ocasiones se sorprendía al encontrar, en qué sentido, ciertas costumbres, que en Alemania eran parte de una normalidad, entre los indios de la Araucanía llegaban a ser chocantes y hasta ajenas. Relata lo extraño que resultaba que estos aborígenes chilenos, a pesar de poseer magníficos rebaños de vacuno, no bebieran jamás leche de vaca. Para ellos, tal práctica era algo impuro y sucio. De ahí que se asombrasen al ver al germano tomando tal bebida. Lo anterior evidenciaba las fronteras entre ambos espacios; así como, por otro lado, en qué sentido lo que uno tomaba por normal podía ser visto por el otro desde un punto de vista totalmente contrario. Aquí hacía notar lo curioso que era ver cómo, en el momento en que tomaba leche, los indios experimentasen la misma repugnancia que había sentido al comer carne cruda o al beber sangre, como si dos mundos lejanos se mirasen mutuamente⁴⁸⁹.

⁴⁸⁷ Pagni, “Friedrich...”, *op. cit.*, pp. 281-282.

⁴⁸⁸ Véase Treutler, *Fünfzehn...*, *op. cit.*, pp. 126-127 y 319.

⁴⁸⁹ *Op. cit.*, p. 104.

No sólo encontraban los indios extrañas ciertas costumbres del aventurero alemán sino, también, su aspecto físico les llamaba poderosamente al atención:

“Muchos indios (...) me rodeaban y me hacían miles de preguntas que mi traductor debía traducir. Lo que en especial les asombraba, era mi larga y rubia cabellera, así como mi gran barba cerrada y me rogaban que me desvistiera a fin de ver si mi cuerpo entero estaba cubierto de pelos. A fin de acceder en algo, me descubrí el pecho, el cual admiraron y tocaron. Me tiraron también la barba y fue tocada cada prenda de vestir, cada botón. En verdad, me sentí en dicha situación hartamente ridículo”⁴⁹⁰.

Aquí algo se invertía, pues de pronto el viajero pasaba a ser motivo de curiosidad e interés: lo que comúnmente resultaba ser un comportamiento típico del europeo sobre el aborigen, ahora se daba en un sentido contrario. Ello es realmente interesante de advertir en un miembro del Viejo Mundo en el Nuevo, por mediados del siglo XIX.

De alguna forma, esto revela en qué medida Paul Treutler podía poner su propio espacio cultural como objeto de la extrañeza de otros. Aunque la situación lo hacía sentirse ridículo, a pesar de que aquello no revelase otra cosa más que el aislamiento en el cual se encontraban los indios de la Araucanía respecto de otras culturas, asumía su condición de exótico y raro entre los indios. La entrada al espacio del aborigen abría la posibilidad de que este último, y no el habitante del Viejo Continente, marcara la línea fronteriza entre lo común, lo normal y lo extraordinario.

Todo este contraste cultural entre el viajero y sus anfitriones de la Araucanía, la existencia de fronteras culturales que separaban a ambos grupos, de algún modo se diluía en el momento en que tales espacios, por un azar, se cruzaban o yuxtaponían: ¿qué sucedía si estos aborígenes, aquellos pueblos totalmente ajenos a Europa, tomaban ciertos objetos y elementos del Viejo Mundo?

Paul Treutler relata la llegada de un grupo de indígenas que, de pronto, irrumpía en el lugar donde él se encontraba junto a numerosos jefes indios, los cuales se habían reunido para celebrar una fiesta de curación de un enfermo. Lo primero que le llamó la atención era que, a pesar de sus “horribles pinturas” de color rojo y azul, pudo reconocer que se trataba de un conocido

⁴⁹⁰ “Viele Indianer (...) drängten sich heran und richteten tausend Fragen an mich, die mein Dolmetscher übersetzen mußte. Was besonders ihre Bewunderung erregte, war mein langes blondes Haar, wie mein großer Vollbart, und sie baten mich, daß ich mich auskleide, um zu sehen, ob mein ganzer Körper so mit Haaren bedeckt sei. Um ihnen etwas zu willfahren, entblößte ich meinen Oberkörper, den sie bewunderten und befühlten, zupften mich auch am Bart, und jedes Kleidungsstück, jeder Knopf wurde angefaßt, ich kam mir in dieser Lage wahrlich höchst lächerlich vor”. Treutler, *Fünfzehn...*, op. cit., p. 91.

pueblo de indios de la Araucanía caracterizado por su cutis blanco y fino y su cabello rubio⁴⁹¹.

De aquel contingente se destacaban, de sobremanera, un puñado de bellas mujeres muy parecidas a las alemanas, debido a lo cual los lugareños sostenían dicho origen germánico. Sin embargo, no sólo estos indios de aspecto europeo o alemán lo desconcertaban. Hace poco había varado un barco francés cerca del lugar, cuyo cargamento en gran parte fue tomado por aquellos aborígenes. Estos “hijos salvajes de la naturaleza” empleaban dichos elementos –ropas, zapatos, sombreros–, como una forma de sobresalir ante sus pares. Ante ello, más que comentar la extrañeza que le producía ver a los indios con trajes del Viejo Mundo, dejaba sentado lo ridícula y cómica que era dicha situación⁴⁹²: “Pero lo más extraño sin lugar a dudas eran algunos indios que habían tenido la suerte de robarse fracs negros, los cuales se los habían puesto al revés, teniéndolos por faldón, a fin de tapar sus vergüenzas”⁴⁹³.

El contexto que rodea el uso de tales objetos no podía ser conocido por los indios, de ahí ocupasen las prendas de forma diferente a como se usaban al otro lado del Atlántico. Lo anterior, antes que implicar necesariamente la incivilización de estos habitantes al no usar “correctamente” tales trajes, reflejaba en qué medida cada pueblo, cada cultura, cada lugar, poseía sus propias reglas, maneras y formas de vestir. Es decir, no sólo se advertían diferencias entre un grupo y otro desde las comidas o los sabores sino, también, a partir del vestuario. De ahí la comicidad y ridiculez de la situación descrita, no porque los indios en sí fuesen risibles, sino, más bien, debido a que la línea divisoria entre dos mundos de pronto se había roto: la risa se instalaba sobre el desconcierto que producía la yuxtaposición de unos espacios totalmente ajenos.

¿Qué decir cuando el propio viajero alemán iba más allá de tales divisiones preestablecidas? En aquella misma celebración indígena antes descrita, relata cómo todos, incluido él mismo, debían tomar parte en la festividad, lo cual implicaba la asistencia y la obligación de pintarse el cuerpo. El viajero se somete a ello, obligado a seguir uno a uno los pasos y ritos de los indios, desde saludar hasta beber y comer todo lo que le iban ofreciendo. La ceremonia llegaba a su punto culminante en el momento en que cada varón del grupo debía invitar a dos muchachas, tomarlas de la mano, saltar alrededor del chamán y cantar al son de la música. De modo que el alemán, el venido de Europa, el buscador de minas de oro, de pronto se veía inmerso en aquel rito –en una suerte de juego de simulación–, como si fuese un miembro cualquiera de la tribu. En medio de aquella ceremonia, no deja de mirarse y sorprenderse:

⁴⁹¹ Se trata de los indios de Boroa. Este pueblo, según la leyenda que el mismo Paul Treutler reproduce, se originó a partir de un grupo de marinos europeos que encallaron en la zona.

⁴⁹² Treutler, *Fünfzehn...*, *op. cit.*, p. 128.

⁴⁹³ “Am komischsten nahmen sich aber unstreitig einige Indianer aus, welche das Glück hatten, schwarze Fracks zu erbeuten, welche sie, die Schöße dazu bestimmt haltend, ihre Schaam [sic] zu bedecken, verkehrt angezogen hatten”. *Op. cit.*, p. 130.

“Involuntariamente pensé en qué diría mi familia en Europa si me vieran con dos indias, todo pintado y en traje indígena, saltando en círculo como un loco. Ante ello no tuve más que reírme”⁴⁹⁴.

Nuevamente surgía la risa, ahora no sobre los indios, que se vestían a la usanza europea, sino sobre él mismo. Era justamente la disolución de los marcos que caracterizaban y a la vez dividían a dos mundos opuestos lo que producía el humor. El hecho de poder verse a sí mismo de manera tan ridícula, como había presenciado momentos antes la imagen de unos indios con frac, denotaba que la jerarquía Europa y no Europa poco importaba. Daba lo mismo que unos indios adoptaran otros usos y costumbres o que un miembro del Viejo Continente se hiciese pasar por aborigen americano: la ridiculez no estaba presente sólo en estos últimos sino en cualquiera que ocupase los elementos del otro.

De modo que Paul Treutler no veía en tal superposición de papeles sólo un juego de imitación o una simple obligación a fin de ganarse el aprecio de los indios. La posibilidad de cruzar el umbral que lo separaba de los habitantes de la Araucanía demostraba en qué medida la identidad no se disolvía o extraviaba, aun cuando se tomase el papel del otro. Era justamente aquella particularidad la que hacía posible que un alemán se hiciera pasar por indio o viceversa. Sin embargo, no era lo más importante: lo decisivo estaba puesto en el hecho de que el alemán seguía siendo alemán, aun cuando estuviese pintado o bailando al ritmo de unos tambores en medio de la Araucanía.

Para el aventurero germano la identidad no era unos simples signos superficiales –la ropa, unos bailes–, sino, más bien, algo interno: unos valores, unas costumbres, una moralidad, unas virtudes. La cual se llevaba consigo a pesar de que externamente se hubiesen adquirido otros hábitos, otras vestimentas. Es debido a ello que no le importaba simular una identidad de indio. De ahí, además, lo que otorgaba, para él, la calidad de alemana a ciertas comidas no sólo estaba en el sabor o en el tipo de productos utilizados, sino en la preparación. Ésta era la que dejaba al descubierto otros aspectos, tales como la limpieza, el trabajo y la pulcritud, los cuales, en definitiva, se veían como la esencia de la alemanidad.

A partir de la noción de que la identidad, más bien, es algo interno, es posible comprender, además, el hecho de que Paul Treutler se sometiera a los ritos y costumbres indígenas. Si las particularidades que definen a una nación no son posibles de transformarse, entonces, el viajero puede mirarse a sí mismo desde la perspectiva de los otros. Ello explica porque podía comprender el asco de los indios cuando bebía leche de vaca o la extrañeza que su cabellera rubia producía. Es justamente desde ahí como se puede entender por qué llegó

⁴⁹⁴ “Unwillkürlich dachte ich an meine Familie in Europa, wenn sie mich hier, bunt bemalt, in indianischer Tracht, mit zwei Indianerinnen wie verrückt im Kreise hätte herum springen sehen, und mußte lachen”. Treutler, *Fünfzehn...*, op. cit., p. 132.

a ser, él mismo, un objeto de la curiosidad de los otros, algo que normalmente, en la relación europeo-indígena, se daba, pero de manera inversa.

En un comienzo, se decepciona ante el descubrimiento del indio “real” y la confrontación con el “literario”. Sin embargo, pronto va a comprender que era posible experimentar la diferencia cultural –sobrepasando los prejuicios y lugares comunes–, sin negarle al “otro” necesariamente sus propias particularidades. El otro no tenía por qué ser lo que nosotros esperábamos o deseábamos de él. En este sentido, la construcción de fronteras nacionales, bajo el “mundo salvaje”, expresaba cómo se manifestaban los elementos que definían la nación alemana desplazada del Rhin al Biobío y en qué medida el “extraño”, incluso hasta el más bárbaro, también poseía su identidad y, en cierto modo, su nación. De alguna forma, la nación dejaba de ser sólo patrimonio del Viejo Mundo.

CONCLUSIÓN

Realizar un viaje a mundos ajenos durante el siglo XIX, centuria no por nada llamada de definiciones nacionales, hizo que tanto chilenos como alemanes no pudiesen evitar poner tales cuestiones en medio de sus reflexiones, observaciones y vivencias. Si bien resulta connatural al desplazamiento volcar la mirada hacia el lugar de origen una vez enfrentado a la diferencia cultural, el tiempo histórico que rodeó las travesías decimonónicas había instalado nuevas preguntas y horizontes. El hecho de que los chilenos se desplazasen a Europa, una vez concluida la separación de España, y, por su parte, los alemanes a América, en pleno proceso de creación de un estado nacional, sin duda marcó sus intereses, circuitos y visiones, tanto del Viejo como del Nuevo Mundo. Las preguntas, las cuestiones que motivaban a los viajeros se veían notablemente influidas por lo que acontecía en sus respectivos países. De ahí que, durante el recorrido mismo, no sólo rectificasen o refutasen las nociones que sobre otros pueblos abrigaban, sino que, al mismo tiempo, buscasen evaluar los límites de su propio espacio nacional.

Aquí se ha privilegiado analizar las narrativas de viaje de los chilenos en Alemania y alemanes en Chile como una experiencia de la distancia. Distancia, no sólo en el sentido de que, obviamente, tales desplazamientos implicaron un alejamiento del hogar, así como una separación de la tierra natal, sino, además, dado que conllevó un distanciamiento cultural: el enfrentamiento ante pueblos diferentes, nuevos idiomas, extrañas costumbres. En otro sentido, al resaltar lo de la experiencia, se busca hacer notar en qué medida aquello originó un conjunto de ideas sobre los países recorridos o respecto de la propia patria—construido desde la lejanía y reproducido más tarde en medio del viaje— y un enfrentamiento directo de tales nociones con sus bases argumentativas. ¿Qué tan bárbaros son los aborígenes chilenos?, ¿qué tan deslumbrante y maravilloso resulta el continente europeo?, ¿es tan diferente el sur, del norte del mundo? Tales cuestiones, así como otras similares, son puestas a prueba por los viajeros, ya fuese en el Rhin, ya en el Biobío. Más que discutir las imágenes o nociones que transportaron al Nuevo o al Viejo Mundo, lo que aquí se ha destacado son las transformaciones, reelaboraciones, adaptaciones o hasta reforzamientos de tales elementos a través de la travesía misma.

Salir de las fronteras trajo modificaciones que aportaron nuevos elementos a los discursos sobre la identidad nacional. La experiencia de la distancia y el desplazamiento, en este sentido, se erguía como una manera diferente de representar la identidad nacional en relación con otras formas de definición realizadas en el propio país.

En primer lugar, la conformación de la identidad nacional desde la distancia, *a través y por* el viaje, pone en evidencia –tanto en chilenos como en alemanes– en qué medida aquellos elementos utilizados para representarla iban más allá de ámbitos institucionales o meramente políticos.

En un sentido, el papel del Estado, en tanto articulador o eje de la conformación nacional, no se advierte. Muchos estudiosos se han concentrado, en pos de definir la formación de la identidad nacional, justamente sobre tal base, destacando en ello la invención de tradiciones, las censuras, la conformación de museos, de textos escolares, propaganda, leyes o parafernalia militar. A través de tales aspectos dichos estudiosos visualizan en qué medida el Estado imponía su presencia. Sin embargo, la inculcación de una filosofía, un sistema de valores o convenciones y comportamientos sociales, a través de toda una *ingeniería social*, no aparece en las representaciones de la nación desde la distancia. Aun cuando no pocos de los viajeros hubiesen llegado a representar al gobierno o al consulado en un país extranjero, sus miradas –así como sus formas de insertarse en tanto chilenos o alemanes– no estaban influenciadas por dictamen estatal alguno. El estudio de la definición nacional fuera de las fronteras torna débil la primacía del Estado-nacional en su tarea de constructor de la nación, ámbito que ha tendido a privilegiarse a la hora de reflexionar respecto a tales cuestiones, en especial en el caso chileno.

No sólo el papel de ciertas instituciones se observa frágil en tales representaciones desde la lejanía sino, además, los propios elementos del terreno político van dejando paso a otras vinculaciones. En este sentido, aquí es posible advertir en qué medida aspectos como la religión, los valores, las diferencias climáticas, culinarias, de costumbres y de idiomas iban instalando un fuerte sentido de pertenencia nacional. De esta forma, la representación de la nación fuera de las fronteras deja al descubierto la primacía del ámbito cultural. De ahí la atención prestada por los viajeros a la estructura de las lenguas, a las formas de diversión y ritualidad, tipos de arte y arquitectura, modos de vida, carácter de la gente, etc., puesto que precisamente éstos, y no otros elementos, se vislumbraban como constitutivos del ser nacional. La nación iba más allá de unos pasaportes, de unas definiciones jurídicas, de unos edictos.

En segundo lugar, la experiencia de la distancia deja al descubierto en qué sentido ésta, en ningún caso, se expresaba como algo perenne, completo o acabado. La identidad no emergía como elemento estático, sino, más bien,

como un acto de filiación que se iba construyendo en la travesía misma: una identidad en movimiento. Lo anterior no sólo dado el desplazamiento físico sino, también, puesto que los argumentos y sus bases se iban modificando. Ello permite comprender por qué, tal y como ciertos estudiosos lo han advertido para otras experiencias viajeras, la representación nacional desde la lejanía no se articulaba de forma unívoca o unidireccional, puesto que dependía siempre del tipo de experiencia de alteridad alcanzada. Tal y como lo destaca Álvaro Fernández Bravo “...el artefacto cultural donde la nación cobra forma nunca es una identidad estable, un molde, una meseta alcanzada luego de una operación ideológica exacta y mecánica”⁴⁹⁵. De ahí la ambigüedad o hasta contradicción de las representaciones nacionales: un elemento que bajo determinadas situaciones es incluido como parte de la identidad, en otras, llega a ser totalmente ajeno. De esta forma, Benjamín Vicuña Mackenna rechazaba el materialismo de la sociedad parisina, buscando alejar cualquier símil de ésta con la chilena, mientras que, al otro lado del Rhin, unía a ambas culturas frente a una Alemania, a su vez, percibida como perteneciente a un mundo diametralmente opuesto.

La identidad chilena, entonces, pasaba de una vinculación con la calidez del sur de América en medio del Sena, a la esfera refinada del mundo latino franco-hispano dentro del territorio germano. Este mismo viajero en Freiberg, impactado por la valentía de los estudiantes chilenos, explicaba tal carácter dado un ancestro indígena, percibido como base del ser nacional. Sin embargo, contemplando las aguas del Rhin y enfrentado ante su historia de guerras interminables, comparaba tales acontecimientos con la nación chilena, formada, según él, desde la lucha entre la raza civilizadora –hispana, blanca–, que ocupaba un lado del río Biobío y las hordas salvajes –los indios–, que amenazaban desde la otra orilla. Dependiendo de las situaciones así como de la urgencia de la argumentación, los indios podían ser parte integrante de la nación chilena o, por el contrario, un elemento externo que más bien buscaba destruirla.

En tercer lugar, dicha representación de la identidad nacional se expresó como un acto eminentemente comparativo. La alteridad articulaba todo un modo de representar las diferencias a partir del cual no sólo se aprehendía y ubicaba lo extraño sino, además, se inscribía la propia identidad en medio de lo ajeno. Ello viene a confirmar que, de ningún modo, las identidades nacionales se conformaron sólo en relación con sí mismas. Sin el factor alteridad, sin enfrentar las diferencias, no hay *comunidad imaginada*. La nación emergía en el momento en que se definía lo ajeno en un acto que, a la vez que delimitaba las fronteras, reforzaba las peculiaridades que separaban lo propio de lo desemejante.

⁴⁹⁵ Álvaro Fernández Bravo (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Bhabha*, p. 15.

Dicho acto comparativo se conformó sobre la base de la creación de bipolaridades: norte-sur, climas cálidos-climas fríos, lenguas latinas-lenguas germanas, cultura romana-cultura sajona, centro-periferia. La existencia de mundos paralelos y opuestos se veía reflejada y confirmada desde el recorrido por ambos países. En esta conformación de mundos opuestos, la ubicación geográfica, la cercanía o lejanía de los trópicos y la intensidad del sol conformaron elementos explicativos de primer orden. Muchos viajeros utilizaban justamente tales factores a fin de explicarse por qué se desarrollaban pueblos y culturas diferentes. De modo que aquí toda una arquitectura geográfico-cultural avalaba, y demostraba a la vez, el hecho de que las identidades nacionales llegasen a diferir. De ahí que Benjamín Vicuña Mackenna ubicase la “dulce lengua de los trópicos” frente a los “chillidos agudos y guturales del idioma alemán” o que Paul Treutler destacase la vida ordenada, hogareña y limpia de los colonos alemanes del sur de Chile en relación con el desorden y suciedad de los poblados indígenas y habitantes de origen hispano que las circundaban. No se trataba tan sólo de la identificación de unos idiomas o de formas de asentamiento urbano disímiles, sino de unas características nacionales que se “descubrían” al contacto con pueblos totalmente diferentes.

Tal “descubrimiento” de ninguna manera se mostraba neutral o simplemente descriptivo. Los elementos nacionales que se contraponían a lo observado en otros pueblos se percibían como virtudes intrínsecas de cada país. Lo anterior significa que se destacaban precisamente aquellos valores que caracterizaban lo propio por sobre lo ajeno: la disciplina germana frente a la indisciplina chilena, la calidez y humanidad latina ante la frialdad y el materialismo sajón. En Eduard Poeppig, lo anterior adquiría connotaciones jerárquicas: no sólo la particularidad nacional alemana era diferente a la chilena sino, además, superior. El naturalista instalaba todo un determinismo geográfico que, a su vez, esclarecía por qué tales mundos paralelos y opuestos no implicaban necesariamente una bipolaridad homologable. El sur del mundo se ubicaba abajo del norte y no solamente en un sentido cartográfico sino espiritual y moral. Para Eduard Poeppig, la vida alemana desarrollada en un clima frío había diseñado el carácter moral y físico de un pueblo que, gracias a su esfuerzo y trabajo, había logrado doblarle la mano a las fuerzas de la naturaleza. Dichas características geográficas explicaban, además, por qué los germanos se orientaban al pensamiento reflexivo, al amparo de una vida bajo techo, en eternos días de invierno. Ello contrastaba con Chile, país ubicado al otro lado del mundo, donde, más bien, la pereza, el letárgico devenir, la superficialidad y la inactividad habían sido la respuesta ante una existencia transcurrida en medio de un paraíso terrenal y un cielo siempre azul.

En cuarto lugar, el desplazamiento a tierras lejanas y extrañas puso a prueba aquellos conceptos, ideas y nociones que sobre tales lugares se sustentaban. De este modo, la imagen de América, de Europa, como también del propio lugar, se reevaluaba a partir de las nuevas condiciones y perspectivas que

otorgaba la distancia. Junto con ello, dicha reevaluación evidenciaba el fuerte contraste existente entre la cultura ilustrada, las lecturas de viajes y lo observado directamente. En relación con los chilenos, sus motivos y expectativas, deseos y sueños respecto de Europa son sobrepasados por la experiencia misma de recorrer el continente. Éstos explicitaban su decepción, su malestar, por una cultura que no los reconocía como parte integrante del mundo occidental, civilizado, europeo. Aquella vinculación “natural” que sentían los viajeros antes de conocer el Viejo Continente –Chile como parte de una Europa transplantada a América– es deshecha. A partir de un sentimiento de exclusión, se acercaban y se alejaban al mismo tiempo del Viejo Mundo. Intentaban ser parte de él –“tocando” la historia en museos, visitando a antepasados– al mismo tiempo que se distanciaban poniendo a Chile en un lugar cultural diferente: el sur, lo afectivo, lo humanizado.

Por otro lado, en este juego de cercanías y lejanías de los viajeros chilenos respecto de Europa, la idea del centro del mundo sufrió un vuelco. El viaje de peregrinación que algunos estudiosos han destacado para los hispanoamericanos, la admiración por el Viejo Continente y su civilización, y la adopción de modelos acá se tornan relativos. Las críticas que los viajeros chilenos hacían al dinero y a la moda como modeladores de la vida europea, a una sociedad cada vez más masificada, mecanizada y absorta en la consecución de metas materialistas y superficiales, conformaron verdaderos llamados de atención respecto del peligro que implicaba adoptar los patrones europeos sin más. Es cierto que los viajeros fueron a Europa en busca de ejemplos de organización social y política para implementarlos después al otro lado del mundo. Sin embargo, el choque producido al ver los efectos de tales modelos muchas veces los irritó. ¿Es esto lo que queremos construir en nuestra república chilena?, ¿es qué acaso tiene mayor valor un mundo altamente urbanizado y deshumanizante que el pueblerino ambiente chileno, que, sin embargo, es mucho más cálido y familiar? No se trataba tan sólo de comparaciones e idealizaciones de lo propio desde la lejanía, sino de una constatación acerca de la existencia de un mundo distinto al que, hasta ahora, se lo había evaluado desde sus brillos y reflejos. La experiencia directa de Europa había apartado los resplandores, para dejar en evidencia las sombras.

En otro sentido, la travesía por el Viejo Mundo había mostrado a los chilenos lo intolerante que el país podía llegar a ser, aun cuando se creyese lo contrario. Sólo conociendo a otros pueblos en las cosmopolitas ciudades europeas –judíos, árabes, rusos– era posible valorar de forma diferente a tales culturas desconocidas, lo que, al mismo tiempo, revelaba lo escaso del contacto del chileno con pueblos diferentes. Por otro lado, tal conocimiento permitía, además, comparar a dichos habitantes con los chilenos como, asimismo, reconocer en qué medida muchos de los conceptos defendidos en el país sobre aquellos pueblos no eran nada más que un producto de la ignorancia, tan sólo una repetición irreflexiva de lo que en Europa se sustentaba.

Los viajeros germanos, por su parte, enfrentados a la experiencia americana, se encontraron ante el dilema de la originalidad de lo extraño. Dicha originalidad, una vez recorridas las calles del puerto de Valparaíso o en medio de los paseos de Santiago, se diluía entre los aires europeizantes del país. El cruzar el Atlántico y traspasar la línea del Ecuador aumentaba la expectativa del contacto con lo ajeno, la diferencia extrema, el otro lado del mundo. Sin embargo, tales esperanzas se esfumaban al no descubrir aquellos mercados plagados de especies exóticas, trajes nacionales, indios bárbaros o vegetaciones exuberantes. Así como en sus homónimos chilenos frente al materialismo e inhumanidad de Europa, los viajeros alemanes manifestaban su decepción ante un lugar que no correspondía con lo dicho por los libros o lo que se había soñado desde el Viejo Mundo. La realidad defraudaba con creces a la fantasía.

Este contraste que sufrían los alemanes entre lo observado y lo leído no sólo manifestaba la gran brecha existente entre la literatura de viajes y los propios pueblos hispanoamericanos sino que, a su vez, revelaba la expansión que había alcanzado la cultura europea. Muchos relacionaban dicha europeización de Chile con la masiva importación de mercaderías y usos del Viejo Continente, lo que explicaba el desajuste de la cultura chilena al verse inundada de elementos foráneos. Ello permitía entender, además, las causas de la destrucción paulatina del encanto y la atracción local, con todo el componente de desarmonía que ello significaba para el país. Esta decepción, al mismo tiempo, resultaba contradictoria. Si bien se condenaba la intromisión del Viejo Mundo en el Nuevo, no por ello se dejaba de destacar los adelantos que aquello había significado para Chile. De ahí que se valorasen los progresos que exhibía el país, como su apertura a las influencias extranjeras. Más que expresar una dependencia o una aniquilación del elemento autóctono, lo anterior denotaba sus grandes potencialidades y posibilidades de convertirse en la *Prusia de Sudamérica*. Sumándole el adelanto civilizatorio y moral que suponía la introducción en Chile de inmigrantes alemanes. En este aspecto, la atracción que en muchos viajeros ejercían las colonias germanas del sur de Chile no sólo era parte de una labor diplomática, como en Friedrich Gerstäcker, o un deseo aventurero, como en Paul Treutler, sino, además, un interés por ver directamente cómo ciertos elementos de la vida alemana –valores, urbanidad, moral del trabajo– se llevaban al otro lado del mundo.

MODOS DE REPRESENTACIÓN NACIONAL

Los elementos hasta ahora discutidos en relación con las particularidades de la representación nacional desde la distancia –como la influencia del ámbito cultural, el dinamismo de las representaciones, su sentido comparativo, su aspecto experiencial– conformaron las bases a partir de las cuales se concibieron

las diferentes formas de la nación, tanto chilena como alemana. Al respecto, es posible hablar de modos de representación que, a su vez, expresaban los vínculos que los viajeros iban estableciendo con su propio sentido de identidad nacional.

Tal y como se ha destacado, la vinculación del ambiente geográfico con las características de las poblaciones que habitaban tales espacios llegó a conformar una verdadera nación geográfica. No sólo se expresaba en una bipolaridad, norte-sur, oriente-occidente, o en un condicionamiento geográfico que determinaba unas conductas sociales, sino, también, en la convicción de que la población necesariamente reflejaba su lugar de origen. No se trataba del método de descripción de viajes sobre gente y tierra, como los humanistas del siglo XVI en Europa lo habían proclamado, sino de una perspectiva, un conjunto de ideas previas y supuestos que explicaban las identidades sobre la base de ciertos hitos geográficos o condiciones ambientales. De ahí que los viajeros percibiesen las diferencias al traspasar ciertos hitos, como la cordillera de los Andes, los trópicos o ríos como el Biobío y el Rhin, puesto que tal hecho les indicaba que se alcanzaban nuevos lugares y, por tanto, otras culturas. Asimismo, la decepción al no cuadrar ambos elementos. La expectativa de la originalidad de los lugares a visitar, por parte de los viajeros, en gran medida se explica desde esta relación gente-tierra.

Los paisajes son vistos con interés en la travesías, puesto que, de algún modo, se perciben como parte integral de la identidad nacional. De ahí que Isidoro Errázuriz no pueda evitar en Baviera recordar Chile al ver la campiña, los colores de la naturaleza, las formas del terreno, las escenas de las familias asistiendo al oficio católico: todo en conjunto lo remitía mentalmente al hogar. Benjamín Vicuña Mackenna en Irlanda construye toda una vinculación entre el paisaje y sus parientes irlandeses, buscando desde ahí los vínculos que lo acercasen a Chile. Eduard Poeppig, por su parte, en el sur de Chile, se sorprende al encontrar un panorama similar a Alemania: selvas espesas, humedad, frío; dándole pie para justificar la inmigración germana a la zona, en el entendido de que conformaba un lugar ideal para construir una patria en la distancia. En ocasiones, los paisajes, las montañas o los valles se unían a ciertas características climáticas. En Berlín, Benjamín Vicuña Mackenna asociaba la identidad del alemán a un "país de nieve". Ello le permitía entender la frialdad de la gente, la lascividad de su arte, como su inclinación a la vida material. La nieve imprimía su carácter al pueblo alemán, de ahí que fuese tan aburrido, apagado, distante.

Otro modo de representación nacional lo conformó la nación valórica. Ya fuese en los chilenos, destacando su calidez frente a la frialdad materialista del germano; ya estos últimos, ponderando la disposición al trabajo de sus compatriotas en Chile, una y otra vez emergía la nación como un conjunto de valores. De alguna forma se asociaba lo propio, lo que realmente pertenecía y caracterizaba a la nación, como aquello que justamente expresaba sus virtudes y atributos.

Otras veces un mismo valor era visto de forma diferente por los viajeros. Así, los chilenos se decepcionaban al comprobar cómo en el Viejo Continente no primaba aquella moralidad, propia de los pueblos civilizados. Maipina de la Barra llega a preguntarse cómo en Francia, un lugar tan dado al desarrollo del espíritu y de las artes, no pudiesen comprender el papel social de la mujer. En Chile, a pesar de encontrarse en el fin del mundo y de no poseer una fuerte tradición iluminista o humanista, aquella posición era muy bien comprendida. De ahí que no existiese una obligación laboral para la mujer. Allí, contrariamente al Viejo Mundo, no se sacrificaba el papel de dueña de casa y madre por la simple acumulación de dinero: la familia poseía un valor sólido. Muchos alemanes en Chile, por su parte, visualizaban dicha solidez familiar desde otras perspectivas. No pocos de ellos, como Eduard Poeppig, se lamentaban de la relajación moral del hombre en Chile, asociado a un temperamento apasionado de origen andaluz, que lo instaba a deambular por bares y prostíbulos. Lo anterior le impedía permanecer largo tiempo en casa, al cuidado de su esposa e hijos. Ante ello, el naturalista germano contraponía el ejemplo de los valores germanos, como el apego al hogar y a la vida tranquila.

De modo que un mismo valor, una misma característica, llegaba a representarse como una virtud nacional, a pesar de que se viese reflejada de forma diferente en tierras lejanas. Paul Treutler concebía la limpieza, el amor al trabajo, la pulcritud, la moralidad y el apego a la familia no sólo como simples ideales o fines sino, más bien, como virtudes y valores nacionales que hacían parte de la esencia de la alemanidad. De ahí que, entre los indios del sur de Chile, pudiese adoptar signos externos de otras culturas: bailar danzas indígenas, pintarse la cara o ser parte de una ceremonia ritual. La nación valórica era algo que se llevaba por dentro –algo intrínseco, connatural, nato–, por ello poco importaba simular ser otro, puesto que las características que lo relacionaban con su nación iban más allá del ejercicio de unas prácticas culturales ajenas. Los mundos lejanos se podían mirar, tocar, entremezclar mutuamente, sin que implicase la pérdida o la renuncia de lo propio.

Una nación religiosa es posible advertir en el viajero chileno Isidoro Errázuriz, quien no interpretaba su alejamiento obligado de Chile tan sólo a partir de unas controversias entre conservadores y liberales sino desde toda una batalla librada entre el bien y el mal, el cielo y el infierno. No se trataba de la intriga de un grupo sin más, sino de la imposición de unas fuerzas oscuras, heréticas, demoníacas. Por lo anterior, asumía la lucha entre liberales y conservadores, tanto política como espiritual y religiosa. El sentido mesiánico de la religión cristiana, su visión de un mundo bipolar dividido entre buenos y malos y el recurso a la anunciación, a la venida del Salvador, se traspasaban al terreno político. El hecho de que se hubiese impuesto la injusticia en el país no era la simple expresión de una mala administración o del interés de ciertas oligarquías, sino el resultado de un triunfo momentáneo del mal. La representación de la nación, a partir de este cruce religioso-político, se equi-

paraba con las fuerzas morales del país. Chile conformaba un lugar donde, a pesar de reinar la maldad, se erguía el cristianismo en su sentido originario, puro, combativo. La construcción de una nación, entonces, pasaba tanto por el fortalecimiento de tales ideales religiosos como por la enarbolación de un “cristo revolucionario” que alzase una bandera de lucha. Eran justamente ideales religiosos –como la piedad, la fe– lo que distinguía al país respecto de otros lugares como, asimismo, lo que le daba un sello a su identidad. Por su parte, Eduard Poeppig reconocía que la religión protestante no podía llegar a arraigarse en América del Sur, pues allí se adolecía de actitud reflexiva, frialdad de pensamiento como de quietud, aspectos imprescindibles para el buen desarrollo de dicha religión. Las propias características de las naciones sudamericanas –su temperamento apasionado, su irreflexividad, su inclinación a la vida mundana– hacía infructuoso cualquier intento de llevar tal orientación religiosa a dichas regiones del sur del mundo.

CHILE Y ALEMANIA: DOS EXPERIENCIAS DIFERENTES

Hasta ahora se han destacado de ambos grupos de viajeros aspectos comunes, ciertas posiciones compartidas, como una forma de dejar establecidos los modos de representación de la identidad nacional, más allá de las particularidades de cada país. Sin embargo, lo anterior tiende de alguna forma a pasar por alto las profundas disimilitudes que hubo entre ambas experiencias de viaje. Si bien la experiencia en sí, como se ha establecido, resulta homologable, en ningún caso significa que hubiese sido idéntica.

El elemento que diferenció tanto a chilenos como a alemanes lo conformó el hecho de que se percibiesen divididos entre centros y márgenes: Europa se erguía como el centro del mundo, Chile como su orilla, la periferia. La manifestación, el peso y la sombra que proyectaba la existencia de esta división mundial afectaba a los viajeros. No era lo mismo ser un europeo en América que un americano en Europa. De modo que su localización, como sus vinculaciones con sus respectivas naciones, se mediatizaba desde tales polos. La certeza de pertenecer a uno o a otro lado del mundo conformó un factor clave en la percepción de su propio espacio, lo que evidentemente influía en la representación de la identidad nacional.

Los viajeros chilenos arribaron a Alemania, y a Europa en general, con la carga de las *Disputas del Nuevo Mundo* sobre sus hombros. Lo anterior se relaciona con la certeza de saber que en el Viejo Mundo a América se la asociaba con elementos negativos: la degradación de su raza, la barbarie de sus indios, la estupidez de su gente, la incivilización. De ahí que muchos de ellos, siguiendo una línea de defensa ya inaugurada por los desterrados jesuitas del siglo XVIII en Europa, buscasen responder a lo que percibían como calumnias, ofensas y

desconocimiento de la realidad del Nuevo Mundo. No sólo el conocimiento de la mentada inferioridad de América respecto de Europa, proclamada en el ámbito filosófico y científico, afectaba a los viajeros chilenos e hispanoamericanos en general, sino, también, toda una tradición de viaje a la corte de Madrid, la cual había conformado una predisposición de sumisión ante un mundo que dictaba pautas de comportamiento, ofrecía modelos de desarrollo y etiqueta. A este cuadro de tradiciones literarias y científicas antiamericanas y a la experiencia cortesana en Madrid, se sumaba la propia recepción dada por los europeos a los hispanoamericanos durante el siglo XIX. En este último punto el impacto fue muy fuerte: el sueño de muchos, de vincularse con las grandes personalidades literarias europeas, los políticos de renombre y las familias reales se deshacía ante la realidad del desprecio, los apelativos como *rastaceros* o *allegados* y el nulo interés por su cultura y su país. Los chilenos, a lo más, lograron introducirse en medio de círculos burgueses –banqueros, comerciantes, empresarios–, sin acceder a la alta sociedad del Viejo Mundo.

Para los viajeros chilenos quedaba patente el hecho de ser tratados, considerados y vistos como inferiores. De ahí su interés en dar a conocer al “verdadero Chile” en Europa: desmitificar, corregir. De ahí, además, su obsesión por “ponerse al día”. En esto último, la moda representó un papel primordial. La moda entendida no sólo en su acepción de lo *chic*, los últimos diseños de ropa, bailes o literaturas sino, además, como un signo de modernidad, progreso y grado de avance de los pueblos “civilizados”.

En otro sentido, la moda hacía las veces de frontera separando el centro de la periferia, tornando irreconciliables aquellos mundos. La constatación de la existencia de una moda hacía que Chile, en la perspectiva de los viajeros, resultase cada vez más lejano, aislado, enclaustrado en el sur del mundo: a partir de dicha comprobación quedaba patente la marginalidad del viajero chileno. De ahí el interés por comprar ropa, asistir a estrenos teatrales, tomar partido en debates literarios, conocer a la alta sociedad europea, visitar tiendas. Sin embargo, a pesar de lo mucho que se cambiaba de apariencia, se conversaba con escritores y se adquiría libros, se seguía estando afuera: al otro lado de la moda.

La experiencia alemana en Chile, como en América en general, se advierte totalmente opuesta a la chilena en Europa y Alemania. Los viajeros germanos son recibidos desde un comienzo como un grupo de elite. En primer lugar, tomaron contacto con sus coterráneos así como con otros europeos –en especial ingleses y franceses–, conformando verdaderas redes de influencia, lo que les aseguraba una introducción en el país, la posibilidad de hacer negocios, de investigar, de recorrer. Muchos arribaban a Chile bajo la protección de compatriotas influyentes, siendo, debido a ello, presentados a banqueros de importancia, grandes comerciantes o sociedades científicas. De entrada, se observa la distancia respecto de los chilenos en Europa. Mientras unos divisaban la alta sociedad desde balcones en teatros o en ceremonias públicas, los otros tenían

acceso a relacionarse con ministros, presidentes de la República, así como obtener puestos de trabajo como profesores en la universidad y academias o ejercer su oficio libremente. Por otro lado, el interés de los propios chilenos respecto de los alemanes difería diametralmente si se comparaba con lo que podía esperar un hispanoamericano en el Viejo Mundo. Mientras este último sufría del desprecio, pasando su estadía totalmente inadvertido, el germano era objeto de un fuerte atractivo y admiración. La burguesía chilena recibía en sus casas a los ilustres extranjeros, los integraba en su círculo social, les ofrecía regalos, al punto que los mismos viajeros se extrañaban y hasta avergonzaban. Debían responder miles de preguntas en torno a las maravillas “de por allá” (léase, Europa). Incluso, les consultaban respecto de su visión de Chile, en el intento de que evaluaran lo bien o mal que los chilenos lo estaban haciendo con su joven país.

A partir de la existencia de un centro y una periferia, del trato que los habitantes locales daban a los viajeros, se creaba toda una representación de la nación. Por un lado, los germanos sentían que dictaminaban el camino a seguir, lo correcto, lo “normal”. Lo que observaban en Chile no pocas veces era percibido por los alemanes –en una suerte de perspectiva teleológica– como lo inicial, lo primitivo; la constatación de la existencia de una línea de progreso en la cual ellos se ubicaban en los puestos de avanzada. Europa dictaminaba, evaluaba, otorgaba la última palabra. De ahí que destacasen los valores alemanes en los compatriotas que habitaban Chile, puesto que era una señal de un avance para el país sudamericano. Alemania, como cuna de la reflexión filosófica, de los científicos, de los artistas, se erguía a sí misma como un modelo a seguir para una nación periférica como Chile. La nación se percibía a sí misma como una suerte de meta a alcanzar por otros países más atrasados. Los viajeros chilenos, por su parte, no sólo fueron en busca de modelos a copiar a fin de llevarlos al otro lado del océano. Para éstos no cabía la menor duda de que Europa conformaba el centro del mundo, como París una de sus capitales. Sin embargo, no se sigue que aquello implicase una copia sin más, una recepción acrítica. Muy por el contrario, el viaje de los chilenos demuestra en qué sentido no se dejaban maravillar por el brillo europeo, como tampoco tomaban todo lo que Europa ofrecía sin poner la menor duda, el menor reparo. El viajero en muchos sentidos es activo: escribe en la prensa, publica libros, lleva muestras de objetos mineralógicos chilenos a sociedades científicas. A pesar de todas sus dificultades, trataba de cambiar el mal nombre de los países del Nuevo Mundo. Los chilenos, frente a la constatación de una posición periférica, antes que actuar pasivamente, articularon verdaderas estrategias de ruptura del centro. En un sentido se concibe a Chile y en general al Nuevo Mundo, como la tierra promisoría, el lugar de avanzada, el espacio donde las nuevas ideas podían ser implementadas. Ante el panorama de una Alemania dividida entre una infinidad de reinos y fronteras internas, los chilenos se enorgullecían de su republicanismo y unidad nacional. De ahí que,

enfrentados al sistema político imperante en Alemania, se ubicasen por sobre éste en una suerte de línea histórica. Dicha línea histórica era vista como una senda de progreso por la cual debían pasar todas las naciones: desde los reinos monárquicos hasta las repúblicas.

Junto con este orgullo republicano es posible advertir, como Benjamín Vicuña Mackenna lo evidencia, la existencia de una concepción que dividía al mundo entre una cultura latina y una sajona. La primera era valorada por su tipo de civilización, su idioma románico como por su orientación religiosa católica. Frente a ella los viajeros chilenos ubicaban a la cultura germana: su idioma sajón gutural, sus costumbres permisivas y su religión herética. Aquí se trastocaba la noción centro-periferia, haciendo del mundo galo-romano-hispano el centro.

Otro aspecto de esta estrategia de ruptura del centro fue toda una retórica de la decepción. La decepción ante un continente europeo distante del por ellos construido entre lecturas y sueños en América permitió reevaluar su localización como habitantes del sur del planeta, en tanto provenientes de los márgenes de la civilización. El hecho de conocer lo desgraciado de la vida europea, la ignorancia de su gente respecto de todo lo que estuviese fuera de su estrecha mirada, su inclinación al materialismo, su inhumanidad, egocentrismo y altanería, y la suciedad de sus ciudades puso en una nueva perspectiva su noción del Viejo Mundo. El mundo europeo no era el *maximum* de la civilización, sino un lugar que, a pesar de poseer cientos de museos, artistas, literatos, bibliotecas, no estaba exento de dificultades, fealdades y fallas, como lo podría ser cualquier otro. A partir de dicha constatación se instalaba toda una relocalización de Europa, así como un fuerte cuestionamiento en relación con los propios elementos hasta entonces utilizados para definir la nación chilena. ¿En qué medida la definición del “nosotros” chileno se basaba en la idea de la superioridad del Viejo Mundo por sobre el Nuevo?, ¿hasta qué punto la mentada “barbarie” del americano del sur, su cultura y forma de vida, era una visión construida en Europa más que una realidad?

Un último aspecto de dicha estrategia rupturista del centro fue una posición de ironía y humor adoptada por muchos chilenos ante la supuesta superioridad del europeo. De ahí que Vicente Pérez Rosales no critique directamente el hecho de que un funcionario de aduana parisino le alegase que Santiago de Chile estuviese en México, sino que simplemente lo tildaba de “sabio” o de “geógrafo”, en el entendido de que sólo ocultaba su ignorancia desde su prepotencia francesa. Benjamín Vicuña Mackenna, por su parte, se burlaba en Dresden ante la majestuosidad de una carrera de caballos que, sin embargo, era llevada a cabo por jinetes ineptos, imaginando las reacciones de desprecio que sus coterráneos hubiesen adoptado ante tamaño fraude. Junto a lo anterior, muchos viajeros, como Isidoro Errázuriz, adoptaban el papel de “bárbaros” y “salvajes americanos” a partir de los cuales eran tildados, dejando en evidencia lo absurdo y risible que significaba en personas que hasta

dominaban más idiomas extranjeros que los propios europeos y poseían una amplia formación cultural. De modo que la estrategia del humor, la escena absurda, el comentario entre líneas, conformaba una crítica aún más poderosa que la simple y llana denuncia, el lamento o el enojo. La periferia, al reírse del centro, dejaba al descubierto lo construido que eran tales delimitaciones y dichos esquemas.

Desde el sur del mundo hasta el Viejo Continente, del Rhin al Biobío y viceversa. Sin duda, la experiencia del viaje de chilenos y alemanes modificó en parte su propia percepción del mapa geocultural mundial. La llegada, el arribo a la patria, se acompañaba de nuevas convicciones, sorpresas, decepciones y dudas. La perspectivas respecto de la nación, como sus representaciones, habían sufrido, de alguna manera, un remezón.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

ARTICULOS

- Adler, Judith, "Origins of Sightseeing", en Carol Traynor Williams edit., *Travel Culture. Essays on what makes us go*, Wesport, Conn., Praeger, 1998.
- Agosin, Marjorie y Julie H. Levison (ed.), *Magical sites: women travelers in 19th century Latin America*, Buffalo; New York, White Pine Press, 1999.
- Alter, Peter, "Kulturation und Staatsnation - Das Ende einer langen Debatte?", en Gerd Langguth (ed.), *Die Intellektuellen und die nationale Frage*, Frankfurt am Main, New York, Campus Verlag, 1997.
- Balibar, Etienne et al., "Nation, nationalité, nationalisme. Actes du colloque international tenu à Lyon les 20 et 21 Avril 1989", en *Procès. Cahiers d'analyse politique et juridique*, N° 19, Lion, 1990.
- Balibar, Etienne, "La forme nation: histoire et idéologie", en Etienne Balibar y Immanuel Wallerstein, *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*, Paris, La Découverte, 1997.
- Bello, Andrés, "Extractos del viaje del Capitán Head", *El Repertorio Americano* N° 11, Londres, enero de 1827.
- Bernecker, Walter, "Bedeutung und Stellenwert von Reiseberichten", en revista *Matices*, N° 31 Herbst, 2001, versión electrónica.
- Berrios, Mario, "El filósofo latinoamericano, o la institución del polígrafo en la formación de la nacionalidad" en *Anuario de Filosofía Jurídica y Social*, N° 3, Valparaíso, 1985.
- Blest Gana, Alberto, "De Nueva York al Niágara", en José Zamudio (ed.), *Cosumbres y viajes*, Santiago, Editorial Difusión, 1947.
- Böckenförde, Ernst-Wolfgang, "Die Nation-Identität im Differenz", en Krzysztof Michalski (ed.), *Identität im Wandel / Castengandolfo-Gespräche 1995*, Stuttgart, Institut für die Wissenschaften vom Menschen, Klett-Cotta, 1995.
- Brading, David, "Nationalism and State-Building in Latin America History", en Eduardo Posada-Carbó (edit.), *Wars, Parties and Nationalism: Essays on the politics and Society of Nineteenth-Century Latin America*, Nineteenth-Century Latin America, N° 1, London, Institute of Latin America Studies, 1995.
- Calderón, Alfonso, "Prólogo" a la edición española de *Recuerdos del Pasado (1814-1860)*, Madrid, Ediciones de la Cultura, 1993.
- Cicerchia, Ricardo, "De diarios, mapas e inventarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad", en *19th. International Congress of Historical Sciences, University of Oslo, 6-13 August, 2000*.
- Correa, Sofia, "La identidad nacional, una construcción en crisis", en Varios autores, *¿Hay patria que defender? La identidad nacional frente a la globalización*, Santiago, Centro de Estudios para el Desarrollo, 2000.

- Covarrubias, José Enrique, "México bajo el signo de la continuidad y el cambio constante. Sobre el impacto del *Ensayo Político* de Humboldt en la conciencia histórica mexicana", en, *Históricas, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, N° 1, México, Universidad Autónoma de México, mayo-agosto, 2001.
- Chard, Chloe, "From the Sublime to the Ridiculous: The Anxieties of Sight-seeing", en Hartmut Berghoff *et al.* (ed.), *The Making of Modern Tourism. The Cultural History of the British Experience, 1600-2000*, Houndmills, Palgrave, 2002.
- Dann, Otto, "Nationale Fragen in Deutschland: Kulturnation, Volksnation, Reichsnation", en Etienne François, Hannes Siegreß y Jacob Vogel (ed.), *Nation und Emotion. Deutschland und Frankreich im Vergleich 19. und 20. Jahrhundert*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1995.
- Diener, Pablo, "Die reisenden Künstler und die Landschaftsmalerei in Iberoamerika.", en Jenns Howoldt y Uwe M. Schneede (ed.), *Expedition Kunst. Die Entdeckung der Natur von C.D. Friedrich bis Humboldt*, Hamburg, Hamburger Kunsthalle, 2002.
- Errázuriz, Isidoro, "Cartas de Errázuriz al abuelo chileno", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 64, tomo x, Santiago, enero-marzo, 1929.
- Esch, Arnold, "Anschauung und Begriff. Die Bewältigung fremder Wirklichkeit durch den Vergleich in Reiseberichten des späten Mittelalters", en *Historische Zeitschrift*, N° 253, 1991.
- Espejo, Juan Nepomuceno, "Recuerdo de California", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 116, Santiago, 1950.
- Ette, Ottmar, "Est-ce que l'on va? Dimensionen, Orte und Bewegungsmuster des Reiseberichts", en Walter Bernecker y Gertrud Krömer (ed.), *Die Wiederentdeckung Lateinamerikas. Die Erfahrung des Subkontinents in Reiseberichten des 19. Jahrhunderts*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1999.
- Ette, Ottmar, "Los caminos del deseo: coreografías en la literatura de viajes", en *Revista de Occidente*, N° 260, enero 2003.
- Ette, Ottmar, "Un culpable inocente. ¿Es correcto ver en el conquistador científico un precursor de la conquista y penetración económica de la América Latina?", en *Humboldt*, año 41, N° 126, Bonn, Inter-Nationen, 1999.
- Fey, Ingrid E., "Frou-Frous or Feminist? Turn-of-the-Century Paris and the Latin American Woman", en Ingrid E. Fey y Karen Racine (ed.), *Strange Pilgrimages: Exile, Travel, and National Identity in Latin America, 1800-1990s*, Wilmington, Scholarly Resources, 2000.
- Gerstäcker, Friedrich, "Südamerika, Californien, die Südsee-Inseln", en *Gesammelte Schriften*, Jena, Costenoble, 1873.
- Gerstäcker, Friedrich, "Unter den Pehuenchen: chilenischer Roman", en *Gesammelte Schriften*, serie 2, Bd. 6, Jena, Costenoble, 1876.
- González, Francisco Javier, "Sueños y realidades de los latinoamericanos en París a fines del siglo XIX. ¿Viajeros ilustrados o *rastaquouères* marginados?", en *Bicentenario*, vol. 3, N° 2, 2004.
- Götschl, Johann, "Charakteristika eines evolutiven dynamischen Wissenschaftsbegriffes: Alexander von Humboldt als Vorläufer einer evolutiven Modellierung der Wissenschaftsentwicklung",

- en Ottmar Ette *et al.* (ed.), *Alexander von Humboldt-Aufbruch in die Moderne*, Berlin, Akademie Verlag, 2001.
- Grashof, Otto, "Grashof's Reise von Buenos Ayres durch die argentinischen Pampas und über die Cordillere nach Copiapo in Chile", en Karl Andree (ed.), *Globus. Illustrierte Zeitschrift für Länder- und Völkerkunde*, 5, Hildburg-hausen, 1864.
- Grashof, Otto, "Briefe an seinem Bruder", en Renate Löschner (ed.), *Die Reisen des Malers Otto Grashof in Argentinien, Uruguay, Chile und Brasilien: 1852-1857; mit e. Dokumentensammlung*, Berlin, Mann, 1987.
- Grosser, Thomas, "Reisen und soziale Eliten. Kavalierstour- Patrizereise- bürgerliche Bildungsreise", en Michael Maurer (ed.), *Neue Impulse der Reiseforschung*, Berlin, Akademie Verlag, 1999.
- Guerra, François-Xavier, "Identidades e Independencia", en Guerra, François-Xavier y Mónica Quijada (ed.), *Imaginar la nación*, Hamburg-Münster, LIT Verlag, 1994.
- Guerra, François-Xavier, "La lumière et ses reflets: Paris et la politique latino-americana", en André Kaspi y Antoine Marès (ed.), *Le Paris des Etrangers*, Paris, Impr. nationale, 1989.
- Hall, Stuart, "Cultural Identity and Diaspora", en Patrick Williams y Laura Chrisman (ed.), *Colonial Discourse and Post-Colonial Theory*, New York, Harvester Wheatsheaf, 1994.
- Hass, Gerhard, "Der blaue Nabel großer Ferner Reiseberichte und Reiseabenteuer in der Kinder- und Jugendliteratur", en Hermann Bausinger y Klaus Beyrer (ed.), *Reisekultur. Von der Pilgerfahrt zum modernen Tourismus*, München, C.H. Beck, 1991.
- Hoppe, Brigitte, "Nach dem Vorbild Humboldts in Südamerika: Erweiterung der Kenntnisse Und Erkenntnisse durch deutsche Naturforscher", en Ottmar Ette y Walter Bernecker (ed.), *Ansichten Amerikas. Neuere Studien zu Alexander von Humboldt*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 2001.
- Howoldt, Jenns, "Von Caspar David Friedrich zu Carl Gustav Carus. Landschaftsmalerei zwischen ästhetischer Autonomie und wissenschaftlichem Anspruch", en Jenns Howoldt y Uwe M. Schneede (ed.), *Expedition Kunst. Die Entdeckung der Natur von C.D. Friedrich bis Humboldt*, Hamburg, Hamburger Kunsthalle, 2002.
- Huck, Gerhard, "Der Reisebericht als historische Quelle", en Gerhard Huck y Jürgen Reulecke (ed.), *...Und reges Leben ist überall sichtbar! Reisen im Bergischen Land um 1800*, Neustadt an der Aisch, Verlag Ph.C.W. Schmidt, 1978, tomo 15.
- Jocelyn-Holt Letelier, Alfredo, "Los Girondinos chilenos: una reinterpretación", en revista *Mapocho*, N° 29, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1991.
- Kaempfer, Alvaro, "De Nueva York al Niágara (1867) de Alberto Blest Gana: a todo vapor fuera de Occidente", en *Revista Electrónica Ciberletras*, 2001.
- Katra, William H., "Rereading *Viajes*. Race, Identity and National Destiny", en Tulio Halperin *et al.*, *Sarmiento. Author of a nation*, Berkeley, University of California, 1994.
- Köchy, Kristian, "Das Ganze der Natur. Alexander von Humboldt und das romantische Forschungsprogramm", en *Revista Internacional de Estudios Humboldtianos*, III, 5, 2002.

- König, Eva, "Hans H. Brüning (1848-1929), Photographische Wegelagerer im Norden Perus", en Eva König (ed.), *Photographische Reisen von Alaska bis Feuerland. Indianer 1858-1928. Katalog gleichnamiger Ausstellung*, Museum für Völkerkunde, Hamburg, Braus, 2002. Larraín, Jorge, "Etapas y discursos de la identidad chilena", en Sonia Montecino (comp.), *Revisitando Chile. Identidades, mitos e historias*, Santiago, Publicaciones del Bicentenario, 2003.
- Löschner, Renate, "Die Künstlerische Darstellung Lateinamerikas im 19. Jahrhundert unter dem Einfluß Alexander von Humboldts.", en Renate Löschner, edit., *Deutsche Künstler in Lateinamerika. Maler und Naturforscher des 19. Jahrhunderts illustrieren einen Kontinent.*, Dietrich Reimer Verlag, Berlin, 1978.
- Lubrich, Oliver, "Egipcios por doquier. Alejandro de Humboldt y su visión orientalista de América.", en *Revista Internacional de Estudios Humboldtianos*, III, 5, 2002. Versión electrónica.
- Martínez, Frédéric, "Representación de Europa y discurso nacionalista en los relatos de viajes colombianos, 1850-1900", en Eduardo Posada-Carbó (ed.), *Wars, Parties and Nationalism: Essays on the politics and Society of Nineteenth-Century Latin America*, Nineteenth-Century Latin America, N° 1, London, Institute of Latin America Studies, 1995.
- Maurer, Michael, "Reisen interdisziplinär-Ein Forschungsbericht in kulturgeschichtlicher Perspektive", en Michael Maurer, *Neue Impulse der Reiseforschung*, Berlin, Akademie Verlag, 1999.
- Meding, Holger M., "Zwischen Abgrenzung und Anpassung Deutsche Einwanderer am Oberen Paraná", en *Revista Matices*, N° 15, Herbst, 1997. Versión electrónica.
- Montaldo, Graciela, "Nuestro Oriente es Europa", en Beatriz González S. (ed.), *Cultura y Tercer Mundo: nuevas identidades y ciudadanías*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1996, tomo II.
- Mörner, Magnus, "Europäische Reiseberichte als Quelle zur Geschichte Lateinamerikas von der zweiten Hälfte des 18. Jahrhunderts bis 1870", en Antoni Maczak y Hans Jürgen Teuteberg (ed.), *Reiseberichte als Quellen europäischer Kulturgeschichte. Aufgaben und Möglichkeiten der historischen Reiseforschung*, Wolfenbüttel, Herzog August Bibliothek, 1982.
- Mücke, Ulrich, "La desunión imaginada. Indios y nación en el Perú decimonónico", en *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 36, 1999.
- Nitschack, Horst, "De cómo el barón von Humboldt arribó a Chile", en *Humboldt*, 126, Bonn, Inter Naciones, 1999.
- Norambuena, Carmen, "El embrujamiento alemán. Una polémica de fin de siglo", en *Cuadernos de Humanidades*, N° 97, México, año-2003.
- Núñez, Estuardo, "Amigos y discípulos sudamericanos de Alejandro de Humboldt", en *Humboldt*, 29, Bonn, Inter Naciones, 1988.
- Pagni, Andrea, "Friedrich Gerstäcker's 'Reisen' zwischen Ferne und Heimat. Überlegungen zum Reisebericht im literarischen Feld Deutschlands um 1850", en Günter Blamberger et al. (ed.), *Studien zur Literatur des Frührealismus*, Frankfurt a. M., Peter Lang Verlag 1990.
- Pagni, Andrea, "Crossing the Atlantic. Travel Literature and the Perception of

- the Other", en *Dispositio. American Journal of Semiotic and Cultural Studies*, vol. xvii, Ann Arbor, Michigan, 1993.
- Pietschmann, Horst, "Conciencia de identidad, legislación y derecho: algunas notas en torno al surgimiento del 'individuo' y de la 'nación' en el discurso político de la monarquía española durante el siglo xviii", en Sybille Grobe y Axel Schönberg (ed.), *Festschrift für Dietrich Briesemeister zu seinem 65. Geburtstag*, Berlin, Domus Editorial Europaea, 1999.
- Poeppig, Eduard, "Vorlesung vor einem Privatreise in Leipzig über den Charakter der Tropenbewohner Südamerikas (Februar 1833)", en Poeppig, Eduard, *Tropenvegetation und Tropenmenschen. Zwei Vorträge*, Leipzig, Akademische Verlagsgesellschaft Geest & Portig K.-G., 1965.
- Quadflieg, Helga, "Approved Civilities and Fruits of Peregrination", en Hartmut Berghoff et al. (ed.), *The Making of Modern Tourism. The Cultural History of the British Experience, 1600-2000*, Houndmills, Palgrave, 2002.
- Quijada, Mónica, "¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario del siglo xix", en François-Xavier Guerra y Mónica Quijada (ed.), *Imaginar la nación*, Hamburg-Münster, LIT Verlag, 1994.
- Racine, Karen, "Nature and Mother, Foreign Residence and the Evolution of Andrés Bello's American Identity, London, 1810-1829", en Ingrid Fey y Karen Racine (ed.), *Strange Pilgrimages: Exile, Travel, and National Identity in Latin America, 1800-1990s*, Wilmington, Scholarly Resources, 2000.
- Renan, Ernest, "Qu'est-ce qu'une Nation?". Conférence faite en Sobornne, le 11 mars 1882, en Ernest Renan, *Discours et conférences, Œuvres complètes*, Paris, Calmann-Levy, 1883, vol. 30.
- Samper, José María, "Alemania del Rhin", en Gabriel Giraldo Jaramillo, *Viajeros colombianos en Alemania*, Bogotá, Dirección de Información y Propaganda del Estado, 1955.
- Sanhueza, Carlos, "Alexander von Humboldt y Benjamín Vicuña Mackenna. Cercanías desde la distancia", en José Ángel Rodríguez (comp.), *Alemanes en las regiones equinocciales*, Caracas, Alfadil Ediciones, 1999.
- Sanhueza, Carlos, "Viajes e identidad. La experiencia de la distancia en la construcción de lo propio", en *Patrimonio Cultural*, año ix, N° 33, Santiago, Primavera 2004.
- Sanhueza, Carlos, "From the Southernmost Tip of the World to the Old Continent: Stories of Chilean Travelers in Europe and Representation of their National Identity" en Raúl Galoppe y Richard Weiner (ed.), *Explorations in subjectivity, borders, and demarcation: A fine line*, Lanham, Boulder, New York, Toronto, Oxford, University Press of America, Inc., 2005.
- Sanhueza, Carlos, "De la periferia colonial al centro del Imperio. Viajeros hispanoamericanos en las cortes españolas durante el siglo xviii", en Renate Pieper y Peer Schmidt (ed.), *Latin America in the Atlantic World El mundo atlántico y América Latina (1500-1850). Essays in honor of Horst Pietschmann*, Colonia, Böhlhau Verlag, 2006.
- Sanhueza, Carlos, "Historiografía y funciones públicas en Benjamín Vicuña Mackenna (Chile, segunda mitad del siglo xix)", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, año lxvii, N° 110, Santiago, 2001.

- Scherpe, Klaus, "Die Ordnung der Dinge als Exzeß. Überlegungen zu einer Poetik der Beschreibung in ethnographischen Texten", en Alexander Honold *et al.*, *Reiseerfahrung, Schreibformen und kulturelles Wissen*, Bern, Lang, 2000.
- Serrano, Sol, "La ciudadanía examinada: el control estatal de la educación en Chile (1810-1870)", en Antonio Annino y François-Xavier Guerra (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Siebers, Winfried, "Bildung auf Reisen, Bemerkungen zur Peregrinatio academica, Gelehrten- und Gebildetenreise", en Michael Maurer (ed.), *Neue Impulse der Reiseforschung*, Berlin, Akademie Verlag, 1999.
- Stüttgen, Michaela, "Sobre la vida y obra de Alphons Stübel y Wilhelm Reiss", en *Boletín Cultural y Biográfico*, N° 35, vol. XXXI, 1995. Versión electrónica.
- Subercaseaux, Bernardo, "Espesor cultural, identidad y globalización", en Varios autores, *¿Hay patria que defender? La identidad nacional frente a la globalización*, Santiago, Centro de Estudios para el Desarrollo, 2000.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, "Páginas de mi diario durante tres años de viaje. 1853-1854-1855", en Benjamín Vicuña Mackenna, *Obras completas de Vicuña Mackenna*, Santiago, Universidad de Chile, 1936, tomos I y II. (Primera edición, 1856).
- Benjamín Vicuña Mackenna, "Prólogo", en Pedro del Río, *Viaje en torno al mundo por un chileno (1880-1882)*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1882 tomo II.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, "Un día en el Rhin. 12 de junio de 1870", en Ricardo Donoso y Raúl Silva Castro (selección), *Páginas olvidadas de Vicuña Mackenna en El Mercurio*, Santiago, Editorial Nascimento, 1931.
- Weindl, Andrea, "Von Erobern und Sklaven. Deutsche Amerikareise im 16. Und 17. Jahrhundert", en *Matices*, N° 31, Herbst, 2001. Versión electrónica.
- Wolfzettel, Friedrich, "Ästhetik der Anden. Europäische Reiseberichte im Zeitalter der Romantik", en Walter Bernecker y Gertrud Krömer (ed.), *Die Wiederentdeckung Lateinamerikas. Die Erfahrung des Subkontinents in Reiseberichten des 19. Jahrhunderts*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1997.
- Wulf Wülfing, "Reiseliteratur", en Bernd Witte (ed.), *Vormärz: Biedermeier, junges Deutschland, Demokraten (1815-1848)*, Reinbeck bei Hamburg, Rowohlt 1980.

LIBROS

- Adams, Percy G., *Travel Literature and the evolution of the Novel*, Kentucky, The University Press of Kentucky, 1983.
- Alzira Seixo, Maria (ed.), *Travel writing and cultural memory. Volume 9. of the Proceedings of the XVth Congress of the International Comparative Literature Association*, Leiden, 16-22 August 1997, Amsterdam, Atlanta, Rodopi, 2000.
- Anwandter, Carl, *Desde Hamburgo a Corral*, Santiago de Chile, Pehuén Editores, Biblioteca del Bicentenario, 2001.
- Annino, Antonio y François-Xavier Guerra (coord.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Ammann, Klaus y Karl Wagner (ed.), *Literatur und Nation. Die Gründen des Deutschen Reiches 1871 in der deutsch-*

- sprachigen Literatur, Wien, Böhlau Verlag, 1996.
- Anderson, Benedic, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, Editorial Verso, 1983.
- Aránguiz, Horacio y Marco Antonio León (recop.), *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social de Chile (1836-1869)*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Colección Fuentes para la Historia de la República, 2001, vol. XVIII.
- Balibar, Etienne y Immanuel Wallerstein, *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*, Paris, La Découverte, 1997.
- Balmaceda Bello, Andrés, *Bajo el polvo de los años: (recuerdos de juventud, 1970-1917) y otros testimonios*, recopilación y supervisión Salvador Benadava, Santiago, RIL Editores, 2000.
- Barra, Maipina de la, *Mis impresiones y mis vicisitudes de mi viaje a Europa: pasando por el Estrecho de Magallanes y mi excursión a Buenos Aires*, Buenos Aires, Imprenta de la América del Sur, 1878.
- Battuta, Ibn, *Reisen ans Ende der Welt. Das größte Abenteuer des Mittelalters. 1325-1353*, 2ª ed. por Hans Leicht. Tübingen, Horst Erdmann Verlag, 1975.
- Blest Gana, Alberto, *Los trasplantados*, París, Garnier Hermanos, 1903.
- Bruening, Hans, *Fotodokumente aus Nordperu, 1848-1928*, Hamburgischen Museums für Völkerkunde, Hamburg, 1990.
- Bathi, Anil y Horst Turk (ed.), *Reisen, Entdecken, Utopien. Untersuchungen zum Alteritätsdiskurs im Kontext von Kolonialismus und Kulturkritik*, Bern, Peter Lang, 1998.
- Bausinger, Hermann y Klaus Beyrer (ed.), *Reisekultur. Von der Pilgerfahrt zum modernen Tourismus*, München, C.H. Beck, 1991.
- Bayern, Therese von, *Reisestudien aus dem westlichen Südamerika*, Berlin, D. Reimer, 1908.
- Beck, Hanno, *Alexander von Humboldt*, Wiesbaden, Steiner, 1959.
- Beck, Hanno, *Alexander von Humboldt: Leben und Werk*, Frankfurt am Main, Weisbecker, 1985.
- Beck, Hanno y Wolfgang Hagen-Hein, *Humboldts Naturgemälde der Tropenländer und Goethes ideale Landschaft: zur ersten Darstellung der Ideen zu einer Geographie der Pflanzen*, Stuttgart, Brockhaus-Antiquarium, 1989.
- Beilharz, Edwin y Carlos López (ed.), *We Were 49ers! Chilean Accounts of the California Gold Rush*, Ward Ritchie Press, Pasadena, California, 1976.
- Bello, Andrés, *Obras Completas*, Caracas, Ministerio de Educación, 1962, tomo II: Borradores de poesía.
- Bello, Andrés, *Obras Completas*, Caracas, Ministerio de Educación, 1957, tomo IV: Epistolario.
- Bello, Andrés, *Obras Completas*, Caracas, Ministerio de Educación, 1957, tomo XX: Cosmografía.
- Bello, Andrés, *Temas de crítica literaria*, Caracas, Ministerio de Educación, 1956.
- Berghoff, Hartmut et al (ed.), *The Making of Modern Tourism. The Cultural History of the British Experience, 1600-2000*, Houndmills, Palgrave, 2002.
- Bernecker, Walter, y Gertrud Krömer (ed.), *Die Wiederentdeckung Lateinamerikas. Die Erfahrung des Subkontinents in Reise-*

- berichten des 19. Jahrhunderts, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1997.
- Berty, Valéry, *Littérature et voyage au XIX siècle. Un essai de typologie narrative des récits de voyage français en orient au XIX siècle*, Paris, L'Harmattan, 2001.
- Bhabha, Homi K (ed.), *Nation and Narration*, London, New York, Routledge, 1990.
- Bhabha, Homi, *The location of culture*, London, Routledge, 1994.
- Blanton, Casey, *Travel writing: the self and the world*, New York, Twayne Publishers, London, Prentice Hall International, 1997.
- Blumenberg, Hans, *Die Lesbarkeit der Welt*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1993.
- Bonnlander, Helene, *Der vermittelte Imperialismus. Der Blick auf außereuropäische Lebenswelten von Alexander von Humboldt zu Heinrich Brugsch*, Peter Lang, Frankfurt am Main, 1998.
- Bosshart-Pfluger, Catherine, Joseph Jung y Franziska Metzger, *Nation und Nationalismus in Europa. Kulturelle Konstruktion von Identitäten*, Frauenfeld u.a., Huber Verlag, 2002.
- Botting, Douglas, *Humboldt and the cosmos*, London, Joseph, 1973.
- Brenner, Peter, *Reisen in die Neue Welt: die Erfahrung Nordamerikas in deutschen Reise- und Auswandererberichten des 19. Jahrhunderts*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1991.
- Brenner, Peter, *Der Reisebericht in der deutschen Literatur: Ein Forschungsüberblick als Vorstudie zu einer Gattungsgeschichte*, Tübingen, Niemeyer, 1990.
- Brintrup, Lilianet, *Viaje y escritura. Viajeros románticos chilenos*, New York, Peter Lang, 1992.
- Burke, Peter, *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza Editorial, 2000. (1ª edición en inglés, 1997).
- Cameron, Keith (ed.), *The nation: Myth or Reality?*, Oxford, Intellect Books, 1994.
- Campbell, Mary B., *Wonder and science: imagining worlds in early modern Europe*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1999.
- Cariola, Carmen y Osvaldo Sunkel, *Un siglo de historia económica de Chile, 1830-1930*, Santiago, Editorial Universitaria, 1990.
- Carrera, José Miguel, *Diario de viaje a Estados Unidos de América*, Santiago, Editorial Universitaria, 1996.
- Cicerchia, Ricardo, *Journey, Rediscovery and Narrative: British Travel Accounts of Argentina*, University of London, ILAS, 1998.
- Collier, Simon y William Sater, *A History of Chile, 1808-1994*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- Concha, Manuel, *Viaje de vieja*, Santiago, Imprenta del Mercurio, 1870.
- Cordua, Theodor, *Von Mecklenburg nach Übersee*, Kabel, Hamburg, 1996.
- Cousiño, Carlos, *Die Verweisung Lateinamerikas. Ein Beitrag am Beispiel Chiles zur Diskussion über den Charakter der lateinamerikanischen Nation*, München, Wilhelm Fink Verlag, 1984.
- Clark, Steve, (ed.), *Travel writing and empire: postcolonial theory in transit*, London, New York, Zed Books, 1999.
- Cubbit, Geoffrey (ed.), *Imagining Nations*, Manchester and New York, Manchester University Press, 1998.
- Chard, Chloe, *Pleasure and guilt on the Grand Tour. Travel writing and imagination*

- tive geography 1600-1830*, Manchester and New York, Manchester University Press, 1999.
- Chareyron, Nicole, *Les pèlerins de Jérusalem au Moyen Age: l'aventure du saint voyage d'après journaux et mémoires*, Paris, Ed. Imago, 2000.
- Dann, Otto, *Nation und Nationalismus in Deutschland: 1770-1990*, München, Beck, 1993.
- Dolan, Brian, *Exploring European Frontiers. British Travellers in the Age of Enlightenment*, New York, St. Martin's Press, Inc., 2000.
- Diener, Pablo, *Rugendas: 1802-1858*, Augsburg, Wissner, 1997.
- Duviols, Jean-Paul, *L'Amérique espagnole vue et rêvée. Les livres de voyage de Christophe Colomb à Bougainville*, Paris, Editions Promodis, 1985.
- Elsner, Jás y Joan-Paul Rubiés (ed.), *Voyages and Visions. Towards a Cultural History of Travel*, London, Reaction Books, 1999.
- Errázuriz, Isidoro, *Diario 1851-1856*, Santiago, Editorial Nascimento, 1947.
- Ette, Ottmar, *Literatur in Bewegung. Raum und Dynamik grenzüberschreitenden Schreibens in Europa und Amerika*, Weilerswist, Velbrück Wissenschaft, 2001.
- Ette, Ottmar, Ute Hermanns, Bernd Scherer y Christian Suckow (ed.), *Alexander von Humboldt-Aufbruch in die Moderne*, Berlin, Akademie Verlag, 2001.
- Ette, Ottmar y Walter Bernecker (ed.), *Ansichten Amerikas. Neuere Studien zu Alexander von Humboldt*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 2001.
- Ette, Ottmar, *Weltbewußtsein. Alexander von Humboldt und das unvollendete Projekt einer anderen Moderne*, Weilerswist, Velbrück Wissenschaft, 2002.
- Feliú Cruz, Guillermo (comp.), *Viajes relativos a Chile*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1962.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Notas para una biografía sobre viajeros chilenos relativos a Chile*, Santiago, Universitaria, 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Santiago a comienzos del siglo XIX. Crónicas de viajeros*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 2001, (1ª edición, 1970).
- Fernández Bravo, Álvaro (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Bhabha*, Buenos Aires, Manantial, 2003.
- Fey, Ingrid y Karen Racine (ed.), *Strange Pilgrimages: Exile, Travel, and National Identity in Latin America, 1800-1990s*, Wilmington, Scholarly Resources, 2000.
- Foucault, Michel, *Les mots et les choses: une archéologie des sciences humaines*, Paris, Gallimard, 1966.
- François, Etienne, Hannes Siegreß, Jacob Vogel (ed.), *Nation und Emotion. Deutschland und Frankreich im Vergleich 19. und 20. Jahrhundert*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1995.
- Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993. (1ª edición, 1955).
- Gerbi, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992. (1ª edición, 1975).
- Gellner, Ernest, *Nationalism*, Washington Square, New York, New York University Press, 1997.
- Gerstäcker, Friedrich, *Der Wahnsinnige: Eine Erzählung aus Südamerika*, Wittenberg, Mohr, 1856.

- Gerstäcker, Friedrich, *Die Colonie: Brasilianisches Lebensbild*, Leipzig, Costenoble, 1864.
- Giesen, Bernhard (ed.), *Nationale und Kulturelle Identität: Studien zur Entwicklung des Kollektiven Bewußtseins in der Neuzeit*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1991.
- Giesen, Bernhard (ed.), *Kollektive Identität. Die Intellektuellen und die Nation 2*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1999.
- Gilroy, Amanda (ed.), *Romantic geographies. Discourses of travel 1775-1844*, Manchester and New York, Manchester University Press, 2000.
- Giraldo Jaramillo, Gabriel, *Viajeros colombianos en Alemania*, Bogot, Direccin de Informacin y Propaganda del Estado, 1955.
- Glaubitz, Gerald, *Geschichte, Landschaft, Reisen: Umrisse einer historisch-politischen Didaktik der Bildungsreise*, Weinheim, Dt. Studienverlag, 1997.
- Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Editorial Universitaria, 1981.
- González, Francisco Javier, *Aquellos años franceses. 1870-1900. Chile en la huella de París*, Santiago, Taurus, 2003.
- Gómez Castro, Santiago, *Crítica de la razón latinoamericana*, Barcelona, Puvill Libros, S.A., 1996.
- Grf, Holger Thomas y Ralf Prve, *Wege ins Ungewisse. Reisen in der Frühen Neuzeit. 1500-1800*, Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag, 1997.
- Greenfield, Liah, *Nationalism. Five Roads to Modernity*, Cambridge, London, Harvard University Press, 1992.
- Grez, Vicente, *Viaje de destierro*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1893.
- Grosche, Stefan, *Zarten Seelen ist gar nicht viel gennnn: Naturwissenschaft und Kunst im Briefwechsel zwischen Carl Gustav Carus und Goethe*, Göttingen, Wallstein, 2001.
- Guerra, François-Xavier y Mnica Quijada (ed.), *Imaginar la nacin*, Hamburg-Münster, LIT Verlag, 1994.
- Gbfeldt, Paul, *Reise in den Andes von Chile und Argentinien*, Berlin, Paetel, 1888.
- Hahner, June, *Women through women's eyes: Latin American women in nineteenth-century travel accounts*, Wilmington, Del., SR Books, 1998.
- Hall, Stuart, *Rassismus und kulturelle Identität*, Hamburg, Berlin, Ausgewählte Schriften 2, 1996.
- Hardtwig, Wolfgang, *Nationalismus und Bürgerkultur in Deutschland 1500-1914*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprech, 1994.
- Hartog, François, *El espejo de Herdoto*, México, Fondo de Cultura Econmica, 2003, (1ª edicin, 1980).
- Hartog, François, *Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*, México, Fondo de Cultura Econmica, 1996, (1ª edicin, 1996).
- Heater, Derek, *The Theory of Nationhood. A Platonic Symposium*, London, Macmillan Press Ltd., 1998.
- Heinritz, Reinhard, *Andre fremde Welten. Weltreisebeschreibungen im 18. und 19. Jahrhundert*, Würzburg, Ergon-Verlag, 1998.
- Hellmuth, Eckhart y Reinhard Stauber (ed.), *Nationalismus vor dem Nationalismus?*, Hamburg, Felix Meiner Verlag, 1998.
- Hermannstnder, Anita, *Deutsche am Amazonas. Forscher oder Abenteurer? Expeditionen in Brasilien 1800 bis 1914*, Begleitbuch zur Ausstellung im Ethnologischen

- Museum Berlin, Berlin, LIT Verlag, 2002.
- Hettling, Manfred y Paul Nolte (ed.), *Nation und Gesellschaft in Deutschland: historische Essays*, München, Beck, 1996.
- Hobsbawm, Eric J. y Terence Ranger (ed.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.
- Hobsbawm, Eric J., *Nations and nationalism since 1870. Programme, myth, reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- Hollyday, J.S.; *The World Rushed in the California Gold Rush Experience*, London, v. Gollancz, 1983.
- Honold, Alexander et al., *Reiseerfahrung, Schreibformen und kulturelles Wissen*, Bern, Lang, 2000.
- Hörisch, Jochen, *Theorie-Apotheke. Eine Handreichung zu den humanwissenschaftlichen Theorien der letzten fünfzig Jahre, einschließlich ihrer Risiken und Nebenwirkungen.* – Die Andere Bibliothek, editado por Hans Magnus Enzensberger. Frankfurt am Main, Eichborn-Verlag, 2004.
- Howoldt, Jenns y Uwe M. Schneede (ed.), *Expedition Kunst. Die Entdeckung der Natur von C.D. Friedrich bis Humboldt*, Hamburg, Hamburger Kunsthalle, 2002.
- Humboldt, Alexander von y Aimé Bonplán, *Essai sur la géographie des Plantes; accompagné d'un tableau physique des régions équinoxiales*, Paris, Levrault, Schoell, 1805.
- Humboldt. Alexander von, *Ansichten der Natur*, Tübingen, Cota, 1808.
- Ilg, Karl, *Pioniere in Argentinien, Chile, Paraguay und Venezuela*, Innsbruck-Wien-München, Tyroila Verlag, 1976.
- Irrgang, Stephanie, *Peregrinatio academica: Wanderungen und Karrieren von Gelehrten der Universität Rostock, Greiswald, Trier und Mainz im 15. Jahrhundert*, Stuttgart, Steiner, 2002.
- Islam, Syed Manzurul, *The Ethics of Travel. From Marco Polo to Kafka*, Manchester and New York, Manchester University Press, 1996.
- James, Paul, *Nation formation. Towards a theory of Abstract Community*, London, Sage Publications, 1996.
- Jessen, Ralph y Jakob Vogel (ed.), *Wissenschaft und Nation in der europäischen Geschichte*, Frankfurt am Main, Campus Verlag, 2002.
- Jocelyn-Holt Letelier, Alfredo, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*, Buenos Aires, Planeta-Ariel, 1997.
- Kahl, August, *Reisen durch Chile und die westlichen Provinzen Argentinien. Natur- und Sittenschilderungen mit besondere Bezugnahme auf das volkswirtschaftliche Leben jener Nationen*, Berlin, London, Paris, Gaertner 1866.
- Kaspi, André y Antoine Marès, (ed.), *Le Paris des étrangers: depuis un siècle*, Paris, Impr. nationale, 1989.
- König, Eva (ed.), *Photographische Reisen von Alaska bis Feuerland. Indianer 1858-1928. Katalog gleichnamiger Ausstellung*, Museum für Völkerkunde, Hamburg, Braus, 2002.
- Korte, Barbara, *Der englische Reisebericht. Von der Pilgerfahrt bis zur Postmoderne*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1996.
- Koshar, Rudy, *German Travel Cultures*, Oxford-New York, Berg, 2000.
- Kramer, Lloyd, *Nationalism. Political Cultures in Europe and America, 1775-1865*, New York, Twayne Publishers, 1998.

- Kresse, Uta, *Anthropology and Archaeology as means for "Intellectual Conquest"-German Intellectual Imperialism in the Andes, 1850-1920*, 2002, inédito.
- Kundrus, Birthe (ed.), *Phantasiereiche. Zur Kulturgeschichte des deutschen Kolonialismus*, Frankfurt am Main, Campus Verlag, 2003.
- Kuns, Hugo, *Chile und die deutsche Colonien*, Leipzig, Klinkhand in Comm., 1890.
- Kutscher, Gerd (ed.), *Wesen und Ordnung altperuanischer Kulturen*, Berlin, Colloquium Verlag, 1959.
- Larraín, Jorge, *Identidad chilena*, Santiago, LOM Ediciones, 2001.
- Lastarria, José Victorino, *Carta sobre Lima*, Valparaíso, Imprenta del Comercio, 1851.
- Lastarria, José Victorino, *Miscelánea literaria*, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1855.
- Leed, Eric J., *The Mind of the traveller. From Gilgamesh to Global Tourism*, New York, Basic Books, 1991.
- Lehmann, Hartmut (ed.), *German and American Nationalism. A comparative perspective*, New York, Berg, 1999.
- Letelier, Valentín, *La instrucción secundaria y la instrucción universitaria en Berlín. Informe elevado al Supremo Gobierno de Chile en Berlín*, Santiago, Imprenta Nacional, 1885.
- López, Carlos, *Episodios chilenos en California*, Santiago, Ed. Universidad de Valparaíso, 1975.
- López, Vicente Lucio, *Recuerdos de viaje*, Buenos Aires, L.J. Rosso y Cía., 1915.
- Löschner, Renate, *Lateinamerikanische Landschaftsdarstellungen der Maler aus dem Umkreis von Alexander von Humboldt*, Technische Universität Berlin, Berlin, 1976.
- Löschner, Renate (ed.), *Die Reisen des Malers Otto Grashof in Argentinien, Uruguay, Chile und Brasilien: 1852-1857; mit e. Dokumentensammlung* Berlin, Mann, 1987.
- Löschner, Renate (ed.), *Deutsche Künstler in Lateinamerika. Maler und Naturforscher des 19. Jahrhunderts illustrierten einen Kontinent*, Dietrich Reimer Verlag, Berlin, 1978.
- Maczak, Antoni y Hans Jürgen Teutenberg (ed.), *Reiseberichte als Quellen europäischer Kulturgeschichte. Aufgaben und Möglichkeiten der historischen Reiseforschung*, Wolfenbüttel, Herzog August Bibliothek, 1982.
- Martels, Zweder von (ed.), *Travel fact and travel fiction: studies on fiction, literary tradition, scholarly discovery and observation in travel writing*, Leiden, New York; Köln, Brill, 1994.
- Martin, Carl, *Landeskunde von Chile*, Hamburg, Friederichsen, 1909.
- Martínez, Frédéric, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia. 1845-1900*, Bogotá, Banco de la República; Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001.
- Martius, Carl Friedrich Philipp von, *Flora Brasiliensis: enumeratio plantarum in Brasilia hactenus detectarum quas suis aliorumque botanicorum studiis descriptas et methodo naturali digestas partim icone illustratas*, Cramer, München, 1840-1906.
- Maurer, Michael (ed.), *Neue Impulse der Reiseforschung*, Berlin, Akademie Verlag, 1999.
- Michalsky, Krzysztof (ed.), *Identität im Wandel / Castengandolfo-Gespräche*

- 1995, Stuttgart, Institut für die Wissenschaften vom Menschen, Klett-Cotta, 1995.
- Middendorf, Ernst W., *Die einheimischen Sprachen Perus*, Brockhaus, Leipzig, 1890-1892.
- Middendorf, Ernst W., *Peru. Beobachtungen und Studien über das Land und seine Bewohner während eines 25-jährigen Aufenthaltes*, Oppenheim, Berlin, 1893-1895.
- Mills, Sara, *Discourses of difference. An analysis of women's travel writing and colonialism*, London and New York, Routledge, 1991.
- Miranda, Francisco de, *Diarios de viajes y escritos políticos*, Madrid, Editorial Nacional, 1977.
- Miranda, Francisco de, *Diario de Moscú y San Petersburgo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1993.
- Mondolfi, Edgardo (comp.), *Francisco de Miranda en Francia*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1992.
- Montecinos, Sonia (comp.), *Revisitando Chile. Identidades, mitos e historias*, Santiago, Publicaciones del Bicentenario, 2003.
- Monteleone, Jorge, *El relato de viaje. De Sarmiento a Humberto Eco*, 2ª ed. Buenos Aires, El Ateneo, 1999.
- Morgan, Marjorie, *National Identities and travel in Victorian Britain*, Houndmills, PALGRAVE, 2001.
- Müller, Gerd K. et al., *Eduard Poeppig 1798-1868, Gelehrter und Naturforscher in Südamerika*, Leipzig, Universität Leipzig, 1998.
- Neutsch, Cornelius, *Reisen um 1800. Reise-literatur über Rheinland und Westfalen als Quelle einer sozial- und wirtschaftsgeschichtlichen Reiseforschung*, (Sachüberlieferung und Geschichte, band 6), St. Katharinen, Scripta Mercaturae Verlag, 1990.
- Nipperdey, Thomas, *Nachdenken über die deutsche Geschichte. (Essay)*, München, Verlag C.H. Beck, 1986.
- Núñez, Estuardo (recop.), *Memorias de un viajero peruano. Apuntes y recuerdos de Europa y Oriente (1859-1863)*, Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1971.
- Núñez, Estuardo (ant.), *España vista por los viajeros hispanoamericanos*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1985.
- Núñez, Estuardo (ant.), *Viajeros hispanoamericanos (temas continentales)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, tomo 140.
- Núñez, José Abelardo, *Estudio sobre educación moderna. Organización de escuelas normales*, Santiago, Imprenta de la Librería Americana, 1883.
- Ojeda-Ebert, Gerardo Jorge, *Deutsche Einwanderung und Herausbildung der chilenischen Nation (1846-1920)*, München, Wilhelm Fink Verlag, 1984.
- Ohler, Norbert, *Reisen im Mittelalter*, München, Artemis Verlag, 1986.
- Optiz, Alfred, *Reiseschreiber. Variationen einer literarischen Figur der Moderne vom 18.-20. Jahrhundert*, Trier, Wissenschaftlicher Verlag Trier, 1997.
- Oswald, Thomas, *Friedrich Gerstäcker. Leben und Werk*, Braunschweig, Graff, 1977.
- Pagni, Andrea, *Post/Kolonialen Reisen. Reiseberichte zwischen Frankreich und Argentinien im 19. Jahrhundert*, Tübingen, Stauffenburg-Verlag, 1999.
- Pérez Rosales, Vicente, *Memoria sobre emigración, inmigración i colonización*, Santiago, Imprenta Julio Belin, 1854.

- Pérez Rosales, Vicente, *Recuerdos del pasado (1814-1860)*, Madrid, Ediciones de la Cultura Hispánica, 1993. (1ª edición en Santiago, 1886).
- Pérez Rosales, Vicente, *Essai sur le Chili*, Hambourg, F.H. Nestler & Melle, 1857.
- Pérez Rosales, Vicente, *Diario de un viaje a California (1848-1849)*, Santiago, Sociedad de Bibliófilos Chilenos, 1949.
- Pérez Vejo, Tomás, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Ediciones Nobel, 1999.
- Philippi, Rudolph Amandus, *Reise durch die Wüste der Atacama*, Halle, E. Anton, 1860.
- Poeppig, Eduard, *Reise in Chile, Peru und auf dem Amazonastrome, während der Jahre 1827-1832*, Leipzig, Fleischer, 1835-1836.
- Poeppig, Eduard, *Tropenvegetation und Tropenmenschen. Zwei Vorträge*, Leipzig, Akademische Verlagsgesellschaft Geest & Portig K.-G., 1965.
- Poeppig, Eduard, *Un testigo en la alborada de Chile : (1826-1829)*, versión castellana, notas e ilustraciones de Carlos Keller R., Santiago, Editorial Zig-Zag, 1960.
- Pratt, Mary Louise, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, London, Routledge, 1992.
- Prieto, Adolfo, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- Prieto Hernández, Ana María, *Acerca de la pendenciera e indisciplinada vida de los léperos capitalinos*, México, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2001.
- Pütter, Linda Maria, *Reisen durchs Museum: Bildungserlebnisse deutscher Schriftsteller in Italien (1770-1830)*, Hildesheim u.a., Olms, 1998.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Ediciones del Norte, Hanover, 1984.
- Ramos, Julio, *Desencuentros de la Modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Räthzel, Nora, *Gegenbilder. Nationale Identität durch Konstruktion des Anderen*, Opladen, Loske+Budrich, 1997.
- Reichert, Folker, *Erfahrung der Welt: Reisen und Kulturbegennung im späten Mittelalter*, Stuttgart, Kohlhammer, 2001.
- Reiss, Wilhelm, *Geschichte und Beschreibung der vulkanischen Ausbrüche bei Santorin von der ältesten Zeit bis auf die Gegenwart*, Heidelberg, F. Basermann, 1868.
- Ricoeur, Paul, *Geschichtsschreibung und Repräsentation der Vergangenheit*, Münster-Hamburg-London, LIT, 2002.
- Río, Pedro del, *Viaje en torno al mundo por un chileno (1880-1882)*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1882.
- Río, Pedro del, *Nuevos viajes del Señor del Río*, Santiago, Ed. Barros M., 1897.
- Río, Pedro del, *Tercer viaje en torno al mundo (febrero 1904-diciembre 1905)*, Concepción, Litografía e Imprenta Concepción, 1912.
- Rohrbough, Malcom J., *Days of Gold. The California Gold Rush and the American Nation*, Los Angeles; London, Press Berkeley, 1997.
- Rojas Jiménez, Alberto, *Chilenos en París*, Santiago, La Novela Nueva, 1930.
- Rojas Mix, Miguel, *América imaginaria*, Barcelona, Editorial Lumen, 1992.
- Rojas Mix, Miguel, *El fin del milenio y el sentido de la historia. Manuel Lacunza*

- y Juan Ignacio Molina, Santiago, LOM Ediciones, 2001.
- Rugendas, Mauricio, *Malerische Reise in Brasilien / von Moritz Rugendas*, Stuttgart, Daco-Verlag Bläse, 1986.
- Rugendas, Moritz, *Voyage Pittoresque dans le Brésil*, Paris, Engelmann & Co., 1835.
- Sagredo, Rafael y José Ignacio González, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-Editorial Universitaria, 2004.
- Said, Edward W., *Orientalism. Western conceptions of the Orient*, Routledge & Kegan Paul Ltd., London, 1978.
- Sammons, Jeffrey L., *Ideology, Mimesis, Fantasy: Charles Sealsfield, Friedrich Gerstäcker, Karl May, and Other German Novelist of America*, Chapel Hill and London, The University of North Carolina Press, 1998.
- Sarmiento, Domingo Faustino, *Viajes en Europa, Africa i Estados Unidos*, Santiago, Imprenta J. Belín, 1849.
- Scurla, Herbert (ed.), *Beiderseits des Amazonas. Reisen deutscher Forscher des 19. Jahrhunderts durch Südamerika*, Verlag der Nation, Berlin, 1971.
- Scurla, Herbert, *Im Banne der Anden. Reisen deutscher Forscher des 19. Jahrhunderts*, Berlin, Verlag der Nation, 1973.
- Schanz, Moritz, *Quer durch Süd-Amerika. Reise-Skizzen aus dem Jahre 1890*, Hamburg, W. Mauke Söhne, 1891.
- Schaffer, Marguerite S., *See America First: Tourism and National Identity, 1880-1940*, Washington, D.C., Smithsonian Institution Press, 2001.
- Schulman, Iván, *Relecturas martianas: narración y nación*, Amsterdam-Atlanta, Radopi, 1994.
- Schulz, Raimund, *Die Antike und das Meer*, Darmstadt, Primus-Verlag, 2005.
- Schulze, Winfried (ed.), *Ego-Dokumente. Annäherung an den Menschen in der Geschichte*, Berlin, Editorial, 1996.
- Serrano, Sol, Mario *Universidad y nación: Chile en el siglo XIX*, Santiago, Editorial Universitaria, 1994.
- Siebert, Ulla, *Grenzlinien: Selbstrepräsentationen von Frauen in Reisetexten, 1871 bis 1914*, Münster; New York; Berlin, Waxmann, 1998.
- Siemens, Alfred H., *Between the Summit and the Sea. Central Veracruz in the Nineteenth Century*, Vancouver, University of British Columbia Press, 1990.
- Singer, Mona, *Fremd. Bestimmung. Zur Kulturellen Veortung von Identität*, Tübingen, Ed. Diskord, 1997.
- Smith, Anthony, *Ethnicity and Nationalism*, Leiden, New York, Köln, E.J. Brill, 1992.
- Smith, Anthony, *Nationalism and Modernism. A critical survey of recent theories of nations and nationalism*, London, New York, Routledge, 1998.
- Smith, Anthony, *The Nation in History. Historiographical Debates about Ethnicity and Nationalism*, Hanover, University Press of New England, 2000.
- Sommer, Doris, *Foundational Fictions. The national romances of Latin America*, Oxford, University of California Press, 1991.
- Spix, Johann Baptist von y Martius, Carl, *Reise in Brasilien auf Befehl Sr. Maj. Maximilian Joseph I Königs von Bayern*.

- In den Jahren 1817-1820, München-Leipzig, Fleischer, 1831.
- Spurr, David, *The rhetoric of empire: colonial discourse in journalism, travel writing, and imperial administration*, Durham, Duke University Press, 1993.
- Steidl, Annemarie, *Auf nach Wien! Die Mobilität des mitteleuropäischen Handwerks im 18. und 19. Jahrhundert am Beispiel der Haupt- und Residenzstadt*, München, Oldenburg, 2003.
- Stannek, Antje, *Telemachs Brüder: Die höfische Bildungsreise des 17. Jahrhunderts*, Frankfurt/Main u.a., Campus Verlag, 2001.
- Stewart, William von, *Die Reisebeschreibung und ihre Theorie im Deutschland des 18. Jahrhunderts*, Bonn, Bouvier, 1978.
- Stopani, Renato *Il camino italiano per Santiago de Compostela: le fonti itinerarie di eta medievale*, Firenze, Le Lettere, 2001.
- Stübel, Alphons, *Die Vulkanberge von Ecuador*, Berlin, Ascher, 1897.
- Stübel, Alphons, *Über das Wesen des Vulkanismus*, Berlin, Ascher, 1897.
- Stübel, Alphons, *Die Vulkanberge von Kolumbien*, Dresden, Baensch, 1906.
- Stuven, Ana María, *La seducción de un orden. Las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*, Santiago, Ediciones Universidad Católica, 2000.
- Subercaseaux, Bernardo, *Historia del libro en Chile*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1993.
- Subercaseaux, Bernardo, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1997, tomo 1: Sociedad y cultura liberal en el siglo XIX: J.V. Lastarria.
- Süssekind, Flora, *O Brasil não é longe daqui: o narrador, a viagem*, São Paulo, Cia. das Letras, 1990.
- Szurmuk, Mónica, *Women in Argentina: early travel narratives*, Gainesville, University Press of Florida, 2000.
- Thiesse, Anne-Marie, *La création des Identités Nationales*, Editions du Seuil, Paris 1999.
- Traynor Williams Carol (ed.), *Travel Culture. Essays on what makes us go*, Wesport, Conn., Praeger, 1998.
- Treutler, Paul, *La provincia de Valdivia i los Araucanos*, Santiago, Imprenta Chilena, 1861.
- Treutler, Paul, *Promemorias*, Santiago, manuscrito, 1870.
- Treutler, Paul, *Fünfzehn Jahre in Südamerika an den Ufern des Stillen Oceans/Gesehenes und Erlebtes von Paul Treutler*, Leipzig, Weltpost-Verlag, 1882.
- Treutler, Paul, *Andanzas de un alemán en Chile (1851-1863)*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1958.
- Tuninetti, Ángel, *Nuevas tierras con nuevos ojos. Viajeros españoles y sudamericanos en Sudamérica, siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Corregidor, 2001.
- Turner, Katherine, *British Travel Writers in Europe 1750-1800. Authorship, gender and national identity*, Burlington, Ashgate, 2001.
- Vicuña, Manuel, *La belle époque chilena*, Santiago, Sudamericana, 2001.
- Uhle, Max, *Letter to Phoebe Hearst*, Berkeley, University of California, 1900.
- Vicuña Mackenna, Benjamin, *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norteamérica como Ajente confidencial de Chile*, Santiago, Imprenta de la Libertad, 1867.

- Vicuña Mackenna, Benjamín, *Miscelánea, colección de artículos, discursos, biografías, impresiones de viaje, ensayos, estudios sociales, económicos, 1849-1872*, Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1872-73-74.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *Al galope, o sea, Descripción jeográfica i pintoresca de la comarca en que se halla situada la "población-Victoria" i sus vecindades: (con un plano detallado i dos vistas panorámicas de la futura población i de la fortaleza incarial de "Mauco" ubicada en la hacienda de Santa Rosa de Colmo)*, Santiago, Imprenta Gutenberg, 1885.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *De Valparaíso a Santiago: datos, impresiones, noticias, episodios de viaje*, Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1877.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *Exploración de las lagunas Negra i del Encañado en las cordilleras de San José i del Valle del Yeso ejecutada en marzo de 1873 por una comisión presidida por el intendente de la provincia de Santiago don Benjamín Vicuña Mackenna*, Valparaíso, Imprenta de la Patria, 1874.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *El viaje del señor Vicuña Mackenna a las provincias del Sur*, Valparaíso, Imprenta de la Patria, 1876.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *A través de los Andes*, Santiago, Imprenta Gutenberg, 1885.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *Crónicas de Valparaíso*, Valparaíso, Imprenta Victoria, 1931.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *Crónicas de viñamarinas*, Valparaíso, Talleres Gráficos Salesianos, 1931.
- Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, 2ª ed., Buenos Aires, Ediciones Siglo XX, 1974.
- Wied-Neuwied, Maximilian, *Reise nach Brasilien in den Jahren 1815 bis 1817*, Frankfurt am Main, Brönnner, 1820 y 1821.
- Windschuttle, Keith, *The Killing of History. How Literary Critics and Social Theorists are murdering our Past*, New York, London, Toronto, Sydney, Singapore, The Free Press, 1997.
- Wodak, Ruth et al., *Zur diskursiven Konstruktion nationaler Identität*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1998.
- Wolfzettel, Friedrich, *Le discours du voyageur*, Paris, Presses Universitaires de France, 1996.
- Woll, Allen, *A functional past. The uses of history in nineteenth-century Chile*, Baton Rouge and London, Louisiana State University Press, 1982.
- Wulschner, Hans Joachim (ant.), *Vom Río Grande zum La Plata. Deutsche Reiseberichte des 19. Jahrhunderts aus des südlichen Amerika*, Ottersweier-Baden, Horst Erdmann Verlag, 1975.
- Zantop, Susanne, *Kolonialphantasien im vorkolonialen Deutschland (1770-1870)*, Berlin, Erich Schmidt, 1999.
- Zapiola, José, *Recuerdos de treinta años*, Santiago, Imprenta El Independiente, 1872-1874, tomos I y II.
- Zeuske, Michael, *Francisco de Miranda und die Entdeckung Amerikas*, Hamburg, Ibero-Amerika Studien, Bd. 5, 1995.
- Ziff, Larzer, *Return Passages. Great American Travel Writing. 1780-1910*, New Haven and London, Yale University Press, 2000.
- Zulueta, Jesús Manuel, *Viajeros hispano-americanos por la España de fin de siglo (1890/1904)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2002.

EDICIONES
DE LA
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

TÍTULOS PUBLICADOS

1990-2006

- A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique* (Santiago, 1998, 351 págs.).
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 347 págs.), tomo I.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 371 págs.), tomo II.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 387 págs.), tomo III.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 377 págs.), tomo IV.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 412 págs.), tomo V.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, 346 págs.), tomo VI.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, 416 págs.), tomo VII.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, 453 págs.), tomo VIII.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, 446 págs.), tomo IX.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, 462 págs.), tomo X.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2003, 501 págs.), tomo XI.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, 479 págs.), tomo XII.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, 605 págs.), tomo XIII.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, 462 págs.), tomo XIV.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, 448 págs.), tomo XV.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 271 págs.), tomo XVI.
- Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufrajos en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2003, 866 págs.).
- Bauer, Arnold, *Chile y algo más. Estudios de historia latinoamericana* (Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, 2004, 228 págs.).
- Bianchi, Soledad, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, *La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Contreras, Lidia, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).

- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo xx. Entre la modernización y la identidad. Del Ariel de Rodó a la Cepal (1900-1950)* (Santiago y Buenos Aires, 2000, 336 págs.), tomo I.
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo xx. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Santiago y Buenos Aires, 2003, 331 págs.), tomo II.
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo xx. Entre la modernización y la identidad.* (Santiago y Buenos Aires, 2004, 242 págs.), tomo III.
- Diccionario de uso del español de Chile (DUECh). Una muestra lexicográfica*, (Santiago, Academia Chilena de la Lengua, Comisión de Lexicografía, 2001, 166 págs.).
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones, 1999*, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).
- Ehrmann, Hans, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. 1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross*, 2ª edición (Santiago, 2000, 172 págs.), vol. I.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. Durante la república*, 2ª edición (Santiago, 2000, 201 págs.), vol. II.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. En torno de Ricardo Palma*, 2ª edición (Santiago, 2000, 143 págs.), vol. III.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 213 págs.), vol. IV.
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio, 1993).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto, 1994).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 1995).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 1996).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1998, *Informes*, N° 1 (Santiago, diciembre, 1999).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1999, *Informes*, N° 2 (Santiago, diciembre, 2000).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2000, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 2001).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2001, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 2002).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 2002, *Informes*, N° 5 (Santiago, diciembre, 2003).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 2003, *Informes*, N° 6 (Santiago, diciembre, 2004).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2004, *Informes*, N° 7 (Santiago, diciembre, 2005).
- Gazmuri, Cristián, *La persistencia de la memoria. Reflexiones de un civil sobre la dictadura* (Santiago, 2000, 156 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards Vives* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, 250 págs.), tomo primero.

- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, 154 págs.), tomo segundo.
- González Miranda, Sergio, *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*, 2ª edición (Santiago, 2002, 474 págs.).
- González V., Carlos, Hugo Rosati A. y Francisco Sánchez C., *Guaman Poma. Testigo del mundo andino* (Santiago, 2003, 619 págs.).
- Guerrero Jiménez, Bernardo (editor), *Retrato hablado de las ciudades chilenas* (Santiago, 2002, 309 págs.).
- Herrera Rodríguez, Susana, *El aborto inducido. ¿Víctimas o victimarias?* (Santiago, Catalonia, Centro Interdisciplinario de Estudios de Género y Cátedra UNESCO Género, 2004, 154 págs.).
- Hutchison, Elizabeth Q., *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1990-1930*, traducción de Jacqueline Garreaud Spencer (Santiago, LOM Ediciones, Colección Historia, 2006, 322 págs.).
- León, Leonardo, *Los señores de la cordillera y las pampas: los pehuenches de Malalhue, 1770-1800*, 2ª edición (Santiago, 2005, 355 págs.).
- Lizama, Patricio, *Notas de artes de Jean Emar* (Santiago, 2003).
- Lizama Silva, Gladys (coordinadora), *Modernidad y modernización en América Latina. México y Chile, siglos XVIII al XX* (Santiago-Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2002, 349 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago, 2000, 601 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002* (Santiago, 2002, 482 págs.).
- Matus, Alfredo y Mario Andrés Salazar, editores, *La lengua, un patrimonio cultural plural* (Santiago, 1998, 106 págs.).
- Mazzei de Grazia, Leonardo, *La red familiar de los Urrejola de Concepción en el siglo XIX* (Santiago, 2004, 193 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
- Mitre, Antonio, *El dilema del centauro. Ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano* (Santiago, 2002, 141 págs.).
- Montealegre Iturra, Jorge, *Prehistorieta de Chile* (Santiago, 2003, 146 págs.).
- Moraga, Pablo, *Estaciones ferroviarias de Chile. Imágenes y recuerdos* (Santiago 2001, 180 págs.).
- Morales, José Ricardo, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Muratori, Ludovico Antonio, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).
- Mussy, Luis de, *Cáceres* (Santiago, 2005, 589 págs.).

- Oña, Pedro de, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
- Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 2ª edición (Santiago 2003, 320 págs.).
- Piwonka Figueroa, Gonzalo, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (Santiago, 2000, 178 págs.).
- Plath, Oreste, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Retamal Ávila, Julio y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 39, primer semestre (Santiago, 1996, 271 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 40, segundo semestre (Santiago, 1996, 339 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 41, primer semestre (Santiago, 1997, 253 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 42, segundo semestre (Santiago, 1997, 255 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 43, primer semestre (Santiago, 1998, 295 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 44, segundo semestre (Santiago, 1998, 309 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 45, primer semestre (Santiago, 1999, 264 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 46, segundo semestre (Santiago, 1999, 318 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 47, primer semestre (Santiago, 2000, 465 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 48, segundo semestre (Santiago, 2000, 378 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 49, primer semestre (Santiago, 2001, 458 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 50, segundo semestre (Santiago, 2001, 424 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 51, primer semestre (Santiago, 2002, 372 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 52, segundo semestre (Santiago, 2002, 456 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 53, primer semestre (Santiago, 2003, 351 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 54, segundo semestre (Santiago, 2003, 364 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 55, primer semestre (Santiago, 2004, 359 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 56, segundo semestre (Santiago, 2004, 508 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 57, primer semestre (Santiago, 2005, 492 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 58, segundo semestre (Santiago, 2005, 478 págs.).

- Rinke, Stefan, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1930-1931* (Santiago, 2002, 174 págs.).
- Rubio, Patricia, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael, *La gira del Presidente Balmaceda al norte. El inicio del "crudo y riguroso invierno de un quinquenio (verano de 1889)"* (Santiago, 2001, 206 págs.).
- Salazar, Mario Andrés y Patricia Videgain, editores, *De patrias, territorios, identidades y naturaleza* (Santiago 1998, 147 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Santiago, 2004, 944 págs.).
- Salinas, Maximiliano, Daniel Palma, Christian Baeza y Marina Donoso, *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX* (Santiago, 2001, 292 págs.).
- Salinas, Maximiliano, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, *¿Quiénes fueron los vencedores? Elite, pueblo y prensa humorística de la Guerra Civil de 1891* (Santiago, 2005, 240 págs.).
- Scarpa, Roque Esteban, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Stabili María Rosaria, *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Santiago, 2003, 571 págs.).
- Tesis Bicentenario 2004*, Santiago, Comisión Bicentenario, Presidencia de la República y Ediciones de la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 2005, vol. 1, 443 págs.).
- Toro, Graciela, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Vamos gozando del mundo. La picaresca chilena. Textos del folklore*, compilación Patricia Chavarría (Santiago, 1998, 100 págs.).
- Uribe, Verónica (editora), *Imágenes de Santiago del nuevo extremo* (Santiago, 2002, 95 págs.).
- Valdés Chadwick, Consuelo, *Terminología museológica. Diccionario básico, español-inglés, inglés-español* (Santiago, 1999, 188 págs.).
- Valle, Juvencio, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Vicuña, Manuel, *Hombres de palabras. Oradores, tribunos y predicadores* (Santiago, 2003, 162 págs.).
- Villalobos, Sergio y Rafael Sagredo, *Los Estancos en Chile* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Virgilio Maron, Publio, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).

Colección Fuentes para el Estudio de la Colonia

- Vol. I *Fray Francisco Xavier Ramírez, Coronicón sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).

Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, 800 págs.) dos tomos.

Colección Fuentes para la Historia de la República

- Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).
- Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María a su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).
- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, primera reimpresión, 1997, 577 págs.).
- Vol. VIII *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León L. (Santiago, 1996, 303 págs.).
- Vol. IX *"... I el silencio comenzó a reinar". Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).
- Vol. X *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulian (Santiago, 1998, 458 págs.).
- Vol. XI *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del "Cielito Lindo" a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).
- Vol. XII *Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).
- Vol. XIII *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).
- Vol. XIV *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).
- Vol. XV *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Uliánova (Santiago, 2000, 742 págs.).
- Vol. XVI *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*, recopilación y notas Leonidas Aguirre Silva (Santiago, 2001, 198 págs.).
- Vol. XVII *Leyes de reconciliación en Chile: Amnistías, indultos y reparaciones 1819-1999*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2001, 332 págs.).

- Vol. XVIII *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile. (1836-1869)*, estudio preliminar Marco Antonio León León y Horacio Aránguiz Donoso (Santiago, 2001, 466 págs.).
- Vol. XIX *Arquitectura política y seguridad interior del Estado. Chile 1811-1990*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2002, 528 págs.).
- Vol. XX *Una flor que renace: autobiografía de una dirigente mapuche, Rosa Isalde Reuque Paillalef*, edición y presentación de Florencia E. Mallon (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Vol. XXI *Cartas desde la Casa de Orates*, Angélica Lavín, editora, prólogo Manuel Vicuña (Santiago, 2003, 105 págs.).
- Vol. XXII *Acusación constitucional contra el último ministerio del presidente de la República don José Manuel Balmaceda. 1891-1893*, recopilación de Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2003, 536 págs.).
- Vol. XXIII *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Uliánova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2005, 463 págs.), tomo I: Komintern y Chile 1922-1931.
- Vol. XXIV *Memorias de Jorge Beauchef*, biografía y estudio preliminar Patrick Puigmal (Santiago, 2005, 278 págs.).
- Vol. XXV *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*, selección y notas María Teresa González F. (Santiago, 2005, 409 págs.).
- Vol. XXVI *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero*, selección y estudio preliminar Sergio González Miranda (Santiago, 2006, 1.162 págs.).

Colección Sociedad y Cultura

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las elites* (Santiago, 1994, 259 págs.).
- Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. X Jorge Rojas Flores, *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).

- Vol. XI Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).
- Vol. XII Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).
- Vol. XIII Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 312 págs.).
- Vol. XV Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).
- Vol. XVI Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).
- Vol. XVII Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentrenidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).
- Vol. XVIII Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).
- Vol. XIX Gonzalo Pivonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999. Desafío y respuesta. Sino e imprevisión* (Santiago, 1999, 480 págs.), tomo I: "Los primeros doscientos años. 1541-1741".
- Vol. XX Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino. Un siglo de transporte, ideas y política en el sur de América* (Santiago, 2000, 459 págs.).
- Vol. XXI Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).
- Vol. XXII María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 256 págs.).
- Vol. XXIII Carmen Gloria Bravo Quezada, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (Santiago, 2000, 150 págs.).
- Vol. XXIV Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1860-1830*, traducción de Sergio Grez T., Leonora Reyes J. y Jaime Riera (Santiago, 2001, 416 págs.).
- Vol. XXV Claudia Darrigrandi Navarro, *Dramaturgia y género en el Chile de los sesenta* (Santiago, 2001, 191 págs.).
- Vol. XXVI Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (Santiago y México D.F., 2001, 564 págs.).
- Vol. XXVII Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago, 2001, 492 págs.).
- Vol. XXVIII Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia* (Santiago, 2002, 330 págs.).
- Vol. XXIX José Carlos Rovira, *José Toribio Medina y su fundación literaria y bibliográfica del mundo colonial americano* (Santiago, 2002, 145 págs.).

- Vol. xxx Emma de Ramón, Obra y fe. *La catedral de Santiago. 1541-1769* (Santiago, 2002, 202 págs.).
- Vol. xxxi Sergio González Miranda, *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990* (Santiago, 2002, 292 págs.).
- Vol. xxxii Nicolás Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile (El Plan de Estudios Humanista, 1843-1876)* (Santiago, 2002, 238 págs.).
- Vol. xxxiii Marcos Fernández Labbé, *Prisión común, imaginario social e identidad. Chile, 1870-1920* (Santiago, 2003, 245 págs.).
- Vol. xxxiv Juan Carlos Yáñez Andrade, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile 1900-1920* (Santiago, 2003, 236 págs.).
- Vol. xxxv Diego Lin Chou, *Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)* (Santiago, 2003, 569 págs.).
- Vol. xxxvi Rodrigo Hidalgo Dattwyler, *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo xx* (Santiago, 2004, 492 págs.).
- Vol. xxxvii René Millar, *La inquisición en Lima. Signos de su decadencia 1726-1750* (Santiago, 2005, 183 págs.).
- Vol. xxxviii Luis Ortega Martínez, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880* (Santiago, 2005, 496 págs.).
- Vol. xxxix Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2005, 528 págs.).
- Vol. xl Pablo Camus Gayán, *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile 1541-2005* (Santiago, 2006, págs.).
- Vol. xli Raffaele Nocera, *Chile y la guerra, 1933-1943*, traducción de Doina Drajutescu (Santiago, 2006, 216 págs.).
- Vol. xlii Carlos Sanhueza Cerda, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo xix* (Santiago, 2006, 270 págs.).

Colección Escritores de Chile

- Vol. i *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. ii *Jean Emar. Escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. iii *Vicente Huidobro. Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. iv *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. v *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. vi *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).

- Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, c + 4.134 págs.) cinco tomos.
- Vol. IX *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers, prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1997, 143 págs.).
- Vol. X *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, prólogo de Alfonso Calderón y recopilación de Pedro Pablo Zegers (Santiago, 2000, 98 págs.).
- Vol. XI *Ricardo Latcham. Varia lección*, selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón, recopilación de Pedro Pablo Zegers (Santiago, 2000, 326 págs.).
- Vol. XII *Cristián Huneeus. Artículos de prensa (1969-1985)*, recopilación y edición Daniela Huneeus y Manuel Vicuña, prólogo de Roberto Merino (Santiago, 2001, 151 págs.).
- Vol. XIII *Rosamel del Valle. Crónicas de New York*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Leonardo Sanhueza (Santiago, 2002, 212 págs.).
- Vol. XIV *Romeo Murga. Obra reunida*, recopilación, prólogo y notas de Santiago Aránguiz Pinto (Santiago, 2003, 280 págs.).

Colección de Antropología

- Vol. I *Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. II *Rubén Stehberg, Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. III *Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).
- Vol. IV *Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).
- Vol. V *José Luis Martínez, Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).
- Vol. VI *Rubén Stehberg, Arqueología histórica antártica. Participación de aborígenes sudamericanos en las actividades de cacería en los mares subantárticos durante el siglo XIX* (Santiago, 2003, 202 págs.).
- Vol. VII *Mauricio Massone, Los cazadores después del hielo* (Santiago, 2004, 174 págs.).

Colección Imágenes del Patrimonio

- Vol. I *Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

Colección de Documentos del Folklore

- Vol. I *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).

Vol. II *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. y Tomás Cornejo C. (Santiago, 2006, 302 págs.).

Colección Ensayos y Estudios

Vol. I Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).

Vol. II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).

Vol. III Clara Zapata Tarrés, *Las voces del desierto: la reformulación de las identidades de los aymaras en el norte de Chile* (Santiago, 2001, 168 págs.).

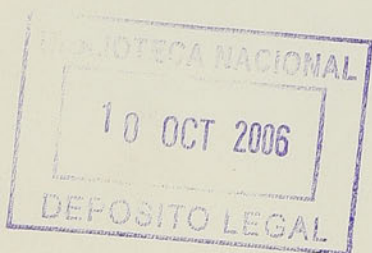
Vol. IV Donald Jackson S., *Los instrumentos líticos de los primeros cazadores de Tierra del Fuego 1875-1900* (Santiago, 2002, 100 págs.).

Vol. V Bernard Lavalle y Francine Agard-Lavalle, *Del Garona al Mapocho: emigrantes, comerciantes y viajeros de Burdeos a Chile. (1830-1870)* (Santiago, 2005, 125 págs.).

Vol. VI Jorge Rojas Flores, *Los boy scouts en Chile: 1909-1953* (Santiago, 2006, 188 págs.).

Se terminó de imprimir esta primera edición
en el mes de junio de 2006
en LOM Ediciones
Santiago de Chile

de acuerdo a lo establecido en el artículo 17
de la Ley N° 17.334, de 1968, se deposita en
la Biblioteca Nacional el presente libro
de acuerdo a lo establecido en el artículo 17
de la Ley N° 17.334, de 1968, se deposita en
la Biblioteca Nacional el presente libro



CHILENA

En la *Colección Sociedad y Cultura* tienen cabida trabajos de investigación relacionados con el humanismo y las ciencias sociales. Su objetivo principal es promover la investigación en las áreas mencionadas y facilitar su conocimiento. Recoge monografías de autores nacionales y extranjeros sobre la historia de Chile o sobre algún aspecto de la realidad nacional objeto de estudio de alguna ciencia humanista o social.

A través de esta *Colección*, la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos no sólo se vincula y dialoga con el mundo intelectual y el de los investigadores, sino además contribuye a acrecentar y difundir el patrimonio cultural de la nación gracias a los trabajos de investigación en ella contenidos.

La aproximación metodológica y temática elegida por el autor de esta obra es innovadora en varios aspectos. En un sentido, el análisis entrecruzado de relatos de viajeros chilenos y alemanes a cada uno de los dos países en un mismo período, de acuerdo con un método riguroso y sistemático, y el referirlos a un *tertium comparationis* como la identidad nacional, le permiten al doctor Sanhueza rescatar estos relatos como fuente histórica. De esta forma, se logra recobrar el carácter de este grupo de fuentes, entre su interpretación individualista extrema, como mero testimonio literario, y su significado como cuerpo documental de conjunto para el historiador.

Al mismo tiempo, Carlos Sanhueza logra producir nuevas evidencias acerca del desarrollo del pensamiento individual respecto de unas identidades que emergen desde una experiencia de lo lejano, de lo extraño, lo que a menudo se ha concebido como exotismo.

De este modo, la obra muestra que tal identidad no es en cada caso algo fijo, sino el resultado de muchos procesos colectivos e individuales que contribuyen a formar autopercepciones que más tarde, al ser publicadas, influyen en las sociedades respectivas.

Así, este estudio resulta de gran interés e importancia no solamente para la historia de los países tratados, sino también para el análisis de un grupo determinado de fuentes, así como de un fenómeno histórico de gran trascendencia como lo es el de la formación de la nación.

HORST PIETSCHMANN
UNIVERSITÄT HAMBURG, ALEMANIA